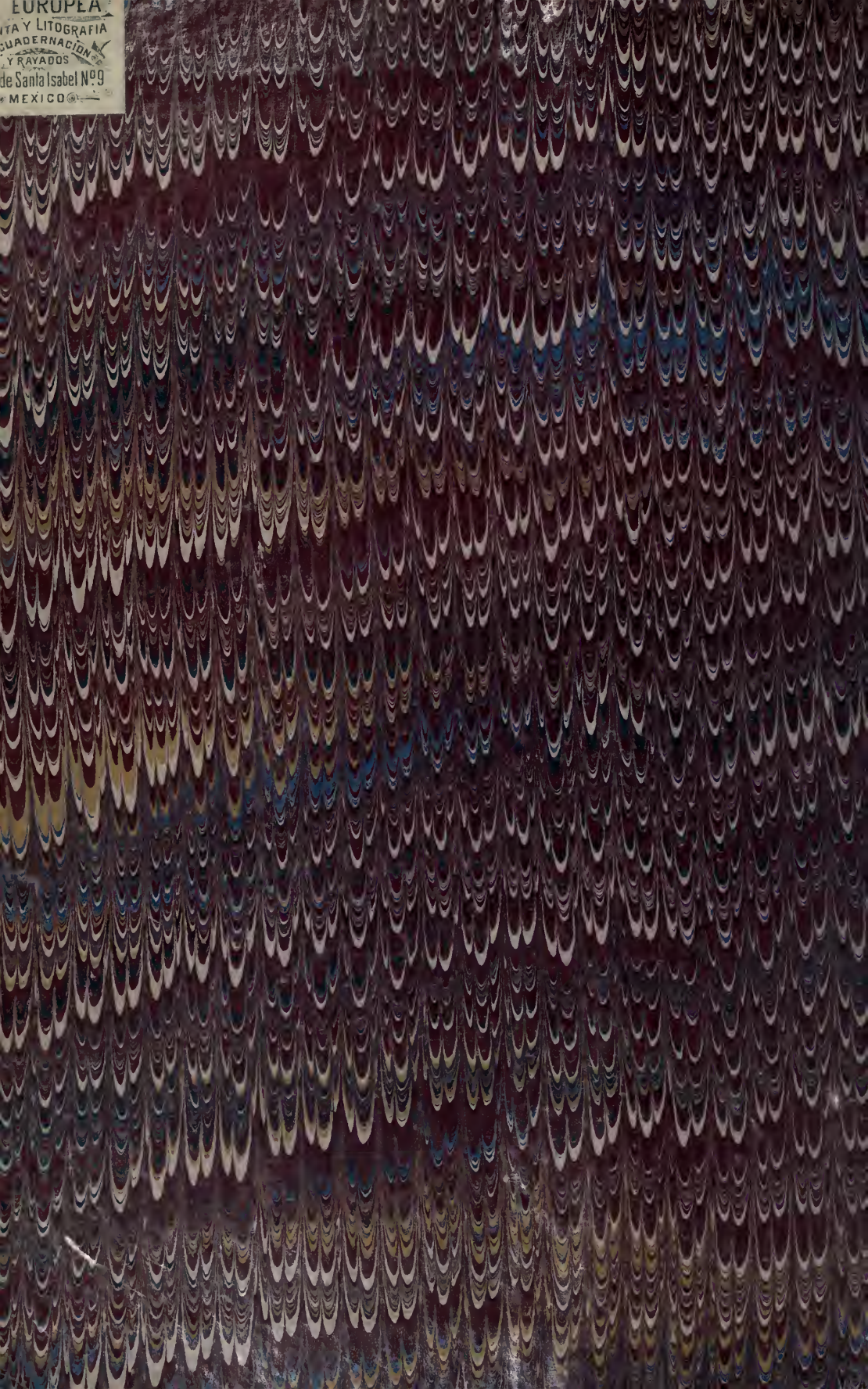
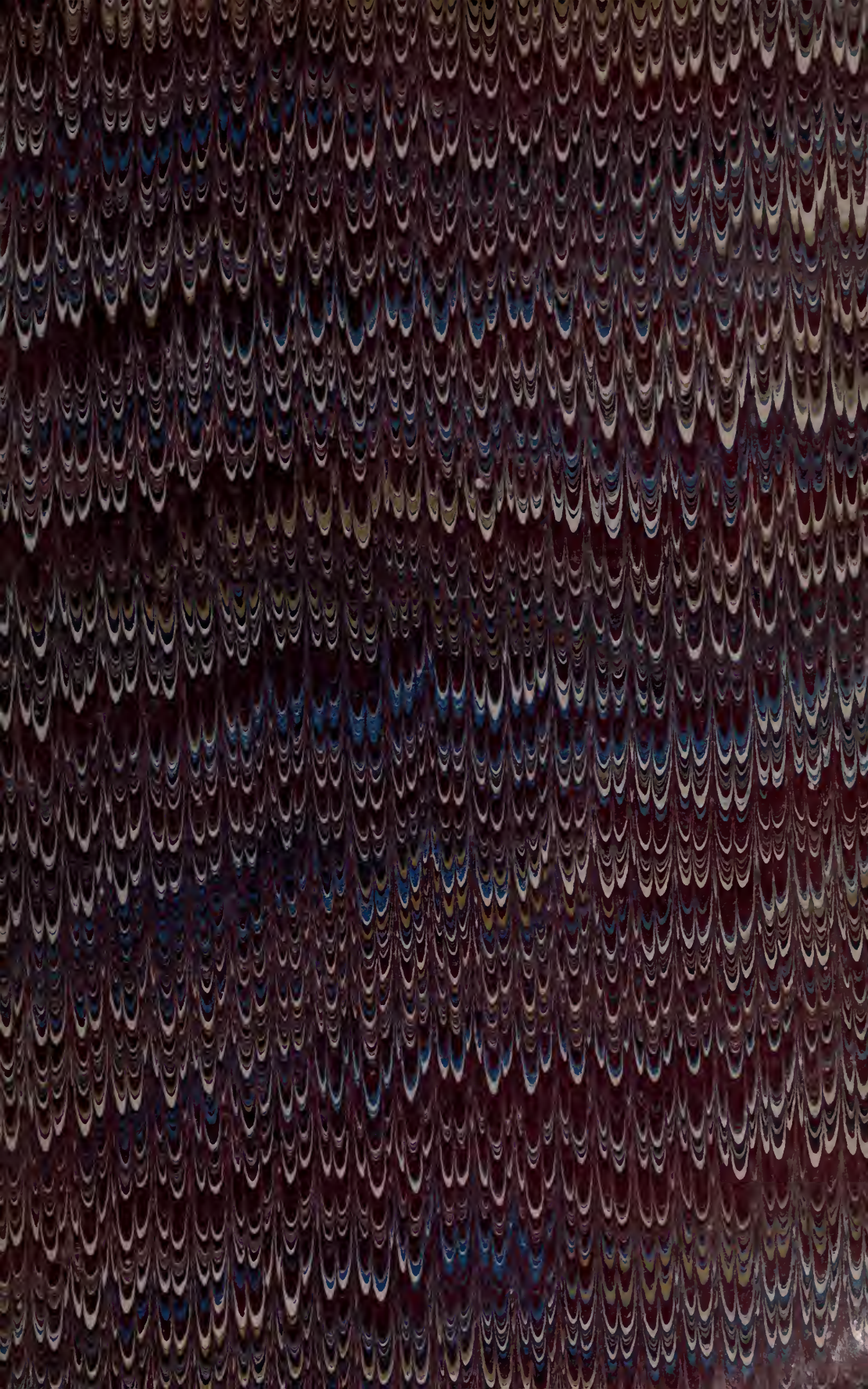


EUROPEA
Y LITOGRAFIA
CUADERNACION
Y RAYADOS
de Santa Isabel N°9
MEXICO





Digitized by the Internet Archive
in 2008 with funding from
Microsoft Corporation

P
A
T

International Congress of
" Americanists. 9th, Huelva
1892

Actas

IX.º CONGRESO INTERNACIONAL
DE
AMERICANISTAS

CONGRESO
INTERNACIONAL
DE
AMERICANISTAS

ACTAS
DE LA
NOVENA REUNIÓN
HUELVA—1892

TOMO PRIMERO

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1894

81698
10/4/07

ES PROPIEDAD

El Consejo general del 8.º Congreso Internacional de Americanistas, reunido en París del 14 al 20 de Octubre de 1890, decidió que el inmediato se verificara en el punto de España que designase el Gobierno, quien tuvo á bien resolver que la novena reunión celebrase sus sesiones en el Convento de Santa María de la Rábida, provincia de Huelva, del 7 al 11 de Octubre de 1892.

Le Conseil général du dernier Congrès International des Américanistes, qui eut lieu à Paris du 14 au 20 Octobre dernier, decida que la prochaine session siégerait dans la localité que le Gouvernement espagnol indiquerait. Celui ci a désigné le Couvent de Santa María de la Rábida (province de Huelva), pour cette neuvième session du Congrès. Sa durée sera du 7 au 11 Octobre 1892.

Aceptada que fué por España la invitación recibida del Congreso de París, verificóse una numerosa reunión de americanistas en el salón de actos de la Real Academia de la Historia el 30 de Diciembre de 1890, para tratar de los trabajos de organización del IX.º Congreso, y pocos días después, obtenida la venia de S. M. la Reina, del Excelentísimo Sr. Presidente del Consejo de Ministros y de las personas que habían de figurar al frente del programa de la Junta Organizadora, quedó ésta constituida en la forma siguiente:

JUNTA ORGANIZADORA

DEL IX.º

CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS

QUE HA DE CELEBRARSE
EN EL CONVENTO DE SANTA MARÍA DE LA RÁBIDA
EN LOS DÍAS 7 AL 11 DE OCTUBRE DE 1892

PROTECTOR

S. M. el REY D. ALFONSO XIII, y en su nombre su AUGUSTA MADRE LA REINA REGENTE D.^A MARÍA CRISTINA.

PATRONOS

El Excmo. Ayuntamiento de la ciudad de Huelva y el de la villa de Palos de la Frontera.

PRESIDENTE DE HONOR

Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros.

VICEPRESIDENTES DE HONOR

Excmo. Sr. D. Cristóbal Colón de la Cerda, Duque de Veragua, ex-Ministro de Fomento.

Excmo. Sr. General E. Burd Grubb, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos.

Excmo. Sr. D. Vicente Riva Palacio, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México.

Excmo. Sr. D. Aniceto Vergara Albano, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile.

Excmo. Sr. D. Julio Betancourt, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia.

Excmo. Sr. D. Manuel María de Peralta, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Costa Rica.

Excmo. Sr. Conde de Casal-Ribeiro, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Portugal.

Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce, Presidente de la Asociación de Escritores y Artistas, ex-Ministro de Ultramar.

Excmo. Sr. D. Aureliano Linares Rivas, Presidente del Centro Ibero-Americano, Ministro de Fomento.

Excmo. Sr. D. Antonio Sánchez Moguel, Presidente de la Sección de Ciencias históricas del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, Académico de la Real de la Historia.

Sr. D. José Sánchez Mora, Presidente de la Sociedad Colombina Onubense.

PRESIDENTE

Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié, éx-Ministro de Ultramar, Académico de las Reales Española y de la Historia.

VICEPRESIDENTES

Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, ex-Ministro de Fomento y de Ultramar, Director del Museo de Ultramar, Académico de las Reales Española y de la Historia.

Ilmo. Sr. D. Arcadio Roda, Director general de Administración y Fomento del Ministerio de Ultramar.

Ilmo. Sr. D. José Díez Macuso, Director general de Instrucción pública.

Excmo. Sr. D. Rafael Ferraz, Subsecretario del Ministerio de Estado.

Excmo. Sr. D. Manuel Tamayo y Baus, Director de la Biblioteca Nacional, Secretario de la Real Academia Española.

Excmo. Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, Director de la Escuela Superior de Diplomática, Académico de la Real de la Historia y de la de Bellas Artes de San Fernando.

Excmo. Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, Capitán de navío, Académico de la Historia y de la de Bellas Artes de San Fernando.

Ilmo. Sr. D. Juan Vilanova y Piera, de las Reales Academias de la Historia, de Ciencias y de Medicina, Profesor de la Universidad Central.

Excmo. Sr. D. Francisco Coello y Quesada, Académico de la Historia, Presidente de la Sociedad Geográfica, Vocal del Consejo de Filipinas.

Sres. D. José García Cabañas y D. Emilio Cano y Cáceres, Vicepresidentes de la Sociedad Colombina Onubense.

TESORERO

Sr. D. Miguel Vega Heredia de Tirado, propietario y ex-Alcalde de Huelva, Tesorero de la Sociedad Colombina Onubense.

SECRETARIO GENERAL

Sr. D. Justo Zaragoza, Académico de número, electo, de la Historia, honorario de la de Venezuela, de la de Geografía y Estadística de México.

VICESECRETARIO GENERAL

Sr. D. Eduardo Toda, Cónsul de España, escritor.

SECRETARIOS ADJUNTOS

Sr. D. Francisco Hernández Quintero, primer Secretario de la Sociedad Colombina Onubense y de la Económica de Amigos del País de Huelva.

Sr. D. Emilio Sánchez Hernández, segundo Secretario de la Sociedad Colombina Onubense y escritor.

Sr. D. Jesús Pando y Valle, escritor y del Centro Ibero-Americano.

Sr. D. Francisco Serrato, escritor.

Sr. D. Wenceslao E. Retana, escritor.

Sr. D. José Fernández Bremón, redactor de *La Ilustración Española y Americana*.

Sr. D. Manuel Tello Amondareyn, redactor político de *La Época* y Director de *La Revista de España*.

Sr. Director de *La Iberia*.

Sr. Director de *El Correo*.

Sr. Director de *El Imparcial*.

Sr. D. Juan de Quesada y Denis, Director de *El Día*.

Sr. D. Constancio Pérez y Pérez, Abogado, ex-Diputado á Cortes, etc., Director de *Las Ocurrencias*.

Sr. Director de *El Globo*.

Sr. Director de *El Liberal*.

Sr. D. Rafael Ginard de la Rosa, Doctor en Derecho, Director de *El País*.

Sr. D. Moisés García Muñoz, Doctor en Derecho y en Filosofía y Letras, redactor de *La Correspondencia de España*.

Sr. D. Juan P. Criado y Domínguez, Abogado, redactor de *La Unión Católica*.

Sr. Director de *El Correo Español*.

Sr. Director de *El Siglo Futuro*.

Sr. Director de *El Demócrata*.

Sr. D. José Marchena Colombo, redactor de *La Provincia*, de Huelva.

Sr. D. Sebastián Alonso y Gómez, ídem de *El Diario de Huelva*.

Sr. D. Antonio Ramos y de Mora, ídem de *El Conservador*, de ídem.

Sr. D. Pascual González Salazar Campo, ídem de *La Concordia*, de ídem.

Sr. D. Agustín Moreno y Márquez, ídem de *El Boletín de las Escuelas*, de ídem.

VOCALES DE LA JUNTA

Abella (Sr. D. Carlos), empleado en el Ministerio de Ultramar.

Abella (Sr. D. Marceliano), Oficial de la Interpretación de lenguas del Ministerio de Estado.

Aguiar (Excmo. Sr. Marqués de), ex-Consejero de Ultramar, Vocal del Consejo de Filipinas.

Aldama (Excmo. Sr. D. Mariano de), General de Brigada, Gobernador militar de Huelva.

Álvarez Guerra (Sr. D. Juan), ex-Consejero de Ultramar, escritor.

Antón y Ferrándiz (Sr. D. Manuel), escritor.

Arco (Sr. D. Luis del), Jefe de la Sección de Política de Europa y África en el Ministerio de Estado.

Arrieta (Excmo. Sr. D. Emilio), Vicepresidente primero de la Sociedad de Escritores y Artistas, Director de la Escuela de Música y Declamación.

Asenjo Barbieri (Excmo. Sr. D. Francisco), de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Asensio (Excmo. Sr. D. José María), escritor.

Baldasano y Topete (Sr. D. Manuel), General de Brigada de Infantería de Marina.

Barrantes (Excmo. Sr. D. Vicente), de las Reales Academias Española y de la Historia.

Barrera (Sr. D. Luis de la), Jefe de la Sección de Comercio en el Ministerio de Estado.

Bayo y Hernández Pinzón (Sr. D. Luis), Teniente de navío de primera clase.

Becerra (Excmo. Sr. D. Manuel), ex-Ministro de Ultramar.

Bel y Román (Sr. D. Horacio), Ingeniero y Catedrático, Vocal de la Sociedad Colombina Onubense.

Beltrán y Rózpide (Sr. D. Ricardo), de la Sociedad Geográfica, escritor.

Berrones Frías (Sr. D. Manuel), propietario, de Moguer.

Bonelli Hernando (Sr. D. Emilio), escritor y viajero.

Botella y de Hornos (Excmo. Sr. D. Federico de), Inspector general de Minas, Académico de Ciencias Exactas Físicas y Naturales.

Bravo (Excmo. Sr. D. Emilio), Presidente de Sala del Tribunal Supremo.

Bravo (Sr. D. Emilio), Abogado.

Bravo (Sr. D. Julio), Abogado Fiscal del Tribunal de lo Contencioso.

Bravo (Sr. D. Luis), escritor, ex-Secretario del Comité Internacional de la Unión Hispano-Americana.

Cancio Villaamil (Excmo. Sr. D. Mariano), Presidente fundador de la Unión Ibero-Americana.

Cánovas y Vallejo (Sr. D. Antonio), Diputado á Cortes, escritor.

Cañamaque (Excmo. Sr. D. Francisco), ex-Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, escritor.

Cañete (Excmo. Sr. D. Antonio), ex-Consejero de Ultramar, Vocal del Consejo de Filipinas.

Cárdenas (Excmo. Sr. D. José), Consejero de Estado.

Carazony (Sr. D. Félix J.), Gobernador de la provincia de Huelva.

Castelar (Excmo. Sr. D. Emilio), de las Reales Academias Española y de la Historia.

Castillo y Soriano (Sr. D. José del), Secretario de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Cerisola (Sr. D. Juan E.), Cónsul de Venezuela y del Paraguay en Huelva.

Colmeiro (Excmo. Sr. D. Miguel), Rector de la Universidad Central, Académico de Ciencias.

Comba y García (Sr. D. Juan), Secretario de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Conde y Luque (Excmo. Sr. D. Rafael), Catedrático de la Universidad Central.

Cortón (Dr. D. Antonio), Secretario de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Cuenca (Sr. D. Carlos Luis), de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Charrín (Sr. D. Acacio), Vocal de la Unión Ibero-Americana.

Dalmau (Sr. D. Ramón), Marqués de Olivart, escritor.

Fernández (Dr. D. Manuel), Arcipreste del partido eclesiástico de Huelva.

Ferrari (Sr. D. Emilio), Bibliotecario de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Ferreiro (Ilmo. Sr. D. Martín), Secretario general de la Sociedad Geográfica.

Foronda (Excmo. Sr. D. Manuel de), escritor, de la Sociedad Geográfica.

Fuensanta del Valle (Excmo. Sr. Marqués de la), Senador del Reino.

G. Solís (Sr. D. Protasio), Delegado ejecutivo de la Unión Ibero-Americana.

Galdo (Excmo. Sr. D. Manuel María José de), Director del Instituto del Cardenal Cisneros.

Gamazo (Sr. D. Germán), ex-Ministro y ex-Presidente del Consejo de Ultramar.

Gandarias (Sr. D. Justo), Vocal de la Unión Ibero-Americana.

García Galbán (Sr. D. Ramón), de la Unión Ibero-Americana.

García Moreno (Sr. D. Alejo), Doctor en Filosofía y Letras, publicista.

García Ramos (Sr. D. Antonio), Vicecónsul de México en Huelva.

García Tuñón (Sr. D. Jovino), Vocal de la Unión Ibero-Americana.

Gibert (Sr. D. Pablo), de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Gómez de Arteche (Excmo. Sr. D. José), de la Real Academia de la Historia, Vocal del Consejo de Filipinas.

González de Vera (Excmo. Sr. D. Francisco), Jefe del Archivo Histórico Nacional.

González Araco (Sr. D. Manuel), de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Guerra y Alarcón (Sr. D. Antonio), de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Hernández y López (Excmo. Sr. D. Antonio), Diputado á Cortes.

Hernández Pinzón y Balleras (Sr. D. José Luis), ex-Diputado provincial de Huelva.

Hernández Pinzón (Excmo. Sr. D. Pedro), de la Sociedad Colombina Onubense.

Hernández Pinzón (Excmo. Sr. D. Juan), de la Sociedad Colombina Onubense.

Hernández Quintero (Sr. D. José), de la Sociedad Colombina Onubense.

Herrera (Sr. D. Adolfo), escritor.

Íñigo (Sr. D. Florencio), Jefe de la Sección de Política de América y Asia en el Ministerio de Estado.

Íñiguez Hernández Pinzón (Sr. D. Rafael), de la Sociedad Colombina Onubense.

Jiménez y Jiménez (Sr. D. Francisco), Vocal de la Sociedad Colombina Onubense, ex-Alcalde de Huelva.

Jiménez de la Espada (Sr. D. Marcos), Académico de número, electo, de la Historia.

Jiménez y Jiménez (Sr. D. Gregorio), Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País de Huelva.

Jimeno y Domínguez (Sr. D. Justo), ex-Diputado provincial y socio de la Colombina Onubense.

Jordana y Morera (Sr. D. José), escritor.

Jordana y Morera (Sr. D. Ramón), escritor.

Labra (Ilmo. Sr. D. Rafael María de), escritor público, Diputado á Cortes.

Lasso de la Vega (Ilmo. Sr. D. Ángel), escritor, Vicepresidente de la Unión Ibero-Americana y de la Sociedad Económica Matritense.

León y Castillo (Excmo. Sr. D. Fernando), ex-Ministro de Ultramar.

López Hernández (Sr. D. Rafael), Médico y escritor, Vocal de la Sociedad Colombina Onubense, Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Huelva.

López Ortiz (Sr. D. José), ex-Presidente del Excelentísimo Ayuntamiento de Huelva.

Madrazo (Excmo. Sr. D. Pedro), de la Real Academia de la Historia.

Maldonado Macanaz (Excmo. Sr. D. Joaquín), ex-Consejero de Ultramar, Vocal del Consejo de Filipinas.

Maluquer y Salvador (Sr. D. José), Vocal de la Unión Ibero-Americana.

Marchena Colombo (Sr. D. José), Vocal de la Socie-

dad Colombina Onubense, Vicepresidente del Ateneo de Huelva.

Marín (Excmo. Sr. D. Luciano), ex-Consejero de Ultramar.

Marqués de la Habana (Excmo. Sr.), ex-Ministro de Ultramar.

Martín Vázquez (Sr. D. Manuel), Abogado, Presidente del Ateneo.

Martínez (Sr. D. José Pablo), Cónsul de Honduras en Huelva.

Moliní (Sr. D. Luis), Ingeniero Director de las obras del puerto de Huelva.

Montes Sierra (Sr. D. Antonio), Presidente de la Audiencia de lo criminal de Huelva.

Moreno y Soldán (Sr. D. Juan), Presidente de la Excelentísima Diputación provincial de Huelva.

Moreno y Villafranca (Sr. D. Luis), Cónsul de la República del Ecuador.

Moret y Prendergast (Excmo. Sr. D. Segismundo), ex-Ministro de Ultramar.

Morlesín (Sr. D. Juan), Abogado.

Mur y Vilanova (Sr. D. José), Abogado.

Navarro Reverter (Ilmo. Sr. D. Juan), Diputado á Cortes.

Navas (Sr. Conde de las), Vocal de la Unión Ibero-Americana, escritor.

Neira Flórez (Ilmo. Sr. D. Gerardo), ex-Diputado á Cortes, Jefe de Sección del Ministerio de Gracia y Justicia.

Nombela (Sr. D. Julio), de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Novo y Colson (Sr. D. Pedro), Teniente de navío, escritor.

Ochoa Parias (Sr. D. Juan), Ingeniero de la provincia de Huelva.

Ojeda (Sr. D. Ismael), Oficial del Ministerio de Ultramar.

Olanda (Sr. D. Luis), Ingeniero de la provincia de Huelva.
Ossorio y Bernard (Sr. D. Manuel), de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Palacio (Excmo. Sr. D. Manuel del), Jefe de la Sección de Archivo y Biblioteca del Ministerio de Estado.

Paliza (Ilmo. Sr. D. Manuel de la), escritor, de la Sociedad Colombina Onubense.

Paz (Sr. D. Abdón de), escritor.

Paz y Melia (Sr. D. Antonio), escritor, del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios.

Pazo de la Merced (Excmo. Sr. Marqués del), ex-Ministro de Ultramar, de Hacienda y de Estado, Ministro de la Gobernación.

Pérez de Guzmán y Boza (Sr. D. Juan), Duque de T'Serclaes, bibliófilo.

Pérez de Guzmán y Boza (Sr. D. Manuel), Marqués de Xerez de los Caballeros, bibliófilo.

Pérez de Guzmán (Sr. D. Juan), escritor.

Pi y Margall (Excmo. Sr. D. Francisco), escritor.

Pirala (Excmo. Sr. D. Antonio), escritor.

Puebla (Sr. D. Dióscoro Teófilo), Vicepresidente segundo de la Sociedad de Escritores y Artistas, Académico de Bellas Artes.

Pujazón (Sr. D. Antonio), Vocal de la Sociedad Colombina Onubense, Capitán de fragata.

Rato (Ilmo. Sr. D. Apolinar de), escritor.

Rico y Sinovas (Excmo. Sr. D. Manuel), Catedrático de la Universidad Central.

Rico (Sr. D. Bernardo), de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Rodríguez Villa (Sr. D. Antonio), del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, escritor.

Rubio y Sánchez (Sr. D. José), Ingeniero Jefe de la provincia de Huelva.

Ruiz de Salazar (Excmo. Sr. D. Emilio), Catedrático de la Universidad Central, escritor.

Ruiz Capdepón (Excmo. Sr. D. Trinitario), ex-Ministro de Ultramar.

Sáenz y Medrano (Sr. D. José), Abogado.

Salamero (Sr. D. José), Presbítero.

Sánchez Bustillo (Excmo. Sr. D. Cayetano), ex-Ministro de Ultramar.

Sancho Rayón (Sr. D. José), del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios.

Santa María (Sr. D. Braulio), escritor.

Seguí (Sr. D. Julio).

Soler y Casajuana (Sr. D. Luis), Abogado, Secretario de la Sociedad de Escritores y Artistas, redactor de *El Día*.

Solier (Sr. D. Leopoldo), Secretario de la Universidad Central.

Soto (Sr. D. Pedro de).

Sundheim (Sr. D. Guillermo), Cónsul de Alemania en Huelva, Banquero, ex-Vicepresidente de la Colombina Onubense.

Sundheim Lindeman (Sr. D. Adolfo), Abogado y Vicecónsul de Rusia.

Terán (Sr. D. Francisco), Ingeniero de la provincia de Huelva.

Uhagón y Guardamino (Sr. D. Francisco), Secretario general de la Sociedad de Bibliófilos españoles.

Valera (Excmo. Sr. D. Joaquín), Jefe de la Sección de Cancillería del Ministerio de Estado.

Valero de Tornos (Sr. D. Juan), escritor.

Vandewalle (Sr. D. Santiago), Académico correspondiente de la Historia.

Vargas (Sr. D. Julio), de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Vázquez Queipo (Excmo. Sr. Vicente), de la Real Academia de la Historia.

Vázquez López (Excmo. Sr. D. Manuel), Senador del Reino, banquero, Vocal de la Sociedad Colombina Onubense.

Vázquez Cárdenas (Sr. D. Felipe), Diputado provincial por Huelva, de la Colombina Onubense.

Vergara (Excmo. Sr. D. Mariano), escritor.

Vidart (Sr. D. Luis), de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Zabalza (Sr. D. Dámaso), de la Sociedad de Escritores y Artistas.

Zarco del Valle (Ilmo. Sr. D. Manuel), Bibliotecario de S. M., escritor.

PRIMERA SESIÓN—(PREPARATORIA)

VIERNES 7 DE OCTUBRE DE 1892, Á LAS OCHO Y MEDIA
DE LA MAÑANA

La Secretaría de la Junta organizadora del IX.º Congreso Internacional de Americanistas, que estuvo funcionando en Madrid desde el 30 de Diciembre de 1890, trasladóse á la ciudad de Huelva á mediados de Septiembre de 1892, para recibir á los congresistas y preparar la inauguración de las sesiones, anunciada para el viernes 7 de Octubre.

Llegado este día, y respondiendo los Delegados oficiales de las naciones á la invitación que previamente se circuló por la Secretaría, reuniéronse á las ocho y media de la mañana en la Sala de Juntas de la casa del Círculo Mercantil y Agrícola de aquella ciudad, situada en la calle de Ricos, núm. 8, bajo la presidencia del Excmo. Sr. Don Antonio María Fabié, para tratar del acto inaugural del Congreso, de la constitución de la Mesa y de la designación de las personas que habían de formar el Consejo Central.

Después de ser presentados al Sr. Fabié por el Secretario general, D. Justo Zaragoza, y por el Vicesecretario, don Eduardo Toda, los representantes oficiales de los Gobiernos de Europa y de América, abrióse la Sesión Preparatoria.

ria. El Presidente, Sr. FABIÉ, invitó al Sr. Hamy, Vicepresidente que fué en el anterior Congreso de Americanistas reunido en París para que, siguiendo la costumbre establecida, se sirviese hacer algunas manifestaciones acerca de aquel Congreso en relación con el actual; pudiendo emplear para el caso, según estaba admitido en estas reuniones políglotas, el idioma que tuviera por conveniente.

El Sr. HAMY limitóse á recordar la relación y el orden que debían observarse en los trabajos encomendados al Congreso que en aquel momento se reunía.

Replicó el Sr. FABIÉ que entendía cumplida la fórmula desde el instante mismo en que se acordó que el señor Presidente de Honor del Congreso y á la vez Presidente del Gobierno, llevando la representación personal de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, y en su nombre la de su Augusta Madre la Reina D.^a María Cristina, usaría de la palabra para dar á los congresistas la bienvenida; pero como alguno ó algunos de los representantes oficiales debían contestarle, proponía que el Delegado del Ministerio de Instrucción pública, Mr. Lucien Adam, lo verificase en nombre del Gobierno francés, y que el Sr. Hamy dedicara algunas frases á la memoria del ilustre Presidente del 8.º Congreso, Mr. de Quatrefages, perdido para la ciencia recientemente.

El Sr. GUIDO CORA, Delegado del Gobierno de Italia, se adhirió á las manifestaciones del Presidente, Sr. Fabié, lo mismo que Mr. DÉSIÉRE PECTOR, Secretario general que fué del Congreso de París, y ahora Delegado oficial de la República de Nicaragua. Después de una discusión en que además de los señores nombrados tomaron parte el señor D. Antonio A. Ramírez Fernández Fontecha, Delegado del Gobierno de la República de Honduras, y el Sr. D. Ricardo Palma, Representante de la del Perú, se acordó por unanimidad que al discurso del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros y Presidente de Honor de la Junta Organizadora del Con-

greso, contestarían: Mr. Lucien Adam, en nombre del Gobierno francés, patrocinador del 8.º Congreso de Americanistas; Mr. Hamy, representante en éste; el Sr. Guido Cora, como representante por la patria de Cristóbal Colón, y el Sr. D. Ricardo Palma, en nombre y representación de todas las naciones americanas que debieron al gran descubridor la civilización que tan brillante porvenir las tiene señalado.

El Presidente, Sr. FABIÉ, manifestó seguidamente que terminando la Junta Organizadora su misión desde el momento mismo en que el Congreso se reunía y asumía como verdaderamente soberano todas las atribuciones resolutivas, dejaba al libre arbitrio de los Sres. Delegados la designación de las personas que hubieren de formar la Mesa definitiva y el Consejo Central con arreglo á los Estatutos; rogando á la vez á todos los señores presentes que dejaran nota de sus nombres y de la nación que representaban para conocimiento de la Secretaría. Esta leyó entonces la lista de los Delegados oficiales, presentes á la sazón en Huelva, que habían de ocupar las vicepresidencias del Congreso y los puestos de vocales del Consejo Central, para que los individuos de la Junta Preparatoria acordasen si podía enviarse á la imprenta en la forma que se proponía, y darse á conocer en la sesión del siguiente día.

Acordado de conformidad y que continuasen en sus cargos de Presidentes, Secretario y Vicesecretario los de la Junta Organizadora, declaróse que la Mesa quedaría constituida en esta forma:

PRESIDENTE DE HONOR

Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros.

PRESIDENTE

Excmo. Sr. D. Antonio María Fabié, ex-Ministro de Ultramar.

VICEPRESIDENTES

Mr. Lucien Adam, Delegado oficial del Ministerio de Instrucción pública de Francia.

Excmo. Sr. D. Francisco Coello y Quesada, Presidente y Delegado de la Sociedad Geográfica de Madrid.

Sr. Profesor Guido Cora, Delegado oficial de Italia.

Excmo. Sr. D. F. Xavier da Cunha, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos del Brasil.

Sr. Doctor Gustave Hellmann, Vicepresidente y Delegado de la Sociedad Geográfica de Berlín.

Excmo. Sr. Barón A. E. Nordenskiöld, Delegado oficial de Suecia.

Sr. Doctor G. Storm, Delegado oficial de Noruega.

Sr. D. Ricardo Palma, Delegado oficial de la República del Perú.

Mr. Désiré Pector, Delegado oficial de la de Nicaragua.

Sr. Doctor Albrecht Penck, Delegado del Ministerio Imperial y Real de Instrucción pública de Austria.

Excmo. Sr. D. Manuel María Peraltá, Ministro Plenipotenciario de Costa Rica.

Sr. Profesor A. Pierson, Delegado oficial de los Países Bajos.

Sr. Doctor D. Ernesto Restrepo Tirado, Delegado oficial de Colombia.

Sr. D. José Sánchez Mora, Presidente de la Sociedad Colombina Onubense.

SECRETARIO GENERAL

Sr. D. Justo Zaragoza.

VICESECRETARIO GENERAL

Sr. D. Eduardo Toda.

TESORERO

Excmo. Sr. Marqués de Urquijo.

CONSEJO CENTRAL

<i>Alemania</i>	Sres. Fastenrath (J.). Künne (Carl). Seler (Ed.).
<i>Colombia</i>	Koppel (B.).
<i>Costa Rica</i>	Fernández Ferraz (Sr. D. J.).
<i>Dinamarca</i>	H. d'Irgens Berg (Alfr.).
<i>Estados Unidos</i> .	Culin (Stewart). Warren Currier (Ch.). Conde de Loubat.
<i>Francia</i>	d'Abbadie (A.). Barón J. de Baye. Doctor Hamy (E. T.). Marcel (G.). Oppert (Jules).
<i>Italia</i>	Panizzardi (A. Mario).
<i>Suiza</i>	Doctor Haefliger (J. F.).
<i>Madrid</i>	Jordana Morera (Sr. D. R.).

<i>Barcelona</i>	Martí Gofau (Sr. D. D.).
<i>Huelva</i>	Hernández Quintero (Sr. D. F.).
	Marchena Colombo (Sr. D. J.).

El Presidente Sr. FABIÉ dió las gracias á los señores Delegados presentes por la molestia que se habían tomado asistiendo á la reunión en hora tan poco usada, y rogándoles que se dirigieran cuanto antes á la ría, en donde les esperaba el vapor *Luis Pinzón*, para llevarlos al muelle de la Rábida. Así lo hicieron al terminar el acto, que fué á las ocho y cuarenta y cinco minutos.

SEGUNDA SESION—(INAUGURAL)

VIERNES 7 DE OCTUBRE, Á LAS DOCE DE LA MAÑANA

Para el solemne acto de la inauguración del IX.º Congreso Internacional de Americanistas se eligió el venerando Monasterio de Santa María de la Rábida. En el ala occidental del histórico claustro, llamado por los naturales del país PATIO DE ISABEL LA CATÓLICA, se colocó el estrado, en el que, á la hora del mediodía, fué ocupada la presidencia por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros y de Honor del Congreso Americanista, teniendo á su derecha á los Ilustrísimos Sres. D. Fray Francisco Sáenz de Urturí, reverendo Obispo de Badajoz, y D. Félix Carazony, Gobernador de la provincia de Huelva; al Excmo. Sr. Barón de Nordenskiöld y á los Sres. Lucien Adam, Dr. Hamy, Guido Cora, D. Ricardo Palma y D. Eduardo Toda, y á su izquierda á los Excmos. Sres. D. Fernando Primo de Rivera, Marqués de Estella, y D. Antonio María Fabié, y á los Sres. D. Rafael López Hernández, Alcalde del Ayuntamiento de la ciudad de Huelva; D. Juan M. Prieto, Alcalde de la villa de Palos; D. José Sánchez Mora, Presidente de la Sociedad Colombina Onubense; D. Manuel García Viejo, Arcipreste de Huelva; Mr. Désiré Pector, Secretario del Con-

greso Americanista de París, y D. Justo Zaragoza, Secretario del actual Congreso. Y así que los Delegados oficiales de las naciones, los congresistas y las personas invitadas al acto ocuparon sus asientos, en las sillas del patio y de los claustros donde aún no daba el sol, el **SR. PRESIDENTE DEL CONSEJO** pronunció este discurso (1):

SEÑORAS Y SEÑORES:

En nombre de S. M. la Reina Regente de España, tengo el honor de inaugurar las sesiones de esta novena reunión internacional de Congresos americanistas. Ha tenido ya S. M. el gusto de presidir otra reunión, la cuarta, que tuvo lugar en Madrid, acompañada entonces de su insigne y malogrado esposo (q. s. g. h.) D. Alfonso XII. Con suma satisfacción hubiera acudido esta vez también á la sesión primera; pero, ya que no le haya sido posible por motivos varios, puedo dar al Congreso la esperanza de que no terminarán sin que presida alguna de ellas.

No sé si para ostentar aquí representación tan alta, y para presidir un Congreso como éste, en que figuran tantas y tantas personas ilustres, hubiera debido escoger yo, en verdad, el humilde recinto donde os encontráis, teniendo por techo, en vez de artísticos artesonados, la desnuda bóveda del cielo, aunque claro está que no cabe más bello, ni lo puede haber más digno, y que más prepare el alma al entusiasmo. (*Muy bien, muy bien. Aplausos.*) Pero ¿qué queréis? Sin perder de vista por sólo un instante que representáis vosotros á la ciencia, ante todo moderna y progresiva; sin olvidar que, en su magnífico vuelo, supe-

(1) Este discurso se publica por primera vez íntegramente, aunque se hayan dado ya á luz más ó menos fieles extractos.

ra hoy ya la ciencia á cuanto han dejado tras sí los tiempos y que la plenitud de su vida será la plenitud de la gloria humana, lo pasado ejerce en mí y ejercerá entre vosotros, sin duda, un sentimiento de cariño y respeto parecido al filial. Por virtud de él, sin ir más lejos, hálleme yo atraído á tan humilde sitio, reliquia sagrada de la época y de los hombres que descubrieron á América; y pidoos perdón, señores, si erré en resolver que una al menos de las sesiones de este Congreso americanista, como toda nueva etapa en el progreso y el estudio de la geografía, de la historia y de otras ciencias conexas, se celebrara en el viejo claustro, que presencié las mayores inquietudes, como las primeras alegrías, de Colón, donde dió los primeros pasos hacia el porvenir el gran descubridor de ese Nuevo Mundo, en cuyo total estudio os empleáis todos. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

No hay duda que este edificio es por todo extremo humilde, sin ningún género de salvedad retórica. Hállase además, como habéis podido observar, en estado de restauración todavía, restauración que conceptúo será agradable á todos más adelante; aunque, no concluída aún, deje hoy algo que apetecer. ¿Pero es ó no verdad que, tal como es este edificio, perteneciente á la orden de San Francisco, no sólo tiene el sello de ésta, sino mucho de la originalidad y elegancia de otra edad, no obstante su manifiesta pobreza? Ocupando, desde el siglo XIII, estas vecinas y estrechas celdas, levantadas entre ruinas de edificaciones moriscas y probablemente de un verdadero templo árabe, los pobres franciscanos que en él protegieron á Colón, mercedamente le dieron un lugar señaladísimo en la historia universal, que nadie quiere ni puede sin duda disputarle.

Principalmente hay una página única, por lo interesante, entre las muchas oscuras de la crónica de este monasterio, que frecuentes veces ya se ha escrito y reproducido, pero que no sé yo si hay nadie capaz de trazar en toda

su trascendental elocuencia. Esa página (que al paso recuerdo, por lo mismo que no he de detenerme mucho en éste ni otro incidente alguno), esa página, digo, mejor que de ninguna otra fuente, debe á mi juicio sacarse de la más auténtica relación contemporánea que existe de los primeros sucesos. Refiérome á la declaración que en el pleito famoso entre la Corona y un sucesor de Colón prestó aquel modestísimo físico ó médico de Palos, que tanta parte alcanzó en el buen éxito de los proyectos del incomparable navegante. Vino de propósito Colón á la Rábida (aunque esto haya podido dudarse por la mala interpretación dada á una de las palabras de tal declaración hasta nuestros días, confundiendo la Rábida con *arribada*, cuando era aquélla la que estaba realmente escrita); vino por tal ó cual causa, que importa ahora poco, hasta la cruz levantada, cual hoy, enfrente de la puerta de este monasterio. No precisamente la misma, ni en el sitio donde actualmente existe, según se ha descubierto hace poco, porque difícilmente resiste la absoluta identidad de las cosas al tiempo, pero á la sazón situada á pocos pasos. Bien puede ser, como se cree, que al pie de ella se sentara Colón y descansase del camino andado; mas lo cierto es que desde allí se vino á este monasterio y tocó á la puerta, comenzando por pedir pan y agua para su pobre hijo, según parece. Luego entró, á no dudar, en este propio claustro en que estamos.

En dos de las visitas de Colón á la Rábida de que suele hacerse memoria, se pretende que acaecieron sucesos que acaso tuvieron lugar en una misma. Mas sea como quiera, Garci Ferrández, ó Hernández, físico y vecino de la próxima villa de Palos, que muy pronto visitaréis, testigo de inmediata referencia en unas cosas, de vista en otras, y fidedigno siempre, nos cuenta que al entrar Colón en el claustro para recibir sin duda el auxilio miserable que pedía y se le dió, pasaba por este sitio un fraile francisco, fray Juan Pérez, que se quedó sorprendido al oír hablar

á aquel hombre con acento extraño, y de extraordinario aspecto. Su sagaz mirada desde luego descubrió en él algo de único, y algo no conocido leyó súbitamente en sus ojos. Paróse á hablar con él, cada vez más aguijada su curiosidad, y á los pocos momentos de conversación, el humilde pero no ignorante fraile, se hizo cargo de que estaba delante de un grande hombre. Aquel cenobita inmortal no tenía otro confidente en saber, otra persona de ciencia con quien comunicar un encuentro de tan sin par valor por su representación en la historia, que el médico de Palos, pueblo donde comprenderéis pronto que nunca más pequeño marco sirvió para cuadro más grande. Apresuróse, pues, á llamar al físico, al médico, depositario de su confianza, para hablar de las ideas de Colón; no tardó en acudir el buen hombre á la cita, y en cierto aposento al que debe de corresponder una de estas vecinas puertas (*señalando á la derecha*), que son las auténticas de la época, quizá biblioteca del convento, aunque tan exigua, quizá entonces principal celda, se juntaron luego los tres hasta allí oscuros personajes. Por una de esas puertecillas, miradlas, sea la que quiera, entraron, á no dudar, Colón, el fraile y el médico de Palos, y en aquella conferencia, verdaderamente inaudita, se decidió de veras, en suma, si no la suerte del Nuevo Mundo, de todos modos destinado á ser descubierto, la anticipación enorme al menos de su descubrimiento deliberado y científico, cuestión que, entregada al movimiento instintivo de la especie humana hacia lo útil, Dios sabe cuándo y cómo, por otros caminos, se hubiera llegado á resolver. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

¡Conferencia solemne, solemnísima, única en la historia, por su final importancia, al propio tiempo que tan modesta en la apariencia como ligeramente acabo de indicar! ¿Era ó no el fraile francisco de que se trata guardián del convento? ¿Medió en todo ello al cabo un solo fraile, ó mediaron dos cual ya parece indubitable? ¿Quién de los

dos acogió á Colón primero? ¿Cómo se llamaba el que primero le comprendió y protegió? ¿Cuál de los dos influyó en último término más? No esperaréis, señores, que me detenga á dilucidar aquí nada de eso. Otros han discutido ya y siguen discutiendo con erudición semejantes cuestiones. Básteme á mí recordar en este día inolvidable que de aquí salió más tarde una carta á la insigne Reina Católica, de un fraile que la conoció antes de venir al convento, y en cuyo ánimo, no sin motivo, se juzgaba influyente. De aquí salió también el modesto mensajero, montado en una mula, que llevó la tal carta, donde se anunció á la Reina Católica que aquí en la Rábida firmemente se creía en la seguridad del descubrimiento, pidiendo sólo escasos medios para realizarle. La magnánima y varonil Princesa recibió la carta y empezó por enviar á Colón recursos con que se vistiese de nuevo, que falta le hacía, poniéndose en disposición de comparecer en la corte. Llamó poco después al fraile de la Rábida, que en otro tiempo había sido su confesor, según algunos dicen, para conferenciar con él, y llamó también al propio Colón. Oyó á uno y á otro, consultó, meditó, vaciló, y con más ó menos dificultades (que ninguna cosa grande se ha hecho nunca sin más ó menos dificultades) decretó al fin la expedición, y el descubrimiento quedó asegurado. Todo esto lo sabéis cuantos me escucháis de sobra, y muchísimo más; pero ¿no es verdad que es gran gusto el hablar de ello y el oírlo entre estas paredes venerables? Pues no hay que añadir, ya que nadie tampoco lo ignora, que aquí mismo volvió Colón triunfante y glorioso de su incomparable empresa. Y cuando, dentro de breves instantes, os encontréis en Palos, tampoco podréis menos de recordar que en aquella playa (que espero que contempléis con emoción), que con los antepasados de aquellos pescadores, con barcos, si no construídos todos allí, dedicados al comercio de estos parajes, y con el auxilio de los buenos vecinos de la villa, auxilio importantísimo, esencial, sin el cual pa-

rece imposible que hubiera podido llevarse á cabo, se dispuso allí la memorable expedición. Reconoceréis allí, sobre todo, que sin la generosidad, la inteligencia y el valor de los hermanos Pinzones, nunca quizá se hubiera organizado la expedición, que el mismo Colón dejó reconocido que salió bien abastecida y con naves competentes para el caso. Haréis aquí y allí justicia á todos.

Nadie puede disputarle (¡locura fuera, aparte de insigne maldad!); nadie puede disputarle á Colón, repito, su supremo lugar en este suceso, ni su excepcional grandeza en la historia. Ninguna otra acción humana, por osada que fuese; ningún movimiento instintivo, por vivo y poderoso, por generoso y heroico que parezca; ninguna buena fortuna ó casualidad, mucho menos, podrá reputarse igual nunca á la vidente certidumbre de un pensamiento tamaño, y que con tan inconcebibles riesgos y tan sobrehumano valor se puso luego por obra. ¡Qué tiene de extraño, pues, que, sobreponiéndose á todas las controversias; á todas las burlas también, que burlas al principio merecen las originales ideas con frecuencia; haciéndose superior á todo y á todos; hablando con seguridad absoluta y ¡cómo no decirlo, si yo creo que en ello resplandecía el extraordinario mérito de Colón!, con soberbia sin par, declarase éste á quien quiera que el descubrimiento lo tenía hecho, sin ayuda de los Reyes, en su cabeza; que aquel Nuevo Mundo le pertenecía, desde antes de verlo por sus ojos; que por eso pedía precio y pactaba sobre él á modo de caudal que llevaba en su persona! Esta conjunción del pensamiento y la acción; aquello de hacer una propia cosa de la idea y de la empresa más oscuras; el conjunto de la conducta de Colón, en fin, no puede ser identificado, no, con ningún otro hecho humano: no cabe que lo sea intelectual ó materialmente. Y puesto que así Colón es tan único, nadie á su puesto puede acercarse, ni de lejos, en la historia. (*Estrepitosos y entusiastas aplausos.*)

Pero nada de eso impide, señores, que á la vista de es-

tos lugares; que, recorriendo como he recorrido yo antes de ahora estas humildes playas; que, mirando á la cara de sus moradores, descendientes algunos por línea recta, cual los propios apellidos muestran aún, de los que acompañaron á Colón; que, comparando, en fin, la pequeñez que nos rodea con lo grande que aquí tuvo origen, que de aquí salió, me sienta yo movido á mirar el suelo que piso en estas tierras con grandísimo respeto; y, en verdad os lo digo, no pueda menos de esperar que vosotros también saludaréis con íntima y profunda simpatía á todos sus hijos. ¿Seré ahora solo en tales sentimientos? No lo creo. (*Grandes aplausos.*)

No fué distinto el móvil, señores, de que pensase yo en la Rábida y en Palos desde el instante en que el Congreso Internacional de Americanistas de París acordó que se verificara una segunda reunión en España con motivo de este centenario, dispensándonos tan amable privilegio, sin duda originado por los servicios que había tenido ocasión de prestar España al mundo con el *descubrimiento* del opuesto hemisferio. Y no bien supe que se había dejado al Gobierno que tengo la honra de presidir la designación del punto de reunión, me decidí por estos lugares gloriosos, aunque hartos humildes.

(En esta parte suspendió el Sr. Presidente su discurso para invitar á varios congresistas á que se sentaran en otra parte, donde no les molestase el sol. Luego continuó.)

Deploro que la sugestión poética que me hizo á mí decidirme por que se reuniera en este claustro el Congreso Internacional de Americanistas, que nuevamente había de verificarse en España, haya tenido y tenga, no obstante, algunas pequeñas consecuencias desagradables, como la que ha dado lugar á esta interrupción. (*Risas.*) Pero no todo puede reunirse en este mundo, señores, y en la ocasión presente me hago cargo, como en muchas otras, de que el sentimiento de lo antiguo, de lo arqueológico, de lo pasado, de que los móviles poéticos, en suma, pue-

den muy bien estar reñidos con las necesidades ó exigencias de la realidad. (*Aplausos.*)

Lo cierto es, de todos modos, que por virtud de aquella sugestión, estamos reunidos aquí por única vez. En las sesiones sucesivas, en que habéis de empezar vuestros trabajos concretos, cuento ya con que os reuniréis en un local más apropiado para el estudio y aun para las discusiones. Y por demás dejo ya esclarecidas las causas por que desde el primer día me fijé en este claustro del Monasterio de la Rábida, en la villa de Palos, en los campos que la circundan y en todas estas playas tranquilas, para la inauguración del Congreso, y para festejar además, por parte del Gobierno de España, el cuarto centenario de Colón. Fáltame sólo añadir que no estoy, al veros aquí reunidos, ni un punto arrepentido de mi elección.

Más vivamente que antes, si cabe, entiendo ahora que la contemplación y la comparación, como dejo dicho, de lo grande del suceso que aquí nació y encontró forma material en qué actuarse, con la modestia misma de todo cuanto nos rodea, ha de producir al empezar hoy los festejos del Centenario sentimientos de tal naturaleza, que ningunas grandezas modernas ni ningunos recreos prodigados fuera de aquí podrían despertarlos parecidos. (*Muy bien, muy bien.*)

Y ahora, señores, permitidme que también espere y aun tenga la confianza más cierta en que los resultados del Congreso que aquí ahora abrimos han de igualar, si no superar, en frutos á los resultados de todos los anteriores.

Magnífica idea fué la creación de dichos Congresos en una ilustradísima nación vecina; tal idea ha sido aceptada después por el mundo entero; nueve veces ya con ésta se reúnen semejantes asambleas, y cada una de ellas ha sido señalada con nuevos pasos adelante en el siempre difícil, dificultísimo camino del conocimiento de la verdad, y muy particularmente por lo que toca á las cosas de América. Muchos otros Congresos han de celebrarse todavía, y

cada cual de ellos señalará de seguro por igual modo un nuevo triunfo ó varios triunfos. Pero la verdad es tan compleja, y cualquiera verdad general encierra en sí tantas verdades particulares, que bien podemos prever que para cumplir con sus altos fines, la vida de estos Congresos habrá de ser larga, muy larga, quizá perpetua. Repítense frecuentemente sus temas, aunque de vez en cuando se renueven y acrezcan también; mas ¿cómo no se han de repetir, en verdad, si cada repetición ofrece una nueva faz del asunto, si cada repetición significa otra proyectada depuración de la verdad que se controvierte y dilucida? Así es que nadie ha de extrañar que en el programa de este Congreso figuren tantos temas conocidos y discutidos otras veces. Algunas de las Memorias presentadas por los individuos que pertenecen al Congreso americanista, y que se hallan sobre la mesa, tratan asimismo de puntos de historia y de geografía, debatidos ya anteriormente, como, por ejemplo, la determinación del nombre de «América.» Más así conviene, sin duda, pues que la verdad no está totalmente todavía descubierta en este punto, y estas verdades de hecho en que interviene poco la razón, si suelen adquirir más fijeza al fin, difícilmente se presentan al entendimiento desde luego con aquella claridad de la verdad pensada con que se presentó ante la inteligencia del gran Colón, felizmente, la existencia de otro hemisferio. No hay más remedio, pues, que multiplicar los ensayos, que acumular los trabajos. Tan sólo con el tiempo, y después de agotadas todas las fases, indicios y aun probabilidades de un hecho determinado, es cuando, por lo común, cabe llegar á su conocimiento completo, haciéndose la verdad indiscutible.

Trabajad una vez más, señores, con tal intento; que eso os foca, que á eso habéis venido aquí; y puesto que tenéis ya tan acreditadas en las cosas de América vuestras aptitudes especiales, trabajad con el celo, ¡qué digo, con el celo! trabajad con el entusiasmo de siempre, con el ar-

diente fervor con que lo habéis hecho hasta ahora. Hombres preclaros cuenta este Congreso, y aun alguno he llamado á sentarse á mi lado que de cerca sigue la gloriosa senda de Colón con bien conocidos descubrimientos. Otros sois también célebres ya en las ciencias que sirven de guías para descubrir nuevas verdades de geografía y de historia, que formarán parte de la ciencia una y universal.

Y, por lo demás, si todo esto se anuncia aquí de una manera dichosa; si todo esto debe ahora regocijarnos, por las esperanzas que lícitamente abrigamos de buen éxito, también es forzoso que á nuestros oídos suenen notas tristes, como con lo fausto siempre las hay mezcladas en todo lo humano. Con dolor tiene la Mesa que anunciaros oficialmente la pérdida de algunas personas ilustres que pensaban asistir á este Congreso. Debéis sin duda sospechar todos que se proponía ser de los que no faltasen el Emperador D. Pedro de Braganza, hombre, como nadie ignora, mucho más amante de las glorias pacíficas de la ciencia que de las del poder. Harto sabéis ya que aquel hombre insigne, sabio entre los sabios, que presidió el antecedente Congreso en París, Mr. de Quatrefages, antropólogo cuyo nombre basta citar sin más encarecimiento, nos falta asimismo, después de haber mantenido conmigo, respecto á algunos accidentes que no son ahora del caso, una ligera correspondencia que me hizo abrigar la esperanza de su compañía.

Ni son solos los dos: otro hombre tan famoso como el grande orientalista y estilista Renán, ha bajado igualmente al sepulcro estos días. También ha fallecido el Conde Flaux, diplomático francés de mucho saber y amabilísimo trato. Por último, otra persona ha muerto que entre nosotros gozaba de suma estima por su vasta erudición, el Sr. D. Manuel Cañete, individuo de varias de nuestras Academias y que debió serlo de este Congreso.

Cumplo, repito, el triste deber de daros cuenta de estas dolorosísimas ausencias.

Quiere decir que los muchos hombres de mérito que aquí quedan les reemplazarán dignamente, aunque con pena, y que todo lo que aquellos sabios inolvidables hubieran podido hacer se hará, no obstante. Hállanse aquí felizmente personas que sabrán suplir su falta.

Y voy, señores, á concluir, porque los discursos de estas sesiones tienen límites determinados, exigiéndose que sean breves y concretos, y no parece que sea lícito que dé yo el mal ejemplo de dilatar tales límites, de modo que para otros oradores parecieran injustos con razón. Voy á concluir, además, porque creo que, para declarar abierto el Congreso Internacional Americanista (como en nombre de S. M. la Reina Regente lo declaro ahora), quizás no se necesitaban tantas palabras cuantas ya he pronunciado.

Terminaré, por tanto, diciendo: bien venidos seáis á esta antigua y venerable cuna del descubrimiento de América; bien venidos seáis á esta tierra clásica de los primitivos recuerdos del descubrimiento; bien venidos seáis, por fin, á esta nación española, que siempre ha sabido hacerse amar de los extranjeros que en muchas ocasiones han venido á ella, no por contribuir á su gloria solamente, sino á la gloria universal. (*Grandes y ruidosos aplausos.*)

Terminada la aplaudidísima improvisación del Sr. Cánovas del Castillo, Presidente de Honor del Congreso, hizo uso de la palabra el representante del Gobierno de la República francesa, Mr. LUCIEN ADAM, diciendo:

MONSIEUR LE PRESIDENT,

En m'appelant à prendre la parole immédiatement après vous, vous avez voulu honorer la France, qui a pris l'initiative d'inviter les américanistes à se réunir périodiquement

pour se mieux connaître et s'entraider: vous avez aussi voulu honorer la ville de Nancy, où la première session de notre Congrès s'est tenue; enfin, Mr. le President, avec une generosité et une courtoisie vraiment castillanes, vous avez voulu récompenser celui qui a organisé cette session, du succès de laquelle dépendait l'avenir d'une institution scientifique aujourd'hui prospère, je pourrais dire triomphante.

J'ai le très vif regret, Mr. le President, de ne pouvoir pas vous exprimer dans votre magnifique langue, combien je suis reconnaissant et heureux de l'hommage ainsi rendu, en mon humble personne, à ma patrie et à ma cité natale.

MESDAMES, MESSIEURS,

J'ai mieux compris Colomb depuis qu'il m'a été donné de visiter le monastère dans le cloître duquel nous sommes réunis. Ce n'est point par sa science, mais bien par la force indomptable de sa volonté que ce grand'homme a découvert le nouveau monde, et sa volonté a eu cette incomparable puissance par ce qu'il croyait sincèrement avoir reçu de Dieu une mission.

Il en a été de lui comme de notre Jeanne d'Arc; tous deux ont été à la peine pour accomplir des taches qui leur étaient imposées par des voix intérieures.

Qu'il me soit permis de poursuivre un moment, entre deux heros dont la conscience populaire a fait des candidats à la sainteté, une comparaison qui m'est chère.

Colomb n'était point, par sa naissance, un fils de l'Espagne, à laquelle il a donné un monde; et Jeanne, bien qu'on a tenté de le nier, était une fille de la Lorraine, alors autonome.

S'il faut en croire les historiens, Colomb aurait été chargé de fers et serait mort dans une lamentable obscurité.

La fin tragique de la *bonne lorraine* n'est que trop certaine.

C'est seulement après que quatre siècles se sont écoulés, que l'Espagne célèbre le glorieux anniversaire de la découverte; au siècle dernier Jeanne a été outragé en France, et c'est d'hier que nous avons entrepris de venger sa mémoire par d'éclatants hommages.

Je m'arrête sur cette pensée, que les fils ont l'imperieux devoir de réparer les fautes commises par leurs pères, et que les nations s'honorent en decernant de publics honneurs à ceux que Dieu leur a envoyés, soit pour accroître leur puissance, soit pour les sauver. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

Seguidamente habló Mr. HAMY en representación del 8.º Congreso de Americanistas, celebrado en París en 1890, cuyo Vicepresidente fué, y dijo lo siguiente:

EXCELLENCE, MESDAMES, MESSIEURS:

L'honneur de parler dans cette vénérable enceinte et devant ce monde de savants, au nom du Congrès des Américanistes, devait naturellement revenir au savant illustre et bon qui avait présidé la dernière session, à la fois avec tant d'autorité et tant de bonne grâce. Dans des termes qui m'ont profondément touché et qui ont été au cœur de mes compatriotes ici présents, Monsieur le Président du Conseil a bien voulu rendre hommage à cet illustre savant dont nous avons, hélas! à déplorer la perte. M. de Quatrefages s'aurait fait un plaisir, et il me l'a souvent répété, de venir lui-même assister à ce centenaire de Colomb, dont'il appréciait la haute et noble signification. Une maladie cruelle et inattendue a enlevé cet homme illustre à la science, à ses amis et à ses élèves dans l'espace de moins de deux semaines.

Le volume que nous déposerons sur le bureau, le compte-rendu de la 8.^e session du Congrès des Américanistes, vous montrera à la première page le portrait de M. de Quatrefages, destiné, dans notre esprit, à fixer la reconnaissance des américanistes pour leur dernier Président. Nous aurions voulu ajouter le portrait d'un autre homme, qui nous avait été d'un grand secours à notre session de Paris, M. le docteur Jourdanet, dont les travaux sur les altitudes de l'Amérique, dont les excellentes traductions du Sahagun et des autres ouvrages espagnols ont été de précieuses contributions aux études américanistes en Europe: nous n'en avons pas eu le temps malheureusement.

Votre Comité dépose, en la personne de son premier Viceprésident, les pouvoirs qu'il avait reçus du Congrès précédent entre les mains de ceux qui veulent bien reprendre la glorieuse tâche de continuer à faire prospérer le Congrès des Américanistes. (*Grandes aplausos.*)

Inmediatamente el Sr. GUIDO CORA, Delegado oficial del Gobierno de Italia, previa la venia del Sr. Presidente, usó de la palabra en esta forma:

ECCELLENZA, SIGNORE E SIGNORI:

Nella circostanza in cui si celebra solennemente il IV Centenario della scoperta dell'America, non è parso fuor di luogo che dopo la lingua spagnuola fosse adoperata l'italiana, essendochè Colombo era italiano di nascita e di educazione, poi divenne spagnuolo per elezione e per riconoscenza.

Io non sono oratore e quindi male posso esprimere sentimenti digni di questa eletta adunanza; ma anche se lo fossi, la commozione dacui mi sento invaso, mi vieterebbe di trovare le parole più acconcie.

Nel suo splendido discorso S. E. il Presidente del Consiglio ha tracciato con sicura eloquenza, con piena conoscenza di causa, il cammino seguito da Cristoforo Colombo dal momento in cui venne a chiedere ospitalità nel convento della Rábida, sino a quello in cui confortato da validi appoggi poté sicuramente accingersi alla scoperta del Nuovo Mondo. Se il sig. Cánovas si sentiva commosso all'evocare quei sublimi ricordi del genio del grande uomo, io, come italiano, sentii in me una doppia commozione, anzitutto quella medesima provata dall'uditorio alla vivida esposizione dei fatti, all'interpretazione fedele delle idee di Colombo, poi la commozione di chi sente fortemente la riconoscenza verso una nazione amica, verso un popolo, verso una Regina pia ed illuminata, senza il di cui soccorso l'opera dell'immortale mio concittadino forse sarebbe stata di molto ritardata.

In questo luogo, sacro ad una delle più splendide fasi della storia dell'umanità, io provo quindi il bisogno di esprimere vivamente, in nome del mio Sovrano, del Governo italiano e di tutti gl'italiani, i profondi sentimenti di riconoscenza che l'Italia nutre e conserverà perennemente verso la Spagna, verso la seconda patria di Colombo.

E posto che ho parlato della Rábida, mi sia permesso ancora di aggiungere che se oggi ci è concesso di celebrare in questo luogo il IV Centenario della scoperta dell'America, se noi possiamo ricostituire colla nostra mente tutte le fasi per cui passò in questo sacro suolo il più grande dei navigatori ed esploratori preparandosi alla magnanima impresa, noi lo dobbiamo soprattutto all'iniziativa dell'illustre uomo che sta a capo del Governo della Spagna, a chi presiede oggi questo solemne concesso. A Cánovas del Castillo dobbiamo esprimere tutta la nostra riconoscenza per aver egli fatto sì che non solo fossero conservati a Palos ed alla Rábida quei resti chi ricordano specialmente il periodo colombiano, ma per aver disposto che alla conservazione genuina si accoppiasse quella restaurazione in-

telligente, che interpreta con fedeltà lo stilo dei tempi passati e ne continua le tradizioni.

Io esprimo quindi il convincimento pieno ed intero che il nome di Cánovas del Castillo debba di piena giustizia essere messo innanzi e ricordato perennemente fra coloro che maggiormente contribuirono a celebrare il IV Centenario della scoperta dell'America in modo veramente digno dei Colombo e della società civile dei nostri giorni. (*Aplausos repetidos.*)

El Sr. D. RICARDO PALMA, Delegado de la República del Perú, pidió la palabra al Sr. Presidente, y obtenida, se expresó de esta suerte:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Honrado por mis benévolos compañeros de Delegación para expresar ante vosotros el cordial cariño que abrigamos por la noble patria del Rey D. Alfonso XIII, os pido que me perdonéis mi insuficiencia para ser digno intérprete del alto sentimiento de confraternidad que anima á los pueblos americanos. La palabra humana, cuando se trata de fiesta como la presente, debería tener, por lo menos, toda la solemne majestad de un himno. ¡Bien hayan, señores, aquellos que nos han congregado para la celebración de un acto que sintetiza la verdadera, la única fórmula del progreso en el siglo que vivimos, siglo de pacíficas batallas en que son las ideas las armas poderosas de combate! Esa fórmula es la evolución perenne del espíritu, y la realizamos por medio de la asociación. ¡Gloria, pues, á España, que, madre afectuosa, ha convocado aquí, en tan humilde como augusto recinto, á las que fueron sus hijas y que hoy constituyen las jóvenes Repúblicas de América, y gloria también á ellas, que han acudido solí-

citas al cariñoso llamamiento de la caballeresca España, identificándose con ella en la glorificación del inmortal marino que, como Dios, sacara un mundo del misterio! (*Grandes y prolongados aplausos.*)

El Sr. PRESIDENTE: La lista de oradores está agotada; pero esto no obstante, me he permitido rogar que hable al Sr. Obispo de Badajoz, fraile franciscano, á quien oiréis con gusto, puesto que su Orden fué la que tuvo tanta importancia en el descubrimiento del Nuevo Mundo.

El Ilmo. Sr. D. FRAY FRANCISCO SÁENZ DE URTURI, reverendo Obispo de Badajoz, accediendo al ruego del Sr. Presidente, dijo:

SEÑOR PRESIDENTE, SEÑORAS Y SEÑORES:

Al abrir mis labios para hablar en este recinto que tiene por techo el azulado firmamento, conozco muy á las claras cuán grande es la honra que me cabe; pero al escucharme vosotros, comprenderéis perfectamente cuán crítica es mi situación en los momentos presentes. Lo mismo los señores que han hablado, como los que hayan de hablar, tienen un solo motivo siquiera grande para sentirse conmovidos; el español se mira como español, el francés como francés, el italiano como italiano; mas todos se unen en el mismo y único pensamiento que nos trajo aquí, celebrar la veneranda memoria de Cristóbal Colón en este convento que le acogió, alentó y auxilió en su empresa. Pero si el europeo ve en este sitio donde hoy nos congregamos un estribo del puente por donde se pasa á la América, si el americano contempla aquí su verdadera cuna, y todos miran á España, yo que soy español y como tal pienso y veo lo mismo que pensáis y veis vos-

otros en estos instantes, además de español soy hermano de aquel varón insigne de clara inteligencia y de virtud notoria que dió en este mismo convento un vaso de agua y un pedazo de pan á Colón para sostener las débiles fuerzas de aquel niño que traía consigo, de aquel su hijo querido, cariño de su alma y prenda de su amor.

Por esto, si todos los señores á quienes escuchasteis, dijeron sentirse emocionados, bien puedo yo decir que me siento dominado por especial emoción; porque al dirigir mi vista á este claustro hoy tan animado y tan honrado, puesto que en él se encuentran representantes de las cinco partes del mundo, figúraseme ver paseando por él en conversación animada á aquellos dos hombres, Colón y Marchena, á quienes debe la Europa el paso para América, la América su enlace con Europa, y uno de esos hombres, el P. Marchena, viste el hábito que por tantos años yo he vestido, cubre su cuerpo con la tan humilde como honrosa librea franciscana, llama Padre al mismo á quien yo llamo Padre, y ese religioso, el varón de la oración y de la penitencia, comprende al genio, descubre en la espaciosa frente de Colón surcada por arrugas prematuras algo de extraordinario, le oye con el mayor placer, y hasta le veo asentir á sus proposiciones, que á muchos habían de parecer aventuradas.

Dominado, pues, por esta viva emoción, quiero dar por un momento al olvido la inteligencia para inspirarme sólo en mi corazón, evocando recuerdos halagüeños para mí, y pagando una deuda de gratitud.

Creo que entre los aquí reunidos no todos pueden tener conocimientos tan exactos como los que he tenido ocasión de adquirir muy de cerca sobre las cordiales y afectivas relaciones que unen á España con las Repúblicas americanas, con esas naciones nuevas, como acaba de decirnos el que me ha precedido en el uso de la palabra. Y porque conozco gran parte de todas esas Repúblicas, he podido observar un afecto que se encuentra en todas ellas.

En las Pampas de la República Argentina, en las deliciosas costas de Chile, en los hermosos valles del Perú y del Ecuador, en los frondosos bosques del Paraguay y de la República Oriental, en las elevadas cumbres de los Andes, en aquellas montañas que con razón son llamadas el esqueleto del mundo, lo mismo que en las profundas cuencas del Plata y del Amazonas, en todas partes, donde quiera que el nombre de España se pronuncie, allí se ve una corriente de amor, de cariño, de verdadera simpatía.

Podrá haber un momento en que el recuerdo triste, bien sea de los años que transcurrieron del 1810 al 1825—años de lucha verdaderamente titánica de América con España,—ó algún otro parecido que se enlace con los sucesos de 1865 y 66, cuando por algunos instantes nos hubimos de olvidar de que éramos hermanos los unos y los otros, produzca algo semejante á lo que sucede en España cuando se habla de la nación francesa, al recordar las historias que nos contaron nuestros padres y nuestros abuelos en las largas noches de invierno, y se enfríe al parecer el corazón. Pero, creedme los que estáis aquí presentes, los que no sois americanos, los que no habéis cruzado el Atlántico: al decir en América «Yo soy español,» el que ha nacido en América se siente emocionado y halla satisfacción en poder exclamar: «Yo desciendo por mi padre ó por mi madre de españoles, como buscando un principio, un punto de partida de unión con España. Y esto es tan cierto, señores, que para mí constituye uno de los más gratos recuerdos que de allí guardo, y para enunciarlo no necesito frases retóricas ni galas oratorias. Yo debo hablar sin ambajes. Por lo mismo que soy español, debo decir que mi corazón está en América; allí he pasado los años más felices y más tranquilos de mi vida; en aquellas hermosas regiones patagónicas he contemplado el majestuoso vuelo del condor; y en aquellas altas cumbres de veinticuatro mil pies de altura sobre el nivel del mar, en aquellos picos en que nuestros pulmones pue-

den respirar con dificultad, y en que la arteria deja notar ciento treinta pulsaciones por minuto, hasta allí, hasta en aquellas alturas he visto y admirado que se siente con viveza y entusiasmo el amor á España.

Por esto, ilustres americanos, yo, que soy hijo de España, hijo de la Iglesia católica, hijo de la religión franciscana, saludo en nombre de esas tres madres á todos aquellos pueblos que parece surgieron del mar cuando Colón cruzó las aguas saladas. Yo saludo á los pueblos americanos, que son y serán siempre verdaderos hermanos nuestros, aunque sean hijos emancipados; aprovecho gustoso esta ocasión para pagarles de algún modo el cariño que me han profesado, y en los aquí presentes saludo afectuosa y cordialmente á los hijos todos de la joven América, á todos cuantos viven en el territorio comprendido entre Punta Arenas y el estrecho de Bering, entre los dos Océanos. Y deseo que este afecto que España siente hacia América y ésta hacia aquélla, este cariño de padres á hijos y de hijos á padres vaya siempre en aumento y sea el feliz resultado de la semilla que se sembró en este Monasterio, semilla que, por decirlo así, fué fecundada por el esfuerzo aunado de esas tres cabezas de que nos hablaba el ilustre Sr. Presidente de este Congreso americanista.

Aquella idea concebida y desarrollada entre Colón, el padre fray Juan Pérez y el físico Garci-Hernández, que dió por resultado la extensión de la lengua española á tan inmensos territorios, haga que esta lengua suene, no diré en todo el mundo, porque no soy egoísta y porque el imperio universal lo tiene la lengua de la Iglesia, sino que forme un solo pueblo en los afectos del corazón, y desde los confines de La Florida, desde el término de los Estados Unidos hasta el último punto de la Patagonia, hasta Punta Arenas y Tierra de Fuego se hable siempre la lengua hermosa de Cervantes, la sonora lengua española. Que en esta lengua repitan las madres á sus hijos las

primeras oraciones que eleven á Dios; que en ella enseñen los maestros á sus discípulos los primeros rudimentos de las letras que ilustren su inteligencia; que en ella los generales exhorten á sus soldados, y con sus frases enérgicas los conduzcan al combate y á la victoria; que en ella la palabra de verdad resuene en los templos y sostenga las relaciones entre Dios y el hombre; que en ella se enuncien todas las manifestaciones legítimas y honestas del pensamiento humano y sea el elemento de los cantares populares, el medio de transmisión de una á otra edad de nuestras tradiciones, de nuestra historia, de nuestra literatura; que unida así España con las Repúblicas americanas por la identidad de la lengua y del afecto, éstas miren á España, no diré con igualdad completa, pero sí como el hijo que se emancipó á los padres que le dieron el ser, y que si los americanos se sienten con virilidad—pues están quizás llamados como mundo nuevo á comunicar algo de su vida al antiguo—y nos ven en alguna ocasión débiles ó que no marchamos como debiéramos, recuerden que los pueblos tienen las mismas fases que los individuos, su nacimiento, adolescencia, juventud, virilidad y hasta decrepitud, que entonces nos tiendan su mano y nos comuniquen nueva savia y vitalidad, y de ese modo la lengua que aquí se habló, que se embarcó en las carabelas con Colón, que fué llevada á aquellas playas americanas, de cuya belleza y encanto sólo pueden formar idea los que las conocen, esa lengua que se habla en tantos y tan ricos Estados sea verdadero vínculo de unión entre ellos y la madre patria; que en ella y con ella los de allende y aquende el Atlántico todos nos postremos siempre de hinojos ante el lábaro glorioso de la Cruz, que bendecido aquí mismo por el P. Marchena, pasó de sus manos á las de Colón, y éste lo implantó en las tierras que descubrió; que ese signo glorioso, fuente de luz, de vida y de energía, sea el faro elevado que nos ilumine y la bandera sagrada que nos proteja, haciendo reinar en toda

la tierra la paz más completa y la verdadera felicidad.
(*Muy bien, muy bien. Grandes y prolongados aplausos.*)

El Sr. PRESIDENTE: Declaro abierto el IX.º Congreso Internacional de Americanistas en nombre de S. M. la Reina Regente. Se levanta la sesión.

Terminado el nutrido y prolongado aplauso con que fueron recibidas las últimas palabras del Sr. Presidente de Honor, pasaron los concurrentes á las mesas situadas en el restaurado refectorio del Monasterio y en los claustros altos del mismo *Patio de Isabel la Católica*, donde se sirvió un espléndido almuerzo, animado por la más franca y bulliciosa alegría. Á la hora del *champagne* pronunciáronse entusiastas brindis por Colón y fray Juan Pérez, por los Pinzones y el físico Garci-Hernández, por los marinos todos que contribuyeron al descubrimiento y por América y España.

Inmediatamente después del almuerzo se apresuraron los americanistas á tomar sitio en los carruajes que esperaban en la plaza del Monasterio ó en las embarcaciones atracadas al hermoso muelle construído recientemente en la confluencia de los ríos Odiel y Tinto, para ir á visitar en el puertecito de Palos el punto de partida de las carabelas que fueron al descubrimiento del Nuevo Mundo.

Allí se obsequió á los excursionistas con cervezas y con el refresco del país llamado sangría, y ya bien avanzada la tarde regresaron á Huelva complacidísimos y llevando grabada en el alma una de esas agradables impresiones que jamás se olvidan.

TERCERA SESIÓN

SÁBADO 8 DE OCTUBRE, Á LAS NUEVE Y MEDIA DE LA
MAÑANA

Presidencia del Excmo. Sr. D. Antonio M.^a Fabié.

Para que el IX.º Congreso celebrase sus sesiones ordinarias se eligió el gran salón de fiestas del Hotel Colón, adonde concurrieron los americanistas residentes en Huelva que, según las notas pasadas á la Secretaría de la Junta Organizadora, eran á la sazón los siguientes:

EUROPA. ALEMANIA.—Los Sres. G. Hellmann, Vicepresidente y Delegado oficial de la Sociedad de Geografía de Berlín; L. Contzen, Director del Gimnasio de Essen; el insigne literato J. Fastenrath y su ilustrada señora doña Luisa Goldman; el Doctor Wilhelm Joest, de la Sociedad Antropológica de Berlín; Baron Oppenkeim, de Colonia; Wilhelm Grempler, del Museo de Antigüedades de Breslau; F. F. Becker; C. Künne, de la Sociedad Antropológica de Berlín, y la Sra. Künne; el Doctor L. Neumann, profesor de la Universidad de Friburgo; Doctor E. Seler, del Real Museo de Etnografía de Berlín, y la Sra. Seler; Doctor J. Rein, catedrático de la Universidad de Bonn; Doctor Max Beneke; W. Schoulank, de la Sociedad Geográfica de Berlín; Doctor G. Wigmeer; Sr. Max Brauat y Von Fecideburg de Biedefeld.

AUSTRIA-HUNGRÍA.—Doctor Albrecht Penck, Delegado imperial y profesor de la Universidad de Viena.

BÉLGICA.—E. M. O. Dognée, Delegado oficial; Próspero Müllendorff, corresponsal de la *Gaceta de Colonia*.

DINAMARCA.—Doctor y capitán A. d'Irgens Bergh; V. d'Irgens Bergh, geógrafo viajero; L. Tegnier y Doctor Fabricius.

FRANCIA.—A. d'Abbadie; J. Oppert y Doctor Hamy, miembros del Instituto de Francia; D. Péctor, Secretario del 8.º Congreso de Americanistas, Delegado de la República de Nicaragua; Barón J. de Baye, de las Sociedades de la Historia y de Anticuarios de Francia; Marqués de Croizier, Delegado y Comisario de Francia en las Exposiciones Históricas de Madrid, etc.; L. Drapeyron, de la Sociedad Topográfica de Francia y Director de la *Revista de Geografía*, y Sra. Victorina Drapeyron; Barón Gastón Chandon de Briailles; P. L. Mederic Drouet, de las Sociedades de Anticuarios de Normandía y Secretario de la de Agricultura é Industria de Caen, etc.; F. Aranda; E. Adelus; Barón de Barghou de Fort Rion; H. Bourgery, de la Sociedad de Geología; G. Marcel, de la Biblioteca Nacional; Vizconde O. de Poli, ex-Prefecto; J. Florimond, Conde de Loubat; F. Pasquier, Archivero del Ariege; Marqués de Granges de Surgeres; Doctor D. I. Sánchez de Silvera, Médico, publicista, Cónsul de Colombia en Nantes; Doctor A. Bacqua; V. Riston, escritor é individuo de Sociedades científicas; A. Couret; E. de Debains; E. Valette; Doctor P. de la Grasserie, Juez del Tribunal de Rennes; A. Tejero, Vicecónsul de España en Carcasona; F. Estévanez; L. Adam, Presidente de Sala en el Tribunal de Rennes, Delegado oficial del Ministerio de Instrucción pública; A. Planté, Alcalde de la villa de Orthez, ex-Diputado, escritor y Presidente de la Comisión Pirenaica para la celebración del 4.º Centenario; L. Bauby, Abogado, Secretario de la misma Comisión Pirenaica; Srta. Marie Lecocq, escritora; D. Bikelas, Consejero de Administración de la

Biblioteca pública, Delegado del Sisogo literario griego de Constantinopla; E. Desortieux, Ingeniero de pólvoras agregado al Ministerio de la Guerra y Delegado de la Asociación literaria y artística internacional; Doctor Mossé, de la Facultad de Medicina de Toulouse; A. Contance; Doctor J. F. E. Chappel, corresponsal de *Le Figaro* en Huelva; G. Routier, literato é individuo de varias Sociedades de Geografía; P. Coquillard; Abate Cazauran; Abate L. La-Combe; J. Dupuis; De Suau de l'Escalette, Abogado del Tribunal de apelación de Toulouse, publicista; Doctor Jobert; H. Cordier, profesor de la Escuela de Lenguas Orientales; H. Certes y señora de Certes; Mr. H. Cordier y la Sra. Cordier; Mr. Pommières; L. Guignard, arqueólogo; A. Bouchet, Juez y Delegado del Comité de Clermont-Ferrand; A. Pommade; Conde de Saint Saud; Brazenery, Presidente del Comité del Centenario en Burges; Marqués Fayolle de Perigueux, arqueólogo; Hugues Krafft; P. Vibert, Presidente de la Sociedad de Topografía é individuo de otras muchas Sociedades científicas.

ITALIA.—Sres. Guido Cora, geógrafo, Delegado del Gobierno italiano, Profesor en la Universidad de Turín; F. Salvatori, Ingeniero, Delegado de la Sociedad Geográfica italiana; Doctor A. Bosco, Secretario de la Dirección general de Estadística é individuo de la Sociedad de Geografía; Doctor L. Bonelli, profesor de la Academia delle Scienze, Subdirector de la *Revista Internacional de los Sabios*; Doctor C. Turina; M. Panizzardi, Abogado; P. Laura; E. Modigliani; Steph. Sommier, Delegado de la Sociedad Antropológica de Florencia.

INGLATERRA.—Mr. W. Gulick y la Sra. Gulick; N. Darnell Davis, representante de la Guayana inglesa.

PAÍSES BAJOS.—Sr. A. Pierson, Delegado oficial del Gobierno holandés, Profesor de la Universidad de Amsterdam.

RUSIA.—Sra. Condesa Paulina Ouvaroff, Presidente de la Sociedad Arqueológica Imperial de Moscou, Delegada

de aquella Sociedad; las Condesas Srtas. Paulina y Catalina Ouvaroff, de la Sociedad Imperial de Ciencias Naturales, Antropología y Etnografía de Moscou, y el doctor Dekterew, médico de enfermedades nerviosas agregado al departamento de Medicina.

SUECIA Y NORUEGA.—Excmo. Sr. Barón A. E. Nordenskiöld, Profesor, Delegado oficial por Suecia; Doctor C. Bovalius, escritor de Suecia, y Doctor E. Storm, Delegado oficial por Noruega.

SUIZA.—Sres. A. Claparede, Delegado de la Sociedad Geográfica de Ginebra; E. de Saussure, escritor; J. Claparede; E. Strochlin, Profesor de la Universidad de Ginebra; J. F. Haefliger, Delegado de la Sociedad Geográfica de Berna y Cónsul general de Bolivia; Th. Zobrist, de Neuchatel.

AMÉRICA. REPÚBLICA ARGENTINA.—Sr. Dr. D. Ángel Justiniano Carranza, Delegado oficial, y D. J. V. Pereyra.

BOLIVIA.—Sr. D. Joaquín Herrero, Cónsul general.

BRASIL.—Excmo. Sr. F. X. Da Cunha, Ministro Plenipotenciario, Delegado general de los Estados Unidos del Brasil.

COLOMBIA.—Sra. D.^a Soledad Acosta de Samper, Delegada del Gobierno de la República; Srta. D.^a Blanca Samper; Sres. D. Ernesto Restrepo Tirado, Delegado del Gobierno de la República y Jefe de la Comisión de Colombia en las Exposiciones Históricas de Madrid; D. José Gaiibrois, Secretario de la Legación, Encargado de Negocios de la República en España; B. Koppel, Encargado de Negocios de la misma República en Dinamarca y Delegado para el Congreso de Huelva; D. Juan A. Zuleta, Cónsul de Colombia en Cádiz.

COSTA RICA.—Excmo. Sr. D. Manuel María de Peralta, Ministro Plenipotenciario de la República en Francia, Inglaterra y España; Sr. D. Juan Fernández Ferraz y don Francisco Montero Barrantes, Delegados oficiales del Gobierno de Costa Rica.

REPÚBLICA DOMINICANA.—Sr. D. José Ladislao de Escoriaza, Ministro Plenipotenciario de la República.

ESTADOS UNIDOS.—Sra. Zelia Nuttall, escritora y del Museo Peabody, de Cambridge, Massachusetts; Doctor G. H. Falkiner Nuttall, de Baltimore; Mr. Cutter, de Boston; Mr. Stewart Culin, Director del Museo de Arqueología y Paleontología de la Universidad de Pensilvania; Doctor J. W. Fewkes; J. G. Owens, Director del Museo Peabody; Excmo. Sr. Almirante J. B. Luce, Presidente de la Comisión de la República en la Exposición Histórico-americana; Sr. Mac Nutt, Encargado de Negocios de los Estados Unidos en España; Sr. Mac Carty, Teniente de navío, agregado naval á la Legación de Madrid; J. Douglas, Ingeniero de minas, Delegado de la Sociedad Geográfica de Nueva York; Walter Douglas, su hijo; R. W. Turner, Cónsul de la Gran República en Cádiz.

HONDURAS.—Ilmo. Sr. Doctor D. Antonio A. Ramírez F. Fontecha, Presidente del Consejo Supremo de Instrucción pública, Delegado oficial del Gobierno de la República; Ilma. Sra. D.^a Ángeles P. de Ramírez Fontecha; señor D. José Pablo Martínez, Cónsul de la República en Huelva.

MÉXICO.—Sr. D. L. Salazar, Ingeniero civil.

PARAGUAY.—Sr. D. Fernando Machain.

PERÚ.—Sr. D. Ricardo Palma, Delegado del Gobierno peruano en el IX.º Congreso y en las Exposiciones Históricas de Madrid; la Srta. D.^a Angelina Palma y D. Ricardo Palma, hijos.

URUGUAY.—Excmo. Sr. D. Juan Zorrilla de San Martín, Ministro Plenipotenciario.

VENEZUELA.—Sr. D. J. E. Cerisola, Cónsul de los Estados Unidos de Venezuela en Huelva.

ESPAÑA. MADRID.—Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros, y su esposa la Excmo. Sra. D.^a Joaquina de Osma; Excelentísimo Sr. D. Antonio María Fabié, Presidente de la Junta Organizadora del Congreso; Excmo. Sr. D. Francisco

Coello y Quesada, Presidente de la Sociedad Geográfica, Académico de la Historia; Excmos. Sres. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado y D. Cesáreo Fernández Duro, Académicos de la Historia y de Bellas Artes; Excmo. Señor D. Nilo Fabra, Senador del Reino; Excmos. Señores D. Braulio Santa María, Diputado á Cortes, y D. Ricardo Velázquez Bosco, Arquitecto; Sres. D. Fernando Polach; D. Atanasio Morlesín y D. José Joaquín Bolívar, escritores; Sres. D. José Mur y Vilanova, D. Santiago de Vandewalle y D. Casimiro Pérez García, Abogados; D. Ramón Jordana Morera, Ingeniero de Montes; D. Manuel del Pozo y Álvarez; D. Bernardo Mezquita y Morales; D. Daniel Balaciart, Jefe de Administración, literato; su esposa doña Paula Sánchez y su hija D.^a Dolores Balaciart; D. Francisco Martínez y Martín y su señora D.^a Germana Rosell de Martínez; D. Enrique Linacero y Fernández y D. Felipe Linacero y Rosales; D. Luis Soler y Casajuana, corresponsal del periódico *El Día*; Mr. Arturo E. Houghton, corresponsal de periódicos ingleses; D. Justo Zaragoza, Secretario general del Congreso, y su esposa D.^a Cándida Modelo; D. Eduardo Toda, Vicesecretario general; D. Enrique Fernández Imbert y D. Enrique Díaz Ballesteros, Taquígrafos del Senado y del Congreso de Americanistas; la Sra. Fanny Hale Gardiner, y los Sres. D. Pedro B. Casamayón y D. Eduardo Rollán Duverge.

DE BADAJOZ.—El Reverendo Obispo de aquella diócesis, Ilmo. Sr. D. Fray Francisco Sáenz de Urturí.

DE BARCELONA.—Sres. D. Domingo Martí Gofau, Teniente de Alcalde de aquel Ayuntamiento; D. Francisco Mascaró, Concejal de la misma Corporación, y D. Antonio Vilanova, artista.

DE CÁDIZ.—Sres. D. Rafael de la Viesca y Méndez, Diputado á Cortes; D. Víctor Concas y Palau, Capitán de fragata y Comandante de la nao *Santa María*, y D. Joaquín Medinilla y Vela, del Puerto de Santa María.

DE GRANADA.—D. Antonio Pérez de Herrazti.

DE HUELVA.—Los señores inscritos en la Sociedad Colombina Onubense, D. Horacio Bel y Román, D. Rafael López Hernández, D. José María Parejo Bécquer, D. Manuel Vázquez López, D. Manuel Íñiguez Hernández Pinzón, D. Mariano Vázquez Zafra, D. Enrique Cortés Cisneros, D. Antonio Tello Lobo, D. Guillermo Sundheim, don Guillermo Sundheim de la Cueva, D. Adolfo Sundheim Lindeman, D. Luis Molini, D. Pedro Nolasco de Soto, don José de Maya Calzadilla, D. Federico Maybol Brodessen, D. José García López, D. Pedro Seras González, D. Domingo Moreno Antequera, D. Francisco Herrera González, don Manuel González Membrillera, D. Pedro Sánchez Tirado, D. Manuel Carbonell y Díaz Rica, D. Emilio Cano y Cáceres, D. Eduardo Alfonso Martínez, D. José Trianes Díaz, D. Miguel Blásquez Jiménez, D. Manuel de Arcos Plaza, D. Francisco Márquez Valero, D. Manuel de Ruifernández y Ruifernández, D. José Marchena Colombo, D. Antolín C. Bermúdez, D. José Ruifernández Toro, D. Antonio García Ramos, D. Manuel Cortés Cícero, D. Servando Jiménez de Tejada, D. Vicente Ferrer Ramírez Cruzado, D. José Sánchez Mora, D. Félix José Carazony Salas, D. Carlos Sundheim de la Cueva, D. José López Carrión, D. Lorenzo Navarro Lanado, D. José María Singuemani, D. Manuel García Viejo, D. Pedro García Jalón, D. Pedro García Morales, D. Antonio de la Corte Gómez, D. Federico Lorent Linyeske, D. Antonio Figueroa López, D. Eduardo Figueroa López, D. Eduardo Aurelio Barrera, D. Guillermo García y García, D. Francisco Hernández Quintero, D. Horacio Bel y Pérez, D. Francisco Jiménez y Jiménez, D. Antonio Oliveira y Domínguez, D. Antonio García y García, D. Ángel de Cepeda y Cepeda, D. Bernardo Mezquita Morales, D. Antonio Fernández García, D. José María Zarzula, D. José Callejón Arma, D. Augusto Pérez Giráldez, don Luis Olanda Benite, D. Gabriel Franco Botes, D. Enrique Gilles López, D. Miguel Barrero Morón, D. Manuel Francisco Delgado, D. Antonio Morales Bergón, D. José García

Cabañas, D. Eduardo Bermejo Mosquera, D. Pío Gutiérrez Díaz, D. Salvador Vázquez Zafra, D. Félix Vázquez Zafra, D. Antonio Guijarro, D. Antonio López Garzón, don Juan García Orta, D. José Baena Bolaños, D. José Baena Caro, D. Juan Mateo Jiménez, D. Manuel Revollo Orta, don Antonio Álvarez Bolaños, D. Julián Sánchez Vela, D. José María López, D. Justo Garrido Cisneros, D. José Aragón Pina, D. Enrique Ávalos Quintero, D. José Nogales Nogales, D. León Pérez Sanz, D. Manuel Pérez Sanz, D. Ascensio González, D. Guillermo Riche, D. Manuel Martín Vázquez, D. Eugenio Hernández Cárdenas, D. Juan Moreno Roldán, D. José Pablo Martínez, D. José María López Moreno, don Vicente Muñoz Caballero, D. Francisco Jiménez y Jiménez, su esposa la Sra. D.^a Matilde Jerez, su hija y sobrina las señoritas D.^a Josefa Jiménez y Jerez y D.^a Teresa Jerez y Fernández, sus hijos D. Luis, D. Manuel, D. Ignacio y don Miguel Jiménez y Jerez; D. José Cordero y López, D. Gregorio Jiménez, D. Miguel Fernandez y Rodríguez, D. Antonio García Suárez, D. Antonio Combet, D. José García Quintero, D. Gumersindo Bernal, D. Patricio de la Corte y Gómez, D. Eduardo Sanz, D. Trinidad Solesio, D. Manuel Reboul, D. Salvador Viniegra y Lazo, pintor; D. Javier Molina y D. José Otero Murillo, de Roziana; D. Manuel Martínez Chaparro, de Galarrojo; D. Mariano Delgado Caro, de Bollullos del Condado, y el Sr. D. Manuel Burgos, de Moguer, en la misma provincia de Huelva.

DE VALENCIA.—Sr. D. Manuel Cortés Bellido.

DE ZARAGOZA.—Sr. D. Eduardo Ibarra y Rodríguez.

El Presidente, Sr. FABIÉ, ocupó su sitio entre los señores ZARAGOZA, Secretario general, y TODA, Vicesecretario, y así que los Americanistas tomaron asiento les dirigió la palabra en estos términos:

SEÑORAS Y SEÑORES:

El IX.º Congreso de Americanistas ha quedado ayer constituido y celebra hoy su primera sesión. Es costumbre, no interrumpida en estos mismos Congresos que el que ocupa, aunque sea por breves momentos, la Presidencia dirija la palabra á los congresistas, en primer término para darles la bienvenida, y además para hacer algunas consideraciones, ya de orden general, ya de orden especial, concreto y relativo á los asuntos propios de esta institución, ya, por último, en algún caso, aunque raro, pero no por esto menos plausible, para ocuparse especialmente en algún tema determinado. No tengo para qué decir cuán profunda es la emoción que me embarga en estos momentos, porque, aunque español, aunque conocedor de estos territorios, aunque he tenido el gusto de visitarlos en diferentes ocasiones, aunque me ligan á este mismo país vínculos especiales, porque mis antecesores han visto la luz en sitio muy próximo al lugar en que nos encontramos, á pesar de todo esto, yo, señores, debo declarar que desde que he puesto esta vez el pie en Huelva me siento en una situación, por decirlo así, anormal y apenas si soy dueño de mi inteligencia ni de mi palabra; porque á la circunstancia de ser estos lugares testigos del hecho más grande que registra la Historia se une la consideración de que está cercano, que está próximo el día en que se conmemore el cuarto Centenario del feliz término de aquella empresa tenida por temeraria y casi por loca por cuantos, en aquella ocasión tuvieron noticia del pensamiento de su insigne ejecutor, que no era otro que llegar á las tierras del Oriente navegando hacia el Occidente.

El Congreso mismo, si bien tiene una misión especial y determinada que consiste, principalmente, en el estudio

de todo lo relativo á la América precolombina, acordó reunirse en España, y el Gobierno determinó que fuese en esta localidad, justamente para que constituyera una solemnidad, quizás la más propia (no vacilo en asegurar que es la más propia) de cuantas pudieran celebrarse para conmemorar este portentoso acontecimiento; acontecimiento que es ya vulgar decir que es el más grande de la Historia, porque no sólo dió á conocer mutua y recíprocamente los principales grupos que forman la especie humana, sino que nos dió también exacta idea de la forma y condiciones del planeta que habitamos, pues todos sabéis que el gran progreso de la ciencia geográfica, es decir, del conocimiento de la tierra, data de la fecha memorable en que Colón puso en relación y contacto el antiguo y el nuevo continente. Las consecuencias que de este hecho se han seguido son tales, que no basta un breve discurso, que no bastaría ni un libro, sino que aun no ha sido suficiente la labor de muchos años para dar á conocer esas consecuencias, de las cuales todavía á mi entender apenas empezamos á tocar las primeras, y quizás no las más importantes.

En el orden de las ciencias, el descubrimiento del Nuevo Mundo ha contribuído á su progreso de la manera más admirable. La naturaleza rica y gigantesca del nuevo continente ha ofrecido campo y materiales inmensos á los que se dedican al estudio, y ha contribuído, por lo tanto, poderosamente á la constitución de todas aquellas ciencias que tienen por objeto la Naturaleza misma, es decir, el universo en su conjunto.

Pero no es esto solo: el estudio de aquellas sociedades que existían en el nuevo continente con distintas condiciones, en diverso período de organización y de cultura, ha suministrado y suministrará en adelante los datos más importantes para resolver los problemas más arduos de la ciencia social. Por último, aquellas cuestiones que se agitaron tan profundamente á raíz del descubrimiento

del Nuevo Mundo y que consisten en determinar cuáles son los verdaderos caracteres de los seres humanos; si todos son iguales, como el Evangelio había predicado; si todos tienen iguales condiciones é idénticos fines; si unos están destinados á depender de los otros; aquella tesis que con tanto calor y energía, á pesar de las opiniones entonces reinantes, defendió y sostuvo el gran padre Fr. Bartolomé de las Casas, aquellas cuestiones son la base y fundamento del derecho político moderno. Antes que en la Constitución de los pueblos civilizados figurara el general principio que hoy informa la política de las sociedades cultas, los teólogos, y especialmente los pensadores españoles, habían ya resuelto este problema.

Los grandes principios de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad humana fueron proclamados en aquella ocasión, y á pesar del estado de cultura en que entonces nos encontrábamos, si bien fué necesario para ello sostener una lucha tenaz, esos principios informaron y fueron la esencia de las disposiciones legales que rigieron en aquellos países, dictadas por los poderes españoles; leyes que forman ese monumento inmortal, admiración del mundo, trazado con rasgos inmortales en la Recopilación de las leyes de Indias.

No hay para qué decir, señores, de qué manera tan eficaz y directa ha contribuído el descubrimiento de América y el conocimiento de aquellos países al progreso de otros ramos no menos importantes de la ciencia, si bien íntimamente ligados con aquellos á que he hecho referencia. Nadie ignora que al llegar á aquel continente y al encontrarse con la multiplicidad de lenguas que en él se hablaban, al tomar nuestros misioneros nociones de ellas para propagar entre aquellos naturales la fe de Cristo, base y fundamento de toda la civilización moderna, se alcanzó el conocimiento de la manera que entonces podía tenerse de aquellos idiomas, y años adelante, con tales y tan abundantes elementos, un sabio jesuita español, el

abate Hervás y Panduro, pudo escribir su famoso *Catálogo de las lenguas*, que con razón se tiene por una de las bases de la filología moderna, que tanta luz da para el conocimiento del hombre en sus diversos estados, y para el estudio de todas las civilizaciones desde las más antiguas hasta la que han alcanzado las naciones modernas de Europa y de América.

Tales consideraciones bastan para demostrar la importancia de estos Congresos, consagrados muy especialmente al estudio de esta clase de conocimientos, y, por tanto, si fuera necesario, que no lo es, exhortaría á los presentes y desde aquí levantaría mi voz para dirigirla á todos los sabios de Europa á fin de que tomen parte en estas Asambleas y consagren al estudio de todo lo que pueda llamarse americanismo las fuerzas de su inteligencia. He dicho. (*Grandes aplausos.*)

El Sr. Secretario general de la Junta Organizadora del Congreso tiene la palabra para hacer algunas manifestaciones referentes al mismo.

El Sr. ZARAGOZA: Señoras y señores: Pocas serán las palabras que podré tener el honor de dirigir á tan distinguido auditorio, porque necesitamos ganar alguno del tiempo que no hemos aprovechado en la mañana de hoy.

La hora de las doce, señalada para levantar la sesión, se acerca rápidamente, y esto me obliga á contener mi discurso y propósito en los límites de una somera indicación de los trabajos en que se ha ocupado la Secretaría de la Junta Organizadora desde el 30 de Diciembre de 1890, que se constituyó en el domicilio de la Real Academia de la Historia, por virtud de la designación que el Consejo Central del 8.º Congreso de Americanistas reunido en París hizo de España para la celebración del 9.º, hasta el anhelado momento presente, fin y término de los temores por el éxito, y de las esperanzas, dichosamente cumplidas,

de que el resultado, correspondiendo á los medios empleados para conseguirlo, fuese tan brillante como el que estamos presenciando.

Merced es ésta debida, seguramente, en gran parte á los esfuerzos propagandistas de nuestros queridos colegas de Europa y de América que, respondiendo cumplida y cariñosamente á las iniciativas de la Junta, han contribuído con tan loable actividad como acierto á que el número de suscriptores á este Congreso haya superado en mucho al de los más concurridos de sus predecesores, desde el que los inauguró en Nancy el año de 1875. Y si por éxito asombroso debe considerarse la alta cifra de socios alcanzada en este caso, mayor significación tiene la distinguida calidad de las personas que, arrostrando todas las molestias de un largo viaje, han venido á honrarnos á este confín de nuestra patria acudiendo á la cita científica y celebrándola en la propia cuna de América, que por tal debe tenerse la tierra cuyo nombre inmortalizó Colón cuando en los frailes de la Rábida y en los marinos de Palos de la Frontera vino á buscar, y halló, consejos y auxilios para realizar su grandiosa empresa.

Mal manifestaría la Secretaría de la Junta Organizadora el estado de su ánimo si no enviase desde aquí la expresión de su agradecimiento á las personas que con más interés han coadyuvado á vencer las dificultades y conseguir este hermoso éxito. Aludo en primer término al eminente estadista é historiógrafo insigne de cuyos elocuentes labios habéis recibido la bienvenida en nombre de S. M. el Rey D. Alfonso XIII y de su Augusta Madre la Reina Regente; al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, que con su inteligente iniciativa y poderosa influencia como jefe del Gobierno, ha dominado el mayor de los obstáculos dotando á la Secretaría de todos los recursos que pudiera necesitar para la brillantez de esta solemnidad. Me refiero en seguida, como primer cooperador fuera de España, al sabio esclarecido, aún no bastante llorado, Presi-

dente que fué del Congreso internacional de París, Mr. de Quatrefages, poseedor de aquella palabra encantadora que en las sesiones del Boulevard de Saint Germain nos dió á conocer la profundidad de su talento y la vastedad de su ciencia. Y muy predilecto lugar en nuestra afectuosa consideración merecen cuantos nos alentaron para que no desmayásemos, si la contrariedad interrumpía tal vez la acción de nuestro impulso, ya moviendo el interés público en pro de estas Asambleas científicas, y avivando la propaganda en el periódico, en la revista y en el libro, ya procurando y consiguiendo verdaderos actos de generoso desprendimiento como el de las Compañías de ferrocarriles, al reducir á la mitad el precio de los billetes, y el aún más espléndido de nuestra Compañía Trasatlántica, concediendo dos pasajes gratuitos á cada una de las Repúblicas americanas y la rebaja de un 50 por 100 en el importe del pasaje de todos los viajeros Americanistas que vinieran á tomar parte en estas tareas. Reciban tan eficaces cooperadores la expresión más sincera de nuestra gratitud.

Bien quisiera ahora, si el tiempo me lo permitiese, detallar cuanto la Secretaría ha realizado dirigiéndose, por medio de nuestros dos Presidentes, á todos los centros oficiales y á los particulares que pudieran conceder algo que redundase en provecho del Congreso ó en obsequio de los Americanistas. Pero me concretaré á indicar que el satisfactorio efecto se ha debido principalmente á los programas con profusión distribuidos y circulados á las Sociedades científicas y literarias y á las personas ilustradas de todo el mundo, y debido también á la numerosa y continua correspondencia sostenida con los suscriptores pidiéndoles sus datos biográficos, que por cierto aún no se han completado; correspondencia seguida igualmente con los literatos de muchas naciones y las escritoras de América, cuya cooperación debíamos solicitar. Respondiendo amablemente las ilustres damas invitadas, han enviado preciosas producciones que veréis impresas en los tomos

de ACTAS y de MEMORIAS del Congreso, y no mostrándose menos deferentes á la incesante propaganda de la Secretaría aquellos de nuestros colegas que las enfermedades, la distancia ú otras adversas circunstancias impedíanles visitarnos, han enviado numerosos estudios y los libros expresados en la lista que se leerá luego y de cuyos asuntos se tratará en el curso de las discusiones.

Para terminar, añadiré que la Mesa interina constituida por la Secretaría de la Junta Organizadora, ajustándose en todo á lo que preceptúan los Estatutos generales de estos Congresos, propuso ayer, en la Sesión Preparatoria celebrada con los Delegados oficiales de las naciones, la candidatura de las personas que pueden formar la Mesa definitiva y los nombres de las indicadas para el Consejo Central del Congreso, candidaturas que se someten hoy á la consideración de los señores congresistas. El Sr. Vicesecretario las leerá y los oyentes tendrán la bondad de hacer las observaciones que se les ocurran.

Debo, por fin, manifestar que mañana probablemente podrá ya la Secretaría repartir ejemplares de varios libros impresos con motivo de la reunión de este Congreso y de la celebración del cuarto Centenario del descubrimiento de América remitidos por sus autores para los colegas asistentes á nuestras sesiones. Algunas de esas obras que están sobre la mesa las pueden ver los señores Americanistas. He dicho. (*Bien, bien. Aplausos.*)

El Presidente Sr. FABIÉ: El Sr. Vicesecretario se servirá leer la propuesta de los Vicepresidentes é individuos de la Mesa y del Consejo Central.

El Vicesecretario Sr. TODA leyó la candidatura propuesta el día anterior (véase la pág. 19), y sin debate fué aprobada por unanimidad.

El Presidente Sr. FABIÉ: En virtud de la regla establecida, voy á ofrecer la Presidencia á uno de los Sres. Vice-

presidentes que se acaban de elegir, y creo que por las circunstancias especiales en que nos encontramos parece natural que ocupe la primera Presidencia un representante de América. Á este fin yo invito al Sr. Peralta para que así lo haga; pero antes debo suplir una omisión, y es que el Vicesecretario Sr. Toda, por su modestia, no ha querido leer la propuesta hecha en su obsequio para Vice-secretario del Congreso.

El Sr. ZARAGOZA: Se ha incurrido en otra omisión, cual es la de no haberse citado el nombre del Tesorero. Del cuarto Congreso de Americanistas reunido en Madrid lo fué el Sr. Marqués de Urquijo, que ha muerto; pero la casa está representada por un sobrino que lleva el mismo título, y es actualmente Senador por la provincia de Álava.

El Presidente Sr. FABIÉ: ¿Se aprueba que sea Tesorero el actual Sr. Marqués de Urquijo?

El acuerdo fué afirmativo, quedando incluídos en la candidatura (inserta en la página citada) los nombres de los Sres. Marqués de Urquijo y Toda.

Presidencia del Excmo. Sr. D. Manuel María de Peralta.

Acto seguido cedió el Sr. Fabié la Presidencia al Sr. Peralta, quien constituyendo la Mesa con los Vicepresidentes Sres. Adam, Cora, Da Cunha y Péctor, el Secretario señor Zaragoza y Vicesecretario Sr. Toda, según la candidatura aprobada, dijo:

El Presidente Sr. PERALTA: Señoras y Señores: Tengo que dar las más expresivas gracias al Sr. Presidente, á

la Mesa y á todos vosotros por la insigne honra que me habéis otorgado llamándome á presidir esta sesión del Congreso Americanista. Me cabe esta honra por la circunstancia de ser Representante de una República americana en donde Colón estuvo durante doce días recorriendo sus costas y respirando su ambiente.

Sin más méritos que éstos, os ruego que me dispenséis por lo mal que habré de presidiros. (*Aplausos.*)

El Sr. Secretario se servirá invitar á los señores que tengan libros para que los presenten, á fin de que los depositen en la mesa, y al mismo tiempo dará cuenta de las obras ya recibidas.

Verificado que fué por el Vicesecretario Sr. Toda (1), dijo:

El Sr. HELLMANN: Señoras y señores: Aunque no sé hablar sino muy mal en buen romance, pido permiso para decir algunas palabras en castellano, en homenaje á la muy noble nación española, que nos ha invitado en su hospitalario país para la novena reunión del Congreso Internacional de Americanistas y para celebrar al mismo tiempo el cuarto Centenario del descubrimiento de América.

En primer lugar, quiero dar las gracias en mi nombre y en el de mis compatriotas los alemanes, de los cuales estamos presentes diez y seis; y se las doy muy sentidas al Gobierno y á la Junta Organizadora, por haber convocado el Congreso Americanista en Huelva.

En efecto, no podía imaginarse un punto más apropiado para nuestra reunión que este sitio que pisamos, terreno sumamente histórico y también el más clásico, cuyos alrededores nos revelan á cada paso recuerdos de aquella época tan gloriosa para España y para Italia.

(1) Véase en el Apéndice del final del tomo la nota general, por orden alfabético, de las obras remitidas y presentadas al Congreso.

Italiano, sí, era aquel intrépido navegante, que tenía la audaz idea de atravesar el Océano para llegar á Catay, al país del oro; pero si los ínclitos Reyes Católicos no hubieran escuchado las súplicas de Colón; si España no hubiese proveído los medios materiales para realizar sus proyectos; si los Pinzones no le hubiesen ayudado, ¡quién sabe si todo no hubiera quedado por mucho tiempo solamente en proyecto! Que no fué así lo debemos á España.

Los Reyes Católicos fueron largamente recompensados por su generosidad. En vez de llegar á Catay, un nuevo mundo les dió Colón; pero no solamente á Castilla y León, como dice el epitafio de la catedral de Sevilla, sino al mundo entero; y bajo este punto de vista las hazañas de Colón, los méritos de los Reyes Católicos, las glorias de España á mí me parecen mucho más grandes. Y no basta con eso. En aquel año inolvidable de 1492 España había hecho ya un servicio muy notable á la Europa, y á la civilización de la humanidad, la conquista de Granada, echando á los moros y librándonos para siempre del islamismo.

Estos dos hechos justifican que contamos desde entonces en la historia una nueva época: la historia moderna. Pues aquí, en el claustro de la Rábida y en Palos, se dió principio á esta época.

Los demás países de Europa, excepto la patria de Colón, no han contribuído sino muy poco al descubrimiento de América. Tampoco mi país, la Alemania, estaba entonces en situación de tomar parte activa en empresas marítimas, pero sus hijos contribuyeron á preparar los planes y á facilitarlos. Ustedes no ignoran que dos alemanes, Juan de Monteregio y Martín Benheim, fueron reformadores de la astronomía náutica. Pero en comparación de los españoles fueron aquellos alemanes muy inferiores, y por esta razón la Sociedad de Geografía de Berlín, de la cual soy Vicepresidente, y me ha hecho el honor de delegarme para que la represente en este Congreso, no ha creído oportuno celebrar festejos públicos en Alemania en honor

del cuarto Centenario del descubrimiento de América; pero no cediendo á ninguna otra Sociedad en interés por las glorias de España, ha publicado para honrar este Centenario una obra científica que trata del desarrollo de la cartografía americana hasta el tiempo en que se tuvo á la América como á un continente separado del Asia.

No quiero dejar de mencionar que mi augusto soberano el Emperador Guillermo nos ha concedido una subvención muy considerable para sufragar los gastos de esta publicación, que consta de un atlas de cuarenta mapas, de los cuales veintidós son inéditos, y de un gran tomo de texto explicativo y crítico.

En nombre, pues, de la Sociedad Geográfica de Berlín y en nombre del autor, el Sr. Kretschmer, tengo el honor de presentar un ejemplar de esta obra al Congreso Internacional de Americanistas, reunidos aquí en Huelva. He dicho. (*Grandes aplausos.*)

El Presidente Sr. PERALTA: El Congreso agradece mucho el importantísimo regalo á que ha aludido el Sr. Hellmann, y sabe perfectamente cuánto ha contribuído Alemania á los conocimientos geográficos; por todo lo cual suplico al Sr. Delegado de la Sociedad Geográfica de Berlín que lo haga así presente á aquella ilustre Corporación.

Mr. DESIRÉ PÉCTOR: Pido la palabra.

El Presidente Sr. PERALTA: La tiene S. S.

El Sr. PÉCTOR: Señor Presidente, señoras, señores: Permitid al Delegado oficial de la República de Nicaragua dirigiros la palabra, movido por dos gratos deberes: el primero, trasmitir al noble pueblo español el testimonio de la sincera simpatía que por él abriga el pueblo nicargüense; en segundo lugar, tengo que enterarle al honorable Congreso de la obligación ineludible en la cual se halló

colocado mi Gobierno de tomar una parte, aunque muy pequeña, por mi insignificante conducto, en esta celebración tan solemne que admirados estamos presenciando ahora, del cuarto Centenario del descubrimiento de América por Cristóforo Colombo; pues á ese preclaro navegante debe Nicaragua el descubrimiento en el año 1502 de las playas atlánticas de su territorio, gracias al apoyo tan poderoso de la gran nación española. He dicho. (*Aplausos.*)

Acto seguido presentó el Sr. Hamy á la Mesa el tomo de Actas de las sesiones del VIII.º Congreso de Americanistas, reunido en París del 14 al 20 de Octubre del año de 1890, manifestando su deseo de conocer lo antes que fuera posible el mismo trabajo correspondiente al Congreso de Turín.

El Presidente Sr. PERALTA dió las gracias al Sr. Hamy, y concedió la palabra al Sr. Drapeyron, quien se expresó en estos términos:

Mr. DRAPEIRON.—Le Gouvernement espagnol, en nous conduisant de la ville où naquit Christophe Colomb, aux lieux où il arrêta définitivement son grand dessein et en commença l'exécution si hardie, nous a mis à même d'honorer l'incomparable navigateur de la manière la plus digne de lui, ayant à notre bord l'illustre Nordenskjöld qu'il eût reconnu pour l'un des siens. Sur un superbe vaisseau nous sommes passés de la Méditerranée, d'où il était venu dans sa jeunesse, à l'Atlantique, dont il atteignit d'un bond les limites occidentales. S'il ne nous est point permis, du moins cette année, de pousser jusqu'au bout, jusqu'en Amérique même, cette commémoration des courses de Colomb, nous pouvons nous arrêter ici avec honneur, aux avant-postes de ces peuples néo-latins directement issus de la civilisation romaine, auxquels furent dus les premières comme les plus grandes

découvertes à l'Occident et à l'Orient du nouveau-monde. Aucun souvenir ne restera plus profondément gravé dans nos esprits et dans nos cœurs que celui de notre visite à La Rabida. Nous nous représentons Christophe Colomb accueilli et bientôt mis en rapport par le prieur franciscain de l'antique monastère avec la grande reine Isabelle, victorieuse de Grenade. Chapitre unique dans l'histoire de la science et de l'humanité.

De aquí nació un mundo, comme l'a écrit un visiteur de La Rabida.

La Société de Topographie de France et la *Revue de Géographie* sont venus assister à ces grandes fêtes internationales que célèbre l'Espagne, cette seconde et bienfaisante patrie de Christophe Colomb. Si dans le Congrès même, nous faisons nos premières armes d'américanistes, vous y verrez surtout notre ardent désir de ne pas rester inactifs dans le grand flux de la science géographique et de la science historique, qui rappelle ceux de l'océan interposé entre l'Europe et l'Amérique. (*Aplausos.*)

El Sr. Drapeyron entregó á la Mesa ejemplares de la *Revue Géographique de Paris*, y el Sr. Presidente, después de darle las gracias, concedió la palabra al Sr. Gabriel Marcel, quien dijo:

Mr. MARCEL: La France a voulu, elle aussi, contribuer à la célébration du quatrième centenaire de la découverte de l'Amérique. Dans ce but, elle a organisé une exposition de documents tous relatifs, non seulement à la découverte proprement dite du nouveau-monde, mais aux découvertes progressives de l'Amérique jusqu'à la fin du 18^e siècle. De cette nombreuse réunion de cartes qui appartiennent, les unes à la Bibliothèque nationale, les autres aux départements des affaires étrangères, de la marine et de la guerre, aux archives nationales, et à un certain nombre de particuliers parmi les quels je citerai mon ami Har-

ris et certains autres, un catalogue vient d'être imprimé et j'ai l'honneur de le déposer sur le bureau et d'en faire hommage au Congrès des Américanistes, afin qu'il conserve comme souvenir de cette réunion de cartes qui n'avaient j'amaï vu le jour, qui étaient enterrées dans les poudrières des archives. J'ai résolu de faire reproduire un certain nombre de ces cartes par l'héliogravure et j'ai reçu ce matin même les épreuves d'une douzaine de feuilles sur les trente que nous publions. Je dépose sur le bureau les épreuves des reproductions dont je suis l'auteur et qui'il est inutile de décrire plus longuement. (*Aplausos.*)

Después de presentarse unos escritos á la Mesa por los Sres. Dognée y Péctor, usó de la palabra en su nombre y en el de los otros Delegados de la Sociedad Geográfica italiana, Sres. Sommier y Modiglioni, y dijo:

El Sr. SALVATORI: Signori: Come Delegati della Società Geografica d'Italia, iniziatrice del primo Congresso Geografico nazionale tenuto in Genova in occasione della commemorazione colombiana, portiamo un caloroso e fraterno saluto al Congresso degli Americanisti qui riunito per commemorare il grande avvenimento.

Il nobile paese di cui siamo ospiti volle sanzionare il legame fra il Congresso Italiano e quello adierno, mandando á Genova l'ultima e più perfezionata evoluzione delle sue primitive ma gloriose caravelle,—offrendo sull' Alfonso XIII ai nostri Delegati ed a quelli esteri che avevano assistito al nostro Congresso, l'ospitalità più larga fin dal momento in cui lasciamo il suolo italiano.

Il memorabile viaggio di cui stiamo per solennizzare, dopo 4 secoli, il felice compimento, fù ideato dal nostro gran genovese, e fu eseguito da navi spagnole. Sia questa unione, ricca di così immenso frutto, simbolo dei vincoli che ligano l'Italia alla Spagna, sia pegno di amicizia duratura fra le due nazioni sorelle.

SIGNORI:

Come italiani, con animo commosso salutiamo la patria dei Pinzon e degli altri valerosi compagni di Colombo. (*Aplausos.*)

Seguidamente presentó el Sr. Salvatori varias obras, y dijo

El Presidente Sr. PERALTA: Si alguno de los señores Americanistas desea hacer alguna manifestación, le suplico que lo verifique, y si no, se entrará ya en el orden de detalle de la sesión.

El Sr. Vicesecretario tiene la palabra.

El Vicesecretario Sr. TODA: En los dos años transcurridos desde que se verificó el Congreso de París y fué la Junta Organizadora española preparando la celebración del presente, ha recibido ésta una porción de trabajos inéditos, fruto del estudio de varios señores Americanistas. Se refieren tales trabajos á casi todos los puntos del programa, y principalmente á los relacionados con la Geografía y la Historia, ó sea á los primeros temas de que se va á tratar, los cuales, expuestos por el orden alfabético de apellidos de sus autores, son los siguientes:

ACOSTA DE SAMPER (Sra. D.^a Soledad).—Los aborígenes que poblaban los territorios que hoy forman la República de Colombia.

—Establecimiento de los hebreos en el departamento de Antioquía (Colombia).

ARSENIEWITCH POUTJATINE (Príncipe Pablo).—Manuscriptos españoles que existen en la Biblioteca imperial de San Petersburgo.

BALDASANO Y TOPETE (Sr. D. Arturo).—Memoria titulada Colonasia.

BOUÉ (Mr. Luis), de Bordeaux.—Christophe Colomb, poesía.

BUELNA (Licenciado Sr. D. Eustaquio).—Peregrinación de los Aztecas y nombres geográficos indígenas de Sinaloa (México).

CABELLO DE CARBONERA (Sra. D.^a Mercedes).—Colón y la raza latina.

CARRANZA (Sr. Dr. D. Ángel Justiniano).—¿Cuándo fué descubierto el Río de la Plata?

DÁVILA DE PONCE DE LEÓN (Sra. D.^a Waldina).—¡Tierra!, poesía.

DELGADO (Sr. D. Francisco Javier).—Notas de actualidad (relativas á la vida de Cristóbal Colón).

ESGUERRA (Sr. D. Joaquín).—Nota de un Delegado correspondiente por Colombia al Congreso Internacional de Americanistas.

FABRICIUS (Sr. Dr. A.).—Les Sagas irlandaises sur la découverte de l'Amérique.

GARY (Mr. l'abbé Justin).—Quelle est l'origine du nom d'Amérique.

JOUAN (Sr. Comandante Henri).—Christophe Colomb a-t-il eu des precurseurs?

LECOCQ (Mlle. Marie). — Á Christophe Colomb, soneto.

—Observations sur les mots América-Amérique (et les homophones).

LORIOT (Mr. Charles Florentin).—Christophe Colomb.

LUZ MORALES (Sr. D. Mariano), de Guatemala.—Exhibición histórica.

MALIVER (Mr. l'abbé), de Toulon.—Á Colomb, poesía.

MARCOU (Mr. Jules).—Inscription du nom indigene Amérique sur des cartes du commencement du seizième siècle.

MILETO (Sr. D. Lucas de).—Bosquejo histórico geográfico sobre el derrotero de Colón por las Bahamas y costa de Cuba.

NICOLIERE TEIJEIRO DE LOS RÍOS Y MENESES (Mr. S. de

la).—Dernières recherches sur l'histoire de les voyages de Christophe Colomb.

NORTON HORSFORD (Mr. Eben).—Origin of the name America.

POIDEBARD (Mr. Alexandre).—Sur un livre imprimé á Lyon en 1535 á propós de l'etymologie du nom de l'Amérique.

PRAWDRIC CYBULSKA (Mme. Josephine Felicie).—Christophe Colomb, biographie.

REY PAILHADE (Mr. J. de).—Description d'un astrolabe arabe du VII de l'Egire.

SAIZE (Sr. Gustavo).—Nota acerca del único monumento de la primera mitad del siglo XVI que en toda la *Riviera* de Génova existe aludiendo al descubrimiento de las Indias Occidentales.

STELLZIG (A. Wilhom).—Sobre los supuestos más recientes tocante al nombre de América.

—Documentos cartográficos relativos al descubrimiento de América.

—Forma de cambio que en sustitución de la moneda emplearon para sus transacciones los indígenas americanos.

—La invención del sistema decimal atribuida á los indígenas de las islas Salomón.

—Sobre Alonso Sánchez de Huelva.

VARINARD DES COTES (Mr.).—Christophe Colomb d'après son écriture.—Notice graphologique et historique.

La Secretaría hubiera querido hacer un extracto de todas estas Memorias para darlas á conocer con más facilidad á los señores congresistas, pero le ha sido materialmente imposible; y como, por otro lado, el dar cuenta detallada de ellas sería abusar, acaso, de vuestra paciencia, procurará la Comisión ejecutiva que se publique en el término más breve. (*Bien, bien. Aplausos.*)

Inmediatamente leyó el Sr. Vicesecretario el extracto de la Memoria presentada por la Sra. D.^a Soledad Acosta de

Samper, que se hallaba presente, relativa á la existencia de los hebreos en el departamento de Antioquía de la actual República de Colombia antes de la llegada de los españoles de la conquista; trabajo histórico que fué muy aplaudido. Dióse luego cuenta de otros estudios, y dijo

El Presidente Sr. PERALTA: Los Sres. Vocales que tengan Memorias relativas al primer tema, pueden presentarlas.

Leyóse una, relativa al tema 8.º, que va impresa en el lugar correspondiente.

Presidencia de Mr. Lucien Adam.

El Sr. Peralta cedió su sitio á Mr. LUCIEN ADAM, quien inmediatamente concedió la palabra á

Mr. HELLMANN: Je demanderai au Congrès la permission de faire une petite communication sur une question de géographie physique: Christophe Colomb et la variation de la déclinaison magnétique.

Il y avait, et il y a toujours, des personnes qui croient que le journal de Christophe Colomb, ou, pour mieux dire, de l'extrait qu'a laissé de ce journal le frère Bartolomeo de Las Casas, est faux, et que, par conséquent, ce n'est pas Colomb qui peut avoir découvert le premier la variation de la déclinaison magnétique, mais Cabot. Or, il y a quelques mois, un allemand établi à Manchester, M. Wilde, a édifié une théorie du magnétisme terrestre, dont il m'a été possible de démontrer l'exactitude par une voie qu'il serait trop long d'expliquer ici. Il suffira que j'en communique au Congrès les résultats. En supposant juste la

théorie de M. Wilde, je me suis demandé quel était l'état des lignes isogones à la date du premier voyage de Christophe Colomb. En appliquant la valeur la mieux connue jusqu'à présent de la variation séculaire de la déclinaison magnétique à la question qui nous occupe, j'ai calculé quelle était la valeur de la déclinaison au mois d'Octobre 1492 et j'ai trouvé une valeur presque identique à celle qui renseigne le journal de Christophe Colomb. Or, je crois que c'est là une preuve de l'exactitude du journal.

Vous voyez, Messieurs, par ces observations, combien importants sont tous les détails des nombreux problèmes de la science américaniste. (*Aplausos.*)

Mlle. MARIE LECOCQ leyó su trabajo titulado *Observations sur les mots Amérique-Amérique (et les homophones)*, que fué aplaudido por la concurrencia; pero pidió la palabra y dijo:

Mr. OPPERT: Je voudrais mettre en garde tous les savants contre les étymologies qui n'offrent absolument aucun fond. On peut, avec des mots qu'on trouve par ci par là, faire toutes espèces d'étymologies, et trouver toutes les analogies qu'on veut. Nous avons, en ce qui concerne l'étymologie du nom d'Amérique, un excellent travail de notre confrère M. Hamy. Mais je voudrais protester contre cette espèce d'étymologies géographiques qui peuvent se produire dans de petits livres d'instruction et d'érudition.

Ces exercices de gymnastique d'esprit demandent souvent une cinquantaine d'années aux savants qui veulent les terminer. Pour vous donner quelques exemples, on peut, de cette manière là, faire dériver la ville russe de Tobolsk du Tubal de la Bible; Moscou, de Mesech, et Rosch, de la Russie. (*Aplausos.*)

Mlle. LECOCQ: Je n'ai pas attribué à Ptolémée la découverte de l'Amérique.

Mr. OPPERT: Je n'ai pas dit cela.

Mlle. LECOCQ: Le mot se trouve sur cette carte.

Mr. PÉCTOR: Je suis au regret d'avoir encore à parler de la question de l'origine du nom de l'Amérique, question que nous avons presque enterrée. Mais je me permets deux petites observations à l'adresse de Mlle. Lecocq. Elle s'est sans doute trompée en basant sa savante analyse sur l'ouvrage de Marcou. Comme j'ai publié dans le compte-rendu de la session de Paris une refutation à ce sujet, je ne crois pas devoir entrer dans des détails circonstanciés à ce sujet, et je me bornerai à fixer l'attention des membres du Congrès sur ce point: ce n'est pas d'Amérique, mais de Amérique que M. Marcou a voulu parler.

El Sr. PRESIDENTE: Preguntó si había algún señor congresista que deseara hacer observaciones acerca de la geografía de América, por si no hubiere tiempo de hacerlas en otra sesión.

Mr. PÉCTOR presentó un libro á la Mesa, y luego dijo:

Mr. PLANTÉ.—Le dernier courrier m'a apporté un mémoire très intéressant sur Sanchez de Huelva. J'ai l'honneur de le déposer sur le bureau.

Pidió la palabra Mr. N. Darnell Davis, y concedida se expresó así:

Mr. DAVIS: Christophe Colomb, c'est un fait connu, ne savait pas qu'il allait découvrir un continent. Il y a, sous ce rapport, beaucoup de questions à élucider. C'est là le rôle des américanistes qui désirent étudier l'histoire de l'Amérique et c'est dans leur intérêt que je viens demander au Congrès s'il n'y a pas lieu de prier respectueuse-

ment le Gouvernement espagnol d'organiser un classement de ses précieuses archives de manière qu'on puisse poursuivre les études américanistes tous les ans. Je m'explique. Nous venons de discuter sur le nom du continent américain. Or, si les archives des Indes à Séville étaient classées comme le sont celles du British Museum, au moyen d'un index, on pourrait voir où figure pour la première fois le nom d'Amérique. Ma proposition est faite dans l'intérêt même des gloires de l'Espagne, non seulement de Colomb, mais de Cortez, de Diaz, de Sandobal, et de tous les illustres explorateurs. Je me suis rendu, porteur d'une lettre de recommandation de l'Ambassadeur britannique, à Séville, et je dois dire que je n'ai pu trouver ce que je cherchais. Vous me direz que cela tient peut être à ce que je ne sais pas l'espagnol. Il n'en est rien, car à Londres, j'ai pu, après avoir découvert les documents qui y sont rangés année par année, et mentionnés à l'index, faire traduire un document espagnol qui m'intéressait. Le Gouvernement néerlandais a suivi le même système pour les archives de Middelbourg; les archives de Rouen, de St. Malo, de Dieppe sont classées d'après la même méthode. Je crois que le Congrès ferait bien, d'ailleurs, d'adresser le même vœu aux Gouvernements de l'Amérique du Sud.

El Sr. PERALTA: Debo decir al orador que me ha precedido en el uso de la palabra que el Gobierno español da todas las facilidades y autorizaciones posibles para la busca y consulta de documentos en los archivos, y que éstos se hallan abiertos constantemente. Yo conozco á muchos representantes de América que nos han visitado y han podido examinar allí y recoger todos los datos que han tenido por conveniente para modificar sus errores respecto á la influencia de los españoles en América. El Sr. Davis sabe perfectamente que, gracias á las facilidades dadas por el Gobierno español, hombres eminentes que han visitado los archivos de Sevilla, Salamanca, Alcalá y Madrid, han

podido hacer justicia á Felipe II. El Sr. Bray acaba de publicar un libro relativo á las relaciones entre Felipe II y Antonio Pérez, haciendo cambiar de aspecto ese punto histórico. Pero, después de todo, lo que quiere S. S. no es una tarea fácil en Sevilla, en donde hay un mundo de papeles y documentos que exigen que se vayan ordenando poco á poco y que, sin embargo de esto, ya se hallan clasificados por audiencias, por virreinos, por asuntos eclesiásticos, de Hacienda, de Gobernación, etc., etc.

Esto es todo lo que tenía que decir en justicia de la verdad de los hechos. (*Aplausos.*)

Mr. DOGNÉE: J'ai été étonné d'entendre parler d'une façon qui à moi, étranger, paraît dénoter un manque de sympathie pour un Gouvernement qui fait tant pour la science. Le nom de M. Fabié doit nous suffire. Lorsqu'il y a des documents intéressants en Espagne, on les publie, et on les publie aux frais du Gouvernement. Tel a été le cas pour les *Cartas de Indias*, auxquelles on a joint des cartes splendides. Continuellement, depuis quinze ans, on fait de ces publications, et les travailleurs ne manquent pas en Espagne pour les faire. Si l'orateur qui m'a précédé s'est butté à quelques difficultés de langue, c'est regrettable pour lui, mais moi, qui n'ai pas l'honneur d'être espagnol, je tiens à dire que je ne puis partager son opinion.

Mr. PLANTÉ: En ma qualité de français, venant très souvent en Espagne, je dois dire que j'ai toujours trouvé toutes les archives ouvertes, et je rends hommage à la courtoisie et à l'amabilité des espagnols.

UN CONGRESISTA: Il y a quatre ans nous avions besoin de renseignements et nous les avons eus.

El Sr. GUIDO CORA presentó á la Mesa un estudio acerca de los temas del programa, y dijo luego:

Mr. OPPERT: Il ne faut pas venir dire que M. Davis ait critiqué le Gouvernement espagnol. Les archives sont classés en Espagne, par provenance, pas par année. Il est permis de trouver des difficultés à ce système, lorsqu'on fait des recherches, comme il est permis de critiquer, académiquement, tout système de classement quelconque. M. Davis s'est exprimé avec la plus grande réserve, avec la plus grande courtoisie, et je ne puis admettre qu'on lui réponde d'un ton irrité lorsqu'on ne l'a pas même compris.

El Sr. TODA: Mister Davis nos ha dicho que los archivos están aquí muy mal arreglados, pero no ha dicho nada respecto de que no haya hospitalidad en España. Sin embargo, yo debo preguntar á S. S.: ¿Ha visto S. S. el archivo de Sevilla? ¿Ha visitado también los de Simancas y de Barcelona? Si no lo ha verificado, hágalo, y tenga su señoría la seguridad de que variará de opinión.

El Sr. PRESIDENTE: Se levanta la sesión, para continuarla á las dos y media de esta tarde.

Eran las once y cincuenta minutos de la mañana.

CUARTA SESIÓN

SÁBADO 8 DE OCTUBRE DE 1893 (TARDE)

Presidencia del Sr. Guido Cora.

Abierta la sesión á las dos y cincuenta minutos de la tarde, el Presidente Sr. FABIÉ rogó al Sr. Guido Cora que ocupase la Presidencia, y acompañándole en la Mesa como Vicepresidentes los Sres. Da Cunha, Barón de Nordenskiöld, Albrecht Penck y Pierson, y los Secretarios Sres. Zaragoza y Toda, al posesionarse del sillón presidencial, dijo:

El Sr. GUIDO CORA: Mesdames et messieurs: Je dois remercier le bureau de m'avoir appelé à présider cette séance et je voudrais dire brièvement quelles sont les contributions importantes de l'Italie aux publications jubilaires. A Berlin déjà, à Paris ensuite, on a fait allusion à la publication colombienne qui se fait sous les auspices de notre Gouvernement. Il s'agit de documents importants qui se trouvent aux archives italiennes, et la commission colombienne, qui est chargée de la publication, veut faire un travail digne de celui qui se fait en Espagne. Mais il faut compulsier des documents de haute importance, et cela prend du temps. Je regrette, dès lors, que je ne puisse apporter ici aucun des volumes, mais je puis dire que dans un espace de temps peu étendu, nous verrons paraître de

documents très importants pour la connaissance de l'Amérique, notamment des pièces relatives à Toscanelli, qui fut le maître de Christophe Colomb. Nous apporterons, je puis le dire, un digne pendant à la publication de la Real Academia de Historia de Madrid. (*Aplausos.*)

El Vicesecretario Sr. Toda presentó un libro y el retrato del difunto Emperador del Brasil, remitidos desde Albazia con fecha 25 de Septiembre por el Doctor en Filosofía Sr. Cristián Federico Seybold en una nota que decía así:

«Tengo el honor de presentar al IX.º Congreso Internacional de Americanistas, á propósito del cuarto Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón, un muy buen retrato de Su Majestad el sabio Emperador D. Pedro II del Brasil, y en nombre de Su Alteza Real el Príncipe D. Pedro de Coburgo, su nieto, una obra, de cuya reimpresión puede considerarse, si no autor, inspirador al augusto abuelo de Su Alteza.

El año pasado, no mucho antes de la prematura muerte de Su Majestad Imperial, expresóme con frecuencia su intención de asistir personalmente conmigo al Congreso del histórico convento de Santa María de la Rábida, ¡y Dios decretó otra cosa! Pero como amador entusiasta de todas las letras, las artes y las ciencias, y con preferencia de los estudios americanistas, no quería S. M. entrar de vacío en Huelva. Su munificencia, casi proverbial, decidió celebrar las fiestas de Colón con la reimpresión de una obra capital sobre la lengua Guaraní, la más valiosa que sobre esta lengua no menos importante escribió el padre jesuita Antonio Ruiz de Montoya, y anotó y perfeccionó el P. Paulo Restivo, de la misma Compañía de Jesús, el año de 1724, en el pueblo de Santa María la Mayor, de las «Misiones del Paraguay.»

Siguiendo las indicaciones del sabio Emperador emprendí el trabajo de la publicación, sirviéndome como ori-

ginal del único ejemplar que existe en Europa y pertenece á la biblioteca de Su Alteza Real el Príncipe D. Pedro de Coburgo, quien, como dignísimo heredero de su ilustre abuelo, desvelóse por cumplir su intención y por sacar del olvido y acaso de la ruina un libro tan precioso, atendiendo liberalmente á la reimpresión, para la que escribí el prólogo en latín que le precede.

No satisfaciéndose bastante con esto la piedad y el amor del Príncipe por su querido abuelo, ha dispuesto también y me ha encargado que reimprima el *Vocabulario* de la misma lengua Guaraní, por el único ejemplar que poseía Su Majestad el Emperador, la cual reimpresión conocerán muy pronto los Americanistas.

Á todos los que constituyen el Congreso que va á inaugurarse en la Rábida envía Su Alteza Real el Príncipe D. Pedro de Coburgo sus saludos y cumplimientos muy sinceros con los votos más fervientes del Doctor Seybold.»

Oída con suma complacencia la lectura de la nota del Sr. Seybold, se acordó á propuesta de la Mesa que constase en el acta.

El Sr. FABIÉ: Pido la palabra.

El Presidente Sr. CORA: La tiene S. S.

El Sr. FABIÉ: Aunque las ocupaciones de los distintos cargos que he tenido la honra de desempeñar últimamente me han impedido hacer investigaciones especiales sobre la historia de América, á la cual, como la mayor parte de los señores presentes saben, profeso un sin igual amor, tengo uná satisfacción verdadera en presentar al Congreso las rectificaciones paleográficas llevadas á cabo por un modesto pero benemérito investigador de esta clase de estudios, que me ha hecho el encargo especial de verificarlo así.

Me refiero al Sr. D. Francisco Javier Delgado, persona muy conocida de todos aquellos que para sus estudios han visitado nuestro Archivo de Indias. Con el propósito de solemnizar de alguna manera el IV Centenario del descubrimiento de América, ha redoblado este sabio americanista sus trabajos y tiene la honra de ofrecer por mi conducto al Congreso el producto de sus investigaciones, que pondré sobre la mesa.

Pero con esta ocasión me parece oportuno exponer brevemente en qué consisten y cuáles son los resultados de estas investigaciones. Empezaré por lo que entiendo que es menos importante, por más de que el Congreso, en efecto, no pueda desconocer que tienen vivo interés para todo el mundo, y muy especialmente para España, y aun todavía más particularmente para los vecinos y naturales de esta región.

Todo el mundo sabe que el sabio historiador Navarrete publicó una lista de los treinta y siete compañeros de Colón que quedaron en el Fuerte de la Navidad y que á su regreso encontró asesinados. El Sr. Navarrete, para quien nunca será bastante el testimonio de la gratitud que los americanistas le deben, porque puede decirse que en cuanto se refiere á la historia de Colón y á sus primeros viajes es el primero que llevó á cabo un trabajo importante, pudiendo declararse que en esta materia su obra es definitiva, en cuanto pueden serlo estos trabajos históricos; el Sr. Navarrete, digo, publicó una enumeración ó lista de aquellos héroes; pero, sin duda, como suele suceder á todos los que nos dedicamos á trabajos de investigación histórica, cometió un error involuntario, debido tal vez á que los documentos de que se valió no eran fidedignos, y resulta que esa enumeración no es exacta. Ya nuestro compañero el Sr. Fernández Duro había publicado respecto á este particular rectificaciones importantes, y estas rectificaciones se aumentan en este trabajo del Sr. D. Francisco Javier Delgado, que en virtud de documentos tan

auténticos como los asientos de los libros y cuentas de la Casa de la Contratación de Sevilla, ha descubierto siete ú ocho de estos desgraciados víctimas de su arrojo y de su espíritu aventurero y admirable, cuyos nombres constan en este trabajo que, como he dicho antes y repito, es digno de presentarse á la Mesa.

De estos siete ú ocho personajes auténticos, cuatro son naturales de Palos de Moguer ó de Huelva, y están designados como encargados de diferentes funciones; yo entiendo que las desempeñaron durante la navegación, porque claro es que en el Fuerte de la Navidad no podían tener otra más que la puramente militar y el propósito de extender y aumentar la dominación española, asentándola en aquella isla en que primero se establecieron; si esto no es importante, es cuando menos curioso.

La segunda investigación del Sr. Delgado es también una rectificación á otro trabajo del Sr. Navarrete, rectificación á que aludió ayer con su natural elocuencia nuestro digno Presidente de Honor. Trátase de la declaración del físico de Palos, Garci-Hernández, publicada por el Sr. Navarrete y que ha servido de fuente á todo lo que se sabe y se tiene por más auténtico respecto al primer período de la vida de Colón en España. Todos los que me escuchan estoy seguro que recordarán que en un pasaje de esa declaración que tuvo lugar en el famoso proceso de D. Diego Colón con los Fiscales de S. M. á propósito de la interpretación que había de darse á las capitulaciones de Santa Fe; todos recordaréis, repito, que en esa declaración hay una frase que dice lo siguiente poco más ó menos: «Y viniendo á la arribada.» Pues bien, estas palabras, como ayer decía el Sr. Presidente, han sido indudablemente mal leídas; el señor Delgado, que es un paleógrafo eminente, ha leído lo que realmente dice el manuscrito, y yo he tenido también el gusto de examinar el texto personalmente. Hé aquí las palabras verdaderas de Garci-Hernández: «...que sabe »que el dicho Almirante D. Cristóbal Colón, viniendo á la

»Rábida con su hijo D. Diego, ques agora Almirante á pie, »se vino á la Rábida...»

Esto, que parece cosa insignificante, es de tan gran- de importancia, que cuanto se ha dicho respecto á la his- toria de Colón desde su llegada á España hasta que obtu- vo las capitulaciones con los Reyes Católicos tiene que modificarse á mi modo de ver profundamente. Fundado en ese error, puramente material y de copia, todo el mun- do había supuesto que Colón al entrar en España llegó á la Rábida y que allí conoció al Padre Marchena; que por recomendaciones de éste llegó á la Corte y encontró espe- cial acogida en los Duques de Medina Sidonia y de Medi- naceli; que vivió dos años en España; que por fin logró celebrar entrevistas con los Reyes Católicos, y que después de largas y enojosas negociaciones, de la famosa consulta de Salamanca y otros sucesos que no hay para qué repetir, porque todos los conocéis de seguro, perdida la esperanza, determinó abandonar á Castilla y marchar á otras Cortes para exponer sus proyectos y ver si tenían acogida. Esta es la versión corriente y ordinaria, á la cual ha dado lu- gar la palabra «arribada.»

Hace ya mucho tiempo, y así lo tengo consignado en distintos escritos, que esta versión me parecía inverosímil, porque se oponen á ella multitud de circunstancias mate- riales que los señores congresistas han podido examinar, y que *de visu*, como generalmente se dice, han juzgado sin duda. En efecto, aunque supiéramos que Colón ha- bía entrado en España viniendo de Portugal por tierra, no es posible que al paso llegase á la Rábida; porque la Rábida, como los que me escuchan han visto, no está en camino para ninguna otra parte, sino que es necesario ir allí expreso, y siempre ha sucedido lo mismo, pues no está el Monasterio cerca de los caminos y carreteras co- nocidas; aun remontándonos á las antiguas vías romanas y examinando los antiguos itinerarios, no se encuentra mención de lugar alguno que pueda referirse á la Rábida.

Siempre he creído que es lo más probable que por haber permanecido Colón algún tiempo en Huelva ó en Palos al venir de Portugal, visitó más de una vez la Rábida, atraído tal vez por la fama de Fray Antonio de Marchena, con quien hablaría de su proyecto de viaje trasatlántico.

Desgraciadamente no es posible, en mi concepto, determinar cuándo, cómo ni por dónde vino Colón por primera vez á España. Indudablemente venía de Portugal, porque, como todos sabéis, allí se casó y allí estuvo establecido, y también en la isla de Puerto Santo, tomando parte en algunas expediciones á la costa de África. Reinaba desde antes de la época del Infante Don Enrique en Portugal una gran exaltación por las navegaciones y descubrimientos, y es posible que allí concibiera Colón sus proyectos.

Ya el famoso viajero Rosmital dió cuenta de una de esas expediciones que arrancó de las costas de Portugal; pero cualquiera que sea el fundamento de esta hipótesis, lo que resulta evidente es que, en efecto, llegó Colón á España, permaneció en ella algunos años, tuvo aventuras de distintos géneros, de aquellas que dejan un rastro indeleble, que crean vínculos indisolubles entre una persona y el país en que ocurren. Claro es que me refiero á los amores de Colón con Beatriz Enríquez y al segundo é ilustre de sus hijos, el gran Fernando Colón, que es indudablemente el verdadero continuador de su padre. Y Colón, desmayado y perdida la esperanza, se retiró de la Corte y vino á buscar á su cuñado Muliart, siendo entonces natural que volviese á la Rábida.

Como indicaba muy bien ayer el Sr. Presidente que no fué ésta la primera vez que Colón llegó á la Rábida, se deduce de la declaración llena de interés del físico de Palos, porque se trata de un testigo presencial aunque no desinteresado. ¿Qué se deduce de esta declaración? Que á Fray Juan Pérez, que por mucho tiempo ha estado confundido

formando una sola personalidad con Fray Antonio Marchena, fué á quien llamó la atención el lenguaje de Colón y sus circunstancias, y claro está que si antes hubiera estado en la Rábida, habría entrado en conversación llanamente con él, como se entra con una persona conocida.

Pues bien: ésta no fué, en mi concepto, la primera vez que puso el pie en la Rábida Colón, que tal vez volvió á la Rábida porque sabía que se albergaba en aquel Monasterio un confesor de la Reina Católica, y que éste por tal condición y otras no podía menos de tener ascendiente en el ánimo de la Reina. Entonces se celebraron las famosas conferencias en los sitios en que ayer hemos tenido el gusto de estar, gusto que en mi entender es indecible, recuerdo que será indeleble en la mente de todos los presentes que han tenido esa misma satisfacción, porque, en efecto, de allí fué de donde arrancó el impulso que determinó por último y llevó á cabo é hizo que se realizase la gran empresa del descubrimiento del Nuevo Mundo.

Por esta consideración, entiendo yo que el trabajo del Sr. Delgado, que tengo la honra de poner en conocimiento del Congreso, y que dejaré sobre la mesa, es de verdadera y transcendental importancia. (*Grandes y ruidosos aplausos.*)

El Presidente Sr. GUIDO CORA: Les applaudissements de l'Assemblée me dispensent de remercier notre estimé Président, M. Fabié, pour l'intéressante communication qu'il vient de faire au Congrès.

Mr. de CLAPAREDE: Je n'ai pas l'avantage de m'exprimer en espagnol, mais, puis qu'on a dit qu'un sonnet vaut souvent un long poème, surtout lorsque c'est le cœur qui parle, je tiens à dire en quelques mots, au nom de la Société de Géographie de Genève que j'ai l'honneur de représenter ici avec un de mes collègues, que nous remercions chaleureusement l'Espagne pour la splendide

et royale hospitalité qu'elle nous a donnée depuis Gènes jusqu' à Huelva. Merci aux congressistes espagnols ici réunis. Et en exprimant les sentiments de gratitude de la Société de Géographie de Genève, je me permets de déposer sur le bureau du Congrès une modeste publication, trop modeste pour que je vous en dise le nom.

El Presidente Sr. GUIDO CORA: M. de Claparède, le président bien connu de la Société de Géographie de Genève, a présenté une publication très intéressante.

Invité á los señores congresistas para que presentasen á la Mesa memorias y libros, y obtenido el uso de la palabra, dijo

El Sr. SÁNCHEZ DE SILVERA (Cónsul de Colombia en Nantes y Delegado ante el Congreso): Señoras y señores: También debo, ante todo, como el orador que me ha precedido en el uso de la palabra, rendir un tributo de gracias ante los señores congresistas por la generosa hospitalidad que recibimos del hidalgo pueblo español, y ahora me permitiréis que presente un escrito del cual voy á dar lectura.

(Véase en la sección de trabajos presentados al Congreso el ya citado de Mr. Charles Florentín Lorient, que lleva por título *Christophe Colomb*.)

Terminada la lectura, fué extraordinariamente aplaudido el Sr. Sánchez de Silvera.

El Presidente Sr. GUIDO CORA concedió la palabra al Profesor

Mr. C. JOBERT, quien disertó diciendo: Mesdames, Messieurs: Parmi les questions inscrites au programme du Congrès, une des plus importantes et sur laquelle malheureusement il n'a été présenté aucun mémoire est celle que est relative aux médicaments tirés du règne vegetal

qui auraient été legués par les Indiens à leurs conquérants. Je me permets d'appeler l'attention du Congrès sur cette question. J'ai vécu avec les Indiens de la Haute Amazône, sur cette rivière si bien nommée Rio dos Solimões, rivière des poisons.

C'est au cours de mes explorations en forêt que j'avais été étonné de la connaissance de mes guides en fait de plantes toxiques et par conséquent médicamenteuses; pour ne parler que des médicaments nouveaux, je ne nommerai que le jaborandi, introduit et popularisé chez nous par le Dr. Corsetti, et dont on a extrait la pilocarpine. La coca, si importante par son alcaloïde, la cocaïne, tant, d'autres qui pourraient trouver demain place dans l'arsenal thérapeutique. A ce propos qu'il me soit permis de faire une remarque.

Par une sorte de travail particulier, ces hommes sont arrivés à pratiquer une sorte de chimie rudimentaire qui leur permet d'isoler certains principes actifs des plantes dont ils se servent. Ils ne se contentent point de mâcher la feuille de coca seule, mais ils l'associent à des cendres du cecropia riches en potasse qui en présence de la salive déplacent la cocaïne. La feuille de coca seule simplement machée n'aurait que des effets à peine sensibles.

Quel ne fût pas mon étonnement quand je les vis dans la préparation du curare à l'aide de leurs entonnoirs de feuilles de palmiers éponger leurs écorces par la méthode dite de déplacement; ajouter à ces écorces des plantes acides, en un mot, exécuter des véritables opérations chimiques usitées dans l'extraction des alcaloïdes.

Il suffit de jeter un coup d'œil sur le magnifique ouvrage de Martius relatif aux plantes indigènes médicamenteuses indiquées avec leurs noms indiens pour se rendre compte de l'importance qu'il y aurait à faire de sérieuses études sur ce point. Je ne sais si le Congrès des Américanistes peut exprimer un vœu dans ce sens aux divers Gouvernements dont les délégués sont présents; mais je puis le

dire bien haut, le Gouvernement qui organisera une commission de savants dans le but que j'ai indiqué, c'est-à-dire, de faire une ample recolte, aura bien mérité, non seulement de la science, mais de l'humanité.

Sur le mangeurs de terre des regions de la Haute Amazône.

Plusieurs voyageurs ont signalé l'habitude chez certaines tribus de la Haute Amazône de manger de la terre.

Pendant les longs mois de mon séjour dans ces regions, j'ai constaté le fait, mais je me refuse à croire à toute idée d'alimentation chez ceux qui se livrent à cette pratique.

Il s'agit d'une depuration spéciale, d'une habitude vicieuse qui mène toujours à une mort certaine quand elle n'est pas enragée dès le debut. J'ai pu là étudier les effets chez des enfants de 10 à 12 ans, indiens amenés du Haut Japurà et de L'Içà. Ces curumys, petits coolies qui sont des veritables esclaves achetés à leurs parents, à l'aide d'objets d'Europe, Caxaxa, Tersus, etc., bien qu'ils ne fussent pas maltraités chez leurs maîtres, n'avaient qu'un desir, celui de regagner leurs forêts vierges: en proie à la nostalgie, ils devenaient mangeurs de terre, sachant bien que la mort était fatale.

J'en ai vu plusieurs, de très près, l'un d'eux est même mort devant moi à Teffé; en pleine connaissance deux heures avant sa mort il grattait la terre de ses petites mains amaigries et se les portait à la bouche. Les enfants adonnés à ces pratiques maigrissaient d'une façon extraordinaire, on eu dit des squelettes recouverts de peau. Seul le ventre était enorme et siège d'une hydropisie qui était localisée à cette region. Il ne paraissaient nullement souffrir. De très bonne heure l'appetit disparaissait; une fois adonnés à cette pratique funeste, rien ne pouvait les en guerir. Parmi les jeunes filles j'ai vu aussi cette pratique en honneur, mais au lieu de manger la terre, elles broyaient avec un plaisir ineffable entre leurs dents des morceaux de poterie qui leur paraissaient plus délicieux que les

bombons à nos européennes. Il s'agit donc là de cas pathologiques et non de pratiques habituelles normales dans le but de rechercher un aliment.

Je ne parle naturellement que de ce que j'ai pu voir et observer moi même. (*Aplausos.*)

Mr. PIERSON: J'ai cru comprendre que parmi ces mangeurs de terre il n'y avait que des femmes et des enfants.

Mr. JOBERT: Des femmes et des enfants.

Mr. PIERSON: Mais les hommes.

Mr. JOBERT: Très rarement. Surtout des enfants de 8 à 10 ans et des femmes.

Mr. MODIGLIONI: Je tiens à dire un mot des observations faites dans la Malaisie. A Nias il y a des mangeurs de charbon; chez les Battaks il y a des mangeurs d'argile. Ce sont les femmes enceintes, qui croient aussi être délivrées plus facilement. Mais dans les deux cas, il n'y a qu'un seul effet, c'est d'empêcher le développement. Quant au charbon, les Anglais le mettent en vente sous forme de pilules, comme médicament.

Mr. GUIDO CORA: Les quelques observations faites à la suite de la communication de M. Jobert prouvent l'intérêt qu'éveille celle-ci. Mais le Congrès n'émet pas de vœux, comme c'est l'habitude au Congrès de géographie. Le désir très légitime qu'a exprimé M. Jobert sera consigné dans le compte-rendu, et les spécialistes pourront en prendre note.

Presidencia del Excmo. Sr. D. F. X. da Cunha.

Cedida la Presidencia por el Sr. Guido Cora al Excelentísimo Sr. D. Francisco X. da Cunha, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos del Brasil, tomó posesión de su puesto de honor, diciendo:

El Presidente Sr. DA CUNHA: Avant de prendre la Présidence, vous me permettrez de vous adresser quelques mots en français. J'aimerais beaucoup vous parler en portugais, mais l'Assemblée ne connaît pas assez cette langue et je tiens à ce que les quelques paroles que j'ai à dire soient comprises de toute la docte Assemblée.

Avant de continuer cette séance que j'ai l'insigne honneur de présider par la bienveillance du comité, qu'il me soit permis de dire devant vous que ma présence ici signifie que le Gouvernement brésilien, pour n'avoir pas envoyé, pour des motifs particuliers, des Délégués pour le représenter au Congrès des Américanistes, a chargé son représentant officiel de s'inscrire parmi vous, pour qu'il puisse affirmer les sympathies et l'admiration que la nation brésilienne porte à la grande et glorieuse nation espagnole, qui a contribué, par sa valeur, par ses richesses, par son état avancé de civilisation, à changer la fase du monde, en complétant, par la découverte du Nouveau Monde, la géographie de la terre à moitié ignorée pendant des milliers de siècles par toutes les civilisations antérieures. En ce jour de commémoration glorieuse, que la voix du Brésil, par la voix de son représentant, ne fasse pas défaut dans le concert du monde pour célébrer l'immense gloire de Colon, qui est immense, incomparable; pour célébrer la gloire de l'Espagne, la mère réverée des nations de tout

un continent, qui lui doivent la jouissance de tous les bienfaits de la civilisation moderne. (*Aplausos prolongados.*)

Mr. MARCEL: Vous savez avec quelle anxiété on attendait au 16^e siècle les grandes découvertes. Les relations en étaient souvent imprimées dans la langue dans laquelle elles étaient écrites, et pour leur plus grande expansion traduites en latin. Voici une lettre de Pedro Arias de Avila du 24 Octobre 1524. Elle est écrite en italien; l'original doit être perdu. Je regrette de ne pas avoir pu donner connaissance à M. Peralta, qui est si expert dans l'histoire de ces régions.

Je me suis permis de traduire et de résumer aussi succinctement que possible la lettre, qui est adressée à Charles Quint.

Después de conocido el documento, cuya lectura fué aplaudida por los congresistas, usó de la palabra

Mr. CULIN, presentando un trabajo de Mr. W. H. Holmes con el título de *Pre-Columbian Mining and Quarrying in the United States*.

Seguidamente, previa la autorización del Sr. Presidente Da Cunha, dijo

Mr. LUCIEN ADAM: Je suis chargé, par un missionnaire français, le père Maurice, membre correspondant de l'Institut canadien, de déposer un mémoire sur la race Denée au point de vue ethnographique. La race denée est connue par les travaux d'un autre missionnaire, aujourd'hui curé en France, L'abbé Petitot. L'abbé Maurice a continué l'œuvre de ce dernier et il a étudié principalement les Denés méridionaux. On sait que les Denés sont les voisins des Esquimaux, mais il y a des tribus indiennes parlant des langues qui sont le dené. Il y en a dans le Sud de

l'Amérique. Dans le Texas et la Floride il y a une tribu indienne qui parle une langue qui est de la famille denée. Le père Maurice, qui, depuis vingt ans, a pratiqué l'étude de cette langue, développe dans son mémoire une thèse intéressante qui pourra peut être déplaire aux craniologistes. Aussi, je n'en endosse point la responsabilité, et je remplis simplement un devoir en l'exposant. Le père Maurice constate qu'il n'y a entre ces diverses tribus aucune ressemblance et il ajoute que si un anthropologiste—il dit: un mesureur de crânes; on voit qu'il n'aime pas l'anthropologie—venait étudier ces tribus, il ne trouverait aucune ressemblance entre elles. Et pourtant de famille différente, elles parlent la même langue et on la retrouve à mille lieues au Sud. On suppose qu'elles viennent du Nord, car la vérité m'oblige à dire que nous n'en savons rien. Et le père Maurice en tire la conclusion que si l'on veut établir des caractères d'analogie entre deux peuplades, c'est par la langue qu'on peut les déterminer.

Cet ecclésiastique dit: Ce ne sont pas des brutes, ce sont des hommes; donc on ne peut, comme pour les animaux, se contenter d'un classement d'après des caractères purement matériels. Cette thèse n'est pas seulement celle d'un humble missionnaire, c'est aussi celle de M. Brinton, dont nous regrettons l'absence à ce Congrès, et qui est un des maîtres en anthropologie, en linguistique et en ethnographie. M. Brinton a développé sa théorie dans un ouvrage récent, dans lequel il a établi la classification par la langue. Je crains fort que les anthropologues n'acceptent point les conclusions du père Maurice, pas plus que celles de M. Brinton. C'est, en effet, une vieille querelle entre linguistes et anthropologues. Ceux-ci ont dit aux linguistes: Vous serez nos serviteurs, et quand nous aurons besoin de vous, vous parlerez, mais ne venez que quand nous vous appellerons. La contradiction étant naturelle, les linguistes ont répondu: Vous n'entendez rien à cela. Je crois, quant à moi, que la vérité est au milieu. Il faut

que l'anthropologie ne se serve pas de la lingüistique comme d'une servante, et il faut que la lingüistique ait de grands égards pour les découvertes de l'anthropologie. Quoi qu'il en soit, je déposerai sur le bureau du Congrès cet intéressant mémoire, qui décrit des tribus que l'abbé Petitot n'a pas décrites.

Je me permetrai aussi de déposer sur le bureau un *Confessionario de Lengua Itonama*.

Je dépose en même temps une grammaire, ou plutôt une analyse grammaticale de la langue caraïbe qui serait inconnue, si les missionnaires anglais de la Guyane n'avaient pas publié, il y a quelques années, à Londres, sans nom d'auteur; une version de l'évangile de Saint-Matthieu, treize chapitres de la Genèse et différents chapitres d'autres évangiles. La langue n'était connue que par un très court vocabulaire de douze mots, et les trois pères qui ont publié il y a cinq ou six ans. (*Leyó.*)

Je me suis abstenu d'établir aucune comparaison. Mais lorsque M. Karl von den Steinen aura rapporté ses textes, je mettrai la dernière main à une grammaire de la langue caraïbe.

Dió lectura por unos minutos, y terminada fué muy aplaudido.

Puesto en el uso de la palabra, dijo

Mr. PENCK: Seit den 400 Jahren, welche seit der Entdeckung Americas verflossen sind, sind zahlreiche Karten der Neuen Welt erschienen. Wenn es auch interessant ist, die alten Karten zu untersuchen, so muss man nicht unterlassen, die Bedürfnisse der gegenwärtigen Geographie der Neuen Welt zu berücksichtigen. Während der letzten Tahrzchnte sind fortwährend neue Karten erschienen, die gewisse Gegenden in der ausführlichsten Weise darstellen, und insbesondere lässt sich das für gewisse Teile Americas sagen, wogegen andere Teile dieses Continents.

ganz besonders im Süden, fast gar kein kartographisches Material aufweisen. Wenn wir uns daher sagen, wir brauchen eine Gesamtkarte der Neuen Welt in einheitlichem nicht zu grossem, Massstab, so müssen wir uns leider gestehen, dass das nicht möglich ist. Der Versuch, eine solche Karte zu bearbeiten, ist übrigens noch nicht gemacht worden. Nun ist aber der gegenwärtige Augenblick, den wir dem Andenken der Entdeckung Americas widmen, dazu geeignet, den Wunsch auszudrücken, dass hauptsächlich durch den einen oder den anderen der Staaten Südamericas etwas geschehen möge, um die Herausgabe einer solchen Karte zu ermöglichen. Die bestehenden Karten gehen nicht über die Landesgrenze hinaus, so dass es nicht möglich ist, eine Gesamtkarte zusammenzustellen. Der Congress für geographische Wissenschaft, der im vorigen Jahre in Bern getagt hat, hat sich mit der Frage beschäftigt und sich für eine Weltkarte im Massstab, von 1 : 1000000 entschieden, welche das Gesamtbild geben würde, dessen wir bedürfen. Ich möchte den Congress veranlassen, den Wunsch auszusprechen, dass ein Atlas Americas im Massstab von 1 : 1000000 herausgegeben würde. Ein solcher Massstab ist nicht nur bequem, sondern würde auch gestatten, von den ganz bekannten Gegenden wie von den ungenügend bekannten alles Wesentliche wiederzugeben. Ich glaube wohl daran gethan zu haben, Ihre Aufmerksamkeit auf diese Frage gelenkt zu haben, und ich wende mich hier besonders an die Vertreter der südamericanischen Staaten mit der Bitte, sich dieser Karte anzunehmen, welche die Karte der Neuen Welt werden soll. (*Aplausos.*)

El Sr. FERNÁNDEZ FERRAZ (D. Juan), Delegado de la República de Costa Rica: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. FERNÁNDEZ FERRAZ: Entre las importantísimas declaraciones hechas, ya en la lengua francesa, ya en la inglesa ó en la alemana, en este recinto de sabios y de interesados por los destinos del Americanismo, ciencia nueva que llenará indudablemente los venideros siglos, yo, representando un país pequeño de América, no siendo sin embargo americano por naturaleza, me permito presentar á la Mesa una obra cuyo mérito, por ser mía, es ciertamente bien pequeño, y en la cual pretendo manifestar que hay un camino nuevo que seguir para el estudio del idioma corriente de los hispano-americanos, del castellano vulgar de España y América, entre esas capas del pueblo sencillo y humilde hispano-americano, en donde se conserva casi puro el lenguaje de los primeros pobladores de América. Allí hay que buscar las palabras indígenas que se han ido infiltrando en el idioma castellano y que de allí han venido también á la madre patria, en donde de alguna manera se han posesionado y han tomado cuerpo y alma dentro del idioma castellano. (*Muy bien, muy bien.*)

Hay que buscar su origen, su fundamento ó su fuente, yo entiendo que en el idioma *azteca*, llamado también mexicano ó *nahua*, es decir, lenguaje sonoro, dicho así por los que le hablaban: entiendo que el lenguaje *azteca*, por ser uno de los más claros y correctos y completos de los miles de idiomas hablados en América antes de la conquista, que aun ahora se habla también, fué el que sirvió á los conquistadores españoles de medio de interpretación. La generalidad de los descubridores y conquistadores de América no fueron ciertamente sabios; pero ellos creyeron que, habiendo empezado á someter el continente por la parte septentrional, y siendo ése el lenguaje más sonoro y claro de los primeros que conocieron, y el *tarasco*, que indudablemente es superior al *azteca*, de él debían servirse como medio de interpretación; y yo considero y digo que al resto de la conquista y población de la Nueva España necesariamente llevarían consigo sus intérpretes.

Decía y entiendo, que en el lenguaje de la República de Costa Rica, hablado por la gente del pueblo, como en todos los hispano-americanos, hay muchos términos que yo llamaría de *nahuatlismos*, como he llamado á este modesto libro que presento para que inteligencias á no dudar superiores á la mía lo examinen, á fin de que puedan realizar mejoras en el idioma español hablado en las Repúblicas hispano-americanas.

Además, este pobre trabajo mío coincide con el descubrimiento hecho por el Sr. D. Manuel María de Peralta, que representa á Costa Rica en la mayor parte de las Cortes europeas, y el Sr. D. León Fernández, que algún tiempo después descubrió también ciertò precioso manuscrito sobre las lenguas del Centro América á fines del siglo pasado. La edición de este manuscrito se ha hecho por encargo de una comisión española para el cuarto Centenario del descubrimiento de América, y á mí me ha cabido la honra de verificarlo en la Imprenta nacional de Costa Rica. Este estudio, que contiene veintiún idiomas del Centro América, y que, según relación del Sr. Peralta, se leyó en el año 1882 ante la Sociedad Geográfica de Madrid, mandóse hacer por el Rey D. Carlos III á la Audiencia del virreinato de Guatemala.

Tengo la honra de presentar á la Mesa ambas obras para que puedan servir á este muy interesante estudio del Americanismo. (*Grandes aplausos.*)

El Presidente Sr. DA CUNHA: En efecto, estas obras son muy valiosas y creo interpretar el parecer de todos los señores congresistas tributando al Sr. Fernández Ferraz un testimonio de gratitud por su trabajo.

Concedida la palabra á Mr. HAMY, dijo:

Mr. HAMY: Je croirais manquer à un devoir professionnel et à une vieille tradition qui, au Museum d'histoire na-

turelle de Paris, remonte presque à un siècle, si je ne venais pas tenter d'effacer quelque peu l'impression fâcheuse produite dans vos esprit par la communication présentée par mon compatriote et ami M. Lucien Adam. Vous pourriez croire qu'il y a, comme dans un champ clos, d'un côté des gens brandissant des crânes et des tibias, et de l'autre des gens brandissant d'énormes dictionnaires. Il n'en est pas ainsi. Il peut y avoir, comme dans toute école scientifique, des esprits échauffés, des gens qui exagèrent l'importance, souvent à dessein, de leurs recherches et qui par là même donnent aux autres l'idée d'une tension scientifique qui n'a jamais existé. Dans l'école scientifique que je fais tous mes efforts pour représenter de mon mieux, M. de Quatrefages et moi, toutes les fois que nous avons besoin, sur le terrain anthropologique, de recourir à la linguistique, nous n'avons pas traité les linguistes comme des serviteurs, mais comme des collaborateurs précieux. L'exemple du père Maurice prouve précisément comment les deux sciences peuvent arriver au même résultat. La classification qu'il a établie, des tribus depuis la limite extrême du Nord, dans le pays des Apaches, et peut-être plus loin, est exactement la même que l'anthropologie a trouvée. M. Virchow et moi, par la recherche anthropologique, sommes arrivés au même résultat que les linguistes, et cela prouve que de part et d'autre on a trouvé la vérité. Il n'y a pas d'adversaires, il n'y a que des gens qui, par des moyens différents, sont arrivés à constater la vérité. (*Aplausos.*)

Mr. LUCIEN ADAM: Je suis très heureux que M. Hamy ait près la parole. Je lui ai fourni l'occasion de dire que j'ai exposé les theories du père Maurice, mais j'avais déclaré d'abord que je ne voulais pas en endosser la responsabilité. L'abbé Maurice m'avait chargé d'un mémoire, j'ai voulu en donner connaissance au Congrès et j'ai du par conséquent, reproduire sa thèse. Je ne connais rien

en anthropologie, moi, et par conséquent, je m'abstiens d'en parler. Mais que M. Hamy me permette de le dire, il on'y a pas de dissentiment entre les sciences. (*Bien bien.*)

El Sr. FABIÉ: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. FABIÉ: Aunque temeroso de molestar, no ya por segunda sino por tercera vez, al Congreso, no vacilo un momento en hacerlo, si bien brevemente, con ocasión de las manifestaciones que acaban de formular los Sres. Hamy y Adam. Entiendo, como el Sr. Adam, que por varios caminos se puede ir en la prosecución de la verdad; que los estudios antropológicos no pueden estar reñidos con otros estudios; que, si bien es cierto que no siempre se puede sostener que las conclusiones de la lingüística sean un dato absoluto para la antropología, son siempre muy dignas de tenerse en cuenta. Es cierto que hay razas que hablan lenguas que provienen de la conquista ó de la invasión de otras distintas razas, y que, por lo tanto, esas distintas lenguas no son rasgos característicos de una raza ni de una civilización; pero así y todo, no se puede dudar que el estudio de los idiomas, con arreglo á los métodos que hoy prevalecen, contribuye al progreso de la sociología, que es la ciencia más importante del momento actual; porque, dado el sesgo que ha tomado el movimiento científico, necesita fundarse la ciencia del hombre en la observación y en la experiencia, como están fundadas todas las ciencias positivas, que tan grandes adelantos han hecho en los últimos años. No quiere esto decir que los estudios puramente prácticos y de observación cierren por completo la puerta á otro género de estudios y elucubraciones, especialmente á las que llamaré abstractas. El venerable sacerdote, cuya memoria ha presentado el Sr. Adam al Congreso, ha obedecido en sus apreciaciones á un orden de ideas que no

puede menos de predominar en un hombre de su carácter y de su oficio. Pero aquí estamos en un terreno puramente científico y todas las cuestiones ultraterrenas deben estar reservadas para otros estudios. Aquí nos ocupamos de los fenómenos y de todo aquello que cae directamente bajo la acción de nuestros sentidos y de nuestra inteligencia. La conclusión general, el punto de vista trascendental, aquello que será un día la verdadera ciencia, eso queda reservado. En esa parte cada cual debe tener y puede tener el derecho (que no creo que habrá nadie que lo niegue), de profesar aquellas convicciones que responden, más que á los resultados de la experiencia, á los sentimientos, á la educación y á otros elementos de nuestro ser, que son sin duda los más elevados, los que constituyen nuestra propia esencia. (*Aplausos prolongados.*)

El Sr. PRESIDENTE: La discusión ha terminado, y antes de levantar la sesión debo consultar á los Sres. Congresistas si creen que debemos reunirnos mañana domingo, ó si debe descansarse hasta el lunes, aunque sería muy conveniente celebrar lo menos una sesión. Así, pues, ¿acuerda el Congreso que haya sesión mañana por la mañana, á la misma hora de la de hoy?

El acuerdo fué afirmativo.

El Sr. PRESIDENTE: Se levanta la sesión.»

Eran las cuatro y treinta minutos de la tarde.

QUINTA SESIÓN

DOMINGO 9 DE OCTUBRE DE 1892, Á LAS NUEVE Y CUARENTA Y CINCO DE LA MAÑANA

Al abrirse la sesión bajo la Presidencia del Sr. Fabié, ocupaban la Mesa los Sres. Coello, Hellmann, Palma, Pierson, Storm y los Secretarios Sres. Zaragoza y Toda.

El Sr. ZARAGOZA: Pido la palabra.

El Presidente Sr. FABIÉ: La tiene S. S.

El Sr. ZARAGOZA: Señoras y señores: En nombre del Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros, tengo el honor de invitar á los Sres. Americanistas para ir mañana á recibir á SS. MM. el Rey D. Alfonso XIII y su Augusta Madre lá Reina Regente del Reino. Los que deseen asistir recibirán de la Mesa una papeleta para embarcarse en el hermoso vapor *Antonio López*. (*Asentimiento.*)

Presidencia del Sr. Hellmann.

Acto seguido el Presidente Sr. FABIÉ ofreció el sillón presidencial al Sr. Gustave Hellmann, quien, al ocuparlo, usó de la palabra en estos términos:

El Presidente Sr. HELLMANN: Mesdames et messieurs: Avant de commencer nos travaux d'aujourd'hui, permettez moi de remercier très sincèrement le Bureau de l'honneur qu'il vient de me faire en m'appelant à présider cette cinquième séance. Je sais fort bien préciser et interpréter l'honneur qui vient de m'être fait: ce n'est pas ma personne, mais à ma patrie, aux américanistes allemands que vous le faites. Je profite de cette occasion pour vous dire combien deux de nos plus distingués américanistes, M. Reiss et M. Virchow, regrettent de ne pas pouvoir assister à notre session. M. Reiss quitte Berlin pour se retirer dans un château de la Thuringe, en ce moment même. Quant à M. Virchow, élu recteur de l'université, ces fonctions le retiennent à Berlin. Il vient de publier son grand atlas: *Crania americana*, qu'il avait l'intention de présenter lui-même au Congrès, et que vous verrez lorsque vous visiterez l'Exposition américaine de Madrid. (*Aplausos.*)

Entrando en el despacho ordinario, el Vicesecretario señor Toda leyó los siguientes partes telegráficos:

«Sr. COLONEL DE COELLO, HUELVA.—*Huelva.*—*Buda-Pest*, 7-18, 26 7-135 t.—Société Géographique hongroise, envoyant meilleures felicitations, prie Votre Excellence

transmettre au Congrès Américaniste adhesion et sympathies cordiales et sincères.—*Président Leczy.*

MR. PRÉSIDENT CONGRES DES AMÉRICANISTES, HUELVA, ESPAGNE.—*Sd. Huelva-Paris, 6-4-40 t.*—Parti de Bruxelles avec le désir de remplir au Congrès la mission officielle qui m'a été confiée, je suis retenu depuis plusieurs jours à Paris par l'état de ma santé, et dans l'impossibilité de répondre aux intentions de mon Gouvernement, j'en éprouve le plus vif regret. La Belgique, politiquement associée à l'Espagne au temps de la conquête du Nouveau Monde, avait sa place marquée à la neuvième session du Congrès et aux fêtes du quatrième centenaire de la découverte. Personnellement j'aurais été heureux de revoir à cette occasion des amis que j'affectionne, des savants que je tiens en haute estime, et l'Espagne, dont j'ai conservé un si excellent souvenir et dont le généreux appui a permis à Colomb de doubler le champ des investigations humaines sous le glorieux drapeau de Castille.—*Anatole Bamps.*

PRÉSIDENT CONGRES AMÉRICANISTE, MADRID. — Norte. *M. de Calvi 20 5-10 4-30.*—Le Maire de Bonifaccio, ancienne colonie génoise, envoie à Calvi un portrait de Christophe Colomb ignoré jusqu'ici des savants. Cadre et tableau paraissent de la Renaissance. L'Amiral est présenté un compas à la main traçant une carte de navigation qui semble figurer la mer des Antilles. Son baton de commandement est posé sur la carte. Plus haut on voit la poupe d'une caravelle portant le pavillon blanc de l'Amiral et deux sauvages sur la greve. A coté un écusson portant la tête du maure. Bandeau blanc au front indique sa nationalité corse. Prière de faire connaître ce fait au Congrès.—*Abbé Peretti*, adherent au Congrès.»

En seguida dió lectura á la carta dirigida por Mr. Leon Rosny al Sr. Presidente, que dice:

« Cabinet du Directeur. — Rédaction. — L'Alliance Scientifique, organe de l'Association Internationale des Hommes de Science. — (Sciences. — Littératures. — Beaux-Arts.) »

SAINT-VALERY-EN-CAUX le 3 Octobre 1892.

Monsieur le Président, Messieurs: J'éprouve une très vive peine cette année tout particulièrement, de ne pouvoir me rendre au Congrès International des Américanistes. Ma santé, affaiblie l'hiver dernier par des travaux scientifiques un peu disproportionnés avec mes forces, m'a rendu impossible un voyage de quelque longueur, et j'ai dû me résigner à passer mes vacances dans la solitude de la campagne. Je ne veux cependant pas laisser clore la session de Huelva sans vous adresser l'expression la plus sympathique de mes regrets et de mes hommages.

L'Espagne, entre toutes les nations, est la patrie de l'américanisme. Le IV^e anniversaire de la découverte de Christophe Colomb assure, en outre, à votre réunion un éclat exceptionnel. Vous êtes, sans doute, appelés à rendre à notre science un service que n'ont pas réussi à lui rendre bien de savants efforts, bien de louables bonnes volontés. L'Américanisme, en effet, n'occupe pas encore à beaucoup près la place à laquelle il a tant de droits, non seulement dans les Sociétés littéraires, mais aussi dans l'enseignement public. Je ne connais jusqu'à ce jour que deux chaires consacrées à l'archéologie du Nouveau Monde: la chaire créée à Philadelphie par M. Daniel Brinton, et celle que j'occupe à Paris, à l'Ecole des Hautes-Etudes. Combien nos progrès seraient plus rapides, plus généralement appréciables, plus décisifs, si chaque grande nation possédait un cours spécial d'américanisme! Le champ de nos explorations est si vaste et si fécond que j'ai la ferme confiance que des jeunes gens éclairés s'empresseraient de s'y rendre. Par exemple, dans le domaine de la paléographie yucatèque, dont je m'occupe surtout, je suis convaincu que si le nombre des travailleurs était plus considé-

nable, non seulement nous n'aurions pas à déplorer la marche trop lente des découvertes, mais que nous arriverions bientôt à lire d'un bout à l'autre ces précieux manuscrits *Katonniques* qui nous cachent les secrets les plus intéressants de l'antique civilisation américaine.

Nos écrits sont, en général, vus d'un œil déflant par le monde officiel et par celui des Académies. Sommes-nous en droit de nous plaindre des réserves que nous font sans cesse, si non dédaigner, du moins tenir à l'écart? Je n'oserais l'affirmer. Je sois de ceux qui soutiennent que le champ de l'américanisme est un des plus beaux et des plus riches qui aient été ouvertes aux érudits, et, en outre, un champ presque absolument vierge dans beaucoup de ses parties. Je n'en reconnais pas moins qu'une foule de tentatives par l'explorer ont été faites au mépris des principes les plus indispensables de la saine critique. Nulle part, dans la large carrière de la recherche humaine, on n'a plus abusé des licences de la fantaisie. Le désir d'attacher son nom à des théories bruyantes et à grand effet, a perdu bien des savants qui avaient porté avec enthousiasme leurs regards investigateurs au-delà de l'Atlantique. L'audace n'est pas toujours un défaut: la gloire de Colomb en est la preuve. Il faut néanmoins que l'audace soit tempérée par les règles d'une méthode rigoureuse, si l'on ne veut pas qu'elle nous entraîne dans les voies les plus fausses et les plus déplorables.

Un homme qui a certainement rendu des services à l'américanisme, l'abbé Brasseur de Bourbourg, a perdu tout crédit par ses théories aventureuses. On l'a mis au pilori de la science, en oubliant trop souvent que tout n'était pas sans valeur dans ses nombreux ouvrages.

C'est en Espagne, j'aime à le croire, messieurs, et probablement au Congrès de Huelva, que l'Américanisme trouvera ses véritables assises. Si vous aboutissez à ce résultat,—et je n'hésite pas à l'espérer,—la civilisation vous devra deux fois la découverte de l'Amérique: la décou-

te matérielle du sol américain et la découverte de sa pensée anti-colombienne.

Non seulement vous possédez des trésors sans pareil en documents de toute nature dans vos bibliothèques, dans vos musées et dans vos archives, mais vous comptez parmi vous des savants de premier ordre, tels que mes éminents confrères de la Academia de la Historia, M. Justo Zaragoza, M. de la Rada y Delgado, et sans d'autres que j'aurais été heureux de citer, si une nomenclature n'était pas déplacée dans une simple lettre d'excuses.

De loin, une seule chose m'est peut-être permise: c'est d'émettre le vœu que les travaux du Congrès d'Huelva soient continués après la clôture de la session, et que le Gouvernement espagnol compreuve que l'introduction de l'américanisme, dans le programme de ses écoles supérieures, sera un nouveau titre de gloire pour la noble nation castillane.

Permettez-moi, monsieur le Président, et vous tous messieurs, de vous offrir l'expression de ma plus cordiale confraternité,—*Léon de Rosny*.

A Mr. le Président et à MM. les membres du Congrès International des Américanistes à Huelva (Espagne).

El Sr. PRESIDENTE propuso y se acordó que constase en el acta la complacencia con que el Congreso se había enterado del contenido de esta carta y el de los telegramas.

Leyóse luego por el Sr. Toda esta comunicación, remitida al Secretario del Congreso por el de la *Royal Geographical Society*:

«I, SABLE ROW, BARLINGTON GARDENS, M.—*3rd. October 1892*.—Sir: In the month of June last the Council of our Society appointed four delegates to attend your Congress to be held at Huelva, viz, Sir George F. Bowen,

Mr. Clements R. Markham, Admiral Sir Erasmus Ommanney and Dr. R. N. Cust.

I regret to say that I have just learned that it may not be possible for any of these delegates to attend the Congress at Huelva. In that case permit me to convey to the Congress of Americanists assembled to commemorate the fourth Centenary of the discovery of America by Columbus, the warmest greeting and congratulations of the Royal Geographical Society.

At the same time, Sir, may I beg you as a favour to send me any Bulletins that may be issued reporting the proceedings of the Congress, or any other documents that would be of service in giving a *Compte rendu* of the meeting in the publications of the Society.

I have the honour to be, Sir, your obedient Servant,
J. Scott Keltie, Assistant Secretary Royal Geographical Society.

The Secretary International Congress of Americanists Huelva.

P. S.—I am writing to Colonel Francisco Coello to represent the Society if he is present at the Congress.

El Presidente Mr. HELLMANN: Est il possible d'envoyer l'adhésion de notre Congrès à la Royal Society? (*Muestras de asentimiento.*)

Continuando el despacho ordinario, leyó el Sr. Toda la carta escrita por D. Luis Vidart al Sr. Zaragoza, remitiéndole un estudio histórico titulado *Defensa del Comendador Bobadilla*, y al leer una lista de libros presentados al Congreso, dijo que Mr. Adrien Planté había entregado á la Mesa varios ejemplares de la obra publicada por la *Société Historique* de Compiègne y dedicada especialmente al Congreso, manifestando el Sr. Planté que este trabajo debía ser ofrecido personalmente por el Sr. Conde de Marsy, Director de la *Société Française d'Archeologie*, á quien ha

sido imposible realizar su deseo de asistir á nuestras sesiones.

El Sr. PRESIDENTE dió las gracias al Sr. Planté, significando su deseo de que las transmitiese al Sr. Conde de Marsy.

El Sr. Presidente HELLMANN: ¿Hay algún otro Sr. Congresista que desee presentar libros?

El Sr. SELER: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. SELER (Delegado del Real Museo Etnográfico de Berlín).—Señoras y Señores: Tengo la honra de presentar al Congreso la Memoria del doctor Herdaens, amigo y paisano mío que ha sido uno de los que acompañaron al Conde Standart en su segunda expedición al Río Lingut. Por esta obra conocerán los Sres. Congresistas los sucesos memorables que tuvieron lugar durante la excursión, pues en ella se hace un minucioso detalle de todo. En este viaje encontró el doctor á que me refiero una tribu muy considerable de indios, pero no logró catequizar á ninguno de los del grupo compuesto por aquellos habitantes, ni aun de los más conocidos. En esa expedición se consiguió adquirir bastantes objetos, y se hizo un trabajo ímprobo, cuyas muestras obran en el Museo de Berlín. También llegó á estudiar esos objetos ó antigüedades y ha publicado acerca de ellos estos volúmenes, por los que podrá ver el Congreso todos los utensilios que usan los indios, y entre ellos objetos y cosas muy interesantes. Además, el doctor aludido tuvo ocasión de estudiar y llegar á conocer muy bien la significación y uso de alguno de esos objetos. Por ejemplo, creyó siempre que los ornamentos, que por lo regular se conocen con el nombre de

ornamentos geométricos, se venían analizando por la naturaleza del género humano; pero vió que esos objetos ú ornamentos geométricos tenían una significación especial y particular para los indios, recordando bien un cierto animal ó un cierto espíritu de un animal, que suele estar representado en la actitud de una persona dormida. Esa es una cosa muy notable y tal vez dé margen para llegar á entrar más en conocimiento de la vida interior de estas tribus. (*Muy bien. Aplausos.*)

El Sr. PRESIDENTE: En nombre del Congreso doy las gracias al Doctor Seler por la obra que ha presentado de su compañero el Doctor Mr. Herdaens.

No habiendo más obras que presentar, se va á entrar en el orden del día. Ruego al Sr. Toda que dé cuenta de los trabajos manuscritos que se hayan recibido.

El Sr. TODA: Durante el período de organización del Congreso, el Secretario general del mismo, Sr. Zaragoza, ha recibido las Memorias relativas al tema tercero del programa del Congreso, ó sea de Antropología y Etnografía, cuyos títulos voy á leer; pero me cumple llamar la atención de los señores Congresistas acerca de este punto, diciendo que para los ocho temas que comprenden la sección sólo se han presentado los siguientes estudios:

LISLE DU DRENEUR (Mr. P. de).—De l'identité de certaines armes de pierre de la Bretagne et de l'Amérique du Nord.

—Les idoles de peche du Brèsil.

MORICE (R. P. A. G.).—La race Déné, esquisse ethnographique.

ORDINAIRE (Olivier).—Sur l'origine des premiers habitants de l'Amérique. L'age du bronze en Espagne et au Perou, etc.

PETITOT (Mr. Emile).—La musique chez les indiens du Canada Nord-Oest.

SOTO HALL (Sr. D. Máximo).—Síntesis de un folleto sobre el origen de los americanos.

STELLZIG (Mr. A. Wilhom).—Estudio antropológico de los habitantes de Patagonia: comparación de éstos con las demás razas americanas.

VILANOVA Y PIERA (Ilmo. Sr. D. Juan).—Paleontología americana.

El Sr. PRESIDENTE: El Comité de Publicación suplica al Congreso que acuerde si, permitiéndolo sus condiciones, las Memorias presentadas y de que ha dado cuenta deben imprimirse en detalle.

Después de una breve pausa, fué el acuerdo afirmativo.

El Sr. PRESIDENTE: Ahora suplico á todos aquellos señores que quieran hacer alguna manifestación que pidan la palabra.

El Sr. SELER: Ruego al Sr. Presidente...

El Presidente Sr. HELLMANN: Puede hablar S. S.

El Sr. SELER: Señoras y señores: Me parece necesario tratar en este Congreso de un tema que desde hace tiempo ocupa mucho la atención de todos los Americanistas de ambos hemisferios.

El problema de la escritura hierática del Yucatán, cuyos restos vemos en los vestigios de códices, la mayor parte destruídos, y como además se ve en la serie de piedras y restos de paredes y palacios que están diseminados por el suelo de Yucatán, Guatemala y el Salvador. Cuando se empezaba á estudiar el carácter de esos códices y de esas inscripciones, creyóse tener una clave no

fácil para emplearla, pero que se esperaba aprovechar algún día para poder leer todas las inscripciones de esa escritura. Tal clave era el silabario que está impreso en una obra del Obispo de Yucatán, conocida bajo el nombre de *Relaciones de Yucatán*. Quizá sabréis que en la actualidad hay partidarios y opiniones, de que por medio de ese silabario se puede llegar á descifrar esos códigos y esas inscripciones. Esos códigos hemos empezado á estudiarlos por simples y sencillas comparaciones. De esta manera Mr. Phertechman, en Dresde, logró aprender cómo se escriben los números en los códigos y en las inscripciones, manera que es muy particular, como también lo es el sistema de la numeración escrita, pues el 1 tiene su significación, no sólo por la contextura del signo, sino por su relación. Los Mayas, sobreponían los números, y el número primero abajo eran las unidades, segundo las decenas y así sucesivamente, de veinte en veinte; el tercero, las cuarentenas ó centenas. Además de esta numeración escrita, se ve que los caracteres jeroglíficos de esta escritura Maya están por punto general de modo que á un grupo jeroglífico corresponde una figura. También se ha observado que cada dos ó tres jeroglíficos siempre suelen ir acompañados de la misma figura, y se ve además que el primer jeroglífico corresponde á la acción que representa la otra figura. (*Expectación.*)

Aquí veis esta figura que tiene en la mano un bastón, pero al mismo tiempo se halla dibujada una piedra. De esa manera hemos podido conocer que, excepción hecha de la figura que está representada en esos códigos, tienen un jeroglífico distinto y otros dos ó tres jeroglíficos que son como los acompañantes, que vienen á significar lo que pudiéramos llamar un símbolo, una clave de estas inscripciones.

Otra serie de jeroglíficos dan idea de la acción que representan. Es necesario conocer también la significación fonética de estos jeroglíficos; pero para eso sería preciso

estudiar ante todo los nombres del dios que representan, y así podríamos ver el valor fonético del jeroglífico. Es lástima que no podamos tener un medio de averiguarlo sino buscando otro camino que se presenta, aunque es difícil. Sin embargo, aquí se representa una ceremonia dibujada muy claramente en cuatro láminas, y tenemos una descripción muy exacta de esas ceremonias en el Códice de Dresde, donde figura el nombre de los dioses que están dibujados y se puede saber también el nombre de las deidades que aparecen en aquellas láminas.

He hablado antes de otro camino y, en efecto, diré que los yucatecos vienen llamando á aquella región hace siglos Katán. Hubo discrepancia entre los historiadores de hace tiempo, pero yo he podido averiguar que algunas figuras de esas deidades tutelares representan sucesos que los yucatecos creían que tuvieron lugar en remotos siglos, según se demuestra por otras láminas y por otros códices que figuran en la Biblioteca Nacional de París. Además, en el año 1887, cuando tuve la satisfacción de pasar por los Estados Unidos del Norte, pude conocer la famosa biblioteca de Chunster, y allí saqué una copia de los libros que se llaman de Chilambaga, escritos en lengua Maya, de época de los cristianos, y que contienen, en mi opinión, casi las mismas cosas que se observan también en los códices. Allí se hace igualmente una descripción de los diversos siglos, con sus nombres y deidades tutelares y con los hechos que han ocurrido en esos siglos, y además se ven las figuras y los nombres de los dioses de los gentiles: Esos mismos dioses están representados en una lámina que aquí tengo y datan de época antigua, es decir, á partir del siglo de Chilambaga, llamándoles dioses tutelares y representándolos por un faisán. En la misma lámina se ve una deidad con la cabeza de faisán. Estas observaciones que voy haciendo las podría detallar en otra ocasión, pero hoy me he limitado tan sólo á presentarlas y á indicar el camino por donde podremos esperar

llegar al fin práctico que perseguimos. (*Grandes y ruidosos aplausos.*)

El Sr. OPPERT: Pido la palabra.

El Presidente Sr. HELLMANN: La tiene S. S.

Mr. OPPERT: Avant tout je dois remercier M. Seler de la très intéressante communication qu'il vient de nous faire. Je voudrais ajouter le vœu que M. Seler continue les études qu'il a commencées de façon si avantageuse pour l'explication de ces inscriptions. Nous avons à Paris un homme de grand mérite qui a commencé ces études, c'est M. Léon de Rosny. En suivant une méthode un peu rigoureuse, il est arrivé, non pas au déchiffrement même, mais à indiquer la manière de poursuivre le but. La méthode est toujours très utile en elle même, mais elle ne remplace pas la véritable découverte. Elle est l'instrument avec lequel on châtie les enfants, mais elle ne remplace pas le livre d'enseignement.

Je voudrais demander à M. Seler s'il a trouvé autre chose que l'explication des signes. Il nous a donné quelques renseignements sur le contenu véritable des inscriptions au point de vue liturgique, au point de vue des usages sacrés et même profanes des Mayas, car la grande difficulté dans cette question est que nous ne connaissons pas exactement la langue. M. Brasseur de Bourbourg a fait sur les inscriptions mayas un grand livre dans lequel il n'a exposé que des choses absolument fantaisistes, bien que cet ouvrage ait été publié aux frais du Ministère par l'entremise de l'impératrice Eugénie. Je demanderais donc à M. Seler s'il a trouvé autre chose et s'il peut nous communiquer quelques idées sur le véritable contenu de ces inscriptions si intéressantes. (*Aplausos.*)

El Sr. SELER: Con mucho gusto accederé á los deseos del ilustre Profesor Mr. Oppert, y contestaré á su pregunta,

que no puedo decir más acerca de esas relaciones sino que he encontrado en ellas una cosa que es la astrología, aunque no la verdadera, pues los mexicanos y los tlascaltecas miraban al sol, no como á las estrellas, para conocer los destinos futuros de su país, pues tenían una especie de etnología y seguían un sistema que era el del sufrimiento, el primero y más importante de los sistemas; valiéndose para adquirir todos sus conocimientos é ideas, tomando de ellos todos los sucesos humanos. Esto es precisamente lo que viene á ocurrir con los códices mexicanos, en su mayor parte; porque en México no conozco más que los códices de que he hablado, en razón á que las inscripciones de las paredes y de los templos no me ha sido posible estudiarlas, no obstante ser muy probable que allí se encuentren muchas nociones históricas. Pero repito que en esos códices no he encontrado más que un sistema, cual es el de que antes he dado cuenta.

El Sr. PRESIDENTE: Es ésta una cuestión tan difícil y complicada, que debemos desde luego dar la enhorabuena al Sr. Seler, por habernos ilustrado con sus extensos y profundos conocimientos. Por tanto, creo interpretar los sentimientos del Congreso dándole las gracias por ello.

¿Hay alguno otro Sr. Congresista que desee hacer alguna manifestación sobre etnografía? (*Pausa.*)

Ruego al Sr. D. Ricardo Palma, Delegado de la República del Perú, que tenga la bondad de ocupar el sillón presidencial.

Presidencia del Sr. D. Ricardo Palma.

Ocupada la Presidencia, dijo:

El Sr. PALMA: Me declaro altamente honrado con la designación que en mí habéis hecho, distinción que nunca podré agradecer bastante, porque yo no soy sino un hombre más ó menos esclarecido en el campo de la Historia. Yo no traigo aquí otro contingente que el de mi buena voluntad, que el de mi entusiasmo, el de mi fe, y el interés de que el Congreso Americanista estudie y averigüe toda la certidumbre de la verdadera historia de América, porque ésta, hay que decirlo, señores, se halla en estado embrionario todavía. La historia de América está por escribirse. Hasta hoy no tenemos más que la tradición, aunque la tradición es la historia de los pueblos. De América puede decirse que los cronistas de Indias se pierden en contradicciones, y si empezáramos por estudiar la historia americana anterior á la época precolombina, no hallaríamos más que máximas más ó menos poéticas.

Sin ocuparme de otras naciones americanas, permitidme que os diga que si vamos á averiguar los orígenes del Perú, encontraremos que su historia es anterior á la organización y civilización de los pueblos asiáticos.

El cronista Montesinos escribemás que una historia unos cuentos de *Las mil y una noches*, dando por cierto en sus investigaciones el resultado de que en el Perú hubo una dinastía de cuatrocientos y tantos monarcas, que por poco tiempo que reinaran resultaría una edad histórica mucho mayor que aquella que marca la ciencia.

Ocupándonos ya de los tiempos del descubrimiento, hallamos contradicciones idénticas y fábulas. Una de ellas, por ejemplo, que recuerdo entre otras, sería la de

Pedro de Gandía, que con una cruz y una espada detuvo á tigres y leones, y se dice que Felipe III ordenó llevar á cabo una investigación que después ha resultado otra fábula, en que se atribuyen muchos y grandes hechos.

No canso más vuestra atención, señores, porque no me he propuesto discurrir sobre un tema histórico, sino solamente dar las gracias á los señores que componen el Congreso de Americanistas por haberme honrado con el encargo de presidir esta sesión. (*Grandes aplausos.*)

El Sr. CARRANZA: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. CARRANZA: Señoras y señores: Repetiré las frases que acaba de pronunciar el ilustrado Sr. Palma, Delegado del Perú, que ejerce el turno de la Presidencia, agradeciendo á mi vez y altamente la distinción que se me dispensa para hablar ante un Congreso tan competente como respetable por su ciencia.

He pedido la palabra como Delegado de la República Argentina, mi patria, con el propósito de daros cuenta del trabajo que he preparado sobre la verdadera fecha en que tuvo lugar el descubrimiento del Río de la Plata, comentando la obra capital que acaba de publicar en Buenos Aires el Sr. Eduardo Madero.

Pero no es solamente este compatriota quien se ha dedicado entre nosotros á investigaciones correspondientes á la época remota del descubrimiento y conquista ó del coloniaje—no sin duda,—pues varios son los que cultivan esta clase de estudios, y cuyos nombres, cual sucede de ordinario con los escritores de aquellas regiones, son, por desgracia, ¡duele confesarlo! casi desconocidos en Europa á causa quizá de la poca ó ninguna circulación de las múltiples producciones intelectuales del hemisferio republicano; vacío lamentable que urge llenar, y á un fin tan

preferente como útil, señores, deben gravitar vuestros esfuerzos más constantes.

Por eso me permitiréis recomiendo á la consideración de los centenares de Americanistas aquí presentes, y en cumplimiento de la más estricta justicia, á los Sres. Mitre, López, Lamas, Gutiérrez, Trelles, Domínguez, Quesada, Pelliza, Frejeiro, Zinny, Mantilla y Medina, que han dado á la estampa libros serios y meditados, no sólo sobre historia contemporánea del Río de la Plata, sino también sobre la antigua de aquel virreinato.

Entre los que se han consagrado en nuestros días á la Geografía, Paleontología, Etnografía, Lingüística, Arqueología y Numismática Americanas, sobresalen el Sr. Zeballos, fundador del Instituto Geográfico Argentino; el Sr. Moreno, creador del afamado Museo Antropológico de la ciudad de la Plata; los Sres. Ameghino, Fontana, Lafone, Quevedo, Rosa y otros igualmente meritorios que sería fatigoso seguir enumerando, en especial cuando me son conocidos los términos fatales que marca el Reglamento para ocupar esta tribuna.

Mas no terminaré tan breve digresión sin manifestaros que por la premura con que me trasladé á esta ciudad, en desempeño de mi cometido, he dejado en Madrid dos libros referentes á la campaña militar realizada en los desiertos del Norte de la Argentina en 1883 y 84, los que en oportunidad serán entregados en Secretaría. En ellos encontraréis datos del mayor interés y exactitud sobre una zona inmensa y rica, estudiada por primera vez por las comisiones científicas que acompañaron aquella gloriosa empresa contra la barbarie.

Ahora pasaré á contraerme al tema que he elegido, basado sobre documentos que conceptúo de importancia para la historia, un tanto nebulosa, del descubrimiento del Río de la Plata, los que, buscados con loable diligencia, aparecieron al fin en el copioso Archivo de Indias en Sevilla, y mediante los cuales da un paso de avance la cien-

cia prehistórica colombina que fomenta este egregio Congreso y acerca del cual reclamo de antemano su indulgencia. (*Aplausos.*)

Acto seguido procedió á dar lectura de dicha memoria.

Un Sr. CONGRESISTA: Poco más alto, que no se oye al orador.

El Sr. CARRANZA: Siento no se me oiga lo bastante, y es que, según he notado, este salón carece de condiciones acústicas; sin embargo, trataré de esforzar la voz.

Sin otra interrupción, continuó el orador la lectura de su trabajo referente á las expediciones del navegante Solís, siendo extraordinariamente aplaudido.

El Sr. PRESIDENTE: Tributo, en nombre del Congreso, un entusiasta aplauso á la forma galana de la memoria presentada por el Sr. Delegado argentino, Dr. Angel Justiniano Carranza, y estoy de seguro que la Comisión ejecutiva sabrá estimar los datos, hasta cierto punto completamente desconocidos, que ha expuesto S. S. sobre si fué uno ó fueron dos los viajes realizados por el gran descubridor del Río de la Plata.

Tiene la palabra el Sr. Seler.

Previo la venia del Sr. Presidente, dijo:

El Sr. SELER: Señoras y señores: Nada voy á decir sobre puntos científicos; sólo deseo presentar al Congreso un proyecto.

Ya sabéis que los estudios americanistas, bajo el punto de vista de la etnografía, tienen un valor especial.

Por esta razón las naciones americanas lo que consiguieron, en su desarrollo, ha sido por su propia iniciativa;

no ha necesitado una nación de la otra, sino que cada país ha llegado por sí al punto de su desenvolvimiento.

Entre esas naciones, hay una, la mexicana, que tiene la ventaja de que las ideas y la vida de sus instituciones hayan llegado á un alto grado de civilización.

Así, pues, todas las inscripciones de aquel país están fijadas por una interpretación hecha después de los primeros tiempos de la conquista, y esto constituye indubitablemente el gran mérito del padre Sahagún, que conservó para lo futuro esas novedades.

Ya sabréis también que preguntó á los indios lo que sabían de sus divinidades y ellos se lo relataron; y otros indios, á quienes él había enseñado, escribían lo que los ancianos les contaban.

Los manuscritos originales de estas memorias, que se hallan en Madrid en dos Bibliotecas, hasta ahora no se ha podido encontrar medio de publicarlos.

Me ocupo de esas cosas y hace dos años copié gran parte de esos dos manuscritos.

Creía que hubiera sido de mucha importancia para el Centenario tener aquí las primeras entregas de una edición del padre Sahagún, pero no me ha sido posible.

He acudido á la Academia de Ciencias y Letras de Berlín, y con la ayuda de ese país, al que siempre estaré agradecido, espero hacer una edición de estas memorias escritas en idiomas aztecas, acompañada de la traducción del padre Sahagún, que es muy importante, pero que no está impresa como digo.

He decidido presentaros este proyecto, ya que no he podido hacerlo de las entregas cual hubiera deseado. (*Aplausos.*)

El Presidente Sr. PALMA: De todos modos, y aunque el Sr. Seler no haya podido conseguir su deseo, el Congreso no vacila, por mi conducto, en dar á S. S. las gracias por sus trabajos y por la promesa que ha hecho.

El Vicesecretario Sr. TODA: El Consejo Central del Congreso se reunirá en sesión privada, mañana á las nueve de la misma.

Los señores que deben asistir son: el Sr. Presidente, D. Antonio María Fabié, y los Vicepresidentes Sres. Adam, Coello, Cora (Profesor), Da Cunha, Fontecha, Hellmann, Nordenskiöld, Palma, Pector, Penck (Doctor), Peralta, Pierson, Restrepo (Doctor), Sánchez Mora, Storm y los señores del Consejo d' Abbadie, Culin, Baye (Barón de), Bikelas, Fastenrath, F. Ferraz, Haefliger, Hamy, Hernández Quintero, Jordana, Koppel, Künne, Loubat (Conde de), Marcel, Marchena Colombo, Martí Gofau, Oppert, Panizzardi, Seler, Irgens Bergh, Warren Currier con el Secretario Sr. Zaragoza y el Vicesecretario que tiene el honor de dirigiros la palabra.

El Presidente Sr. PALMA: La Mesa suplica á los señores Congresistas la puntual asistencia para la sesión privada de que ha dado cuenta el Sr. Vicesecretario, y á la ordinaria, que empezará á las diez de la mañana.

Se levanta la sesión.»

Eran las once y cuarenta minutos.

BANQUETE

Á las ocho de la noche se celebró en el Hotel Colón el banquete de 300 cubiertos, á que fueron invitados los señores Congresistas por el Excmo. Sr. Presidente de Honor de la Junta organizadora.

SESIÓN DEL CONSEJO CENTRAL

LUNES 10 DE OCTUBRE DE 1892, Á LAS NUEVE Y MEDIA
DE LA MAÑANA

Á la hora citada se reunieron en uno de los salones del Hotel Colón, inmediato al destinado á celebrar las sesiones, bajo la presidencia del Sr. Fabié y actuando como Secretarios el general y el Vicesecretario, Sres. Zaragoza y Toda, los Vicepresidentes del Congreso y los Delegados que forman el Consejo, asistiendo como Vicepresidentes los Sres. Adam, Coello, Cora, Da Cunha, F. Fontecha, Hellmann, Barón Nordenskiöld, Palma, Pector, Peralta, Pierson, Restrepo y Storm y en calidad de Delegados é individuos del Consejo los Sres. d'Abbadie, Culin, Barón de Baye, Bikelas, Hamy, Künne, Marcel, Oppert, Palma, Selser é Irgens Bergh.

Abierta la sesión, dijo:

El Presidente Sr. FABÍE: Le premier objet dont nous avons à vous occuper est l'institution d'une Commission pour la publication du Compte-rendu.

El Sr. F. FONTECHA: Propuso que la Comisión de publicación la compusieran los Sres. Secretarios, Zaragoza y Toda, y el Tesorero del Congreso, Excmo. Sr. Marqués de Urquijo. (Quedó acordado por unanimidad.)

El Presidente Sr. FABIÉ: Nous avons à nous occuper ensuite du lieu où se tiendra la prochaine réunion du Congrès. Mais auparavant, je dois soulever une autre question. La session de Paris avait décidé la nomination d'une Commission pour la revision des Statuts. Cette Commission n'a pu être nommée ici, parce que nous n'avons reçu aucune communication à ce sujet; du moins nous n'avons pas pu compléter la Commission, qui existe. Je propose de proroger les pouvoirs de la Commission nommée à Paris pour qu'elle présente des propositions au prochain Congrès. (Quedó así acordado.)

Mr. HELLMANN propose que M. Fabié soit nommé membre de la Commission.

Mr. FABIÉ: L'introduction d'un nouvel élément pourrait troubler les travaux.

Mr. OPPERT: Je n'ai rien à objecter à ce que les pouvoirs de la Commission soient prorogés. (*Approbation.*)

Mr. FABIÉ: Le dernier objet à l'ordre du jour est le choix du siège de la prochaine session. Je viens de recevoir la communication suivante.

El Sr. TODA leyó la carta del Excmo. Sr. Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de la América del Norte, pidiendo que se designase á su país para la celebración de un Congreso extraordinario de Americanistas en el próximo año de 1893, la cual carta decía así:

«HUELVA October 10, 1892,

To His Excellency Sr. D. Antonio María Fabié, President, etc., etc. etc.

Sir: I have the honor to invite the International Con-

gress of Americanists to hold its next meeting in the United States, on the most convenient date between the first of May and the thirty-first of October, 1893. Formal notice will be given in one time to Your Excellency, through the United States Legation at Madrid as to the time and place; which will be hereafter selected, and as to the arrangements made for the entertainment of the delegates.

Vitth assurances of the most distinguished consideration, I am.

Your Excellency's obedient servant, *A. London Snowden.*

El Presidente Sr. FABIÉ: Cêrtes, c'est là un fait insolite et sans précédent. Aucun Gouvernement encore n'a demandé directement au Conseil de réunir une session dans son pays. Mais les circonstances spéciales dans lesquelles se trouvent les Etats-Unis, qui se disposent à célébrer d'une manière spéciale le quatrième centenaire de la découverte de l'Amérique, expliquent et, à mon avis, justifient la démarche que M. le Ministre des Etats-Unis vient de faire. Dans cette affaire importante, je crois que le Conseil peut donner satisfaction aux Etats-Unis sans préjudice des droits de l'Europe à tenir les sessions ultérieures. A cet effet, je propose la solution suivante. Nous pouvons accorder aux Etats-Unis la tenue d'une session extraordinaire pour l'année prochaine, en designant nous-mêmes le lieu où doit se tenir, en 1894, le X^e Congrès ordinaire. La session extraordinaire de 1893 aura lieu à l'époque et dans la ville que déterminera le Gouvernement des Etats-Unis.

El Sr. CORA: L'accueil que le Conseil général entier fait à la proposition m'oterait presque le droit de parler, mais je tiens à rappeler un fait qui s'est passé au dernier Congrès de géographie, l'an dernier, à Berne. On y avait proposé de profiter de l'occasion de la célébration tout à fait extraordinaire du centenaire de la découverte de l'Améri-

que, en Espagne, pour déroger aux habitudes du Congrès et tenir, dès cette année-ci, une session en Espagne. Moi-même et plusieurs autres personnes du Bureau nous objections qu'il ne pourrait y avoir assez de travaux prêts à ce moment là, et cet avis a prévalu. Tout en ne m'opposant pas à la tenue d'une session extraordinaire du Congrès des Américanistes aux Etats-Unis, vu les circonstances spéciales qu'a mentionnées M. Fabié, je tiendrais à ce qu'il soit pris note d'une observation que j'ai à faire.

Plus encore que pour le Congrès de géographie, une année est insuffisante à mon sens pour préparer une session du Congrès des Américanistes. Dans la vieille Europe aussi il y a des fêtes, ce qui n'a pas empêché le Congrès de géographie de s'en tenir à la règle. Je me rangerai donc à présent du côté de la majorité, mais j'ai tenu à faire mon observation, parce qu'elle figurera au procès-verbal.

Mr. COELLO: Je m'associe aux paroles de M. Cora.

Mr. OPPERT: J'appuie la motion de M. Cora. Il est, en effet, très dangereux pour l'existence du Congrès de tenir une session tous les ans, surtout dans des villes très distantes. Nous en avons fait l'expérience pour le Congrès des orientalistes, qui a fourni un contingent d'hommes d'études plus grand que n'en fournira jamais le Congrès des américanistes. Je crois pourtant que notre vénéré Président a eu parfaitement raison de faire cette concession aux Etats-Unis, vu les circonstances toutes spéciales, mais je me demande si cette résolution ne donnera pas aux Etats-Unis le droit de déterminer le lieu d'une autre session.

El Presidente Sr. FABÍE: Le Congrès n'abdique pas ses droits. Je crois que vous ferions bien de faire déjà au Gouvernement des Etats-Unis les communications néces-

saires pour qu'il puisse procéder à la formation du Bureau.

El Sr. F. FONTECHA: Je propose au Conseil de désigner le Mexique comme le pays où se tiendra la prochaine session. (Es rechazada esta proposición.)

El Presidente Sr. FABIÉ: Mr. Fontecha, en sa qualité d'américain, est pleinement dans son droit en faisant cette proposition, mais je vais me permettre de proposer ce que je crois répond au sentiment général: qu'il y ait, l'année prochaine, aux Etats-Unis, une session extraordinaire du Congrès, organisée par les soins du Gouvernement de cette union et dans la ville qu'il désignera, et, en 1894, en Suède ou en Norvège, une session ordinaire, dans la ville que désignera le Comité d'Organisation de cette session.

Mr. STORM: On m'a parlé plusieurs fois d'une ville de Suède ou de Norvège comme le lieu de la prochaine session ordinaire. Comme mes compatriotes, je suis très honoré de cette proposition. Nous ne pouvons pas nous décider de suite, parce qu'il nous faudrait avoir communiqué avec les autorités et les Sociétés savantes de nos pays. Mais nous serons heureux de pouvoir leur faire une proposition dans ce sens.

Queda acordado por el Consejo Central que el X.º Congreso Internacional de Americanistas se celebre en los Reinos Unidos de Suecia y Noruega, el año de 1894, y se levanta la sesión.

Eran las diez.

SEXTA SESIÓN

LUNES 10 DE OCTUBRE DE 1892, POR LA MAÑANA

Abierta la sesión á las diez y cincuenta minutos, pidió la palabra el Secretario general al Presidente Sr. FABIÉ, y concedida dijo:

El Sr. ZARAGOZA: Cúpleme advertir á los Sres. Congressistas que no sirven ya las tarjetas que se repartieron ayer para ir á bordo del vapor *Antonio López* á esperar la llegada de SS. MM., porque, debiendo pasar la barra el buque que conduce á las Augustas Personas en la baja marea, le sería difícil á aquel vapor navegar, por su mucho calado. Pero podrán embarcarse en el *Joaquín del Pié-lago*, cuyo capitán sabe ya que es su vapor el destinado á los Americanistas. Para trasladarse á él, podrán utilizarse los botes que en el muelle esperan prestar este servicio, siempre que se presenten los expedicionarios que han de ocuparlos antes de las once y media. Así, pues, si al Sr. Presidente y á los Sres. Congressistas les parece bien aprobada que sea el acta, y después de darse cuenta de los asuntos más urgentes, podrá aplazarse para las sesiones de mañana la discusión de los asuntos puestos al orden del día. (*Muestras de asentimiento.*)

**Presidencia del Ilmo. Sr. D. Antonio Ramírez
F. de Fontecha.**

El Presidente Sr. FABIÉ, que ocupaba la Mesa con los Sres. Coello, Barón de Nordenskiöld, Pector, Pierson, Zaragoza y Toda, dijo que se aprovecharía todo el tiempo disponible hasta la hora precisa del embarque, y rogó al Sr. Ramírez F. de Fontecha, Delegado de la República de Honduras, que se posesionase del sillón presidencial.

Así que lo hubo verificado, pronunció este discurso:

El Presidente Sr. RAMÍREZ F. DE FONTECHA: Señoras y señores: Representante de una de las Repúblicas americanas, si bien la más pequeña, una de las más grandes en sentimientos de simpatía y de fraternidad para todo lo que tienda al progreso y desarrollo de la ciencia en lo que se relaciona con cuantas cuestiones se están dilucidando sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo, es muy honrosa para mí la inmerecida deferencia que he recibido del ilustradísimo Congreso, eligiéndome para una de sus vicepresidencias. Cúmpleme, pues, daros las más expresivas gracias en nombre del país que represento y en el mío propio por esa inmerecidísima honra que me habéis dispensado.

El Sr. Secretario se servirá dar cuenta de los acuerdos tomados en la sesión privada de hoy por el Consejo ejecutivo.

El Vicesecretario Sr. TODA: El Consejo Central, en la sesión que acaba de celebrar, ha acordado: 1.º, que el año próximo de 1893 se celebre un Congreso extraordinario en la República de los Estados Unidos, con motivo de

la Exposición de Chicago; 2.º, que en 1894 se verifique el X.º Congreso, reuniéndose en el punto de los Reinos de Suecia y Noruega que se designe por el Gobierno de aquel país, y 3.º, á propuesta del Sr. Fontecha que nos preside, que los Sres. Zaragoza, Marqués de Urquijo y el Secretario que ocupa vuestra atención queden encargados de todo lo relativo á impresiones de trabajos del actual Congreso; y que la Comisión constituida siga desempeñando su cometido hasta la celebración de la próxima reunión ordinaria.

Consultado el Congreso si estaba conforme con los acuerdos del Consejo Central, los aprobó definitivamente por unanimidad.

Entrando en el despacho ordinario, dióse cuenta por el Vicesecretario Sr. Toda de las comunicaciones y cartas recibidas en la Presidencia. Dòs de Mr. Emile Travers escritas desde Caen, manifestando en una de ellas que el Comité constituido en el departamento de Calvados para la celebración del IV Centenario del descubrimiento de América había designado para representarle en el Congreso de Huelva á Mr. Paul Drouet, Presidente de la Sociedad de Anticuarios de Normandía. Decía en la otra carta que asuntos de familia le impedían, con gran sentimiento suyo, asistir á las sesiones del IX.º Congreso de Americanistas; participaba que la Academia Nacional de Ciencias, Letras y Bellas Artes de Caen había nombrado su representante al miembro correspondiente de la misma Sr. Marqués de Croizier, y remitía una traducción del artículo sobre el piloto Alonso Sánchez de Huelva, publicado por el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro.

Dióse también lectura á la comunicación del Representante de la República de Guatemala, Sr. Carrera, poniendo en conocimiento del Congreso que él y el Sr. D. Fernando Cruz habían sido designados por aquel Gobierno para representarle en el Congreso de Huelva.

Otra comunicación de la Presidencia de la Unión Ibero-

Americana nombrando al Ilmo. Sr. D. Santiago de Vandewalle para representarla en el Congreso de Americanistas, y otra carta de Mr. Beauvois, escrita desde Corberon (Cote-d'Or) al Sr. Presidente expresando su sentimiento por no poder asistir á las sesiones americanistas de Huelva y remitiendo los veinte estudios que ha publicado desde que en el año de 1881 asistió al cuarto Congreso celebrado en Madrid. El Congreso quedó enterado y acordó que constase en el acta su agradecimiento al Sr. Beauvois.

Leyó luego el Sr. Toda tres cartas dirigidas al Secretario Sr. Zaragoza: una de Mr. Alphonse Pinart desde París excusando su falta de asistencia á las sesiones por su estado de salud poco satisfactorio, y remitiendo la obra que acababa de publicar sobre la lengua *guaymia*, y otra importantísima carta del reverendo P. Fidel Fita, Académico de número de la Real de la Historia, que á la letra decía:

«MADRID 8 de Octubre de 1892.

Sr. D. Justo Zaragoza, Secretario del Congreso IX.º de Americanistas.

Mi estimado señor y amigo: Por medio de Mr. Dognée remití á usted para ser presentado al Congreso de Americanistas el último número del Boletín de nuestra Real Academia de la Historia, que incluye fotograbadas las pruebas de D. Diego Colón, nieto del primer Almirante y descubridor de las Indias Occidentales.

En la página 215 no me atreví á dar por enteramente satisfactoria la solución biográfica, que sólo asigna dos hijos varones á D.^a María de Toledo; pero atendiendo á los datos propuestos por Mr. Harrisse y á otros, cuya discusión comparativa con los resultantes de los archivos de las Órdenes militares leí ayer por escrito en sesión académica, abrigo completa certidumbre sobre tres proposiciones que interesan á la biografía de Colón y de sus próximos descendientes:

1.^a Los datos declarados bajo la fe del juramento en el expediente de D. Diego Colón, el menor de los tres hermanos, para la admisión en la Orden de Santiago, decretada por el Emperador, según refiere Oviedo, están de acuerdo con las demás fuentes biográficas del mismo hasta hoy conocidas.

2.^a Si bien el documento original de la admisión de D. Cristóbal para la Orden de Alcántara, expediente que he reconocido, lo nombra *Diego Cristóbal*, como lo conjeturé por deducción en la página sobredicha del Boletín académico, todavía no ha lugar á confusión, y persiste la verdad del árbol genealógico trazado por Mr. HARRISSE, así como la sinceridad de los documentos que cita.

3.^a La fuerza demostrativa de la patria de Colón, que brota de ambos expedientes, no tiene que estar solícita de impugnación de cualquier género contra la autenticidad de los documentos, y la veracidad y verdad ó buena información de los jurados en lo que atestiguan.

Añadiré que el Sr. Uhagon y yo estamos buscando la cédula y provisión del Rey que confirieron el hábito de Santiago á D. Diego Colón, paje del Príncipe D. Felipe, no antes sino después de 1534, en lo cual anduvo incierto Mr. HARRISSE, por no haberse hasta ahora conocido tan inapreciables documentos.

Buscamos también las pruebas de nobleza del comendador D. Nicolás de Obando, de D. Pedro Margarit y de otros ilustres próceres en los primeros anales de la historia hispano-americana.

Ruego á usted, si luego á tiempo, se sirva dar noticia al Congreso de ésta que someto á sus superiores luces.

Soy de usted siempre afectísimo S. A. y C. Q. B. S. M.—
Fidel Fita.»

El Congreso acordó que constase en el acta del día la carta del Sr. P. Fita. Leyóse por fin una carta del señor D. Luis Vidart, incluyendo en ella el número de *La Ilustra-*

ción Nacional que insertaba un notable artículo crítico sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo, y dióse cuenta, y quedó el Congreso enterado, de las obras (cuyos títulos leyó el Sr. Toda) presentadas á la Mesa por varios señores Americanistas.

Ocupándome ahora, añadió el Sr. TODA, de las Memorias recibidas por la Secretaría, daré cuenta de la que el Sr. D. Ricardo de los Ríos ha remitido desde París, y lleva por título *Reflexions sur l'authenticité des portraits de Christophe Colomb*, y en los trabajos de Lingüística y Paleografía, el del Sr. D. Eustaquio Buelna sobre *Arte de la lengua cahita*, los de Mr. de la Grasserie acerca de *L'infixation de la fonction concrète du pronom et de l'inclusif et de l'exclusif dans les langues américaines* y *Textes en langue tarasque et en langue puguira*; la Memoria del Sr. A. Wilhom Stellzig, titulada *Idiomas de la costa occidental de América: ¿presentan algunas afinidades gramaticales con las lenguas polinesias?* la magnífica *Disertación sobre las lenguas zapoteca, chinanteca, mixe y tuke con el zoke y el mixteco*, del señor D. Francisco Belmar; el *Análisis gramatical de la lengua accawai*, de Mr. Lucien Adam; *Mélanges sur quelques langues de la famille Maya Quiché*, del Sr. Conde de Charencey, y la Memoria relativa á las escrituras jeroglíficas de la América Central y de México, de D. José Ramón Mérida. Estudios éstos que se publicarán en los tomos de Actas, si hay espacio suficiente para todos.

El Sr. CORA pidió la palabra, y concedida por la Presidencia, dijo:

MESDAMES ET MESSIEURS,

J'ai déjà eu l'honneur de vous adresser la parole dans la séance solennelle d'ouverture de notre Congrès à la Rábida, en qualité de Délégué officiel de l'Italie, de la pre-

mière patrie de Colomb, et le jour après, en occupant le fauteuil de la Présidence dans une des séances générales, j'ai du parler encore au nom de mon pays, et surtout des italiens qui en ce moment même travaillent à la grande œuvre commune, historique et géographique, de la mise en lumière de tous les documents relatifs à la découverte du Nouveau Monde.

Maintenant, après ces communications officielles et les autres scientifiques que j'ai été invité à vous faire, si je me lève encore une fois devant vous, ce n'est pas pour abuser de votre patience à mon égard, c'est encore pour accomplir un devoir, qui m'est aussi bien cher—c'est pour vous parler au nom de la Russie, et plus particulièrement de la Société Impériale de Géographie de Russie, dont j'ai été aussi nommé délégué. Ce nouveau et grand honneur m'est venu à la suite du I^{er} Congrès national italien de Géographie de Gênes, ou, parmi les autres illustres savants étrangers qui avaient été invités à s'y rendre, se trouvait M. P. de Semenow. Cet illustre savant et voyageur, dont le nom est bien connu de tous les amis de la science, ne pouvant, à son plus vif regret, se rendre à Huelva et à Madrid, à cause de sa santé un peu ébranlée, et de la nécessité absolue d'un prompt retour en Russie, me pria de me charger d'être le délégué en Espagne de cette Société, dont il est le digne et vénéré Président effectif, et à laquelle je suis honoré d'appartenir comme Membre correspondant.

En exprimant tout le sincère regret de M. de Semenow de ne pouvoir assister aux belles fêtes et Congrès de l'Espagne en commémoration de Christophe Colomb, c'est au nom de la Société Impériale de Géographie de Russie que j'apporte aussi au Président de notre Congrès les plus vives expressions de sympathie pour le noble et grand peuple espagnol. Et l'Espagne a bien raison de fêter le jour mémorable de quatre siècles écoulés après la découverte de l'Amérique, puisque cette découverte est

due tout autant au grand navigateur qu'à la clairvoyance et à la générosité des Souverains d'Espagne et au concours du peuple espagnol.

Dans ces fêtes, qui honorent au plus haut degré l'humanité reconnaissante, la Russie ne peut rester à l'écart, puisque dans les annales de l'histoire de la découverte de l'Amérique son nom figure d'une manière spéciale, car c'est à des voyageurs russes que revient en premier lieu l'honneur d'avoir reconnu l'indépendance du nouveau continent de l'ancien monde, en découvrant le détroit de Bering, et en explorant une partie notable des côtes et de l'intérieur de l'Alaska. Le rôle de la Russie dans la partie du Nouveau Monde qui fut désignée sous le nom d'Amérique Russe, pendant un siècle et demi d'occupation, peut se comparer en quelque manière à celui qu'elle a exercé et qu'elle exerce dans ses vastes domaines du nord de l'Asie, avec lesquels l'Alaska a quelques points de ressemblance: c'est-à-dire la conquête paisible du pays par la colonisation d'un peuple qui s'adapte très facilement aux usages et aux mœurs des indigènes, dont il devient vite le frère. Même après un quart de siècle écoulé depuis la cession du territoire à l'Union Américaine du Nord, l'influence de la Russie se fait encore sentir dans ce lointain pays dans tout ce qui touche à l'état intellectuel de la population, dans l'instruction et dans la religion, et se maintient encore assez forte dans les transactions commerciales.

C'est vos dire, Messieurs, que à côté de l'intérêt que la Russie, comme toute nation civilisée, prend aux progrès qui s'accomplissent chaque jour dans le Nouveau Monde, soit dans sa connaissance scientifique, soit dans son avancement économique et social, elle ne peut cesser de s'en occuper de toute manière en souvenir de la part assez importante qu'elle aspire à sa découverte.

J'espère que cette petite digression n'aura pas été mal accueillie par vous: je n'ai pas fait du chauvinisme étant

italien et non russe. Mais puisque ma connaissance locale de la Russie et de ses habitants a encore augmenté la sympathie que je ressentais déjà depuis longtemps pour ce grand pays, j'ai cru que, tout en agissant comme délégué russe, il me serait permis de vous rappeler en cette circonstance que la Russie a toujours compté parmi les plus chauds partisans de l'Américanisme et qu'à ce point de vue elle avait le droit et le devoir de faire sentir sa voix dans les Congrès internationaux des Américanistes et dans toutes les fêtes colombiennes.

El Presidente Sr. R. F. DE FONTECHA: La precisión de estar en la ría del Odiel á las once y media me obliga á rogar que terminaran lo antes posible los trabajos empezados.

El Sr. PLANTÉ: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

Mr. PLANTÉ: N'y a-t-il pas dans le programme une question sur les portraits de Christophe Colomb. Où pourrons-nous nous occuper de cette question? A Madrid? Le Congrès n'existera plus. Pourra-t-on déposer sur le bureau des travaux sur les portraits de Colomb après la tenue de la session. Le bureau acceptera-t-il les travaux?

Mr. TODA: Si le Congrès est d'accord, oui.

Mr. FONTECHA demand à l'Assemblée si elle est d'accord.
(*Muestras de asentimiento.*)

El Sr. PRESIDENTE: ¿Autoriza el Congreso á la Mesa para recibir los trabajos á que se ha referido el Sr. Planté?

Autorizado unánimemente por el Congreso, se levantó la sesión, siendo las once y veinte minutos.

SÉPTIMA SESIÓN

MARTES 11 DE OCTUBRE DE 1892 (MAÑANA)

Presidencia de Mr. Désiré Péctor.

Abierta la sesión á las nueve y cincuenta minutos, y ocupados los asientos de la Mesa por los Vicepresidentes Sres. Bikelas, Storm, Warren-Currier, Barón de Baye y Coello, y los Secretarios Sres. Zaragoza y Toda, el señor Fabié cedió la Presidencia á Mr. Désiré Péctor, Delegado de la República de Nicaragua y Secretario general que fué del VIII.º Congreso Internacional de Americanistas, reunido en París. Ocupado su sillón, dijo:

El Presidente Sr. Péctor: Tiene la palabra el Vicesecretario Sr. Toda para dar cuenta del despacho.

El Sr. Toda: Al concluir ayer de dar noticia al Congreso de las Memorias, comunicaciones y obras que se habían presentado en la Mesa referentes á los temas que son objeto de discusión, quedaron en Secretaría los documentos siguientes:

Una comunicación del Sr. D. Leonidas Pallares Arteta, Delegado de la República del Ecuador, dirigida al Secretario general, Sr. Zaragoza, que á la letra dice así:

«SEÑOR:

Tengo á honra remitir á V. S., por conducto del Excelentísimo Sr. Ministro de la República Dominicana, una obra inédita en dos volúmenes, titulada *Diccionario quichua-español y español-quichua*, que su autor, el Excelentísimo Sr. Dr. D. Luis Cordero, miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua y actual Presidente de la República del Ecuador, presenta al Congreso de Americanistas.

Desgraciadamente, mis ocupaciones inaplazables en la Exposición Histórico-Americana me privan del honor de asistir al Congreso, pero deseo que el éxito corresponda á las esperanzas de tantos europeos y americanos ilustres que concurren á él.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Madrid Octubre 8 de 1892.—Hotel de Rusia.—*Leonidas Pallares Arteta.*»

Y una nota del Sr. Dr. Dekterew, médico de enfermedades nerviosas, agregado al departamento de Medicina en San Petersburgo, redactada en esta forma: .

«Voici pour l'ordre du jour du prochain Congrès des Américanistes, émis par le Docteur de Dekterew, Délégué russe:

Vue que l'Amérique, surtout Centrale et celle du Sud, est d'une richesse en plantes, dont quelques unes seulement ont été explorées au point de vue médical.

—Vue qu'au nord, á Wasshington, etc., il y a des Instituts pharmacologiques spéciaux s'occupant des nouveaux remèdes et découvertes médicaux de l'Amérique.

—Vue que l'étude de l'électricité est surtout par Edison, poussée loin en Amérique, et que son application thérapeutique grandit de jour en jour.

—Vue que les bains de mer et les villes d'eaux d'Amérique, leur propriétés, leur situations, etc., sont encore peu connu en Europe, même dans le corps médical.

—Vue, enfin, lestrav aux du corps médical américain, et beaucoup d'entre eux de grande valeur.

Nous invitons le Comité de mettre à l'ordre du jour du prochain Congrès des Américanistes l'étude de l'Amérique médicale, ce qui a manqué jusqu'à présent aux Congrès Américanistes, et d'engager les médecins et pharmaciens, les chimistes et botanistes américains d'adhérer en collaborateurs au prochain Congrès et s'il y a lieu de faire même section à part, médico-pharmacologique. Sur quoi le présent Congrès, en adoptant ce vœux, et en le faisant parvenir au Comité esécutif le chargera aussi de se mettre en relation avec les savants et notamment médecins, chimistes, pharmaciens et botanistes étrangers (de divers pays) et américains, et de constituer une Commission internationale pour rédiger le programme des études à faire et à présenter au Congrès suivant. Cette Commission, comme il s'agit d'Amérique, serait composée par moitié de membres américains, et de membres américanistes de divers contrées d'Europe et d'Asie, d'Australie et d'Afrique, pour faire aussi des études comparatives.—*Dr. V. de Dekterew.*

Biarritz le 6 Octobre 1892.»

Así que acabó de leer el Sr. Toda, dijo:

El Presidente Sr. PÉCTOR: ¿Acuerda el Congreso haber oído con gusto la lectura de los escritos de los Sres. Paillares Arteta y Dr. Dekterew, y que la Comision de Publicaciones se ocupe con preferencia del examen de la obra del Excmo. Sr. Dr. D. Luis Cordero?

El Sr. D. ERNESTO RESTREPO, Delegado oficial de la República de Colombia: Pido la palabra.

El Presidente Sr. PÉCTOR: La tiene S. S.

El Sr. RESTREPO: Señoras y señores: Habiendo sido invitado por algunos compañeros del Congreso para dar explicaciones acerca de la riquísima colección de objetos que la República de Colombia ha presentado en la Exposición Histórico-Americana de Madrid, me voy á permitir molestar vuestra atención brevemente.

Dos obras he tenido el honor de presentar ante la Presidencia del Congreso, relativas á las costumbres, usos, tradiciones y religión de los indígenas que habitaban en el territorio colombino á la llegada de sus conquistadores.

La que lleva por título *Estudios sobre los aborígenes de Colombia* la hice con el objeto de llenar el inmenso vacío que en los estudios americanistas existía en lo relativo á las tribus colombinas, pues son muy pocos los historiadores que se han ocupado del estudio y costumbres de esas tribus. Sólo he visto, respecto á esto, algún trabajo en Alemania, la obra del Sr. Cooper, que resume los conocimientos de varios autores y está admirablemente editada, como ya tendréis ocasión de ver en la mencionada Exposición de Madrid. Tampoco tenía noticia de los muy interesantes estudios que la ilustre literata colombina señora Acosta de Samper ha entregado á la Mesa del Congreso.

La segunda obra es un *Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los Quimbayas*, ó sea del territorio ocupado por estas tribus, tan desconocidas hasta hoy, por no haberse estudiado aquí en Europa, ni en Colombia, que de ellas apenas hacen mención los cronistas Fray Pedro Simón, Juan de Castellanos, Antonio de Herrera y Cieza de León. Dice éste que estaban instaladas en el actual departamento del Cauca, entre los ríos Chinchiná al Norte y el de la Paila al Sur, extendiéndose su comarca á quince leguas de longitud y diez de latitud, poco más ó menos. Allí, como digo, estaban las tribus de Quimbayas,

que eran antropófagos, caníbales; y cuando los conquistadores los descubrieron, no hacía mucho tiempo que residían en aquel terreno, del que desalojaron ó hicieron desaparecer por completo á las otras tribus menos feroces que antes lo ocupaban. Representante de los Quimbayas no queda ya ninguno en el país á que me refiero; pues la mayor parte de los pobladores desaparecieron diezmados por una epidemia de viruelas que duró trece años y por la guerra sostenida con las tribus vecinas. Los pocos Quimbayas que sobrevivieron se cautivaron ó fueron devorados por sus enemigos.

De paso os diré que las tribus colombinas, salvo una ó dos, eran todas antropófagas, y de ahí, aunque parezca exagerada la afirmación, puede asegurarse que la principal causa de la desaparición de los indios de aquellas tribus era el instinto de devorarse los unos á los otros, pues hacíanse la guerra sólo para tener víctimas que devorar, y así la tribu de los Quimbayas, sufriendo al fin la peor suerte, desapareció completamente devorada.

Parece llegado el tiempo de que se haga alguna justicia á los conquistadores españoles. Aquellas fábulas de la caprichosa destrucción de la raza indígena por los españoles deben ya desaparecer.

Por lo menos tocante á las tribus colombinas puede asegurarse que estaban entregadas á tales vicios, que no parecía lejano el momento de su desaparición y exterminio de las unas por las otras. Opino yo que en aquella época ninguna otra nación habría hecho conquista tan humanitaria, tan notable como la que realizó la nación española; ninguno de los archivos del mundo conserva leyes tan humanitarias y conciliadoras como las dadas por los españoles para proteger á los indígenas de América.

Me ha parecido muy justo abrir este paréntesis y que los españoles de América llevemos la palabra en defensa de España primero, y de los españoles de la España de aquella época después.

Los Quimbayas no conocían ídolos; creían en un espíritu malhechor, genio del mal ó representante del demonio, al cual temían y acataban obedientes.

De esta representación diabólica veréis en la Exposición de Madrid dos variedades; una de ellas en objeto de oro, con cabeza de vampiro y alas adornadas de distintos dibujos, que sostiene entre las piernas una vasija repleta de la tonga ó de tabaco y lleva en la mano dos varillas.

En otras dos representaciones del mismo demonio aparece con figura espantable, acompañado de dos leones de ojos enormes y con la boca abierta, presentando cara desmesurada en cuerpo aplastado y la cabeza coronada con dos desmedidos y abiertos cuernos que parecen representar los rayos de luz que iluminaban aquella cara en la oscuridad de la noche.

De las fiestas de aquellos indígenas poco os diré que no se refiera á sus borracheras, de las que frecuentemente surgía entre unas y otras parcialidades el combate, que terminaba devorando los vencedores á los que caían muertos ó cautivos en la lucha.

Respecto de su industria, sólo os hablaré de la habilidad en fabricar las alhajas de oro con que se adornaban. En la Exposición podréis ver las pinzas del rico metal que tenían para arrancarse el vello de la cara y la colección de zarcillos para colgar de sus orejas, en las que se hacían de tres á cuatro aberturas, introduciendo en cada una su anillo. Veréis asimismo gargantillas de un trabajo admirable, pulseras y ceñideros para los brazos y las piernas, coronas de oro, brochaduras y varios objetos de alto relieve, cinturones y otros mil dijes y joyas de adorno.

Por no cansar más vuestra atención terminaré aquí, pero no sin invitar antes á los Sres. Americanistas de ambos mundos á que vengan á mi querido país, donde tendrán ocasión de estudiar todas esas curiosidades. Allí, en Colombia, nos regimos por leyes las más protectoras para el extranjero, y en cuanto á la hospitalidad que podemos

ofrecer, sólo os diré que de tal madre tal hija; la misma hospitalidad que nos ha ofrecido y nos da España, la misma os dará Colombia. (*Grandes y ruidosos aplausos.*)

Concedida la palabra al Sr. Falkiner Nuttall, subió al estrado y pronunció un notable discurso en inglés haciendo detallada explicación del antiguo Calendario mexicano y de los interesantes libros presentados en nombre de su hermana la ilustre escritora arqueólogo-americanista, señora Zelia Nuttall; siendo extraordinariamente aplaudido al terminar su oración.

El Presidente Sr. PÉCTOR: Le Congrès est très reconnaissant de ces communications faites au nom de Mme. Zelia Nuttall. Je me permettrai d'ajouter que nous constatons avec plain combien, chaque jour davantage, Mme. Nuttall entre dans sa spécialité: l'ethnographie précolombienne du Mexique.

Mr. OPPERT pidió la palabra, y concedida por el Sr. Presidente, dijo:

Je suis une des personnes auxquelles il a été accordé de pouvoir tenir la très intéressante exposition que vous venez d'entendre. Mais je dois dire que je me suis précisément occupé de cette question astronomique, parceque cela entre un peu dans les études que je poursuis. Je ne puis pas partager l'admiration que l'auteur professe pour le système mexicain, qui je crois a été un peu surfait par la complaisance et la bienveillance de M. Lockyer. Je viens de calculer rapidement qu'il faut de longs mois, 725 jours, pour mettre ce magnifique système en concordance avec notre année, c'est-à-dire, avec les exigences de la vie, telle qu'elle nous est imposée par le soleil et la lune. Ce n'est pas une année que celle de 260 jours, et si nous admettons $365 \frac{1}{4}$ jours, c'est seulement parce

que la terre tourne pendant ce temps-là. Je dois donc dire à l'honorable préopinant qu'il me reste encore, non pas un doute, mais il faudrait calculer, la plume à la main, la très intéressante communication de Mme. Nuttall. Le travail demande à être lu, médité, contrôlé. Il est excessivement difficile de suivre tous ces chiffres et toutes ces explications. Je remercie vivement l'auteur, mais avant de me prononcer par une découverte que l'auteur surtout proclame être une découverte, je veux pouvoir, chiffres en mains, contrôler ses données avec ce que nous savons du calendrier américain. Cela ne diminue en rien la valeur du travail, ni la reconnaissance que certainement tout l'auditoire doit exprimer envers l'auteur de cette communication, et qu'a si glamment exprimés déjà notre honorable Président.

Acto seguido manifestó el Vicesecretario Sr. Toda que el Sr. Ministro Plenipotenciario de la República del Uruguay en Madrid había presentado á la Mesa un importante libro del Sr. D. Mariano Soler, Obispo de Montevideo.

Concedida la palabra al Sr. Pinheiro Chagas, Delegado de Portugal, se expresó en estos términos:

MONSIEUR LE PRÉSIDENT, MESDAMES, MESSIEURS:

Chargé par mon Gouvernement de le représenter, comme son Délégué spécial, aux fêtes colombiennes, et surtout devant les Congrès qui se réunissent dans ce moment si solennel, j'aurais dû me rendre au Congrès des Americanistes pour prendre part à ses travaux. Malheureusement, j'ai reçu trop tard ma commission, et j'ai dû venir plus tard encore, parceque j'étais absorbé par un travail écrasant: celui d'écrire un livre que je voudrais présenter au Con-

grès Américaniste, et qui a pour titre *Les découvertes portugaises et celles de Colomb—Essai de coordination historique*. Ce livre est terminé, mais son impression n'est pas finie encore. Je ne savais pas que le Congrès des Américanistes terminerait si tôt; en le sachant á Huelva, j'ai télégraphié á Lisbonne pour qu'on m'envoyant les feuilles imprimées. J'espère les recevoir demain soir pour avoir l'honneur de les présenter au Congrès, en me réservant de vous envoyer très prochainement les brochures qui ne tarderont pas. Mais en attendant, j'ai l'honneur de vous présenter les bases de ce travail. En étudiant l'état des connaissances géographiques au moyen âge et même les connaissances de l'antiquité savante, j'ai traité de montrer que ce n'était pas seulement la religion et la légende qui rendait inaccessible la zone torride. C'était un dogme scientifique soutenu par Ptolémée et tous les savants de l'antiquité. On expliquait ce fait par des théories scientifiques, et si quelques savants croyaient qu'il y avait au delà de la zone torride une autre zone tempérée et habitable, *la terre antichthone*, d'autres, et ceux-ci en accord avec la religion, soutenaient que tout le midi de la terre était inhabitable, parceque le soleil décrivait autour de la terre un cercle excentrique á celui de la terre, que le soleil, parcourant les signes méridionaux du Zodiaque, se rapprochait de la terre et la brûlait.

Cette théorie a été détruite par la hardiesse des marins portugais, et c'est ce premier problème géographique qui a été résolu d'une façon tout á fait contraire á la solution consacrée par toute la science antique et du moyen âge par les navigateurs de l'infant D. Henri. Le second problème était celui de l'immensité des mers; l'idée admise de la sphéricité de la terre faisait croire á la plupart des savants qu'on pourrait arriver en Asie en suivant la route maritime occidentale; mais on croyait que la mer était enorme; qu'entre le Promontoire sacré et la côte de Cères il y avait 230 degrés d'Océan. Malgré tout cela, les navigateurs

portugais, qui avaient déjà découvert les Azores, ont bien souvent essayé de trouver des terres plus occidentales, mais ils ont toujours reculé devant l'immensité des mers. C'est le génie de Colomb qui, pendant son long séjour aux Azores et au Madère, a bien souvent sondé le mystère de l'Océan qui a entrevue la vérité; c'est lui qui a eu la persévérance et le courage, et c'est à lui qu'est échu l'honneur de résoudre le second problème géographique. Á lui toute la gloire. Il la mérite bien!

Il avait cru trouver l'Asie et tout le monde l'a cru comme lui; mais ce n' était pas la l'Asie qu'on avait rêvée, l'Asie de Marco Polo, les Indes éblouissantes d'or et de pierres, Cipongo et le Cattay. Le roi du Portugal n'a pas voulu laisser de suivre les traces de Colomb. Lorsque le Pape, à la demande du roi d'Espagne, a divisé les mers entre le Portugal et l'Espagne, il a tracé la ligne divisoire à cent lieues à l'ouest du Cap Vert. Le roi du Portugal a protesté tout de suite, et si bien que, par le traité de Tordesilles, cette ligne divisoire a été portée de cent lieues à trois cents soixante-dix, assurément il se jurait de profiter de cet élargissement; il a envoyé d'abord des expéditions clandestines, comme celle de Duarte Pacheco en 1498, qui n'a rien trouvé, et ces expéditions étaient clandestines, parceque le Gouvernement espagnol surveillait jalousement les agissements des portugais, et le duc de Medina-Sidonia était chargé de poursuivre avec ses caravelles les caravelles portugaises qui se dirigeraient vers l'Occident. En effet, le Gouvernement portugais avait assuré qu'il ne voulait pas ses trois cents soixante-dix lieues que pour pouvoir naviguer plus à son aise vers le Sud, en poursuivant sa route vers l'Orient, pour pouvoir éviter les calmes de la Guinée et les orages de la côte africaine. C'est sous ce prétexte que Pedro Alvares Cabral a reçu l'ordre de prendre le large et de tacher de découvrir des terres à l'Occident. Il les a découvertes en effet, il a découvert le Brésil. C'est curieux de voir comme le roi du Portugal, en communi-

quant cette nouvelle au roi d'Espagne, tachait de déguiser la situation géographique du Brésil. Ses pilotes lui disent qu'ils ont fait du Cap Vert au Brésil un voyage de près de sept cents lieues, il dit au roi catholique que ce voyage n'a été que de quatre cents lieues; il insiste que cette terre est très favorable pour la navigation de l'Inde, un point de ravitaillement pour les bâtiments qui feront le voyage du Cap de Bonne Espérance.

Mais décidément ce n'était pas encore là l'Asie rêvée, l'Asie opulente, le Cipango merveilleux, or vous savez, Monsieur le Président, que ces premiers navigateurs marchaient toujours avec un respect presque superstitieux pour la science antique. Colomb basait tous ses calculs sur les calculs de Marin de Tyr, le navigateur portugais, en voyant que la côte brésilienne se prolongeait d'une façon incroyable vers le Sud, plus de quarante degrés au midi de l'Equateur, ont cru trouver la *terre antichthone* de Ptolémée, et le roi Manuel dit au roi Ferdinand que beaucoup de ses pilotes donnaient à la terre de Santa-Cruz le nom de «Terre Nouvelle ou de *Nouveau Monde*.» En effet, ils croyaient avoir retrouvé *l'alter orbis* des anciens. Un de ces pilotes était Améric Vespuce; c'est pour cela que je ne crois pas qu'il y eut une injustice si profonde qu'on veut bien le dire dans cette dénomination d'Amérique. L'Amérique était le *Nouveau Monde*, et le *Nouveau Monde* d'abord était cette terre nouvelle, qui commençait au 16^{ème} degré de latitud Sud, tandis que les terres découvertes par Colomb appartenaient, à ce qu'on croyait, à l'Asie, et par conséquent au Vieux Monde. Lorsqu'on a reconnu que Colomb avait trouvé un nouveau monde, on devait bien remplacer le nom d'Amérique par le nom de Colombie, mais le pli était pris, et l'injustice, bien involontaire d'abord, triompha.

Tandis qu'on tachait d'arriver en Asie par le Sud, on tachait aussi d'y arriver par le Nord. Gaspard Corte-Real et son frère Michel l'ont tenté. Ils ont découvert le Salvador

et le Terre Neuve qu'on nomme dans les premières cartes du XVI^{ème} siècle *Terra Corte-Reales*. Ils ont essayé de traverser les glaces polaires, et ils ont payé de leur vie cette audacieuse pensée. Je vous prie, Monsieur le Président, de voir la réaction qui s'est opérée dans les esprits après les voyages portugais qui ont détruit la théorie scientifique des zones. On disait auparavant que les zones glaciales et la zone torride étaient inhabitables. Envoyant qu'on pourrait franchir la zone torride, les portugais ont cru qu'il en serait de même des zones glaciales. C'est pour cela que Gaspard et Michel Corte-Real ont essayé de traverser la zone glaciale boréale pour arriver en Asie, c'est-à-dire, pour arriver dans l'Asie de Marco Polo, parce qu'il se croyait aussi en terres assiatiques. Le nom de *pointe d'Asie* donné par la carte de Caulises basée sur les informations de Corte-Real à une des pointes septentrionales de l'Amérique, le prouve bien clairement. C'est pour cela que Magalhaes, comme Pigafelta le raconte, disait qu'il irait jusqu'au 75^{ème} degré de latitude Sud pour trouver son détroit.

Cette idée d'un détroit par lequel on pourrait arriver en Asie, c'est-à-dire, dans l'Asie rêvée, florissante et riche, poursuivait tous les esprits au XVI^{ème} siècle. Les portugais croyaient le trouver dans les embouchures de tous les fleuves, les espagnols croyaient le trouver dans le Panama, la détroit supposée figuré dans le globe de Schouer, même après la découverte du détroit de Magellan. Lorsque le grand navigateur a voulu convaincre le roi du Portugal que le détroit existait, qu'on pouvait passer de l'Atlantique dans la Pacifique, déjà découverte par Vasco Balboa, il le trouva fatigué de tentatives infructueuses. Juan II avait cru à l'immensité des mers, et il avait refusé l'offre de Colomb. D. Manoel a cru à l'immensité de l'Amérique et il a refusé l'offre de Magalhaes. L'Espagne a profité de ces deux méprises, et c'est sous son drapeau que ce hardi portugais a trouvé une nouvelle route vers l'Inde, et, en traçant du sillage de son navire une ceinture

au monde, a complété le grand travail d'un siècle et a ouvert définitivement toute la terre à la connaissance et à la domination de l'homme.

Voilà, Monsieur, un abrégé du texte de mon ouvrage, que je voudrais présenter aux savantes critiques du Congrès Américaniste; je ne pourrai pas même lui présenter mon travail complet, et je ne sais pas si les feuilles déjà imprimées arriveront à temps. En tout cas, tout cela représente un labeur de quelques mois, parceque, comme vous pouvez le croire, toutes mes affirmations sont largement appuyées sur des documents, et ce labeur n'était qu'un hommage à ce Congrès Américaniste, auquel la science historique doit tant de services et qui est composé des hommes les plus remarquables de notre temps dans ce genre d'études. Veuillez bien accepter, Monsieur le Président, ce tardif hommage, et en même temps le témoignage, pour vous et pour vos confrères, de ma haute considération et de mes sentiments les plus respectueux. (*Grandes aplausos.*)

El Presidente Sr. PÉCTOR: Doy las gracias al Sr. Pinheiro, en nombre del Congreso, por su trabajo, y tiene la palabra el Sr. Marcel.

Mr. MARCEL: Sur les cartes portugaises, notamment sur un portulan de 1502 environ, la ligne de démarcation entre les possessions espagnoles et les possessions portugaises est très nette; celles de l'Espagne tout à l'Est, celles du Portugal à l'Ouest. Ce n'est pas une erreur. Je citerai également la grande carte découverte il y a un an et qui est en ce moment à l'Exposition organisée à la Bibliothèque Nationale.

Un CONGRESISTA: Poème latin.

El Sr. RADA Y DELGADO: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene S. S.

El Sr. RADA Y DELGADO: Señoras y señores: Voy á molestar por breves momentos vuestra atención.

No voy á hacer un extenso discurso, sino solamente á tener la honra de presentar al Congreso Americanista uno de los primeros ejemplares de la reproducción que hemos hecho del célebre Códice Cortesiano, que tenemos en nuestro Museo Arqueológico Nacional.

Mí antiguo discípulo y hoy querido compañero el señor Vizconde de Palazuelos se asoció conmigo para llevar á cabo este pensamiento y hacer esta reproducción, creyendo de tal importancia este documento que no debía quedar reducido solamente al estrecho círculo de la nación que lo posee, sino esparcirse para que lo conozcan todos los países del mundo, á fin de que todas las naciones tengan el documento mismo y puedan hacer estudios y trabajos sobre él.

Se halla presentado de la misma manera que está el original, en forma de abanico, para que no pueda haber cuestiones acerca de dónde empieza y dónde acaba, que es uno de los puntos que ha traído más divididos á los sabios.

Acerca de esto y de su exactitud responde la cromofotografía, pues los colores en este Códice son de la mayor importancia. Así es que aun cuando exista una reproducción en fotografía, ésta es más pequeña que el original y además no está colorida.

En la parte numeral hay dos clases de números, unos rojos y otros negros.

Cada uno de estos diferentes colores en los signos tiene distinto significado y responde á diversas reglas; por lo tanto, es de mayor interés el color con que están representados.

Lo mismo sucede con las figuras simbólicas que tiene el Códice reproducido en fotografía. De aquí que hayamos

hecho la reproducción con sus mismos colores por vez primera.

Tal es el servicio que hemos querido prestar á la ciencia americanista.

Me limito, pues, á rogar al Congreso acepte, con la indulgencia que le caracteriza, el trabajo que tengo la honra de presentarle. (*Grandes aplausos.*)

El Presidente Sr. PÉCTOR: Tengo una verdadera satisfacción en tributar las gracias más expresivas al Sr. Rada y Delgado, no sólo por la oportunidad del trabajo que ha presentado, sino por su mucha utilidad para el fin que perseguimos.»

Sin más debate terminó la sesión.

Eran las once y media de la mañana.

Invitados los señores Americanistas para asistir á la Recepción oficial, celebrada espléndidamente en el salón de actos de la Diputación provincial, tuvieron la honra de rendir sus respetos á SS. MM. el Rey D. Alfonso XIII y su Augusta Madre la Reina Regente y á SS. AA. RR. la Princesa de Asturias y la Infanta María Teresa. Al finalizar la brillantísima función, presenciaron desde los balcones del mismo edificio la procesión cívica en que la provincia de Huelva exhibió los principales y más valiosos productos de su suelo y de su industria y los tipos característicos del pueblo trabajador.

Terminada la procesión histórica, dirigióse S. M. la Reina al *Hotel Colón*, donde fué recibida por los señores Americanistas que componían la Mesa del Congreso, y acompañada al salón de sesiones.

OCTAVA SESIÓN

MARTES 11 DE OCTUBRE DE 1894 (TARDE)

CLAUSURA

Presidencia de S. M. la Reina Regente del Reino.

Al entrar S. M. en el salón fué calurosamente victoreada, como igualmente su Augusto Hijo el Rey D. Alfonso XIII.

Así que la Reina se dignó ocupar el sillón presidencial en el estrado que se levantó al extremo derecho del salón, en el cual estrado tomaron asiento: á la derecha de S. M. los Sres. D. Antonio Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros; el Duque de Tetuán, Ministro de Estado; D. José María Beránger, Ministro de Marina; el Barón de Nordenskiöld, Delegado de los Reinos de Suecia y Noruega, y el Vicesecretario, D. Eduardo Toda; y á la izquierda la Camarera mayor de Palacio, señora Condesa de Sástago, y la Damia de S. M. la Reina, señora Duquesa de Castrejón, viuda de Bailén; el Presidente del Congreso de Americanistas, D. Antonio María Fabié, el Obispo de Badajoz, Fray D. Francisco Sáenz de Urturi, y el Secretario general del Congreso, D. Justo Zaragoza; y obtenida la venia de S. M., dijo

El Sr. Barón de NORDENSKIOLD: Majesté: Au nom des membres du Congrès International des Américanistes, je viens présenter à V. M. les hommages les plus respectueux et les remerciements les plus empressés pour l'insigne honneur que V. M. veut bien leur faire en présidant cette séance de clôture de leurs travaux. L'hospitalité royale et la réception grandiose que nous avons rencontrées dans ce pays, qui a vu s'accomplir il-y-a quatre siècles le plus grand événement de l'histoire moderne, laissera dans nos cœurs un souvenir impérissable.

Terminado el aplauso con que fué acogido el discurso del Barón, que tanta celebridad se conquistó en su viaje al polo Norte, hizo uso de la palabra en estos términos

El Sr. FABIÉ: Señora: El noveno Congreso de Americanistas, inaugurado en el histórico convento de Santa María de la Rábida, reunido en la ciudad de Huelva bajo los auspicios y protección del Gobierno de V. M., ha continuado las gloriosas tradiciones de los que le han precedido, consagrándose al estudio de las cuestiones que forman las materias de su programa, no con menos, sino, al contrario, con mayor entusiasmo que en otras ocasiones, sin que haya sido para esto obstáculo, sino que, al contrario, ha servido de estímulo, la proximidad de la fecha que va á conmemorarse el día de mañana. Como prueba de ello, y aunque en términos brevísimos, diré algo á V. M. de lo que en este Congreso se ha tratado; y pido desde luego perdón á aquellos Sres. Congresistas á quienes pueda no nombrar, porque sólo será hijo de un olvido involuntario ó del propósito que tengo y abrigo de molestar el menor tiempo posible la atención de V. M.

Empezaré, como es siempre natural, y sobre todo como lo es en Castilla, que constantemente se señala por su galantería, empezaré, repito, haciendo mención de las señoras que han tomado una parte muy activa en las tareas de este Congreso, y considero que debo hacer esta mani-

festación á V. M., pues el actual Congreso es una de las reuniones científicas en que, antes que en otras, han tomado parte con brillantez y gran éxito las personas que representan el bello sexo. En este número, debo empezar hablando, como es lógico, primero de las que no pertenecen á nuestra raza.

La Sra. Nuttall, que acaba de exponer hoy mismo ante el Congreso una nueva teoría sobre el importantísimo tema del calendario mexicano. Antes que dicha señora, Mlle. Lecocq había hablado en dos ocasiones distintas, presentando también trabajos muy importantes; así como nuestra compatriota (quiero llamarla de este modo, porque aun cuando es americana pertenece á nuestra raza) la Sra. D.^a Soledad Acosta de Samper, que ha presentado interesantísimas memorias sobre varios puntos de los que forman las materias de estudio en este Congreso.

Después de todo esto, sabios eminentísimos de distintas naciones han dado noticias, ya verbales, ya por escrito en extensas Memorias, respecto á los asuntos que aquí se han dilucidado. Sería muy largo, sería tal vez verdaderamente enojoso hacer mención de todos ellos, pero no puedo menos de manifestar á V. M. que tenemos la honra de contar entre nuestros compañeros de Congreso á tres ilustres individuos del Instituto de Francia: á Mr. Oppert, tan conocido porque quizás es el primero de los investigadores de la ciencia que hoy se conoce con el nombre de asiariología; á Mr. Hamy, que es quizá en la actualidad el antropólogo más importante é ilustre de Francia; á Mr. d'Abadie, que á pesar de su avanzada edad no ha vacilado en arrostrar las fatigas de un larguísimo viaje para venir á tomar parte en esta solemnidad.

Los italianos tienen también ilustre representación, y en este Congreso han hecho disertaciones muy interesantes. La nación alemana ha ostentado igualmente una elevadísima é ilustre representación: el Sr. Hellmann, que ha hecho un trabajo respecto al cual los españoles no pode-

mos menos de expresar nuestro agradecimiento, trabajo notabilísimo, no sólo porque es una exposición cartográfica de los mapas más antiguos, anteriores al descubrimiento de América, sino además porque nos ha dado una Memoria en la que viene á demostrar que las observaciones hechas por Colón respecto á la declinación de la aguja magnética (que se cree fué él el primero en observar y que después se puso en duda su exactitud), viniendo ahora á demostrar los últimos adelantos de la ciencia la exactitud y prioridad de sus observaciones.

Y de nuestros hermanos de América presentes están Americanistas tan ilustres como el eminente literato peruano D. Ricardo Palma; el sabio etnógrafo descubridor de las portentosas obras de orfebrería de los Quimbayas, don Ernesto Restrepo; el reputado historiógrafo costarricense y Ministro de aquella República en España D. Manuel María de Peralta; el escritor sobre lingüística de la misma Costa Rica D. Juan Fernández Ferraz y el Delegado de Buenos Aires é historiador del Río de la Plata D. Angel Justiniano Carranza; viéndose asimismo representadas las ilustraciones científicas de los Estados Unidos de la América del Norte por sabio tan preclaro como el profesor de numismática de la Universidad de Filadelfia, Mr. Stewart Culin.

Creo que bastan estas ligeras indicaciones para que se comprenda toda la importancia que este Congreso ha tenido, pidiendo perdón, repito, á aquellos señores á quienes haya omitido en gracia á la brevedad, y termino manifestando á V. M. la satisfacción con que todos vemos que una ilustre Reina, sucesora no sólo por derecho, sino por la sangre, de la que tanto contribuyó y de la que puede decirse que fué la principal autora del gran suceso que conmemoran los tiempos modernos, venga aquí, honrándonos, á cerrar esta última sesión del Congreso IXº Americanista.

Inmediatamente dijo

El Sr. PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS (Sr. Cánovas del Castillo): Señoras y señores: Al tener fin en este instante las sesiones del noveno Congreso de Americanistas, S. M. la Reina Regente me encarga declarar que se ha enterado con satisfacción vivísima de los trabajos de este Congreso; trabajos que indudablemente han de señalar algunos pasos más en el camino de la ciencia y de la civilización.

Al propio tiempo me ha encargado S. M. la Reina Regente que felicite á tantos ilustres sabios como aquí se encuentran, á todos los individuos de este Congreso, entre los cuales se hallan algunos dignos sucesores en el camino de la ciencia y del progreso del inmortal Colón, por haber venido en este caso y en estas circunstancias á contribuir á la celebración del cuarto Centenario del descubrimiento llevado á cabo por aquel grande hombre. Obra gloriosa, gloriosísima para él, pero eternamente gloriosa también, no sólo para España, que le acogió en su seno, no sólo para Italia, que tuvo la honra de verle nacer en su suelo, sino para la humanidad entera.

En nombre de S. M. la Reina Regente declaro cerrado el IXº Congreso internacional de Americanistas.

Seguidamente fueron presentadas á S. M. la Reina por el Sr. Fabié las señoras D.^a Soledad Acosta de Samper, eminente literata colombiana, y la Condesa Oubaroff, Presidenta de la Sociedad de Arqueología de Moscou, obteniendo igual honor varios Americanistas extranjeros, y salió luego S. M. del salón entre aclamaciones entusiasmadas y seguida por todos los concurrentes al solemne acto, que la acompañaron hasta que subió á su carruaje, en cuyo acto fué despedida con nutridísimos vivas á la Reina y al Rey Don Alfonso XIII.

Asistieron por la noche los Americanistas á la brillantísima fiesta que en su obsequio mandó disponer S. M. la Reina en los hermosos jardines y amplios salones del

Hotel Colón, y al siguiente día 12 de Octubre, eternamente memorable por, ser el del descubrimiento del Nuevo Mundo, fueron invitados los señores Americanistas y presenciaron la solemne inauguración del monumento erigido enfrente del histórico Monasterio de la Rábida para perpetuar el culto rendido por la generación actual á los actores del glorioso acontecimiento.

Huelva 12 de Octubre de 1892.

El Secretario general del IX.º Congreso de Americanistas,

JUSTO ZARAGOZA.

MEMORIAS PRESENTADAS AL CONGRESO

MEMORIAS

Presentadas al IX.º Congreso Internacional de Americanistas.

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

ORIGIN OF THE NAME AMERICA

Brief of Argument.

by

Eben Norton Horsford, Cambridge (Massachusetts), America.

The name America, in more or less of linguistic disguise, may safely be said to have been known to students of Geography and the men of letters of the governments of Europe interested in maritime discovery, in the closing years of the fifteenth century.

It had come to the Old World with Columbus on his return from his second voyage in 1493-94. He had heard it applied by the natives to a large Island south of Cuba. To this Island he, as discoverer, gave the name Santiago; but the native name prevailed and is known, the world over, in *Jamaica*. We shall presently see that *Jamaica* is the dialectic equivalent of America. It may have been heard in *Yamaye* by Las Casas on the first voyage of Columbus. It must have been heard by Cosa, who was with Columbus on his first and second voyages, but, though he has preserved in Melila, possibly another and less obvious equivalent of America, the name Jamaica does not appear on his map of 1500.

CANTINO's composite sheet of charts, of 1500-1504, by a happy overlapping of tracings from various sources, has duplicated the Island, and given two modifications of the name:

Famaigua, for the northern; and for the southern
Tamarique, with an alternative for the latter.
Ilha Rigua.

CANERIO, 1502, gave the two names, as.....

Famaigua, for the northern, and.....
Tamarique, with the alternative.....
Yarquá, for the southern.

RUYSCH, 1507, gave one island only, the more southern of Cantino, and to this the name.....

Tamaragua.

All this must have been of record before the proposition to honor the Christian name of Americus Vesputius was made in 1507 at St. Die.

PTOLEMY, 1513, gave for the northern island.....

Yamaigua, and for the southern.....
rigua.

SCHÖNER'S GLOBE (date not given), in the Bibliotheque Nationale, has.....

Famaigua for the northern Island, and.....
rigua for the southern.

It has also the name.....

America, repeatedly on the mainland and on either side of the conceived Strait, at the Isthmus.

SCHÖNER'S GLOBE of 1520 (Nuremburg) has.....

Famaigua for the northern, and.....
Tamarigua for the southern island.

Professor MARCOU has established the presence in Central America of a tribe of natives having indefinitely ancient traditions and bearing the name *Amerique*. They inhabit a region traversed by a mountain range, also called, *Amerique*.

PINART, confirming MARCOU, found the name *Amelique*, the dialectic equivalent of *Amerique*, in the province of Veragua; and *Ameterique*, another like equivalent, in Honduras.

SQUIER found the name Melchora applied to a tribe of Indians north of the San Juan River. On more modern maps one finds Melchorista. These forms recal the Melican-man of the recently arrived emigrant from China.

To one moderately familiar with the dialectic modifications of the North American aboriginal languages, most of the foregoing names are obvious equivalent forms of the name....

AMERICA

NOTE. It will be remembered that these printed names are, at the best, not directly from *speakers*, but from *listeners*, who have attempted to express the utterances of aborigines, who may have spoken different dialects, and even different languages; and that the nationality of the listeners may not be known.

It is to be remarked that on some of the ancient engraved maps the initial letters Y and T are not distinguishable from each other.

We know, however, from comparative philology, that *ca*, *ga*, *gua*, *que* and *qua* are linguistic equivalents; and

that the initials *G, CH, I, X, T* and *Y* are dialectic, if not always linguistic equivalents; also that the vowels are interchangeable as dialectic equivalents (1).

Where did the name America arise?

In studying collections of travels and the writings of discoverers and explorers, and, in connection with them, the maps, ancient and modern, of the Eastern margin of the Western World, one observes a peculiar group of names, for the most part geographical, about the Caribbean Sea; which group is duplicated in the region of 38 deg. to 48 deg. north—the region of which Boston in New England is about the Eastern centre. In other words, the geographical names about the region of Boston are duplicated about the Caribbean Sea.

Here are a few of the names in pairs, the northern and the more southern:

Abajonna.	Yar.
Abajolla.	Jamaica.
Morica.	Jamaica.
Borica.	Merico.
Cherokee.	Mexico.
Chiriqui.	Arichat.
Wabanakke.	Arica.
Abawanakke.	Arikaree.
Honda.	Arricarri.
Honduras.	Tamaqua.
Perigo.	Tamaraqua.
Perigo.	Rica.
Yar.	Rica.

- (1) We have for example: Norumbega.
Narambergue.
Nuremberg.
Nere'mbega.
Niribigua.
Noerombega

taken from some forty different utterances of the same geographical name, as preserved on ancient maps in my possession. E. N. H.

Rocka.	Ame(r)ique.
Roque.	Norvega.
Riche.	Norega.
Riqua.	Norumbega.
Chilicothe.	Nirribigua.
Chiri-gote.	Loran.
Cat.	Lorain.
Cat.	Wanux.
Chilmark.	Wanks.
Chili.	Pow-wow-ers.
Erikr or Yrocois.	Paw-waw-ers.
Erachu.	Wab-an
Merica.	Wa-tlan.
Murica.	on-on.
Meika.	an-an.

NOTE. Of Algonkin roots, two seem to have been, singularly preserved to us: They are contained in Gua-na-ha-ni and

Watling, or Wa-tlan (see Capt. Fox.)

They are the dialectic equivalents of

Wa-an, or Wab-an or Wamp-an.

They are each composed of two roots—*wa* which means *white*, and *an*, which means *man*.

In Gua-nahani we have in the first syllable-*Gua* (1) the Spanish spelling for what in English or Algonkin would be written *Wa*. In the remainder of the name we have the repetition of *an*—its plural. The name might be written Gua-an-a-an-i.

In Watlan or Wa-tlan there is *wa* for white, and *tlan* for *man*, which is *an* preceded by *tl*, one of the prosthetic forms of liquid, found in the Algonkin dialects. It belongs to the group, l, m, n, r, d, t, and tl.

Guanahani means white (2) *men*
Wa-tlan means white *man*.

(1) Guadelquiver was the Moorish or Arabic Wady el Kevir. Guaymas on the Gulf of California, is pronounced as if written Waymas.

(2) These names, or words, doubtless stand for utterances in reply to questions from the Spaniards.

What does this duplication mean?

On attentive examination we find about Boston, three sets of geographical names. There are.....

1st. *English* names; as Boston, Plymouth, Bristol, York, London, Gloucester, Manchester, etc.

2nd. Original *Indian* names; as Shaumut, Wabenakke, Cohasset, Nantasket, Massachusetts, Wanux, Pow-wow-ers, etc.

3d. Names of *Norse* derivation; as Naumkeag, Norvega, Norumbega, Norridgewock, Narragansett, Norman's Æ, Noman's land, Merrimac, Saugus, Amoskeag, Yar, etcétera.

Of these classes, the Indian and the Norse names, found about Boston, are also found more or less about the Caribbean Sea; the English names are wanting in the southern region.

What does this selective transfer of names mean?

Plainly—this:

Some of the people of the neighborhood of Boston in earlier times moved in their migration down to the latitudes about the Caribbean Sea, carrying with them, their local names and traces of their social usages. This movement occurred *after* the coming of the Northmen, and *before* the emigration of the Englishmen to New England, in the early part of the 17th century.

Is there any Doubt about the origin and Antiquity of these Names?

Of the ancient Indian people—the Algonkin—a remnant still survives in New England. We have Algonkin names of places; some of which, we are able, fortunately, to trace, back, for many centuries.

For example-the Wampanoags were the people of Wampanakke. King Philip was a Wampanoag. So was his father Massasoit, the friend of the early English.

Now Wampanakke is pure Algonkin for *white-man's land*. Whiteman's land was the *Huitra-manna-land* of the Saga of Thorfinn: and was not improbably, identical in location, with the Irland it *Mikla-Irel-land the Greater* to which Ari Marson came in 982, and where he was received and detained at a missionary station-by the Papae of St. Columba? (1)

The name *Wampanakke* in its dialectic equivalent is found in the region of the Isthmus. It is on the Dutch maps of the 17th century in the region of Newport. We have it in Wapanoos, Wabanakkes, and doubtless in Abenaki. In this name-Wampanakke and its equivalent we have, what may be regarded a living testimonial of a people, reaching beyond the Norse advent in 1,000-beyond the earliest Christian missionaries from Ireland-possibly to.

As the English names point to Old England, and the Indian names to the aborigines of the region of Boston, so the Norse names of places in New England point to the Northmen of Greenland, and are mainly of date subsequent to the Landfall of Leif in 1000.

Vineland a part of Greenland.

The region about Boston, I have elsewhere demonstrated, to be the Vineland of the Sagas. This Vineland in its extension north and south, was known to the Dutch in

(1) To these Papae, not improbably, we owe the Stone Tower at Newport. To them also, the Latin forms observed by Allefonsee and others as in Massapaug, Minnepaug, and Montauk; also, in the names of the great chief Massasoit, and the noble Canonicus the latter an obvious inheritance from the church. To these may be added probably the far-spread Kris-tenaux, or Klisteneaux, or Knisteneaux, found all along the way more than half across the Continent.

the 17th century as *Wyngaerten Eyland*, and Champlain called the portion about Boston by the classic equivalent *Bacchus* Island. To Ruysch, in 1507, it was *Gruenlant-eus* (that is, belonging to Gruenlant) so spelled on his map—against the modern Cape Ann. On the map of Ruysch, as well as on the Icelandic School map of Stephanus of 1570, the coast of Greenland from Cape Farewell, is made *continuous* to, and including, the peninsula of Cape Cod. The subordination of the names—Helluland, Markland, and Promontorium Vinlandiae—in typography—to that of Greenland on Stephanus' map, indicates the relationship of the discoveries of Leif to that of his father.

Vineland was claimed by Erik as a part of his possession by right of Discovery and Colonization in 982-985; and this claim was recognized in the Sagas as well as by the name *Gruenlant-eus*.

Vineland, as a colony, was included in the Bishopric of Greenland. To this colony—Vineland—Bishop Erik Gnuppsson, sent from Rome, came in 1121.

The settlement of Northmen in Vineland, at the seaport Norumbega (Norway) near Boston (1), was visited by David Ingram, an Englishman, in 1569, who found there a city which was three quarters of a mile long.

America—the utterance, by natives, of Erikr.

As late as 1604 Champlain found in this neighborhood a people who called themselves by a name which he wrote down on his map of 1612, *Yrocois*.

(1) At Watertown, the head of tide water on the Charles, one may to-day, see stone walled docks and wharves, a fishway, and a stone dam. They were found *where they are to-day* by the Puritans; and by the Breton French who preceded the Puritans by more than a century, and preserved the name Norumbega, which they found. It was applied to the river, a seaport and a province in the Land of the Bretons—the Land of Cortereal,—the Gallia of Verrazano—the Terra Franciscana of Alfonsce—the original NOVA FRANCIA.

Who were these people?

Yrocois was the form, to a French listener, of the Norse name Erikr or Æirekr. The Norse Ewas uttered like the English *ye* or *ya* (Vigfussen). *Cois* was pronounced, to an English ear, as if written *cay*. Champlain made other attempts to express the utterance he heard—as *Hirocois*, *Hirocay* and *Chariocay*.

Who were these people?

In this region—about Boston—the basin of the Charles river, in lat. 43°, Thevet found in 1556, a fine people, speaking a language substantially identical with that spoken in 1534-35 according to Jacques Cartier, at Hochelaga,—Montreal:

Ist Voyage, Cartier, 1534-35.
Language spoken at Montreal.

Thevet, 1556, Selections
from the Language spoken
in the basin of the Charles
in Lat. of Boston.

Head	Aggonci	Agoncy
Arm	Aiayascon	Aiayascon (1)
Man	Aguehun	Aquehun
Woman	Agruesta	Peragruasta
Boy	Addegesta	Adegesta
Girl	Agnyaguesta	Aniusgesta
Fire	Azista	Azista (2)
Heaven	Quenhia	Quenchia
Moon	Assomahan	Assomaha
Sun	Ysnay	Ysnay
House	Canocha	Canoque

The people represented at Hochelaga were known to the Mission Fathers over a wide region of Country as

(1) Name borne by the arm-shaped cape, now known as Nantasket—earlier as Nanatasket.

(2) Azista—was also spelled Assista. Sanson's map 1656—in the region of the modern Illinois, has *Assistae-ronon*, or Nation of Fire;—ronon, men, is the plural of on—man.

Iroquois—the equivalent of Yrocois—: (as the French have no *k*, *qu* took the place of *c* or *k*).

In this language, mainly Algonkin, spoken by descendants *for the most part, probably*, of Norse fathers and Algonkin mothers, and necessarily chiefly a mother tongue, there were, naturally, some words of Norse origin. Such words may still be recognized in Algonkin and Iroquois dialects (1).

Dialectic Peculiarities.

Reference has already been made to the interchangeability of the liquids and the frequent equivalency of the vowels.—

The aborigines (sometimes called Aberginians by the early chroniclers) about Boston had in their language two marked peculiarities. One of them was remarked by Roger Williams, and the missionary John Eliot, both scholarly men and trustworthy authorities. Both the peculiarities have been remarked by all later authorities.

1. They prefixed to syllables of difficult utterance the sound of *m*: as, for example, *bi*, the native word for *water*, was uttered 'mbi; and Norbega, the name of Vineland, as a province of Norway, was uttered Nor-'mbega, out of which arose Norumbega (2).

These aboriginal people in uttering Erikr, prefixing the sound of *m*, said, what, to a listener, seemed 'm-Erika or Em-erika, which is not far from America.

2. The native language of the region about Boston

(1) There were *Sagamores* in Massachusetts, at the time of Winthrop, who like the *Sagamos* of Nova Scotia (Lescarbot) recal the *Sagamen* of Iceland. The Indian name of the Great Red Jacket was *Sago-ye-wakta*, «the rousing orator». A missionary was called *Sago-Gotche*—good talker or teacher. Among familiar Norse local names about Boston are Naumkeag, Chilmark, Naeset, Saugus, Norman's Oe and Merrimack.

(2) This aboriginal peculiarity was observed by Livingston, Stanley & others in Africa, and by Montanus & others in Brazil.

uniformly elided the *r*, as remarked by Williams and Eliot: so that America sometimes became *Ame-i-ca*; and with the aspirate *J* it became *Jamaica*.

With the *r* retained and the *J* replaced by *Y* there arose Y-amarique—the name as we have seen of the more southern duplicated island of Jamaica on the Cantino sheet of charts (1).

The alternate name and dialectic equivalent—JAMAI-CA—in the higher latitude has been preserved in the name of the island. The duplicate name omitting the aspirate has been retained by the continent north and south.

Where did the name Jamaica first appear?

On the Western border of Roxbury, near Boston, there was found, at the time of the colony of Winthrop, a settlement of natives, which settlement was mentioned in a deed of gift, for educational purposes, on record of 1677, as *Jamaica End*.

The name still attaches to a lake and village at the original locality—*Jamaica Pond and Jamaica Plains* (2).

The same name, *Jamaica*, was found on Long Island, near New-York, on records as early as 1656. It applied to

(1) The preservation of the *r* points to the predominance of Norse blood in the speaker.

(2) In the cluster of houses, near the small lake (modern Jamaica Pond) from which flows the Rio du Gas (modern Stony Brook) on Champlain's map of 1612, and also near the name *Yrocois*, are figured two *long houses*.

They are characteristic houses of the Northmen and of the Iroquois. The name *lunga villa* is repeatedly given on the maps of this region by Maiollo, H. Verrazano, and on the globe of Ulpius. This *long house* was the Ho-de-o-Sau-nee (the Ho-de-no-Sau-nee of Morgan) as given to me, a lad of seven years, by an aged Seneca, who has been a pupil of my father, when a missionary among the Senecas in the Genessee Valley. some eighty years ago. E. N. H.

Te name is confounded with Ko-ui-Shi-o-ni-or Ko-ni-Sionnais. I have elsewhere discussed the probable origin of the name.

a *Bay*, a *tribe* of natives, and a *settlement*. The Dutch called the settlement Ruysdorp, but the native name, *Jamaica*, prevailed.

With this name Jamaica near New-York, occurred the names, which applied to settlements or villages have been preserved in *Meriko*, and *Merik*, obvious forms of America.

Near Boston, where Jamaica End is found, there are, on successive Dutch maps of the 17th century, as one goes westward to the Berkshire Hills, *Morican*, *Mo-i chan* and *Mohegan*.

The Mohegans were recognized as kinsfolk of the Iroquois. Omitting the terminal syllable *an* (man) from *Moheg-an*, the first two syllables recall the name Mohawt-a prominent member of the six nations. Or it may have been derived from Moroc-an which, with ellipsis of the *r* and omitting the *an*, became Moroc. Thus, possibly, *Mo(r)oc* became *Mohoc* or *Mohawk*.

Names derived from Erikr.

The names *Erikr*, *Yrocois*, *Jamaica*, and *America*, with more or less of dialectic modification and abbreviation, are traceable over much of the North American Continent (1).

Yreka, which is very near the Norse utterance of Erikr, is the chief town of Siskiyou County in California. *Amecon* is found near Hudson's Bay. *Emecouen* is a river in

(1) Morgan says in the «League of the Iroquois». «One system of trails belted the whole face of the territory from the Atlantic to the Pacific.» «Our country they once called their country, our rivers and lakes were their rivers and lakes. our hills and intervals were also theirs.» More lasting than the belt of trails, the chain of names is preserved. Chilmark is on Martha's Vineyard, Massachusetts; *Chillicothe*-Norse is in Ohio, and twice in the basin of the Missouri; it is also the *Chilcot* and the *Chilcat* of the Pacific coast.

Illinois on La Salle's map. The name *Erie* an abbreviation of Eriech (Erik) is given to a great lake (1).

Yreka, with ellipsis of the r, gives Yeka, which appears in numerous modifications of Yokee, Yokun, Yaqui, etc. *Yakima* is a town near Yreka in California. *Rica, riche, regi, riqua, roqui, rocka*, etc., are forms of Erikr with ellipsis of the E (2).

The Post-office register of the United States gives scores of names of which *Eureka* and *Fericho* and *Norua* in various modifications are examples. They seem in most cases the revival of traditional names where new towns have arisen, on sites once occupied by descendants of the Northmen.

On ancient maps *Norumbega* is found on Cape Breton (Nova Scotia) as *Lorambec*; on the Penobscot as *Naranbergue* and *Nolambehga*; near Tampa Bay on the Gulf of Mexico as *Nirribigua*; as well as at Salem in *Naumkeag*, at Gloucester in (*N*)*oranbega*, and at Watertown as *Norvega* and *Norumbega*, in the New France occupied by the Breton French in the 43^d degree. (See Ortelius', Solis' and Botero's maps.)

Jamaica is found in Vermont and in Iowa as it is in New York and Massachusetts. It is also found in Virginia.

Like the associated Jamaica and Morica of Massachusetts and Connecticut, and the Jamaica and Meriko on Long Island of New York, there were on early maps, Jamaica and Mayaca, near each other and not far from the ancient Cape Cañaveral on the coast of Florida; and to-

(1) See Sanson's map 1656. The name as presented on the map suggests an explanation of the frequent recurrence of the name of Cat and Chate-applied to Island, towns, settlements, coves, capes-thal may have arisen to the Mission Fathers. *Erikar*, the genitive plural of Erikr, to a French listener, may have been *Erie-chat* (with silent *t*): out of which grew the suggestion—*Lake Erie* or *Lake of the Cat*, on Sanson's map, 1656. The syllable *cat* appears in *Cataumet*, *Chatauquet*, *Cataraugus*, Cape *Chate*; and *Cat* Island-near-or identical with, Gaanahani or Wa-tlan's Island.

(2) From Arikarees, there have arisen by abbreviation, Rickarees and Rees.

day we have a Jamaica Post office in Glynn Co., Georgia, near the Atlantic Coast;—and not far from the old Cape Cañaveral south of St. Augustine.

How the Names of the Region of Boston were carried to the Region of the Caribbean Sea.

It is clear that the chief local names of the latitude of Boston could only have come to the shores of Florida, with the people to whom they were familiar. The route of the migration is traceable in ethnological evidences and in tribal and geographical names along the Atlantic coast.

From the coast of Florida, according to Bristock and Rochefort, most detailed and trustworthy tradition based on long residence, extended exploration and research says that a people, in ancient times, were driven after prolonged wars from the mainland to the Lucayos, the Bahamas, the Antilles, and the more southern islands of the Caribbean sea, and also to the continent west and south. Thus came people, speaking Algonkin, to Guanahani to Watlings or Wa-tlan's Island. The exodus gave a new people to *Jamaica*. It reached *Mariga-lante* (Merica-land) and *Liamacha*—an early native name of St. Christopher; and *Mariguana*, which, according to Varnhagen, may have been the Landfall of Columbus.

In Venezuela there is to-day *Maracay*, a river and town; and *Maracaibo*, and *Maracapaná*. In Guiana were the *Arrouags* (they recal the tribe of the *Erigas*. See Gallatin). Between the Orinoco and the Amazon were the *Aricarri*, see Sanson 1657 (they recal the *Arikarees*, a vanishing tribe, in the Mississippi Valley).

In Peru is *Arica*.

In Noya Scotia (Cape Breton) is *Arichat*.

Paraguay is not remote from *Perigo*—which is found on Massachusetts Bay on the maps of Mercator, Solis and others.

In Nova Scotia were *Ricamen* (Erikr men).

In Central America is Costa *rica*.

Ilha riqua appears, as we have seen, on the early maps as the alternate of *Jamaica* and *Tamarique*; and *T-amarique* is *America*, as Ilha *riqua* is the Island of *Erikr*.—So, it defines *America*.

Initial equivalents.

Among the dialectic equivalents remarked in American languages are the letters M, B, V, as observed by the classic author and veteran student of the Comparative Pilology of the Indian languages, Horatio Hale.

There are countless instances of the substitution of B for M, as for example, *Beique*, *Berique*, *Boriquen*, and *Bor-rica*,—attached, on different maps, to the same island,—the present *Porto Rico*; and *Beica* is the equivalent of Meica—of *America*.

As M is replaced by B, so is B replaced by V. As *Billa* rica is the equivalent of *Villa* rica (and both are applied on different maps to the *same* point near the Vera Cruz of Cortes), so *Veragua* is the dialect equivalent of *Berique*—of *Merica*.

Significant Forms of the Name.

Next in suggestiveness to the name *Amerique*, pronounced *Ameri-kuh*,—not *Ama-reek*—still borne, as determined by Prof. Marcou, by a tribe in Central America, comes the name.

Y-amarique, the alternative of Jamaica from which it differs substantially, only in the absence of the *r* from the latter.

Of scarcely inferior interest, as illustrating the range of dialectically equivalent names, there are on the Pacific coast, at the Isthmus of Darien,—on different maps, *Mu-*

rica, Morica, Borica, Lorica and *Perigo* applied to the same point.

On the Atlantic Coast, at the same Isthmus, with *V* as the equivalent of *B*, and of *M*, is *Veragua*.

This name is borne in the title of the only living descendant of the great discoverer, COLUMBUS. With perfect linguistic propriety the title might be written DUKE OF AMERICA.

In Summary.

America was, to a listener, the utterance by Algonkins of the region about the 43d degree, of *Erikr*, the earlier discoverer in the 10th century. Proprietorship was claimed for him by right of discovery. This proprietorship of Greenland early reached to all the region of its conceived territorial expansion, including Vineland and Norumbega:

The people of Greenland, emigrating southward and westward, carried the claims of *Erikr*, and, with their mixed descendants, held their loyalty to the discoverer and proprietor, implanting his name, in some form of dialectic equivalent or derivative wherever they went. The early presence of Northmen is traceable, in geographical designations, and more or less of peculiar ethnographical and ethnological characteristics at various points from ocean to ocean, east and west, and from the Arctic circle substantially to Tierra del Fuego.

QUELLE EST L'ORIGINE DU NOM D'AMÉRIQUE

PAR

Mr. l'Abbé Justin Gary.

Directeur de la «Revue Religieuse» de Cahors et de Roc-Amadour,

Secrétaire de la Société des Etudes de Lot, en Cahors.

Un géographe distingué, Mr. Jules Marcou, publia en 1875 un premier mémoire *sur l'origine du nom d'Amérique* (*Bulletin de la Société de Géographie*, 6^{ème} série, tome IX, p. 587, Paris). Ce mémoire fut remarqué et mis en évidence par des traductions *in extenso* et des citations dans toutes les langues importantes. Les journaux en publièrent des comptes rendus et des extraits, en France, en Allemagne, en Italie et en Amérique.

Des objections et des doutes ne manquèrent pas de se produire; mais, si en Europe on manifesta généralement de l'incrédulité, dans l'Amérique espagnole et même aux Etats-Unis on accueillit très bien l'origine indigène du nom du Nouveau Monde.

Ce ne serait plus en effet, comme le disent les géographes, Améric Vespucci qui aurait donné son nom ou plutôt son prénom au Nouveau Monde; le nom d'Amérique, au lieu de venir d'*Améric* viendrait d'*Amerrique*, nom indien des montagnes situées entre Juigalpa et Libertad, province de Chontales, qui séparent la lac de Nicaragua de la côte de Mosquitos.

Le mot *Amerrique* signifie en langue maga «le pays du vent ou le pays où le vent souffle toujours». Il signifie aussi «le pays riche en or».

Mr. Jules Marcou a publié dans le même *Bulletin de la Société de Géographie* (tome IX, septième série), de nouvelles recherches sur l'origine du nom d'Amérique. «Nous

allons, dit-il dans son Introduction, passer en revue les critiques, examiner tous les documents qui touchent à la question, et nous avons l'espoir de montrer, par une accumulation de faits dont les conclusions paraissent inévitables et irrésistibles, l'origine réelle de ce nom très beau et très bien approprié d'*Amérique*, qui a été donné au Nouveau Monde.»

Dans une lettre datée de Londres, 8 avril 1878, Thomas Belt dit à l'auteur que lorsqu'il habitait Libertad, au pied oriental des monts *Amerrique*, il avait été souvent frappé de la similitude de ce nom avec celui de tout le continent, mais qu'il n'y avait vu qu'une coïncidence.

Il est à remarquer que tous les noms géographiques indiens sont descriptifs des lieux auxquels ils s'appliquent. Les monts *Amerrique* portent ce nom parce que leurs crêtes et sommets sont dénudés et battus constamment par les vents violents qui viennent du Pacifique. Aux pieds de cette *sierra* l'or se trouvait autrefois en abondance. Il n'y a plus aujourd'hui de *placers* qui vailent la peine d'être exploités parce que l'or en a déjà été enlevé précédemment par les Indiens ou les Espagnols.

Ces anciennes mines d'or expliquent comment de 1497 à 1505 les monts *Amerrique* furent visités et connus des Espagnols sous les ordres de Colombo, de Pinson, de Solis ou de Cosa, ayant par deux fois Vespucci parmi eux.

Que de raisons pour que des gens ayant tous la soif de l'or aient entendu, puis rapporté en Europe, dans leurs conversations mille et mille fois répétées, le nom des lieux les plus riches en or, c'est à dire, le nom indigène d'*Amerrique*!

C'est à Saint Dié (Vosges) qu'en avril 1507 eut lieu ce qu'on a nommé «le singulier baptême du Nouveau Monde découvert par Cristoforo Colombo (Christophe Colomb)». «Il est probable, dit Alexandre de Humboldt (*Examen critique*, v. V), que Vespuce n'a jamais su quelle dangereuse gloire on lui préparait à Saint Dié.» Jusqu'à l'époque de

sa mort (à Séville, 22 février 1512), le nom Amérique employé comme dénomination d'un continent ne s'est trouvé imprimé que dans deux seuls ouvrages, dans la *Cosmographiæ Introductio* de Martin Waldseemüller et dans le *Globus Mundi*. On n'a jusqu'ici aucune preuve d'un rapport direct de Waldseemüller, imprimeur de Saint Dié, avec le navigateur florentin. Les *Quatuor Navigationes* que nous possédons dans la Cosmographie du premier sont traduites de *De vulgari gallico in latium.*»

Il résulte des recherches d'A. de Humboldt que pour le moins, le nom d'Amérique a été inventé et répandu à l'insu de Vespucci. Ce n'est qu'une réunion fortuite de circonstances qui a valu à cet homme relativement obscur la célébrité dont il jouit.

Le prénom de Vespucci n'était pas jusqu'en 1504 Améric mais Albérico, prénom chrétien parfaitement connu auquel on a substitué le nom inconnu en Europe d'*Amérigo*, d'où est venu le nom d'Améric. Vespucci a-t-il pris ce surnom, ou bien était-ce véritablement son prénom ou n'est ce qu'un sobriquet que les marins espagnols lui auront donné parce qu'il parlait avec persistance de *l'Amerrique*?

Mr. Jules Marcou pense que le nom d'*Amérigo* est plutôt un qualificatif qu'un prénom; dont on peut dire que Vespucci a été le premier à qui s'est appliqué un nom tiré du Nouveau Monde, nom qui s'est facilement transformé en Américo comme vocable mieux approprié au mot d'origine *Amerrique* et qu'en ce sens Vespucci est le premier *américain*. C'est-à-dire, qu'au lieu d'avoir eu l'honneur de donner son nom à la quatrième partie du monde, c'est lui, au contraire, qui en a tiré ce surnom devenu par l'usage le prénom qui l'a rendu si célèbre, et qu'il est le premier européen qui ait eu cet honneur.

Ne dit-on pas aujourd'hui «Chinese Gordon» pour le héros et le martyr de Khartoum, comme on disait jadis Scipio Africanus?

Le changement de prénom de Vespucci entre sa première lettre dont la date doit être de mars ou avril 1503, et la seconde de septembre 1504, est un fait incontestable qu'on n'a pas fait ressortir jusqu'à présent, car on s'est contenté de dire que le prénom de Vespucci a subi de nombreuses variantes. Comment n'en a-t-il pas été de même pour Colomb, Cortez, etc.? Seul Vespucci change son prénom et lui en substitue un autre qui non seulement est inconnu en Europe, mais encore n'a d'analogie qu'avec un nom de lieu du centre du Nouveau Monde. L'a-t-il fait dans le but de donner son prénom au nouveau continent? Rien ne l'indique. Tout prouve, au contraire, qu'il a reçu et accepté ce prénom d'*Amérigo*, qu'il écrivit plus tard *Amerrigo*, des matelots d'abord, puis de Waldseemüller, prêtre allemand ou plutôt de Jean Basin, chanoine français de Saint Dié, véritable auteur, comme le prouve Mr. J. Marcou, des *Quatuor Americi Vespucci Navigationes*. On ne trouve nulle part qu'*Améric* Vespucci ait rien su de la proposition faite par le Gymnase Vosgien de Saint Dié, de donner le nom d'*América* à la quatrième partie du monde, ni qu'il y ait contribué en quoi que ce soit.

Mais est ce bien à cause de la petite brochure latine imprimée et réimprimée à Saint Dié et à Strasbourg en 1507, 1509, 1535 et 1554 que le nom d'Amérique a été donné au Nouveau Monde? M. J. Marcou établit que les premiers tirages de cette plaquette furent trop restreints pour avoir exercé, à cette époque où les communications étaient si difficiles et la presse si peu répandue, une influence assez prompte et assez générale pour que Schöner ait pu dire, en 1515, que ce nom était déjà populaire et généralement employé.

Du reste, sur les premières cartes l'inscription du nom d'*América* montre qu'on n'adoptait pas du tout la proposition de Jean Basin et du Gymnase Vosgien d'appeler *América* toute la quatrième partie du monde, mais qu'on n'appliquait ce nom qu'à une seule région du Nouveau

Monde. On était même incertain de l'endroit où il fallait le placer; de là les positions changeantes et vagues où on l'inscrivit, le plaçant tantôt au nord, tantôt au midi, mais le plus souvent au centre jusqu'à ce qu'enfin avec Mercator, en 1541, sur un fuseau de son globe terrestre, et surtout avec Ortelius, en 1570, dans sa mappemonde, il embrasse tout l'hémisphère occidental sous les titres de *América sive India nova*.

Aujourd'hui encore il y a des locutions qui ont persisté parmi certaines populations et qui montrent que le nom d'*Amérique* désignait seulement autrefois les régions centrales du continent. «Ainsi même à présent, dit M. Marcou, pour les descendants des vieux colons français des bords du Saint Laurent, *Amérique* signifie tous les pays au sud du Canada; lorsqu'ils portent pour les Etats-Unis ou le Mexique, on entend ces canadiens dire constamment qu'ils vont en Amérique.»

Schöner en 1535 est le premier qui ait accusé Vespucci d'avoir placé son nom sur les cartes, accusation dont toutes les recherches ultérieures ont prouvé la fausseté. La seule explication valable est que le nom était devenu populaire, mais par suite de la publication de quelques rares brochures et cartes; et c'est à cela qu'on est toujours obligé de revenir. Donc ce ne sont pas les savants qui ont imposé le nom d'*Amérique* au vulgaire, car, avec les résistances de Schöner et d'autres, dès 1535, ce nom n'aurait été ni accepté, ni surtout maintenu; mais c'est que le nom était populaire et qu'il s'est imposé aux savants en venant du vulgaire.

Un auteur a dit avec assez de sagacité, puisqu'il ne connaissait pas l'origine indigène du mot que «l'attribution du nom d'*Amérique* à Vespucci a été respectée surtout parce qu'on manquait d'une solution à lui opposer». En réalité, l'on manquait d'une explication rationnelle, bien fondée et vraie, de ce singulier phénomène, d'un nom de lieu dont la position géographique précise était incon-

nue, et dont on avait voulu faire un homme et un navigateur italien.

Après une étude attentive de tous les documents, conclut H. J. Marcou, je pense que si l'on est allé beaucoup trop loin en traitant Vespucci *d'heureux imposteur*, ou même en disant, comme Santarem, qu'il *a consenti indirectement à l'injustice commise envers Colomb*, ses panégyristes en le nommant un *génie sublime*, n'ont pas été plus justes et ont dépassé les limites du vraisemblable...

«Del'étude qui précède on peut conclure que Vespucci a été ce qu'on nomme aujourd'hui un homme habile, très diplomate, très adroit, en italien un *tan fino*... Il prit ses précautions pour ne pas se laisser oublier dans sa patrie et se poser dans le monde comme un grand navigateur, en envoyant des lettres à des hommes très haut placés à Florence, lettres évidemment destinées à la publicité et qu'il n'a pas désavouées. On ne peut raisonnablement admettre qu'il n'ait pas eu connaissance de leur publication, car il n'est mort qu'en 1512, et sa position de *Piloto mayor* à Séville le mettait en rapport avec des personnes telles que Pierre Martyr, membre du Conseil des Indes, l'ambassadeur de la République de Venise, et bien d'autres qui ont dû, soit lui remettre des exemplaires des plaquettes imprimées de ses lettres, soit lui en apprendre l'existence.»

On chercherait vainement un nom qui convienne mieux au Nouveau Monde que le nom d'*Amerrique*, nom indigène à designation descriptive: *Amerrique, le pays du vent*, en même temps que *le pays riche en or*. Quelle belle définition! Les quatre cinquièmes des orages qui fondent sur l'Europe occidentale sont apportés par les vents du sud-ouest et de l'ouest venant tous d'Amérique, le pays *d'où vient le vent*. Et l'or mis en circulation depuis la découverte par Christophe Colomb de la *Castilla del oro*, a plus que deux fois vingtplé, grâce aux placers et aux filons de quartz aurifère répandus d'un bout à l'autre de ce nouveau continent. Ces deux grands faits de géographie physique se trou-

vent admirablement réunis et résumés entre le lac de Nicaragua et la côte des Mosquitos, au centre même du continent, à la Sierra *Amerrique* (1).

Eloignée de tous les grands centres de population et n'appartenant à aucune grande nation, c'est un point neutre, qui n'entraîne aucune jalousie de peuple à peuple pour rivalité de découvertes. Le grand Colombo reste incontestablement le découvreur, et Vespucci n'apparaît que comme un personnage subalterne, dont le surnom est devenu bien plus célèbre que lui-même n'avait pu le penser, ni même le rêver, lorsque ce surnom lui a été donné ou qu'il l'a pris.

«C'est un nom populaire, dit en terminant Mr. J. Marcou, sorti du sein des masses, qui l'ont lancé inconsciemment; ensuite il a été sanctionné de la façon la plus bizarre et d'une manière tout à fait erronée par les doctes, les savants, les cartographes et les grands de la terre. Peu à peu il s'est étendu des régions équinoxiales jusqu'aux deux pôles...

»Les textes, les noms, les lieux et les dates ayant été ainsi serrés de près, quelle est la conclusion.? Cette conclusion s'impose, et doit, si elle n'est pas toute la vérité (car la vérité la saura-t-on jamais?), doit du moins s'en rapprocher beaucoup.»

(1) Le Président de la République de Nicaragua, Sr. Cárdenas, dans une lettre datée de Managua, 22 mai 1886, dit que non seulement il existe une chaîne de montagnes appelée *Amerrique* mais, encore que cette chaîne est habitée par une tribu d'indiens nommés les Amerriques, tribu qui, d'après les indications que l'on trouve dans cette région, a du être jadis d'une certaine importance.

COLONASIA

MEMORIA

sobre el nombre de América

PRESENTADA AL CONGRESO DE AMERICANISTAS

POR EL

SR. D. ARTURO BALDASANO Y TOPETE

Cónsul general de España en los Estados Unidos.

Permitidme, señores, que deje á los sabios, á los eruditos discutir con tanta elevación como profundidad; disertar científicamente sobre los orígenes del nombre de América. Tarea asaz atrevida fuera en mí aspirar á medirme con aquéllos para añadir un adarme de ilustración, ó brillante foco de luz, y contribuir á determinar en este momento solemne si el Nuevo Mundo toma su nombre de alguna de sus montañas ó tribus pobladoras, ó si, lo que la opinión general sustenta, fué Américo Vespucio el que recabó el honor que sólo Colón mereciera.

Yo me he de limitar á repetir ante el Congreso y solicitar de su sabiduría la proposición que creo cabe dentro del tema 1.º, proposición que si tengo la audacia de sostener yo, el último de todos, es porque me alienta el generoso apoyo que recibí hace cerca de cinco años de la Sociedad Geográfica de Madrid.

En el seno de tan docta corporación presenté yo en Enero de 1888 esta misma proposición, la necesidad de completar, ya que no de sustituir, por completo, porque esto sería ir más allá de la realidad, el nombre de América.

¿Y cuál debe ser su glorioso complemento, señores? Ya lo adivináis todos: *algo* que nos hable de Colón, *algo* que contenga su nombre, *algo*, en fin, que sea á manera de monumento eterno, é indeleble, menos perecedero en las generaciones futuras que las estatuas en bronce y en mármol que le elevaran en todas partes.

COLOMBIA Ó COLONASIA. Cualquiera de estos nombres trae á la memoria el de Cristobal Colón. La Sociedad Geográfica, según acuerdo de 25 de Enero de 1888, que se dignó comunicarme, prefiere el primero. Yo, respetando sus razones y mayor competencia é ilustración, me inclino al segundo. ¡COLONASIA! ¡COLONASIA! ¿No percibís en esta palabra el espíritu del inmortal Colón? Veía el Almirante en sueños el Asia á través de los mares; por nueva, temible é ignorada derrota quería llegar á ella. Las tierras encantadoras, que por inspiración divina descubrió, le salieron al encuentro; el nuevo mundo, pues, es el Asia de Colón, ó Colonasia.

Podrán los historiadores, cronistas antiguos ó escritores modernos, perderse en disquisiciones luminosas, para justificar el nombre de América; pero el de Colonasia arrojará más destellos de luz que otro alguno sobre la figura sin igual del revelador de un mundo; su nombre evoca el del sublime marino, y lo envuelve en una aureola que ningún otro mortal conquistó.

Y cuando nos reunimos para glorificar en primer término al Descubridor; cuando Reyes, Príncipes y Jefes de Estado se disputan á porfía rendir tributo á su memoria, ¿os negaréis, aunque nos llamamos *Americanistas*, á ofrecer á su memoria el mejor de todos? Su espíritu, que nos contempla desde la región serena de los cielos, verá que al fin el mundo civilizado le ha hecho justicia; ha lavado, al confirmar solemnemente el Nuevo Mundo con el nombre de Colonasia, la más negra de las ingratitudes. Negar su nombre al que dió un mundo, es como el hijo que cambia el nombre de su padre; por-

que fijaos, señores, que Colonasia expresa mejor que nada la idea del gran navegante; esa sola palabra es todo un poema; la realización de los sueños de aquel que llegó á los muros del histórico convento, pobre y desvalido. No olvidemos que el que fué el primer Almirante de España creyó haber llegado al Asia; respetemos su creencia con algo que cuesta poco y que vale tanto; que el Nuevo Mundo llevase su nombre, ¿quién sabe si ése fué el último pensamiento y acaso la última ambición de aquel cuya vida jamás se debió extinguir? Si lo que pudo desear no es ya posible, contentémonos con lo que es realizable hoy, pero que no lo será mañana. La fe empujó las carabelas de Colón; la religión católica quedó arraigada en las ignotas playas. El catolicismo reconoce por su primer sacramento el bautismo; pero nuestra religión exige también el segundo, *la confirmación*. ¿Qué razón hay para que, ya que al Nuevo Mundo se le llamó América, no se le dé también el nombre de Colonasia, al celebrarse hoy, al cabo de cuatro siglos, la gloriosa confirmación?

AMÉRICA—COLONASIA

Y para salir al paso á todo género de recelos ó de alarmas, repetiré lo que ya he dicho más de una vez.

Que desde luego, y sobre todo, sí, que el nombre de América se conserve. Sería además tamaña insensatez el atreverse á proponer siquiera que desapareciese este grato nombre que cerca de cuatro siglos han consagrado, é inútil también pensar que ni en toda una eternidad había de olvidarse el bello apelativo de América, que tan dulcemente resuena en nuestros oídos; risueño nombre con que conocemos la gran República de los Estados Unidos del Norte, y que pertenece también al Brasil, al Canadá y á los países conquistados y civilizados por España en el nuevo continente.

Pero si es cierto que el actual es el siglo de las reparaciones ofrecidas á las grandes injusticias y que trata de hacer desaparecer ó enmendar al menos los grandes errores de los tiempos pasados, ¿qué ocasión más solemne que ésta para que suene la hora de la completa y cabal justicia para Colón?

Si la generación presente lega á las venideras como uno de sus timbres más brillantes el honrar á los héroes, á los sabios y á los grandes artistas, decidme, señores, si no ha de hacerlo de una manera especial y extraordinaria con Cristóbal Colón. No bastan monumentos, ni exposiciones, ni fiestas de todas clases. Hace falta algo más. ¡Ah, sí! no hay que dudarlo. Si el siglo XIX quiere despedirse dignamente borrando la más grande de las injusticias cometidas en anteriores centurias, es necesario que, como el mejor recuerdo que pueda legar al siglo próximo á nacer, el Congreso de Americanistas proponga que se consigne solemnemente, por medio de un acuerdo internacional y universal, que, para dejar una huella indeleble del cuarto centenario del descubrimiento, debe llamarse al Nuevo Mundo, desde el 12 de Octubre de 1892, con este doble nombre: América ó Colonasia, ó bien América ó Colombia.

Honor inmenso para mí es poder consignar que Su Santidad hace votos para que así suceda. Su Eminencia el Cardenal Rampolla se dignó participármelo en su augusto nombre, al someter yo hace dos años humildemente á los pies de León XIII mi pensamiento respecto á la mejor manera de glorificar á Colón, pensamiento modesto é insignificante por ser mío, pero grande y elevado porque lo ampara el nombre del inmortal Descubridor.

Y la incomparable sabiduría de S. S. León XIII no puede menos de ver con cariñosa complacencia é íntima satisfacción que el Congreso de Americanistas, reunido en el Convento de la Rábida, proponga solemnemente la confirmación del Nuevo Mundo.

En la admirable encíclica que dirigió á los Arzobispos y Obispos de España, Italia y América, referente á Cristóbal Colón y al descubrimiento, Su Santidad afirma que el móvil principal que impulsó al gran navegante á explorar el mar tenebroso no puede dudarse que fué la fe católica, y añade que sólo por esta causa la humanidad es deudora de grandísima gratitud á la Iglesia.

El primer párrafo de ese verdadero monumento literario levantado á Colón, traducido, dice así:

«Desde el fin del siglo XV, desde que un hombre de Liguria pisó por primera vez, bajo la protección de Dios, las costas trasatlánticas, la humanidad estuvo siempre decididamente inclinada á celebrar con gratitud la memoria de este acontecimiento. No sería fácil encontrar una causa de más mérito para tocar el corazón y enardecer el celo.»

El acontecimiento, en efecto, ha sido tal, que ninguna otra época ha concebido uno más grande y maravilloso llevado á cabo por un hombre; y en cuanto al que lo realizó, hay pocos que se puedan comparar con él en grandeza de alma y de genio. Por su obra hizo aparecer un Nuevo Mundo en el desconocido Océano; miles y miles de mortales fueron traídos bajo el influjo de la sociedad común de la raza humana, convertidos de su vida salvaje á otra de paz y civilización, y lo que es de mucha más importancia, salvados de la perdición á la vida eterna al concederles los dones que Jesucristo trajo al mundo.

Y el que creó este otro mundo, ¿es posible que no pueda aspirar á que se le conozca también con su nombre?

¿Cómo hemos de separarnos sin acordarlo así? Equivaldría á tanto como suponer que la obra del más ilustre y brillante de los Congresos Americanistas no había sido completa.

La *confirmación* de las tierras que al nacer fueron *bautizadas* con el nombre de América, sería la más solemne de las ceremonias que Su Santidad celebrara en esta fiesta

universal de glorificación á Colón, y León XIII lo vería con amor si el Congreso lo propusiera respetuosa y debidamente. El Santo Padre dijo al mundo católico al terminar su maravillosa encíclica:

«Con el objeto de celebrar dignamente y de una manera apropiada á la verdad de los hechos el solemne cuarto centenario de Colón, lo sagrado de la religión debe unirse al esplendor de la pompa civil.»

Pues de igual manera para los católicos que para los que no lo son, debe ser interesante CONFIRMAR á América con el nombre de Colonasia.

El universo civilizado elevará himnos de gloria á Colón, pero todo esto pasa. Pronto se apagará el bullicio de las fiestas; sólo oiremos su eco, y antes de que termine el siglo quizás se habrá extinguido el recuerdo. Quedarán, sí, espléndidos monumentos; pero como el acontecimiento que se conmemora es tan excepcionalmentegrandioso, debe quedar *algo* permanente, *algo* más importante, más universal y más imperecedero aún que un monumento, á fin de que, sin rivalidades de amor propio para ningún pueblo, pueda el mundo entero dejar consignado un recuerdo verdaderamente eterno, como tributo de admiración y homenaje al hombre inmortal que dió un Nuevo Mundo á la civilización.

Para esto, señores, pensad todos que la confirmación que propongo, si no puede hacer sinónimos los nombres de América y Colonasia ó América y Colombia, puede, sí, sobre todo para la futura generación, conseguir oficialmente, dando España el ejemplo, que en todas las nuevas adiciones geográficas é históricas, en atlas, mapas, etc., se conozca al Nuevo Mundo con ese doble nombre, y si aceptarais Colonasia, como tengo yo el valor de proponer, tendría análoga derivación al tener su origen en el Asia, de Colón, que el de América, la tierra de Américus, que con menos fundamento, razón y lógica, se le dió hace 400 años. No es éste un proyecto costoso ni irrealizable;

más de un sentimiento de justicia, es un tributo de respeto, y no es tampoco un caso nuevo el cambio de nombres en ciudades importantes, sino en continentes. En efecto, el gran emporio comercial que se llama Nueva York, ¿no se llamó primeramente Nueva Amsterdam? ¿Quién la reconoce ahora por este nombre? ¿La Oceanía no es la Australia ó Australasia? Nosotros no pedimos mucho; nos contentamos con *confirmar* á la joven América, que ya no lo es tanto, pues hace cuatro siglos que al bautizarla España con las aguas de la civilización alcanzó sobrado derecho nuestra patria y autoridad para pedir como lo hace ahora el más indigno y el último de sus hijos, la confirmación de América con el nombre de Colón; el padrino debiera ser la Europa entera.

Á España, á la nación heroica y descubridora, toca el proponerlo: por lo mismo que su bandera, sus barcos y sus hombres dieron un mundo á la civilización, pues sin nuestro esfuerzo hubiera sido un visionario más, la deuda contraída con el inmortal navegante que llevó las carabelas no está satisfecha por completo, y no lo estará nunca si dejamos pasar el 12 de Octubre de 1892 sin que confirmemos solemnemente el Nuevo Mundo con el nombre de Colón.

Al celebrar el descubrimiento de América celebramos también su conquista y civilización, y si justo es que también resuenen en este recinto no sólo los nombres de los Pinzones, que en primer término conquistaron con el Almirante gloria inmortal, sino los ilustres nombres de Cortés, Pizarro, Almagro, Hernando de Soto, Ponce de León, Balboa y tantos otros á quienes también debe alcanzar el homenaje de estas fiestas, se destacan siempre sobre todos la figura de Cristóbal Colón y su imagen, que se aparece envuelta en nimbos de gloria, nos exhorta á que la coronemos, añadiendo al nombre de América Colonasia. ¡Colonasia ó Colombia! ¡Colonindia! si queréis; pero agregad al de América un nombre, cualquiera que sea, pero que lleve el nombre del inmortal Descubridor.

Millares de veces y por todas partes no se oye más que Colón, y sin embargo no llevamos siquiera algo de su nombre adonde debiera haber estado desde hace cuatro siglos! Esto, señores, no es cuestión de sentimentalismo, sino de altísima justicia.

Así, y sólo así, habremos dado digno término á las tareas de este Congreso, y los que nos llamamos Americanistas tendremos derecho al mejor de los títulos: el de hombres justos.

Sería impertinente en mí decir una palabra más para apoyar mi proposición; en la mente y en el corazón de todos los presentes se levanta impetuosa la voz de la justicia al considerar que cuando en estos últimos años el nombre de Colón lo ha llenado todo y ha sido ensalzado en todos los idiomas y en todos los países, ese mismo nombre ó algo de él falta donde más debe existir, en la geografía.

Que no concluya el año 92, señores, el año de este famoso Centenario, sin que todos los Gobiernos de éste y el otro continente ordenen que en todas las escuelas públicas se enseñe á los niños que una de las cinco partes en que se divide el mundo se llama América-Colonasia. Que el último acuerdo de este Congreso sea pedir este nombre para el Nuevo Mundo, y que la coronación de las fiestas del Centenario sea la reunión en España, pues á ella y á ella sola corresponde tan insigne honor, de los plenipotenciarios de todas las naciones, para que acuerden solemnemente la *confirmación* de la joven América.

Antes de concluir, séame lícito solicitar, implorar humildemente perdón por mi tamaña osadía al atreverme en mi pequeñez sostener asunto tan grande. Bien pudiera decir sin exageración que, bajo bien distinto prisma, los alientos que me han sostenido para llegar hasta aquí, es una fe semejante á la que necesitó Colón. Mi fe en que el sentimiento de la justicia al fin se abre paso en el corazón de los pueblos de todas las nacionalidades, es lo que me

ha hecho proseguir mis trabajos desde hace más de ocho años, lo mismo en Europa que en América. Al llegar esta ocasión solemne, tan temida como deseada, he tenido que dominar inmensas dificultades para estar aquí presente en el puesto del honor y llenar este compromiso, que había contraído conmigo mismo y con ilustres personas que me han animado; si no creyera que en mi proyecto, que si algún mérito tiene es el mérito de la originalidad, hay gloria para mi patria y gloria para Colón, me hubiera guardado de presentarlo.

Aunque esta legítima y noble ambición me disculpe, nada bastará para evitar vuestra natural impaciencia y merecidas censuras. Que el asombro que á todos cause ver empeñada mi insignificante personalidad en labor tan difícil ceda algún tanto al considerar que el patriotismo no es sólo patrimonio de los grandes y de los sabios, y cuando recordéis que el mismo Cristóbal Colón, á quien hoy ensalzamos, fué despreciado y arrojado de corte en corte.

Sólo nuestra noble Nación le tendió la mano protectora de Isabel la Católica, la más grande de todas las Reinas. Echad ahora vosotros el manto de la benevolencia y tened caridad, porque mi único delito es pedir para Colón que el mundo que descubrió lleve también su nombre inmortal. Á éste me acogeré para moderar vuestro enojo por el atrevimiento de ser yo quien ha molestado al Congreso con esta proposición. ¿Es mía la culpa si los Americanistas eminentes, sabios é ilustrados no la han presentado?

Nueva York 30 de Agosto de 1892.

OBSERVATIONS

SUR LES MOTS

AMERICA, AMÉRIQUE (et les homophones).

PREMIÈRE PARTIE

OBSERVATIONS SUR LES MOTS

AMÉRIQUE ET AMERICA

PRÉSENTÉES AU CONGRÈS DES AMÉRICANISTES DE HUELVA

par

M^{LE}. MARÍA LECOCO

MEMBRE DE LA SOCIÉTÉ DES TRADITIONS POPULAIRES

Les penseurs épris de vérité intégrale qui se demandent si un mot indigène, homophone de l'*America* de Vespuccio, n'existait pas, designant au moins en 1492 un site abordé par Colomb, peuvent, il nous semble, se répondre affirmativement. *Il y eut coïncidence, c'est incontestable, et il fut tiré parti de cette coïncidence sciemment ou non sciemment. Ce travail n'a pas pour but de contester le parrainage involontaire d'Amerigo Vespuccio, chose hors de doute.*

On a nié l'existence du nom indigène *Amerique* signalé par Monsieur Marcou comme étant celui de *Hautes-Terres* situées entre Juigalpa et Libertad en Nicaragua.

Le savant américaniste n'a point imaginé le nom, cela est évident, et l'histoire raconte comment les Indiens interrogés par Colomb, au commencement de 1503, à Bera-

gua, désignèrent le gîte de l'or dans des terres situées à 20 jours de marche au couchant. Le Cacique de Beragua fit monter l'illustre découvreur «*sur une montagne*» pour lui mieux faire voir le pays—il avait même soin de designer les lares d'un rival voisin.—Mais, pas n'était besoin d'aller d'abord si loin; l'or abonde à Beragua et l'adelantado Barthélemy Colomb s'y installe pour diriger cette récolte d'or.

On est dans une région montagneuse: le volcan actuellement éteint de Chiriqui a 3.485 m., les hauteurs voisines se chiffrent à 2.000 m., on peut appeler toute cette région *région de Hautes-Terres*, et chaque montagne peut porter ce nom épithétique de *Haute-Terre*, soit *Amerique* cité par Monsieur Marcou. Du Mexique un peu avant Panama il s'agit en général d'un relief puissant—sauf le Yucatan; cela va de soi.

Si effectivement nulle carte actuelle ne porte ces noms *Sierra Amerique*, ou *Cordillère Amerique* ou *Mont Amerique*, ce n'est pas une raison pour que le mot n'existe point. Les cartes françaises, et d'autres, sans doute, offrent, par exemple, en Honduras le mont *Opalaca*, mutation dont l'équivalence à *Amérique*—*Amerique*—*America* est parfaitement légitime et justifiable. (*Note I.*) Il est vrai qu'il faut admettre ces mutations qui semblent impossibles à quelques uns, mais qui ne le sont pas plus que le $c=t$ p dans certains idiômes indo-européens. Le p de *Opalaca* et le m d'*America* se dégagent d'une forme commune mb , analogue au mb guarani et au $\mu\pi$ du romain, transcription plus exacte que π . L'équivalence de la lettre l et de la lettre r est chose connue de tous. La région d'*Opalaca* peut être plus rebelle à la lettre π que la région de *Amerique* signalée par Monsieur Marcou (il en est ainsi de la Chine et du Japon et de bien d'autres, témoin le Nahuatl où $r=tl$ et autres formes). (Voir pour plus de détails à la note.)

La supposition que fait le savant américaniste de ce nom d'*Amerique*, arrivant à désigner la terre de l'or pour

les concours de trésors et d'aventures, peut être ou ne pas être: elle est sans preuves, soit, mais non contraire au vraisemblable.

Pour ne pas scinder ici des comparaisons nécessaires, il faut parler de la mappemonde du Ptolémée de Rome (1508). Le golfe Vericido est-il la baie de Chiriqui, en arrière de laquelle se trouve un *Monte Rotundo* qui serait le volcan éteint de Chiriqui (3.485 m.) rattaché aux cordilières de Chiriqui et de Veragua? Oui, sans doute. Le Ptolémée de Strasbourg (1513) porte là: *Montana Altissima*, et nous revenons ainsi au sens général et caractéristique de *Haute-Terre*: un simple graphisme d'une seule haute montagne étant pris pour un groupe montagneux. (Voir ici la feuille encartée sur *le globe Vert*.) Il faudra d'ailleurs toucher ce point encore une fois au moment de l'étude de certaines dates. Remarquons, pour parer à une objection, que la dépression de Panama était trop méridionale pour jouer ici un rôle.

Que signifie le mot de *Beragua*? Nous étant informés aux meilleurs répondants on nous affirme Beragua mot américain. Ce qui caractérise ce site de Beragua c'est le *môle naturel dit Ecu de Beragua* sur nombre de cartes. Ecu, défense, protection, môle, jetée, quai, barrage, broquel, en somme, une *terre haute*, si non une montagne, du moins élevée par rapport à ce qui est à la base, c'est une *hauteur*: une butte d'un mètre mérite le nom de *hauteur*, aussi bien que l'*Himalaya*; c'est affaire d'échelle.

Le Dictionnaire de Malais de l'abbé Favre offre un mot qui n'est point à discuter ici *comme parent de Beragua*, mais simplement comme analogue s'il s'agit à la fois d'une *môle* du nom de Beragua protégeant une *baie* du nom de Beragua. Ce mot Malais est: *tambak, tembok, timbuh, tmbek, tmbok*, mots qui signifient *digue, chaussée, bassin, dock, vivier, chemin élevé, quai, tmbak*: rehaut de terre en forme carrée (Dayak), *rempart, mur en pierre, bord de navire, per-tambah-kan=pile*—qui fait croître, etc., il

ne s'agit ici que de sens groupés autour d'une *racine*.

Voir aux notes.

Il y aurait trop à développer: ceci n'est qu'indication d'un mot—*le double sens possible de Beragua*.

Voici le relevé d'orthographes différentes de ce site *Beragua*: le relevé a été fait sur les cartes de la belle Exposition Américaniste de la Bibliothèque Nationale, à propos du IV^e centenaire.

Beragua, Veragua, Baragua, Varacoua, Varagua. Une délicieuse carte française de la seconde moitié du XVI^e siècle offre une orthographe fort intéressante: c'est *Vraque esqueg*, écrit de manière à remplir l'isthme fort inexactement dessiné de l'angle nord de la carte jusqu'à Darien.

Pour être complet, il est nécessaire de mentionner les noms de lieux fréquents dans toute la contrée qui nous occupe: Borric, Peric, Buric, Berica, Boruca, Burica, Borriquen, qui semblent une variante du mot indigène duquel Beragua est issu. On trouve les mutations de *Muriato* et de *Gurico* nommant des sites de *Buric* ou *Borrica*, mutations fort intéressantes et peut-être décisives. (Voir aux notes.)

Si quelque habitué à la manière de prononcer et d'orthographe employée en guarani avait à transcrire *Beragua*, il est vraisemblable qu'il écrirait *Mb'eragua* et qu'il rétablirait la prise de souffle initial tombée en désuétude mais écrite par Hans Staden; quand celui-ci parlait, par exemple, de la *Maraca*, il orthographie *Tammaraca*, *Tammerca* peu importe. Evidemment tam,—un t aspiré voisin d'un esprit doux comme il en est en grec soit 'HMAPAKA (?)

Il y aurait ainsi justification d'une orthographie'MBE-RAGUA—reste, il est vrai, la forme douce de *gua* qui peut valoir ou ne pas valoir *que* de Amérique et ca de Opalaca. *Peric*, *Boric* sont, SAUF ERREUR, des formes durcies, réduites de *Beragua*, soit au sens de *digue*, *quai*, *hauteur*, *barrage*, soit au sens de *endigué*, *enquayé*, *encaissé*, *contourné par une berge*, en somme, notre mot *en pente*—aller de bas en

haut ou de haut en bas qu'il s'agisse de creux ou de relief.

En Maya—BALIK—refuge, protection, mot des plus intéressants.

Ce mot yporraca est emprunté à *de Léry* qui explique que de pêche il a passé à chasse. Evidemment de Léry le fait dériver de *puru*, poisson, il peut dériver aussi bien de *barre*, *barrage*.

Le mot guarani *Iporroca*, à peut-être indiqué ici, il signifie *pêcherie*, *chasse*. Les 1^{ères} pêcheries ont été certainement des *viviers naturels*, puis des *viviers artificiels limités par des digues quelconques*, soit des *hauteurs*, ce qu'explique parfaitement le mot caractéristique malais cité plus haut, En résumé, dans le mot *Mberagua* ainsi compris le sens de *môle*, *terre élevée*, domine certainement.

Ces explications sont longues mais nécessaires pour démontrer la grande richesse de formes et d'idées qu'implique un vocable et comment des termes en apparence absolument étrangers l'un à l'autre et même contradictoires étaient en réalité identiques au moment de la formation, Aller plus loin en linguistique serait ici hors de propos. (Voir aux notes.)

Si les observations précédentes sont justes (voir aux justifications à la fin), *Amerique*, mot indigène, ou plutôt forme «moyenne» d'un mot indigène, signifie d'abord *Terre-Haute* par rapport à la base et par amplification peut signifier *Terre vaste*, *Terre riche*, *Terre qui se tient* (au sens de l'*Amarqà*, terre entière, terre ferme—arménien) les mots exprimant *amplitude étant toujours capables d'un sens caritatif*.

Un autre nom géographique indigène que l'on ne peut dire accommodé pour *les besoins* d'une thèse est le nom de la Jamaïque (1).

(1) Rappelons encore une fois pour éviter tout malentendu qu'il n'y a pas à nier l'usage fait du nom d'Améric Vespuce, il s'agit de noms coïncidants.

Xayma'ca, Taramaqua, Tamarique, Jamaïque, Terre fertile en bois et en eaux. La Jamayque aux montagnes bleues.

Il y aurait à relever les noms des autres îles *Taparica, Tábago*, etc.

(Ce mot doit impliquer le sens de *terre bombée*=île, hauteur, mais nous ne saurions le prouver; nous nous contentons de *Terre des bois et des eaux*.

Le beau Portulan de Canerio, ms. portugais sur parchemin 1502, est précieux à tous égards.

Son élégante banderolle «Las Antelhas» souligne Cuba, Haïti et *Jamaïque*: les positions respectives sont bien observées, mais au dessous de la banderolle est une large île rouge *Tamarique*. 2º *Jamaïque* à formes conventionnelles et qui accapare l'attention. Il semble que cette *Tamarique* ait été placée sur la carte à un moment où les renseignements précis faisaient défaut. Un peu plus tard l'île a été redessinée à sa vraie place, en vraie proportion mais le nom s'est appauvri en *Jamaïqua* perdant la lettre *r* correspondant à la lettre à prononciation indécise impliquée dans *Xayma'ca* et que témoigne la forme *Tumarique*,

Il est essentiel d'appuyer sur l'importance du portulan de Canerio 1502, quant au rôle qu'y jouent ces deux îles dont l'une rectifie l'autre. La mappemonde de la géographie de Ptolémée, *Rome 1508*, s'en étant évidemment inspirée, ou plutôt ayant l'air d'avoir puisé à même source. Cette carte romaine est à bien considérer. Au dessous d'une *Auterlinoia* ou Cuba en triangle équilatéral, et d'une *Spañolla* assez exacte, l'île de *Tamarica* se dessine proportionnellement plus grande que nature; là aussi le nom et l'île attirent le regard par leur netteté d'aspect. Une longue inscription se lit à droite; une autre, vrai chapitre, peuple le champ de l'Océan vers l'Ouest, et sépare des anciennes terres portant leurs noms réels ou légendaires, des Terres Nouvelles encore embrumées de roiles d'or.

Il n'y eût pas que les coureurs d'aventures vénales qui

partirent pour cet Extrême-Occident, témoin le Maître des découvreurs l'illustre et pur Christophe Colomb. Christophe Colomb rêvait pour un *noble emploi* de cet or qu'il eût méprisé sans cela. Il voulait agrandir le patrimoine de l'humanité: rêve chemin du martyre! Combien d'intelligences sympathiques et noblement curieuses, ont, à l'époque de ces grandes découvertes, dirigé la flamme de leurs yeux vers ces coins nouvellement éclairés des cartes géographiques? Combien soudaient en esprit ces minces feuilles, essayant d'en faire surgir plus vite l'avenir prêt à éclore? Combien épiaient cette floraison de la géographie, et apprenaient ces mots nouveaux s'épanouissant sur les cartes?

Voici quelques nuances philologiques du mot Xaymaca relevés à l'Exposition Américaniste de la Bibliothèque Nationale:

- | | | | |
|------|---------------------------|---|--|
| 1502 | Tamarique | } Portulan manuscrit de Canerio. | |
| 1502 | Jamaïque | | |
| 1508 | Tamaraqua. | —Géographie de Ptolémée de Rome. | |
| 1513 | Jamaïqua. | —Géographie de Ptolémée Strasbourg. | |
| 1513 | Jamarama ou Jamarana | peu lisible sur le fameux «globe vert» de l'Ecole de Jean Schöner. | |
| 1544 | Camaya, | sur la magnifique carte de S. Cabot. XVI ^e siècle. Lamaïca sur un portulan vénitien. | |
| | XVI ^e siècle. | Diamajca sur un fragment manuscrit de Hâvre. (Voir aux notes.) | |
| | XVII ^e siècle. | Tamarica, XVII ^e siècle. <i>Taparica</i> sur des cartes portugaises. | |
| 1613 | Jamaricque. | —Planisphère de Devaulx. | |
| 1661 | Jomerique ou Joméïque | sur le planisphère de Dieppê. | |

Du nom indigène de la *Jamvrique*, Jamaïque, peut ressortir, peut être, le sens de: *Haute Terre*—*Fertile en bois et en eaux*. Le mot île impliquant le plus souvent le sens de *Terre bombée, Terre dressée*; les bois et les eaux

étant l'apanage des terres hautes, les bois, témoins le mot Monte, les eaux, en tant que lieux de sources des eaux courantes.

Il faut après avoir esquissé ce qui peut être dit quant aux formes de *Haute Terre* = *Amerique*, *Opalaca* (*Amerique*) *Opalaca*, *Mberagua* = *Mberagua* et *Xayma'ca* ou *Tjamariqua*, forme moyenne de *Jamaïque*—*Terre (haute) = île) fertile en bois et en eaux*, et en avoir fait ressortir l'homophonie (vois aux notes), il faut *étudier quelques homophones ou quasi-homophones de ces mots; nous arriverons à voir ainsi comment ils concoururent à l'adoption du nom usité depuis, c'est à dire, l'Amerique d'Amerigo*.

Donc des quasi homophones d'*Amerique* circulaient depuis plus ou moins longtemps dans les mémoires avant 1492. Le «bis repetita placent» eut à jouer ici son rôle inévitable, immesurable: *ce qui est entendu est entendu et réagit sur les notions ultérieures sans que rien puisse empêcher au moins le jeu de la pensée. Brazil, Frinland*, sont un peu loins de l'homophonie, cela est vrai—*Markland* ou *Morklund*, «*Terre des bois*» de l'Amérique Nord prè.—*Colombienne*, la colonie scandinave délaissée; *Bakalan*, *Bacalan*, *Bakalao* *Bacalao*, par métathèse et substitution *Barakao* avaient cours et sonnaient dans les mémoires occidentales. Quant aux noms d'Orient l'un est au moins à rappeler; c'est *Bilakcham*, «l'île délicieuse qu'entoure la mer de sel... elle tire son nom d'un arbre de 1100 coudées dont la vue seule rend les femmes fécondes... là le soleil et le feu sont adorés...» Les trafiquants de la Méditerranée asiatique, ceux qui pratiquaient les mers indiennes soit par eux, soit par leurs correspondants, ne devaient pas ignorer cette fabuleuse et merveilleuse *Bilakcham*. (Voir aux notes.)

Ou peut maintenant suivre la marche des idées dans l'esprit d'*Hylacomylus*; nous allons un peu plus tard refaire l'enchaînement de ses idées extrainement dont il ne reste pas des preuves»; mais que rétablit la logique des faits:

Tamaraqua, Tamarique, comme dès 1494, et dès 1502, si ce n'est avant, transcrite en belle place sur la carte, c'est un fait géographique incontestable; le mot est indigène, riche de sens vivant d'allures phoniques et de rythme, chose importante; c'est un mot fanfare, c'est un mot à panache. Hylacomylus *le doit apprendre aussi vite que possible*. C'est de 1507, à 1509 que paraissent ses revendications en l'honneur d'Albericus Vespuccius—*Amerigo*. Ni la carte de Canerio 1502, ni celle du Ptolémée de Rome 1508, ne font mention en si peu que ce soit du mot America. L'ouvrage romain n'est point de ceux qui s'improvisent comme une plaquette, et la carte de 1502 et l'atlas de 1508 sont antérieurs comme composition à la date de leur apparition. *Tamaraqua, Tamarique* ont été dès l'origine mis en circulation dans le monde des mots familiers à l'Europe; quant à *Beragua*, l'auteur de ces notes ne l'a pas trouvé sur une carte datée des toutes premières années du XVI^e siècle à Paris: cela n'a point d'importance: Mberagua découvert en 1502-1503 a dû être graphié le plus tôt possible.

L'ingénieux Hylacomylus est tout heureux de savoir ces mots nouveaux, car il est des curieux épiant le Nouveau-Monde à son éclosion—Ces mots le hantent et comme il est savant, les homophones de Tamarique, Tamaraqua le tiennent également. D'autre part, il est enthousiaste d'Amérigo dont les relations manuscrites et imprimées courent le monde lettré: Amerigo paye là bas de sa personne en homme honnête et intelligent, sous les ordres d'un maître illustre: «il vient des lettres bien intéressantes d'Amérigo, le découvreur... et ces lettres, preuves vivantes, font oublier qu'il n'est qu'en sous ordre.—Si nous donnions Amérigo pour parrain à ces Terres Nouvelles? à cette Tamaraqua, Tamarique, Mberagua ET AUTRES nouveautés.—Et le baptême se fit, comme on le sait, peu à peu, sans cérémonie.

C'était un démarquage «adaptatif, synthétique de Xayma'-ca, Mberagua peut-être si une carte antérieure à 1507

porte ce dernier mot qu'Hylacomylus a certainement connu.—*Cette sorte de synthèse était aussi une moyenne, et comme les moyennes facilitent singulièrement l'agencement des faits sociaux, petites ou grands*, elles ont toute chance d'être adoptées facilement et de devenir règle—ce qui arriva pour Amérique.

Ici finit la première partie de ces observations. Qu'à la maladroite intervention d'Hylacomylus s'oppose la constatation largement divulguée de l'existence de ces noms jumeaux, nés au cœur même de l'Amérique, là où le génie conduisit Christophe Colomb, et justice sera faite.

Salut Amérique! *Terres hautes, Terres excellentes, aux eaux vastes, aux fécondes et larges forêts!*

FIN DE LA 1^{ère} PARTIE

NOTE Si le mot de Beragua signifie en vieil quel-que dialecte américain, *digue, haute terre, môle*, BROQUEL (broquel, mot français, terme de marine spécial), et ce que je crois possible on puisse le transcrire par M'beraque (remmbali'k *Имбалик* = ÓBALIK, *refuge, abri en Maya* = Amerique = Amérique, il sera juste de conclure: La Providence ne prend pas souci de la gloire humaine et réserve mieux à la vertu, sans doute, mais la Justice immanente des choses, fille terrestre de la Providence, triomphe ici puisque ce nom indigène est devenu l'apanage glorieux de la famille de l'illustre Découvreur.

Paris 30 Septembre 1892.

NOTE ANNEXE SUR LE "GLOBE VERT,"

Ecole de J. Schöner exposé à la Bibliothèque Nationale de Paris.

IV.° CENTENAIRE

Le «globe Vert» (Ecole de J. Schöner vers 1513) est remarquable comme étant le monument géographique le plus anciennement existant, ou connu jusqu'à présent, qui porte le nom America et cela quatre fois, l'une d'elles avec cette inscription: «America ab inventore nuncupata».

Inutile de refaire le procès: Colomb est le vrai découvreur de l'Amérique pour nous, puisque l'Amérique n'existait pas pour nous avant-qu'il eût en quelque sorte posé la main sur le cœur du Nouveau-Monde,

Une observation intéressante à faire est celle—ci: Il y a lieu probablement d'identifier la «Costa Alta» située sur le «globe Vert» dans l'America supérieure avec le Monte Rotundo et la Montana Altissima des cartes de Rome 1508 et de Strasbourg 1523? Oui, probablement. C'est dans la région symbolisée graphiquement plutôt que dessinée géographiquement par cette Montaña Altissima qu'il faut placer le groupe de Terres-Hautes—Amérique de Mr. Marcou et le mont Opalaca des cartes actuelles et Mb'eragua en tant que nom désignatif de môle—rehaut de terre, si la traduction de Beragua est juste ainsi.

Quoique hors de place il faut plutôt dire trop de fois que pas assez que le *Maya* et le *Kishua* ont absolument les mots nécessaires à la reconstitution d'une terme indigène—Terre-Haute—Amérique.

Omul, omur, mul, mur, cumul—caa ou che—Amur:—che—Amérique sont Mayas.

Inutile de s'étendre; il faudrait faire appel à des explica-

tions sur des langues et dialectes, besogne trop longue et hors de place.

Il serait extraordinairement amusant que ce fameux «globe Vert» le plus justement accablé de reproches de tous les documents géographiques eût cette coïncidence du mot America (d'Alberigo) accolé à Costa Alta=Amerique indigène (Omur=che ou Omur.=Kaa.)

NOTES, RENVOIS, ECLAIRCISSEMENTS

Note 1: Le Maya semble offrir une forme moyenne, transition entre Amerique et Opalaca, laquelle forme est:

Omul. }
Omur. } = Tertre, tertre (sacré?)

Opal aca.

Ombal aca mb=le mb guarani

Ombar aca soit par durcissement p

Amer aca comme en grec ou $\mu\epsilon=\mu\pi=\pi$.

Ameriqua, etc.

Ou sait avec quelle facilité se modifient les voyelles non seulement dans les langues semitiques, mais dans toutes les langues.

Ou peut supposer ici Omul ou Amur=Haa(=bois)=che en Maya soit Amr: que=Tertre boisé=haute terre boisée.

La terminaison ca, que, qua selon les dialectes ou les transpositeurs peut équivaloir à un augmentatif; en on aurait Omur=que, Amerique=Tertre grand=Terre très haute, qui ramène au *Monte Rotundo*, *Montaña Altissima*, *Costa Alta*, cités dans le texte.

Le Maya offre encore d'autres variantes du thème primitif nommant la terre haute, mais ce serait trop allonger ceci.

Le Guarani a pour le mot montagne l'expression (suivant J. de Lery) de:

Y bue tare ou *Y bue tale* (r = 'l) soit *ambue tale* ou *ambe tare* et la terre se dit *UBOUY=Omby* — peut être le sens *Omul* signifiant *terre saillante* — un augmentatif ou

une autre terminaison propre au génie de la langue.—Le Guarani est un plus difficile ici et semble plutôt impliquer *Y bue* — *tare*, la terre côtière ou sèche, la terre émergente — un augmentatif ou le mot *Caa* = bois — soit la terre haute ou la côte boisée donc: *Y bue tare caa* en forme réduite.

A (-y) mb-r (t ayant disparu dans la formation du mot)
caa =

Le Kechua a des mots précieux:

Mur = *pirca*.

Mur en pierres = *rumi-pirca*.

Entourer d'une muraille = *pirca chi, parca 'mbirca*.

Mur en terre = *tapia*, =vocalable peut-être primitif de tous les noms d'île, *Tabago, taparica* — toute île étant mur et obstruction.

Ces mots seraient facilement amenés à équivaloir aux formes diverses citées plus haut par une équivalence naturelle concluant à l'identité — identité de sens, soit l'élevation par rapport à une base quelconque—et un phonisme varié, mais cependant conservant l'homogénéité et la fidélité à lui même dans son élasticité de prononciation juxta primitive. D'où il faut conclure qu'il existe un terme américain, indigène, signifiant *Hautes Terres* et par extension *hautes terres boisées* et que ce mot est *Amerique* a formes variables suivant tel ou tel dialecte.

Il n'y aura pas d'autres notes quoiqu'il en soit annoncé dans le texte. En réalité ces notes constitueront la suite des présentes observations.

Il y sera étudié les mots *marca, allpa, marca* et autres, et tous ces mots cités ici seront comparés aux équivalents de l'Ancien Monde: la conclusion démontrera la parenté des lexiques et les lexiques les plus voisins des langues d'Amérique.

Huelva Fonda Española 11 Octobre 1892.

Mlle. LECOCQ.

INSCRIPTION

DU NOM INDIGÈNE AMERRIQUE

Sur des cartes du commencement du seizième siècle,

PAR

JULES MARCOU

Schœner occupe une trop grande place parmi les cosmographes de la première moitié du seizième siècle pour rejeter sur lui l'odieuse d'une accusation déclarée injuste par Varnhagen et Harrisse. Il s'agit de la fameuse phrase de 1533: «Americus Vesputius maritima loca Indiæ superioris ex Hispaniis navigio ad occidentem perlustrans, eam partem quæ superioris Indiæ est, credidit esse Insulam quam a suo nomine vocari instituit (*Joanis Schoneri Carolostadii opusculum geographicum*, etc... Ex urbe Norica id. Novembris. Anno XXXIII, pag. 65.)

Evidemment il y a là des quiproquos; et c'est pour les élucider et mettre les responsabilités sur qui de droit, que j'écris cette notice.

Il n'y a aucune indice ou trace du nom Amerrique dans les cartes de De la Cosa de 1500; de Cantino, du Ptolémé de Rome 1508, ni dans le Ptolémé de Bernard Sylvanus de Venise 1511. Toutefois dans le Ptolémé de 1508, il y a une île, d'ailleurs imaginaire, appelée Tamaraqua, au Nord Ouest du golfe de Venezuela.

Ce nom a quelque analogie avec Amerriqua, tout en s'en éloignant beaucoup trop pour arriver à les identifier d'une

manière certaine. Seulement la position géographique de cet île est importante, parce que dans une carte faite à la même époque, et provenant comme elle d'Espagne, cette même île imaginaire s'y trouve à la même place, mais sous un autre dénomination, sur laquelle je vais appeler tout spécialement l'attention.

C'est dans le Ptolémé de Strasbourg 1513, ou plus exactement du Ptolémé de l'école géographique Alsacienne-Lorraine de St. Dié Strasbourg, que se trouve la première carte sur laquelle est inscrit une partie du nom Amerriqua, savoir *riqua*, comme une île au Nord du Venezuela.

Sur la carte dite de l'amiral du même Ptolémé, il n'y a aucune trace du nom, parce que cette île *riqua* est en dehors du cadre de cette carte.

Les deux cartes relatives au Nouveau Monde du Ptolémé de 1513 sont de la plus grande importance. La première, dite carte hydrographique ou marine de l'amiral, a été construite par Ilacomylus (Martin Waltzemuller ou Waldseemuller) sur une carte manuscrite originale ordonnée et dirigée primitivement par l'amiral Christophe Colomb; carte envoyée au roi René, duc de Lorraine, en 1506 ou 1507. La seconde carte, qui porte le titre de *Terre Nove*, a dû être construite par Ilacomylus au moyen d'une carte manuscrite dressée par Vespucci, et envoyée aussi à la même époque au bon roi René; et si l'on a le droit d'appeler la carte marine *carte de l'amiral*, on peut tout aussi bien et avec d'aussi bonnes raisons appeler la carte de Terre Nove, *carte de Vespucci*.

Cette carte des régions nouvelles demande une étude attentive, puis qu'elle représente le résumé des connaissances géographiques que Vespucci avait pu recueillir, soit par lui-même dans ses quatre voyages, soit par d'autres pilotes et chefs d'expéditions de sa connaissance. Elle ne s'étend que depuis le voisinage de Rio Janeiro, à peu près, jusqu'à la baie de Chesapeake au Nord.

Ce qui frappe tout d'abord par son exactitude reconnue depuis, est une ligne continue de côtes, qui barre partout le passage vers l'Ouest. Il n'y a pas d'ouverture de la mer pour aller plus loin à l'Ouest. La côte depuis le Nord de Rio Janeiro jusqu'au golfe de Venezuela est assez correcte, et évidemment l'auteur du portulan au moyen duquel cette carte a été construite, connaissait bien toute cette côte pour l'avoir parcouru; ce qui est le cas de Vespucci. Il y a vingt-huit noms inscrits sur cette côte, rien que pour le Brésil. A partir de la mer d'eau douce, on compte dix noms de lieux sur la côte jusqu'au golfe de Venezuela, et cinq noms d'îles.

Puis alors à partir de la dernière île au nord-ouest du golfe de Venezuela, vient une longue côte, couvrant un quart de la surface du Nouveau Monde, absolument dénuée de noms d'aucune espèce. Cette côte, sans noms, d'abord presque rectiligne de l'Est à l'Ouest, dans la région actuelle de Carthagène et du Darien, se relève tout à coup par un coude droit, en équine, avec une baie à large ouverture représentant le golfe des Mosquitos, allant droit au Nord, avec une faible inclinaison vers l'Est, indiquant bien la direction de la côte du Yucatan. On arrive alors à un grand delta, à trois branches, que l'on serait tenté de regarder comme le delta du Mississippi; puis la côte s'infléchit en forme de grand bassin, comme est le golfe du Mexique. A partir d'une grande baie appelée *lacco dellodro*, qui peut être est La Mobile, les inscriptions de noms de lieux recommencent, et l'on en compte vingt en remontant vers le Nord.

Cette longue côte de toute l'Amérique centrale et de la Colombie dépourvue de toute inscription, laisse un vide qui étonne surtout avec notre connaissance actuelle de la *lettera rarissima* de Colomb. Evidemment l'auteur du portulan, Amerigho Vespucci, ne connaissait pas cette lettre. Par ouï-dire, il savait que la côte de la *Terra incognita* avait la forme d'un équaire, avec l'inflexion du golfe des

Mosquitos, que c'était sur cette côte que l'on avait vu des indiens avec des miroirs d'or suspendus à leur cou, comme seul vêtement, et que ces indiens ou leur pays, probablement tous les deux, s'appelaient *Amerriques*. L'auteur du portulan, Amerigho Vespucci, frappé de ce nom, dont la première moitié était identique à la première moitié de son prénom, aura écrit le nom *Amerriqua* à la latitude de cette côte, qui lui aura été indiquée par des gens de mer, ses amis et connaissances.

Maintenant qu'a t'il écrit? Seulement *Amerriqua* ou *Terra di Amerigo* comme le dit M. Harrisse, ou *Terra Amerriqua*. Un peu plus loin pour toute l'Amérique du Sud il a inscrit *Terra incognita*, ce qui conduit à supposer qu'il aura écrit *Terra Amerriqua*. Ecrite, à partir de la côte, cette inscription placée en face de l'île imaginaire qui se trouve au Nord-Ouest du golfe de Venezuela, est venue toucher par son extrémité le bord de cette île.

Maintenant cherchons à expliquer comment le nom *Amerriqua* de la carte manuscrite de Vespucci, a pu se contracter en *riqua*, par suite de la suppression de la moitié du nom. Il y a là, selon toute probabilité, une erreur matérielle du graveur sur bois, qui ayant oublié l'inscription du nom *Terra Amerriqua*, après avoir sculpté les contours des rivages, et les ombres de la mer, s'en sera aperçu trop tard pour y remédier complètement—le bois étant déjà fouillé et coupé par le burin;—et afin de réparer son oubli, autant que faire se pouvait, il n'aura trouvé rien de mieux que de graver sur cette île la fin du mot, soit *riqua*, parce qu'il n'avait pas la place suffisante pour graver tout le nom *Amerriqua*. Cette supposition a d'autant plus de probabilité en sa faveur, que ce graveur, dans une autre partie de la carte, s'est permis de transposer des noms appartenant à l'île de Cuba (Isabella), vis-à-vis sur la terre ferme de Florida, par suite de manque de place, ou parce qu'il a mal interprété leurs positions.

Tous ceux qui ont eu affaire avec des graveurs sur bois,

savent combien il est difficile de leur faire exécuter correctement un dessin, surtout pour les inscriptions de noms, si l'on n'est pas constamment près d'eux pour les diriger. Il y avait bien à St. Dié une imprimerie, dont Ilacomylus était le prote (castigator); mais il est bien peu probable qu'il y avait un atelier de graveur. Le dessin de Waldseemuller (Ilacomylus), qui joignait à sa position de prote, celle de dessinateur de cartes, aura été envoyé à Strasbourg au graveur; et c'est là que le travail de gravure aura été exécuté; ce qui explique les confusions, incorrections, variantes et suppression que le graveur aura fait sans consulter Ilacomylus. Je citerai par exemple que partout où il y avait une lettre double æ (a e) pour faciliter son travail de découpeur sur bois, le graveur a mis un e simple seulement.

On peut donner encore un autre explication, qui a aussi quelques probabilités en sa faveur. Waldseemuller (Ilacomylus) était trop au courant de la géographie de son temps, pour approuver le baptême du gymnase vosgien de St. Dié, œuvre par dessus tout, très composite, où tous les membres de cette association littéraire avaient collaboré, chacun à sa façon. Désapprouvant absolument la proposition et l'opinion de Jean Basin, d'abord il ne voulut pas se servir du nom *America* pour désigner le Nouveau Monde, mais bien du terme *Terræ Novæ*; puis il eut soin d'ajouter, bien en vue, sur cette carte, juste au beau milieu, au dessous de la ligne équinoxiale ou équateur: «Hec terra cum adjacentibus insulis inventa est per Columbum Jannensem, ex mandato Regis Castellæ»; afin de bien démentir l'inscription de Jean Basin de la *Cosmographiæ Introductio*, qui venait de paraître. Enfin, ne voulant pas aider, même de loin, les prétentions en faveur de Vespucci, il aura supprimé la première moitié du nom *Amerriqua*, qui s'identifie complètement avec la première partie du prénom de Vespucci *Amer-igho*.

Avec ces précautions Ilacomylus aura pensé avoir nul-

lifié suffisamment tout le baptême du gymnase vosgien. Le nom *Amerriqua* lui a paru louche, et il n'aura trouvé rien de mieux à faire que d'en retrancher la partie objectionable, qui probablement avait amené la confusion du gymnase vosgien.

La carte d'Ilacomylus, *Tabula Terrenove*, peut-être prise comme une véritable protestation contre le globe en fusseau du gymnase vosgien de 1507, dit globe de Waldseemüller, du prince de Liechtenstein, à Vienne.

Tel serait l'explication assez vraisemblable de l'accusation de Schœner, qui aura su, ou même vu, une carte manuscrite de Vespucci, avec le nom *Amerriqua*, nom qui après avoir trompé le Gymnase Vosgien et surtout Jean Basin, l'aura trompé lui-même, puisqu'il le regardait comme tiré du prénom de Vespucci.

Quant à la objection que réellement il y avait une grande île, sur la côte Nord-Ouest du Venezuela, à la même latitude que le pays des indiens Amerriques, situé en face sur la côte ferme, et que cette île s'appelait bien *riqua*, il n'y a aucune trace dans le récits des navigateurs du seizième siècle d'une pareille île. Elle est complètement imaginaire. On est d'autant plus frappé de ce nom sur la carte du Ptolémé de 1513, que toutes les îles des Antilles qui s'y trouvent sont bien dénommées, soit avec des noms indigènes, comme: Jamaïque, Boriquem (Porto Rico), ou soit avec des noms imposés par des européens comme: Spagnolla (Haiti), Isabella (Cuba), Virgines, Marie-galante, etc. Seul ce nom de *riqua* détonne, par son insignifiance absolue, si on ne l'accouple pas avec *Amer*. Mais alors comme *Amerriqua*, tout s'explique.

C'est bien là qu'est le nœud de la question Vespucci, du baptême de St. Dié, et de l'accusation de Schœner.

Cette carte de *Terre Nove*, du Ptolémé de 1513, a été gravée en 1508, et a déjà été distribuée, croit-on, dès cette année là. Le portulan de Vespucci, qui a servi à Ilacomylus pour dresser cette carte, a été reçu par le roi René, duc de

Lorraine, probablement en 1507, ou peut être même déjà en 1506. Le roi René est mort en Décembre 1508. De sorte que l'on peut dire avec une certitude presque complète que le nom *Ameriqua* a été inscrit sur une carte en Espagne, par Amerigho Vespucci en 1506 ou en 1507 au plus tard, et que le nom indigène *Amerrique* était déjà très répandu en Espagne parmi les marins et les pilotes.

Achevons de donner l'historique cartographique de cette île mystérieuse et imaginaire de *riqua*. J'ai déjà dit que dans le Ptolémé de Rome, 1508, elle porte le nom de Tamaragua.

Sur le globe de Schœner, non signé et non daté, appelé globe de Hauslab de Vienne, du nom du premier possesseur qui l'a fait connaître, et qui date probablement de 1509, d'après d'Avezac, cette île n'existe pas.

Mais dans un autre globe rapporté à Schœner, aussi non signé, ni daté, qui se trouve à la Bibliothèque Nationale de Paris, on a cette île *riqua*, à la même latitude que sur la carte d'Ilacomylus, mais plus éloignée de la côte de Venezuela. Elle est bien toutefois dans la même position géographique par rapport à l'île Jamaïca et sur la latitude de la région des Indiens et des montagnes Amerriques du centre du Nouveau Monde. Ce globe de la Bibliothèque Nationale de Paris doit être de 1514, car Schœner dans sa construction s'est beaucoup servi de la carte des *Terre Nove* de Ilacomylus de 1513; et il est antérieur à la publication de son *Luculentissima descriptio*, etc... de 1515.

Dans les globes de 1515 de Weimar et de Francfort, encore non signés et non datés, mais absolument conformes à la description de Schœner de 1515, il y a une grande île *Riqua*; cette fois et même la seule fois, le nom est écrit, avec un R majuscule, comme si cela était tout le nom, et non la dernière moitié de *Amer-riqua*.

On ne connaît qu'un seul globe signé par Schœner et qui en même temps est daté, 1520; c'est celui de Nurem-

berg. L'île imaginaire *riqua* est indiquée, mais ne porte aucun nom.

Cette île existe encore sur le Ptolémé de 1522, où sur la carte des régions nouvelles on lit *riqua*, inscrit cette fois, non sur l'île même, comme dans la carte du Ptolémé de 1513, mais en dehors et au Nord de cette île imaginaire.

Dans l'édition de 1525 de Ptolémé, on a la même carte de *Terræ Novæ* que celle du Ptolémé de 1522, avec l'île *riqua*; le nom inscrit au dessus de l'île.

Enfin dans le Ptolémé de 1535, de Michel Servet, on trouve encore l'île *riqua* copiée du Ptolémé de 1525.

Puis cette île *riqua* disparaît, et l'on n'en retrouve plus de traces sur aucune autre carte.

Il faut venir alors jusqu'en 1890, pour retrouver sur une carte le nom *Amerrique*, écrit alors en entier, et inscrit à sa place véritable sur la côte des Mosquitos, grâce aux découvertes de MM. Belt, Rodriguez et Crauford, qui m'ont permis de replacer enfin sur le Nouveau-Monde le nom de la tribu d'Indiens et de la région montagneuse, qui a eu le très grand honneur et le privilège de donner son nom à tout le continent découvert par le grand amiral Christophe Colomb (Voir: *Smithsonian Report for 1888*, page 652, Carte d'une partie du Nicaragua.—Washington, 1890.)

Et, c'est bien le cas de le dire: «J'y suis et j'y reste!» Voilà une restitution de nom usurpé qui n'a pas été facile. Mais à qui s'en prendre? Aux masses populaires, non! Elles n'ont pas variées; on a eu beau essayer des expressions de: *Santæ Crucis*, *Indios*, *Nouveau-Monde*, elles se sont servies, de bouche à bouche, et ont maintenu le beau nom indigène *Amerrique*, envers les chancelleries de toutes les Espagnes et contre tous, sans s'occuper des attributions, des explications embrouillées, ni des origines. Il n'y a de coupable que les cosmographes du seizième siècle et leurs successeurs les géographes et les biographes

de Vespucci, qui ont empilés Ossa sur Pélion pour faire une réputation absolument imméritée à un rusé florentin, Amerigho Vespucci, aux dépens du grand découvreur l'amiral Christophe Colomb.

Cambridge, Massachusetts, Juillet, 1892.

SUR UN LIVRE IMPRIMÉ À LYON EN 1535

À PROPOS DE

L'ÉTYMOLOGIE DU NOM DE L'AMÉRIQUE

PAR

ALEXANDRE POIDEBARD

*Avocat, Docteur en Droit, Professeur à la Faculté libre de Droit, ancien
Président de la Société Littéraire de Lyon.*

Longtemps il fut admis sans contestation que le nom sous lequel est désigné le nouveau continent lui vient du florentin Améric Vespuce, qui est allé, comme tant d'autres, sur les vaisseaux espagnols, aux Antilles après leur découverte par Colomb, et plus tard abordé aux côtes du Brésil, étant au service du Roi de Portugal, mais longtemps après 1498, année où Colomb découvrit le Grand continent et visita la confluent de l'Orénoque.

On connaît depuis les travaux du savant Humboldt, quelle fut l'origine de l'injuste dénomination qui dépouilla Christophe Colomb de l'honneur qui leur était dû. Le 25 avril 1507 parut en France à St. Dié, dans les Vosges, un livre de cosmographie édité par un géographe allemand Martin Wadsmüller, où pour la première fois se fit jour la proposition d'appeler *Amérique* le nouveau continent du nom d'Amerigo Vespucci, auquel cet auteur attribuait par erreur la découverte, alors que, soit ignorance, soit mauvaise foi, il ne paraît pas même soupçonner l'existence et les voyages de Christophe Colomb. Cette propo-

sition eut une prodigieuse fortune et fut accepté par les géographes du XVI^e siècle.

De nos jours l'étymologie traditionnelle du nom de l'Amérique a été contestée sous prétexte que le prénom de Vespucci n'était pas *Amerigo*, mais *Alberico*, en français *Albert*, d'où il est impossible de faire dériver le nom qui fut donné au nouveau continent. Suivant une opinion le mot *Amérique* serait d'origine Indienne et signifierait dans les anciens idiomes *le Pays du vent*.

Voici sur cette question de l'étymologie du nom de l'Amérique d'utiles renseignements puisés dans une vieille édition lyonnaise de 1575.

Les merveilleuses découvertes des Portugais et des Espagnols aux XV^e et XVI^e siècles étaient reproduites à mesure soit sur des cartes marines, dites portulans, dressées par les navigateurs eux-mêmes pour servir à leurs expéditions, soit sur des cartes destinées à vulgariser la connaissance des régions nouvellement explorées et qui étaient jointes à des ouvrages de géographie. Des nombreux livres de ce genre furent imprimés dans la première moitié du XVI^e siècle, comme pour répondre à un besoin d'actualité.

Le traité de Géographie de Ptolémée fut édité à Rome en 1508, à Venise en 1511, à Strasbourg en 1513, à Paris en 1546, à Lyon en 1575 et 1541. Les éditions lyonnaises sont de grandes in-folio revêtus de tout le luxe que savait déployer l'art des imprimeurs de ce temps. Celle de 1541 fut imprimée à Vienne en Dauphiné par Gaspard Treschel et sur titre, on voit le nom d'Hugues de la Porte avec la belle vignette de cet éditeur lyonnais, qui représente Sanson enlevant les portes du temple et la devise: *Libertatem meam mecum porto*. Voici le titre de l'édition de 1541, conforme à celles de 1575 (voyez Branebs): «Claudii Ptolemæi Alexandrini Geographiæ enarrationis, libri octo. Ex Bilibaldi Pirckeymbery traslatione sed ad græca et prisca exemplaria à Michaële Villa-

novano secundā recogniti et locis innumeris denuō castigati. Adjecta insuper ab eodem Scholia, equibus et difficilis ille primus liber nunc primum explicatur, et exacta Urbium nomina ad nostri seculi morem exponuntur. Quinquaginta illæ quoque cum veterum tum recentium Tabulæ adnectuntur, varique incolentium ritus et mores explicantur.»

Les éditions lyonnaises du Plotémée sont particulièrement intéressantes, parcequ'elles contiennent à la suite des huit livres du traité du géographe grec traduits en latin, cinquante cartes gravées sur bois de 45 cent. sur 30, représentant les diverses parties du monde et un texte relatif à chacune d'elles, écrit par Michel de Villeneuve, qui est le pseudonyme du fameux Michel Servet, dit de Villeneuve, du nom de la ville de Villanueva en Aragon, d'où il était originaire (1). Michel Servet attiré à Vienne en Dauphiné par l'archevêque Pierre Palmier, qui y fonda l'imprimerie, prépara dans cete ville son édition du Ptolémée, précédée d'une dédicace à ce prélat, et y publia plus tard clandestinement des écrits entachés de hérésie, qui devaient l'obliger à s'expatrier et à chercher un refuge à Genève où il périt sur le bucher, victime de l'intolérance de Calvin, le 16 octobre 1555. Le nom de ce savant attaché à l'édition lyonnaise du Ptolémée donne une valeur particulière aux cartes qu'elle renferme et aux commentaires qui les accompagnent.

Parmi ces cartes, deux contiennent des indications précieuses relatives à la découverte du Nouveau-Monde. L'une est datée de 1522; l'autre ne porte pas de date, mais n'est pas postérieure à 1535, année de la première édition du livre qui la contient.

La carte de 1522 par la date antérieure de 13 ans, et par l'aspect extérieur qui la distingue des autres ne paraît pas avoir été gravée spécialement pour le recueil. Elle

(1) Perneti, *Lyonnais dignes de mémoire*, t. 1, 99.

porte une légende: «Orbis typus universalis juxta hydrographorum traditionem exactissimè depicta», et un titre: «Tabula orbis cum descriptione ventorum». La direction des vents y est marquée par des lignes se croisant en tous sens; ils sont désignés par leurs noms inscrits tous autour au nombre de 24, chacun dans un cartouche dont la place marque les divers points de l'horison d'où ils soufflent. Le Nouveau-Monde y est figuré seulement par deux îles: *Spagnola* ou Haïti et *Isabella* ou Cuba et par le continent méridional sur lequel est inscrit le nom *America*.

Il n'y est fait aucune allusion à Christophe Colomb ni à ses découvertes.

Ainsi en 1522, vingt ans après les derniers voyages de Colomb, on gravait et on publiait à Lyon, des cartes de géographie sur lesquelles les territoires nouvellement explorés sont déjà désignés sous le nom d'*Amérique* et où rien ne rappelle le souvenir de celui qui y aborda le premier.

L'autre carte, qui n'a de date que celle du livre (1535), porte ce titre *Tabula Terræ novæ*. Elle est spécialement consacrée au Nouveau-Monde et présente des indications beaucoup plus complètes et détaillées sur ces régions. On y voit de nombreuses îles, l'île Espagnole, l'île Isabelle, la Jamaïque, la Guadeloupe, Marie Galante, etc... Le grand continent y figure par des fractions notables de ses parties septentrionales et méridionales, depuis le 75^e degré de latitude Nord, jusqu'au 24^e degré de latitude Sud. L'ensemble est désigné sous le nom général de *Terra nova* et le nom d'Amérique n'y apparaît nulle part. Plusieurs légendes rappellent que la découverte de ces régions est due à Christophe Colomb. L'une placée sur l'île Espagnole (Haïti), énumère les riches produits de l'île et dit qu'elle fut découverte par le gênois (jannensem) Christophe Colomb, capitaine du Roi de Castille en 1492 (1). L'autre

(1) En voici le texte: «Spagnoha Spagnoliaque dicitur, gignit aure,

placée sur le continent méridional est ainsi conçue: *hæc terra cum adjacentibus insulis inventa est per Christophorum Columbum Jannensem ex mandato Regis Castelle*. Sur l'île Isabelle (Cuba) est un pavillon espagnol.

L'emplacement du Brésil, appelé *Terra Papagalli* (terre des perroquets), est marqué par une curieuse scène de cannibales grossièrement dessinée, avec cette légende: *Antropophagi hic sunt*, et la représentation d'un animal muni sous le ventre d'une poche qui lui sert à porter ses petits, et au dessous duquel un texte mentionne que le Roi d'Espagne reçut en présent d'un explorateur un animal semblable.

Enfin, chose digne de remarque, à cette carte est jointe une notice détaillée de Michel Servet, qui après avoir raconté les incidents de la première expédition de Christophe Colomb, finit en disant: «Toto itaque, quod aiunt, aberrant cœlo qui hanc continentem Americam nuncupari contendunt, cum Americus multò post Columbum eandem terram adierit, nec cum hispanis ille, sed cum portugallensibus, ut suas merces commutaret, eà se contulit.»

Ce témoignage autorisé, recueilli dans un livre qui porte la date de 1575, contemporain de l'usurpation qui priva le révélateur du Nouveau-Monde de la gloire de lui laisser son nom, est précieux à recueillir. Il prouve d'abord que ce plagiat ne l'accomplit pas sans soulever des protestations dans le monde savant. Il est en autre une preuve de plus à l'appui de la tradition que l'on attache aujourd'hui, sur l'étymologie du nom de l'Amérique. Il démontre contre les fantaisies des novateurs que le prénom de Vespuce était bien *Améric*, et que l'usage

mastiche (*gomme*), aloen, porcellanam, caneliam et zincibere (*gingembre*). Latitudo insulæ 440 milliaria, longitudo 880 milliaria. Et inventa est per Christophora Columbu jannensem (gênois), capitaneum Regis Castilie ann. Domini 1492. Accole laco panis rescunt serpentibus maximis et radicibus dalcibus sapore castanear preferentibus.»

de désigner le Nouveau-Monde sans l'appellation qui est aujourd'hui consacrée par les siècles est due à l'erreur ou à la mauvaise foi de ceux qui ont attribué faussement à un autre qu'à Colomb l'honneur de la grande découverte du XV^e siècle.

Les vieilles cartes de l'édition lyonnaise du Ptolémée fournissent encore une indication bonne à retenir. Il est acquis aujourd'hui, malgré quelques prétentions contraires, que Christophe Colomb est né à Gênes. En effet, sur la carte de l'édition de 1575, intitulée *Tabula terræ novæ*, il est dit à deux reprises que Colomb était *gênois*.

LES SAGAS ISLANDAISES

SUR LA DÉCOUVERTE DE L'AMÉRIQUE

PAR

A. FABRICIUS

Venient annis
Sæcula seris, quibus Oceanus
Vincula rerum laxet, et ingens
Paleat tellus, Typhysque novos
Detegat orbes, nec sit terris
Ultima Thule.

(SÉNECA.—*Medea.*)

Les grands souvenirs que nous célébrons, rappellent les voyages et les découvertes remarquables qu'ont fait les anciens Scandinaves sur les côtes orientales de l'Amérique septentrionale au commencement du onzième siècle, en sortant de l'Islande et du Groënland, alors nouvellement découverte en 983 par Eric le Rouge.

Il est singulier que les plus récents biographes de Christophe Colomb ne connaissent rien de son séjour en Islande au mois de février 1477 et qu'ils ne parlent qu'en passant très brièvement de sa navigation dans ces contrées lointaines.

Harrisse, Christophe Colomb, Paris, 1884 (Schefer, Recueil des Voyages, VI), p. 306, ne parle que de «la navigation faite en février 1477 à cents lieues au delà de l'île de Thulé».

Presque les mêmes mots se trouvent chez *Roselly de Lorgues*, Christophe Colomb I, p. 110. «Au mois de février 1477 il se trouvait à cent lieues par delà l'Islande, l'ultima Thulé des anciens.»

Harrisse connaît les voyages des Scandinaves, mais il les apprécie tellement, p. 307:

« Nous pensons que ces voyages (de Leifets) doivent être écartés du débat. Ils remontent à des époques tellement reculées, leur origine est due à des circonstances si différentes de celles qui guidèrent les navigateurs portugais, espagnols et anglais; on les connut où les comprit si peu, que nul ne saurait accorder à des expéditions si rudimentaires une influence appréciable sur les découvertes transatlantiques accomplies à la fin du XVI^e siècle.

Nous ne pouvons pas approuver ce raisonnement. Ces expéditions « rudimentaires » semblent justement avoir exercé « une influence appréciable » sur les découvertes de Colomb, comme nous le verrons.

Après la découverte du Groënland en 985 le premier homme du Nord, qui a vu le continent de l'Amérique, fut l'Islandais *Bjame Herjulfsson*, qui au lieu de naviguer de l'Islande en Groënland, dans l'an 1.000 justement, fut poussé par le vent aux contrées lointaines et inconnues vers l'Ouest, mais il ne les abordait pas, ce qu'on lui reprochait plus tard.

L'an 1001 Leif, fils d'Eric le Rouge, arrivait du Groënland aux mêmes côtes, couvertes de rochers, qu'il appelait *Helluland*, pays de rochers, aujourd'hui Labrador; depuis aux côtes boisées, qu'il appelait *Marteland*, pays du bois, aujourd'hui la Nouvelle Ecosse; après, plus loin au Midi, à un pays fertile et agréable, où il faisait construire des cabanes qu'il appelait *Leifobudir*, habitations de Leif, où il passait l'hiver. Là, il trouvait des vignes en abondance, raison pourquoi il appelait le pays *Vinland*, sans doute Massachussetts où Rhode Island.

Après son retour en Groënland, plusieurs furent pris de l'envie de pousser plus loin les recherches.

Le voyage le plus renommé fut celui de *Thorfinn Karlsefne* dans l'été suivant 1003 avec 160 hommes et femmes et du bétail. Il cherchait Vinland pour y établir une

colonie, accompagné de Thorvald, frère de Leif, et donnait des noms à plusieurs endroits sur la côte de Massachusetts, p. ex.:

Kjalarnes, promontoire de quille, maintenant Cap Cod, *Turdustrandir*, rivages étranges, *Straumsey*, île du courant, Marthao Vineyard, *Straumsfjördr*, golfe du courant, Buffards Bay, et enfin un golfe *Hópsvatn*, que l'on doit chercher près de la Providence dans Rhode Island et qui s'appelle encore aujourd'hui Mont Haup Bay (1).

Là, il passait l'hiver dans des cabanes construites, qu' il appelait *Thorfinnsbudir*. Il faisait ainsi une nouvelle géographie du monde découvert, et il appelait les environs *Hop*, un terrain fertile avec des champs de froment, qui se semait lui-même; avec des vignes sur toutes les collines et des poissons dans toutes les rivières, enfin une abondance de gibier dans les forêts. L'hiver il

(1) Le plus récent auteur, qui a traité cette question, c'est l'américain *Ellen Norton Horsford*, the landfall of Leif Erikson a. d. 1000 and the site of his houses in Vineland, Boston 1892. Dans cet ouvrage de luxe, qui est embelli de beaucoup de cartes anciennes et nouvelles et de dessins jolis, l'auteur dit: «According the discovery of America by Northmenn about a. d. 1000—doubted only by those who have not had the leisure and opportunity patient to examine the evidence bearing upon the subject—and recognizing it at settled, that somewhere within a fortnights sail to the southwest of Groenland there must be the Vineland of Leif, so long the theme of fireside-story, of tradition, of record in the Sagas, in the relation of Adam of Bremen, and in the church archives touching the departure of Bishop Erik Gnuþsson to Vineland (1121 in the archive of the Vatican)—the question is one, not of the reality of discovery, but of locality.» D'après Horsford, Leif n'avait pas passé Cap Cod, mais était venu au Cambridge actuel et avait construit ses cabanes sur les collines de la rivière de Charles, pas loin de l'embouchure de cette rivière dans l'état de Massachusetts et tout près de Boston. Il place *Straumsfjördr* et *Straumsey* vers Sud Ouest du Cap Cod, et *Krassanes* vis à vis du Cap Cod dans l'intérieur de la baie vers Ouest, sur le point oriental de Clarks island ou Gurriet, ou Thorvald fut tué et enseveli, *Leifsbudir* sont placés au Nord de l'embouchure de Charles river, *Thorfinnsbudir* un peu plus haut vers Sud Ouest. Toute la description des rapports naturels dans les sagas conviennent admirablement à ces endroits, d'après l'opinion de Mr. Horsford, et il est très heureux de pouvoir les retrouver tous dans les environs de son domicile à Cambridge.

En réalité un évêque Erik, nommé Upse, s'est rendu à Vinland environ l'an 1121 comme «episcopus in partibus infidelium». On ne connaît pas son sort. Sans doute il y est mort car il n'est jamais revenu.

ne tombait pas de neige, et l'herbe ne flétrissait pas. Karlsefne avait l'intention de s'y établir et avait fondé une colonie; mais Thorvald fut blessé à mort par les indigènes, les «Skrollinger», qui ne laissaient pas les étrangers en repos. Ceux-ci nommaient ainsi les Eskimos, qui alors ont habité beaucoup plus loin vers le midi qu' à présent, mais qui ont été repoussés vers le nord par les Indiens.

Lorque Karlsefne et ses compagnons étaient de trop petit nombre pour résister aux attaques fréquentes des Skrollings, ils renonçaient à s'y établir et retournaient après un séjour de quatre ans au Groënland en 1007.

Un nouveau voyage par les deux Islandais *Helge et Finnboge* à Vinland en 1008 ne réussit pas, car ils furent tués par la trahison de la cruelle *Freydis*, fille d'Eric le Rouge, qui les accompagnait avec 35 hommes et qui s'emparait de leur vaisseau pour retourner au Groënland.

Les Sagas d'Eric le Rouge et de Thorfinn Karlsefne nous donnent des récits étendus sur ses voyages qui semblent avoir cessé vers 1030.

Enfin, on parle aussi de *Hortramannaland*, pays des hommes blancs (en vêtements blancs) et *Irland it mikla*, Irlande la grande, sans doute La Florida aujourd'hui, où déjà à 980 *Are Marsson* et plus tard à 1028 *Gudleif Gudlaugsson* ont été poussés par le vent.

Encore à 1075 *Adam de Brème* raconte d'après le témoignage du roi danois Svend Estridosn, que l'on avait découvert une île dans l'Océan, qui fut appelée Vinland, parce que des vignes qui produisaient le meilleur vin, croissaient là à l'état sauvage, que du blé qui se semait lui-même, se trouvait là en abondance, ce que j'ai entendu, non comme une hypothèse fabuleuse, mais comme un récit certain des Danois.»

Que la communication ne soit pas complètement tombée en oubli, mais ait été continuée dans les siècles suivants, c'est ce qu'on voit des voyages norvégiens par

Landa-Rolf, à 1285-1290 aux mers occidentales et par l'évènement, qui est raconté dans les annales, qu'un vaisseau marchand norvégien ou groënlandais en 1347 fut poussé par le vent de Marcland en Amérique au Stroums-Gordren Islande. Plus tard, on n'a aucun renseignement sûr.

Fernando, fils de Christophe Colomb, raconte dans la vie de son père, que Colomb en février 1477 est venu à l'île de *Tile*, et qu'il décrit la situation de la partie méridionale de cette île sur 73^{me} (doit être 63^{me}) degré septentrional. «Elle est aussi grande que l'Angleterre; la mer n'est pas gelée et peut monter et tomber 26 pieds. Ceci est la vraie Thule, dont parle Ptolomée; mais les recents l'appellent Frislande» (erreur pour Islande qui est nommée par Chr. Colomb lui-même)(1). *Zahrtnann*, sur les voyages des Zénies dans le Nord, p. 23, *Finn Magnusan*, le commerce des Anglais avec l'Islande, p. 127, etc. Déjà Beda a regardé *Tile*, *Tyle*, *Thule* comme Islande, et Adam de Brème, Saxo, *Landnama* et les autres Islandais jusqu'au 16^e siècle l'ont suivi. Colomb pourrait très bien avoir entendu ce nom en Angleterre même. Peut-être aussi il a entendu les marins Anglais dire: «Fort Islande ou fra Islande,» peut être, comme pense Arngrim Jonsson (*Crymogoa*, p. 119) on a simplement estropié le nom et mis Frislande pour Islande comme on le faisait souvent au moyen-âge, p. ex. Groënland pour Spits-

(1) *A collection of voyages and travels, some now first printed from original manuscripts, other now first published in English*, vol. 2. (Londres 1744), p. 485, contient les mêmes faits, mais Colomb dit: In february 1467 (1). I saild'd myself an hundred leagues beyond Thule, *Iseland*, etc. La traduction italienne, Venise 1571, à le vrai an, 1477, et Washington Irving, *life of Columbus*, 1, p. 69, présume aussi que 1467 soit une faute d'imprimerie. Sans doute, le fils de Colomb dans la vie de son père (de 1566) a cru corriger une erreur de lui, en prenant Islande pour Thule des anciens. Il est remarquable, qu'il ne se trouve aucune indication, dans quelle intention ou pourquoi Colomb a fait ce voyage pénible de «cent lieues au delà l'Islande». Est ce qu'il a alors fait une tentative de découvrir le Nouveau-Monde?

berge, Norbern pour Bergen, Ellenbogen pour Malmo, etc.

Il est très remarquable, que Colomb ne trouva pas de glace dans la mer au mois de février; mais un diplôme du commencement du mars 1477 de Grund en Ofjord justement affirme la même circonstance par des témoins nombreux en ajoutant: Alors il n'y avait pas de neige sur la terre (pá var snjolaus jord).

Colomb arrivait en février 1477 à la partie méridionale de l'Islande, où *Hvalfjorðr* où *Hvalfjardarcyri* alors était le port le plus fréquenté. Justement, au printemps de cette année-là, l'évêque de Skalholt *Magnus Eiofsson* visitait les églises des environs de Hvalfjorðr. Ce prélat avait été depuis 1470 abbé du monastère de *Helgafell* au Breidrfjorðr, l'endroit, où les renseignements les plus anciens sur le Groënland et le Vinland avaient été écrits et étaient soigneusement conservés, car c'était justement la contrée d'où étaient sortis les hommes les plus renommés qui avaient découvert ces pays.

L'évêque Magnus a très exactement connu ces renseignements, qui étaient alors comme plus tard, communément connus en Islande. Il est très vraisemblable que Colomb, qui, déjà en 1474, méditait le projet de la navigation vers l'Ouest, ait cherché et reçu des informations qui aient confirmé ses conjectures sur l'existence des pays occidentaux. Les manuscrits anciens islandais ne restèrent ensevelis dans des bibliothèques, mais furent la lecture préférée de toute population, à mesure qu'ils furent composés et écrits. Les ecclésiastiques les connaissaient parfaitement, et les contes des découvertes des pays nouveaux vers l'Ouest étaient en particulier des choses remarquables.

C'est souvent des fils les plus fins que dépendent les grands résultats, le sort du monde et de l'humanité. Il est difficile pour l'historien de les trouver et de les suivre, et l'on ne les découvre souvent qu'après des siècles. Tout ce qu'il y a de grand dans le monde, a ordinairement ses préparatifs et son développement.

CHRISTOPHE COLOMB A-T-IL EU DES PRÉCURSEURS?

PAR

MR. HENRI JOUAN

Capitaine de Vaisseau en retraite.

Si l'on prend les choses à la lettre, on doit répondre par l'affirmative à cette question, mais ces précurseurs, loin de nuire à la gloire de Colomb, de l'amoindrir, servent plutôt à mettre en lumière sa science, son génie, son audace.

Il est bien avéré que longtemps avant lui, des descendants des Norvégiens, qui avaient colonisé l'Islande dans le dernier quart du 9^e siècle, reconnaissaient quelques points de l'*Amérique du Nord*, d'abord le Groënland à la fin, ou dans le cours du 10^e siècle, puis un peu plus tard, en l'année 1001 (1), le Continent lui-même, vers le 49^e degré de latitude: des raisins sauvages, trouvés sur cette terre, lui avaient fait donner le nom de *Weinland*, «Pays du Vin», par les découvreurs. Ainsi que le dit Malte-Brun (2), un simple coup d'œil jeté sur la carte montre que la Nature avait elle-même désigné ces contrées pour recevoir la première visite des Européens. Le trajet des pays scandinaves à l'Amérique du Nord avec les jalons

(1) *Géographie Universelle.*

(2) *Idem.*

de l'Ecosse, des Orcades, des Shetland, des Feroër, de l'Islande, n'est en réalité, qu'un cabotage qui ne devait pas effrayer les *Vikings*, les intrépides «Rois de la Mer»: les navigations des Maleisiens, qui ont peuplé les archipels épars dans l'immense étendue du Grand Océan, sont plus surprenantes. Il n'y aurait eu, également, rien de bien étrange quand quelques uns des Basques, qui poursuivaient les baleines dans l'Atlantique-Nord où elles étaient communes au moyen-âge, auraient poussé, ou auraient été entraînés par quelque accident de la mer, jusqu'aux parages de Terre-Neuve, et même jusqu'au Continent voisin (1).

Les nations riveraines de la Méditerranée et des mers de l'Europe tempérée qui, à l'époque où ces découvertes furent accomplies par des peuples encore plongés dans la barbarie, représentaient à elles seules le monde civilisé, ne s'en inquiétaient guère, ou plus probablement les ignoraient; c'est tout au plus si quelques hommes instruits en avaient une connaissance vague, ne considérant guère que comme des fables les récits qu'on en faisait, dans lesquels, d'ailleurs, le merveilleux tenait une grande place; toujours est il qu'elles étaient tombées en grande partie dans l'oubli lorsque la relation du voyage, entrepris en 1380, par deux nobles Vénitiens, les frères Zeno, vint, malgré toutes les obscurités et les contradictions qu'elle renferme, confirmer les récits islandais sur tous les points essentiels; l'existence d'un Continent, ou au moins de vastes contrées, dans le Nord-Ouest de l'Océan Atlantique était démontrée vers le commencement du 15^e siècle.

La relation des Zeni et les récits islandais étaient-ils connus de Colomb? C'est plus que probable. Colomb, dès sa jeunesse, dès son enfance même, s'était adonné avec ardeur à l'étude de l'Astronomie et de la Cosmographie;

(1) Dans le pays basque, la tradition attribue la découverte de l'Amérique au Nord à un certain *Echaide*. (Elisée Reclus, *Geogr. Univ.*)

ses connaissances, dans ces sciences, étaient beaucoup plus étendues que celles de ses contemporains, et l'on doit supposer que rien de ce qui s'y rapportait, de près ou de loin, ne lui était étranger. Joignant la pratique à la théorie, dans ses navigations dans la plus grande partie du monde alors connu, il était devenu de bonne heure un des plus habiles navigateurs de son temps—peut-être le plus habile—et un de ses voyages l'avait conduit sur le théâtre des découvertes des Scandinaves, et même jusqu'au 73° degré de latitude Nord, «cent lieues plus loin, selon ses propres expressions, que la Thulé de Ptolémée, et beaucoup plus à l'Occident:» il est permis de conclure de là qu'il avait vu les côtes du Groënland. Il est bien à supposer aussi qu'au cours de ce voyage dans les mers du Nord, il avait pu avoir, sinon des documents nouveaux sur les découvertes faites antérieurement, au moins la confirmation des récits islandais et des Zeni.

La connaissance de ces documents lui aurait-elle suggéré la première idée des grands desseins qu'il accomplit plus tard? Cela ne nous paraît pas admissible. En tout cas, cette connaissance devait être pour lui un encouragement, un élément de plus à ajouter à ceux que l'étude, l'examen, la discussion de faits plus ou moins reconnus exacts, lui avaient fourni et lui fournissaient tous les jours, matériaux que son génie devait mettre en œuvre.

A l'époque où vivait Colomb on croyait—vaguement sans aucun doute, sans s'en rendre bien compte—à l'existence d'une grande région située vers l'Occident, et même cette croyance datait de loin: d'ailleurs qui peut dire, quand on considère la prodigieuse antiquité de l'homme, de moins en moins contestable, et ses migrations se croisant et se recroisant à la surface du globe, que cette croyance ne reposait pas sur des faits réellement accomplis à une époque impossible à préciser à des siècles et des siècles près? Sans retourner si loin en arrière, on se souvenait que les anciens avaient placé les Champs

Elysés, l'Hespérie au delà de l'Océan; les érudits commentaient Tinsée, discutaient sur l'effondrement de l'Atlantide; l'existence des îles de St. Brandan ne faisait doute pour personne. Dans une haute antiquité, des navigateurs phéniciens auraient fréquenté ces terres océaniques; on racontait qu'à une époque plus récente, lors de l'invasion de l'Espagne par les Arabes, des familles chrétiennes, emportant tout ce qu'elle possédaient, s'étaient embarquées pour aller se réfugier dans une île lointaine où elles avaient fondé sept villes. Sous le nom de *Sept Cités*, le vulgaire désignait une grande terre de forme rectangulaire, située à l'Occident des îles Canaries, marquée *Antilia* sur une carte dressée par Andrea Bianco en 1436, terre qui figurait déjà à la même place, sur deux cartes tracées en 1367 par Picigano, et que le cosmographe Martin Behaim indiquait sur son célèbre planisphère en 1492. Déjà en 1291, d'après les historiens génois, deux de leurs compatriotes, Tedisio Doria et Ugolino Vivaldi, partaient pour aller dans l'Inde *par l'Ouest*, mais on n'avait jamais su ce qu'ils étaient devenus. Sans croire à la réalité de cette dernière histoire, il est certain que l'attention des géographes se portait, inconsciemment si l'on veut, vers les mers occidentales. Ces notions, plus ou moins confuses, avaient dû aussi attirer celle de Colomb, alors qu'il cherchait à démêler le faux d'avec le vrai dans les entretiens qu'il avait avec les plus renommés des astronomes et des pilotes de Lisbonne où il était venu rejoindre son frère, très habile cartographe. Il épousait dans cette ville la fille de Pedro Perestrello, un marin distingué, comme il y en avait d'ailleurs beaucoup dans la capitale du Portugal qui à cette époque, était peut-être la ville *la plus maritime* du monde. Ce mariage mettait à sa disposition une masse de documents recueillis par son beau père et par d'autres navigateurs alliés à la famille de sa femme. Un de ces derniers avait ramassé sur le rivage de Porto Santo (près de Madère) des morceaux de bois sculptés qui ne semblaient

pas avoir été travaillés avec un outil de fer, et qui avaient été jétés à la côte par un fort vent d'Ouest. D'autres marins avaient recueilli dans l'Atlantique de grands roseaux, des plantes et des graines qui ne paraissaient pas être de l'ancien Monde. Enfin, les vagues auraient rejeté sur une des Açores des cadavres d'hommes qui n'étaient ni des Européens ni des Africains, et qui venaient certainement de l'Occident. Tous ces indices, dont un esprit superficiel n'aurait peut-être pas déduit la moindre conséquence, produisaient un tout autre effet sur Colomb, venaient corroborer les hypothèses hardies que l'étude, la discussion, lui avaient suggérées, et l'affermisssaient de plus en plus dans la croyance qu'en se dirigeant vers le soleil couchant, on arriverait infailliblement à ces mystérieuses régions, ces contrées pleines de merveilles, du *Cathay* et du *Zipangu* (la Chine et le Japon) sur lesquelles deux siècles auparavant, Marco-Polo avait donné les premières notions positives, et il était d'autant plus porté à penser ainsi que les cartes, qui donnaient à l'Asie une largeur très exagérée de l'Ouest à l'Est, augmentée encore par l'addition, vers l'Est, des découvertes de Marco-Polo, rapprochaient considérablement ses rivages orientaux des rivages occidentaux de l'ancien continent.

Cette croyance était devenue pour lui un article de foi, non pas une foi aveugle, mais une foi raisonnée, basée sur la science, qui le soutint dans tous ses déboires, dans ses longues et infructueuses démarches auprès des puissants, dont les mieux disposées à son égard le regardaient comme un visionnaire—heureux encore qu'on ne le prit que pour un visionnaire inoffensif—jusqu'au moment où, à force de persévérance, il réussit à l'inculquer à d'autres, et c'est certainement, un de ses plus grands titres de gloire d'avoir pu trouver des compagnons résolus, malgré les préjugés de l'ignorance et les pronostics les plus alarmants, à affronter, sous sa conduite, l'inconnu de «la mer ténébreuse». Et ce n'était pas vers des régions désolées

lées (1), glaciales, comme celles où avaient abordé autrefois les hommes du Nord, qu'il allait les conduire mais vers des contrées ensoleillées où se déployaient toutes les splendeurs d'une nature exubérante: c'était bien un «Nouveau-Monde» qui était révélé à «l'ancien» dans la nuit du 11 au 12 octobre 1492!

Colomb n'aurait-il pas eu, pour mener à bonne fin ses projets, des données plus positives que celles que nous avons citées? Ce serait à le croire d'après un passage de l'*Histoire des Incas, Rois du Pérou* par Garcilasso de la Vega (2). Si l'on admet ce récit, il est impossible de ne pas reconnaître qu'il porte atteinte à la réputation de Colomb. Garcilasso est considéré comme un écrivain consciencieux; tout ce qu'il dit du Pérou, avant et depuis la venue des Espagnols, a été reconnu comme très exact, mais en est-il de même de ce qu'il rapporte de la découverte de l'Amérique? En tout cas, il fait ses réserves; il reconnaît qu'il n'a su ces choses là que par ouï-dire, et que, même, alors qu'il les avait entendu raconter, il ne leur avait pas prêté une grande attention, étant, en ce temps-là, très jeune. Le

(1) Le Groënland, malgré son nom, *Pays vert*, à l'époque où les Islandais le découvrirent, ne différerait sans doute pas de ce qu'il est de nos jours. Voici ce qu'on lit à ce propos dans la *Revue Scientifique*, du 12 mai 1888:

«Sur la foi du nom de *Pays vert* donné à cette région, on a cru longtemps que ses glaciers étaient d'origine récente. Aujourd'hui, il est bien établi que lorsqu'il baptisa le pays par lui découvert, Eric-le-Rouge ne s'était point préoccupé de lui donner une dénomination correspondant à son véritable aspect. Par un nom plein de promesses, le rusé Normand espérait attirer des colons islandais dans la région où il avait abordé. De tout temps a été vrai le proverbe: «à beau mentir qui vient de loin». Des documents historiques, tels que le *Konunespeil Saga*, datant du commencement du 13^e siècle, prouvent que le Groënland avait, à l'arrivée des premiers Scandinaves, le même aspect qu'aujourd'hui. L'étude du terrain indique même, qu'aux âges passés, les glaciers ont atteint un développement beaucoup plus considérable que de nos jours.»

(2) Garcilasso de la Vega, né Cuzco à 1530, descendait des Incas par sa mère. L'ombrageux Philippe II, redoutant l'influence que pouvait lui donner son nom au Pérou, le fit venir en Espagne, où il composa ses divers ouvrages et où il mourut. L'*Histoire des Incas* a été traduite en français pour la première fois en 1633.

mieux, à notre avis est de mettre sous les yeux du lecteur, —qui jugera—ce récit tel que nous le trouvons dans la traduction française de l'*Histoire des Incas* (1). Ce passage, que nous n'avons vu rappelé dans aucune des biographies de Christophe Colomb que nous avons eues entre les mains, nous paraît mériter quelque peu l'attention du Congrès de Huelva:

«Environ l'an 1484, Alonso Sanchez de Huelva, fameux pilote (ainsi nommé parce qu'il était natif du même lieu de Huelva qui est au comté de Niebla) trafiquait ordinairement sur la mer avec un petit navire dans lequel il enlevait d'Espagne des marchandises qu'il transportait aux Canaries où il les vendait fort bien. Pour y mieux trouver son compte, il y chargeait son vaisseau des fruits du pays qu'il allait vendre à l'île de Madère, d'où il s'en retournait en Espagne chargé de conserves et de sucre. Dans cette route triangulaire, comme il faisait le trajet des Canaries à Madère, il fut battu d'une si grande tempête que ne pouvant y résister, il fut contraint de caler les voiles et d'abandonner son navire à la violence de la tourmente. Elle fut si impétueuse qu'elle le fit courir vingt-neuf jours sans savoir où il était, ni quelle route il devait tenir, parceque tout ce temps-là, il lui fut impossible de prendre les élévations ni par le soleil ni par le Nord. Cependant on ne saurait dire à quelles extrémités se virent réduits ceux de son vaisseau par une tempête si étrange, qu'elle les empêchait de manger et de dormir. Mais enfin s'étant calmée par le changement du vent, ils se trouverent près d'une île dont on ne savait pas bien le nom: néanmoins l'apparence a fait croire depuis que c'était celle qu'on nomme à présent Saint Dominique. Ce qu'il y a de plus remarquable en cela, c'est que cette île étant à l'Occident des Canaries, il fallait de nécessité que le vent qui empor-

(1) Chapitre 3.—*De la Découverte du Nouveau-Monde.*

ta ce navire fût de l'Est, qui en cette navigation calme plutôt la tourmente qu'il ne l'irrite ..»

.....

«Le pilote, abordé à terre, prit aussitôt les élévations et ne manqua pas de faire de bons Mémoires de tous les accidents qu'il avait courus sur cette mer, aussi bien que des choses qu'il avait vues; il en fit aussi de celles qui lui arrivèrent depuis en s'en retournant. Ensuite ayant fait aiguade et provision de bois, il se remit à la voile sans savoir à son retour, non plus qu'à son abord, quelle route il devait prendre; et comme il avait été plus longtemps qu'il ne fallait en cette navigation, l'eau et les provisions lui manquèrent. Ces nouvelles misères, jointes aux autres incommodités que tous ceux de son navire avaient souffertes en allant et en venant, en firent depuis tomber malades plusieurs, dont il mourut la plus grande partie: car des dix-sept hommes qu'ils étaient sortis d'Espagne, il n'en arriva que cinq dans la Tercère, du nombre des quels était et pilote Alonso Sánchez de Huelva. À leur abord en cette île, ils s'en allèrent loger dans la maison du fameux Christophe Colomb gênois, parcequ'ils avaient appris que c'était un grand pilote et qu'il faisait des cartes pour naviguer. Cet excellent homme les reçut avec de grandes démonstrations d'amitié et leur fit tout le bon accueil qu'il lui fut possible, afin de s'instruire d'eux touchant les choses qu'ils disaient leur être arrivées dans un si long et si étrange naufrage. Mais quelque bon traitement qu'il leur fit pour les remettre en santé, il n'en put venir à bout; de sorte qu'étant affaiblis par tant de maux qu'ils avaient soufferts, ils furent contraints de céder à leur dernière violence, et moururent tous dans sa maison. Les travaux qui avaient été cause de leur mort, furent tout l'héritage qu'ils laisserent au grand Colomb, qui les accepta avec tant de résolution et de courage, qu'oubliant ceux du passé, bien qu'ils fussent en plus grand nombre, et qu'ils eussent duré plus longtemps, il entreprit dès lors de donner à l'Espagne les ri-

chesses du Nouveau-Monde. Il en vint heureusement à bout, comme il le témoigna depuis par ces mots qu'il prit pour devise de ses armes:

*Á Castilla y á León
Nuevo Mundo dió Colón,*

qui signifie: Colomb a donné un Nouveau-Monde aux royaumes de Castille et de Léon. Si quelqu'un desire voir plus au long les immortelles actions de ce héros, il n'a qu'à lire l'Histoire générale des Indes, écrite par Francisco Lopez de Gomara, qui pourtant n'en a fait que l'abrégé. Il est vrai qu'un homme de si haute réputation s'est plus acquis de lauriers et de louanges lui-même dans cette découverte du Nouveau-Monde, qu'on ne lui en saurait donner dans l'histoire. J'y ajouterai néanmoins une chose pour suppléer au défaut de la relation de cet ancien historien. C'est qu'ayant composé son ouvrage loin du lieu où se passaient ces événements et sur les Mémoires qu'il en avait des navigateurs, il fut impossible qu'il ne laissât imparfaites plusieurs choses qu'on ne lui racontait qu'à demi. Mais pour moi j'en puis parler plus sagement pour les avoir ouï dire dans mon pays, à mon père même, et à ceux de son temps, les quel dans leur conversation s'entretenaient ordinairement des plus belles actions arrivées pendant ces conquêtes; il me souvient de leur avoir ouï rapporter les choses que nous avons dites et celles que nous dirons ci après. Il est fort apparent qu'ils en avaient eu une relation pleine et entière de ceux même qui avaient découvert et conquis le Nouveau-Monde. Mais il faut que j'avoue que n'étant qu'un jeune garçon, lorsque je les entendais raconter comme j'ai dit, je les écoutais avec peu d'attention: ce qui me fait croire que si j'eusse été plus soigneux de les retenir, je pourrais écrire maintenant beaucoup d'autres choses toute fait merveilleuses, et qu'il serait nécessaire de rapporter dans cet ouvrage... »

.....

Le R. P. Joseph Acosta (1) fait aussi mention de la découverte du Nouveau Monde, avec un grand déplaisir de n'en pouvoir décrire l'histoire entière, ni de quelques autres contrées plus nouvelles pour n'en avoir eu que des mémoires imparfaits, parcequ'à son arrivée dans ces pays, il trouva que les anciens conquérants étaient morts; ce qu'il semble vouloir donner à entendre par ces paroles expresses du chapitre 10 de son 18^me livre: «Après avoir » montré ci-devant qu'il n'y a pas d'apparence que ceux » qui ont les premiers habité les Indes, se soient embarqués » dans le dessein de s'y en aller, il s'en suit à mon avis, » que s'ils y ont été par mer, ç'a été par le hasard et par la » violence de la tempête qui les y a jetés. Ce qui n'est pas » incroyable, quelque grande que soit l'étendue del'Océan: » car nous savons assez que la même chose arriva dans la » découverte qui se fit de notre temps, lorsqu'un pilote, » dont nous ignorons le nom, afin de n'attribuer y qu'à » Dieu seul une affaire de si haute importance, ayant re- » connu le Nouveau-Monde par un effet extraordinaire d'une » facheuse tourmente, laissa à Christophe Colomb la » connaissance d'une si grande chose, pour récompense du » bon traitement qu'il avait reçu au logis d'une hôte si officieux, etc., etc...»

Ce sont les paroles du R. P. Acosta, que montrent assez qu'étant au Pérou, il y trouva, sinon toute cette relation, du moins la plus essentielle partie de la nôtre. Voilà quelle fut l'origine et le principe de la découverte du Nouveau-Monde, et de sa grande étendue. De quoi se peut vanter avec raison le petit bourg de Huelva, pour avoir donné naissance à Alonso Sanchez, car ce fut sur la relation de ce pilote, et sur l'assurance qu'eut de lui Christophe Colomb, qu'il persista si longtemps dans sa deman-

(1) Provincial de l'Ordre des Jésuites au Pérou, auteur de *l'Histoire Naturelle des Indes*, Séville, 1609. Né à Medina del Campo vers 1539, mort Recteur de Salamanque, en 1609.

de, promettant des choses qu'on n'avait jamais vues ni ouïes. Cependant, comme il était fort prudent, il s'en réserva longtemps le secret, jusqu' à ce qu'enfin il le découvrit à quelques personnes de grande autorité, qui lui donnèrent de quoi venir à bout de son entreprise, en l'assistant de leur crédit auprès des rois Catholiques; que si par hasard Alonso Sanchez de Huelva ne lui eût pas donné connaissance de si grandes choses, il n'eût pas pu sans doute par une simple imagination de cosmographie, ni promettre avec tant d'assurance de si hautes merveilles, ni terminer si promptement cette découverte du Nouveau-Monde, car s'il faut en croire cet auteur, Colomb ne mit pas plus de soixante huit jours en tout son voyage jusqu'à l'île Guanatico, quoiqu'il séjournât quelque temps à la Gomère pour s'y fournir de rafraîchissements. D'où l'on peut conclure qu'il n'eût pu sans miracle aller si loin en si peu de temps, si, par le rapport d'Alonso Sanchez, il n'eût appris quels rhombes il devait mettre dans une mer si'étendue.»

Il serait difficile d'être plus clair, plus affirmatif que ces dires de Garcilasso de la Vega et du R. P. Acosta. Tout d'abord qu'il y ait eu des navires poussés des rivages de l'ancien continent aux rivages de l'Amérique, il n'y a cela rien d'impossible, si on juge, par analogie avec des faits semblables, des *entraînements*, beaucoup plus considérables en tant que distance parcourue, constatés à notre époque dans d'autres parages, par exemple du Japon à la côte Nord-Ouest de l'Amérique, et de là aux îles Sandwich, à travers la vaste étendue du Pacifique, mais combien y a-t-il des marins, ainsi jetés à d'aussi grandes distances de leur route, qui soient revenus? En tout cas, il fallait que le vent *de la partie de l'Est*, qui emporta la navire d'Alonso Sanchez jusque de l'autre côté de l'Atlantique fût plus fort que ne l'est ordinairement le vent alisé dans l'hémisphère Nord; d'un autre côté, si on juge par ce qu'on sais sur les navires de l'époque de Colomb, leur construction,

leur acastillage, leur gréement, leur voilure, etc., ces navires étaient-ils bien à même de remonter contre une brise un peu fraîche?

Cette histoire rapportée par Garcilasso sans aucun esprit de malveillance à l'égard de Colomb—bien loin de là—était-elle vraie? N'avait-elle pas été inventée, puis grossie, pour nuire au grand homme par quelqu'un des détracteurs qui ne lui manqueraient pas? Il ne faut pas oublier que quand quelque chose de grand, de difficile, a été accompli, il se trouve toujours, en grand nombre, des gens pour démontrer que rien n'était plus facile à faire. Si Sanchez avait abordé aux rivages du Nouveau-Monde, ce qui, nous le répétons, n'a rien d'impossible, ce n'était que par l'effets du hasard, malgré lui, tandis que c'était par l'effet de sa volonté que Colomb y allait, il nous semble que ce n'est pas du tout la même chose. Que Colomb ait eu des précurseurs, nous l'admettons sans peine en prenant les *choses à la lettre*, comme nous le disions précédemment, mais c'étaient des précurseurs inconscients, qu'il ait profité de leurs aventures, cela ne fait, dirons-nous encore, que mettre en lumière sa sagacité, son génie. «L'abeille, a dit Montaigne, emprunte aux fleurs les matériaux dont elle fait le miel, et le miel est bien à elle.»

Tandis que nous sommes en Amérique, il n'est peut-être pas hors de propos de dire quelques mots sur le nom donné au Nouveau-Monde: il y a là une légende qui, au dire de chercheurs consciencieux, dure depuis beaucoup trop longtemps et qu'il n'est que juste de détruire. Comme chacun sait, vu qu'on le répète depuis près de 400 ans, le florentin *Americo Vespucci*, par suite d'une de ces injustices, d'une de ces fraudes dont la pauvre Humanité est, malheureusement, trop coutumière, aurait été le parrain du monde découvert par Colomb, au jourd'hui, il semble bien certain que Vespuce, un des marins les plus habiles, un des cosmographes les plus instruits de son temps, doit être complètement innocenté de l'accusation d'usurpation qui

pèse sur lui depuis tant d'années et cela, tout simplement, par suite d'un malentendu; c'est, du même ce qui ressort du mémoire sur l'origine du nom d'*Amérique* de Mr. J. Marcou, inséré dans le «Bulletin de la Société de Géographie de Paris, juin 1875.» L'auteur de ce malentendu serait un libraire de St. Dié qui, du prénom de Vespuce, *Alberigo*, aurait fait *Americus* et publié une carte où le Nouveau-Monde était intitulé *America Provincia*. Lorsque cette carte parut, en 1522, Colomb était mort depuis seize ans, ses compagnons, illétrés pour la plupart (?), n'avaient probablement jamais entendu parler de St. Dié, petite ville perdue dans les Vosges; beaucoup d'entre eux étaient morts ou vivaient dans les possessions espagnoles du Nouveau-Monde; personne n'était là pour faire connaître qu'*Amérique*, ou *Amérik*, était le nom sous lequel les indigènes de la Côte-Ferme avaient désigné à Colomb des montagnes de l'intérieur de leurs pays, dans lesquelles il y avait de l'or en abondance.

Cherbourg février 1892.

NOTAS DE ACTUALIDAD

POR

DON FRANCISCO J. DELGADO

Oficial del Archivo general de Indias.

Cuanto hace relación á la vida del inmortal navegante D. Cristóbal Colón y á la feliz empresa de sus descubrimientos tiene de presente el grato privilegio de absorber la atención de los eruditos y despertar la curiosidad siquiera de toda persona medianamente ilustrada; por eso no juzgó impertinente añadir á tanto y bueno con este motivo publicado, algo importante ó de interés por lo menos, que he tenido la suerte de encontrar en mi diaria ocupación de registrar é investigar archivos y papeles.

Áliéntame además á ello la consideración de que, al desvanecer ciertos errores, ha de ser saludable aviso á historiadores y críticos, para que no fien en absoluto de la autenticidad de todo documento publicado, ni menos de la exactitud de las copias.

Sabido es que en la costa de la isla de Santo Domingo se verificó el primer intento de colonización por los españoles, en el hecho de dejar el Almirante en el fuerte de la Navidad aquel exíguo puñado de sus valerosos cuanto desgraciados compañeros, que nunca volvieron á pisar el suelo de la patria ni á respirar el querido ambiente de sus hogares, héroes desconocidos por mucho tiempo, que resignados fiaron sus vidas en la esperanza del dudoso

regreso de aquellas naves que vieron perderse entre la bruma del Océano con dirección á las playas españolas.

¿Cuántos fueron estos héroes? ¿Cuáles eran sus nombres? Ambas cosas permanecieron en completa obscuridad hasta que el Sr. Navarrete publicó una lista de ellos, relación que, aceptada con extrema ligereza por los historiadores, ha transmitido el error de unos en otros; aquella lista, si no apócrifa, fué lastimosa equivocación del sabio compilador al tomarla acaso de otro viaje.

Lo prueba por modo concluyente el infatigable cuanto ilustrado Sr. D. Cesáreo Fernández Duro en varias de sus publicaciones, dando á conocer los datos encontrados en el Archivo general de Indias y que fueron transmitidos á la «Comisión bibliográfica de Colón» de la Academia de la Historia, por cuyo motivo dicho señor ha tenido la atención de citarme como autor del hallazgo, indicando el hecho de haber pagado los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla ciertas nóminas á favor de diversas personas que murieron en el fuerte Navidad, sin que ninguna de ellas aparezca nombrada en la precitada lista del Sr. Navarrete.

Dejó, pues, el Sr. Fernández Duro, con la publicación de esos nombres, demostrada la falsedad ó deficiencia de dicha relación, y si esto no fuera bastante, he tenido la fortuna de encontrar posteriormente los nombres de algunos otros de aquellos desventurados que asimismo murieron en el fuerte Navidad; tales fueron Diego de Arana, persona de confianza del Almirante, hermano de la célebre D.^a Beatriz Enríquez, citado por Colón en el segundo viaje; Juan de Lequeitio y Martín de Urtubia, si bien acerca de estos últimos existe la duda de si murieron en el fuerte ó durante la expedición. También hay que agregar á Gonzalo Franco, vecino de Sevilla, citado en una Real cédula publicada por el Sr. Navarrete (1) como

(1) Navarrete, tomo III, pág. 494.

otra de las 37 personas que se hallaron muertas cuando volvió D. Cristóbal Colón por segunda vez á pisar aquellas tierras.

Para mayor claridad, y como prueba terminante y legal, por decirlo así, de lo que tan incorrectamente dejó escrito, presento las copias exactas de los asientos tomados de los libros de la Tesorería de la Contratación que contienen, además de los ya manifestados por el Sr. Fernández Duro, los últimamente por mí descubiertos. Dicen así: «L.^o 1507 á 1508, folio 54 vuelto: «que pago en postrimero de março de dicho año á ynésdiazaleas Franca, syete mill é nueve cientos é treynta é tres maravedís que obo de aver por el sueldo de su marido diego Lorenço, alguazil, que murió en las yndias en el número de las treynta é syete personas que murieron quando la primera vez que la ysla se descubrió los dexo ande el almirante Colon».

Folio 55: «que pago al Padre fray Miguel de Córdoba, guardián de la rrábida, syete mill é setecientos é ocho maravedís que en nombre del dicho monesterio los obo de aver por el sueldo de Andrés de Huelva, grumete que murió en las yndias la primera vez que la ysla española se descubrió, ques una de las treynta e syete personas que por su nómina Real mando pagar».

En el mismo folio 55: «que pago en veynte é dos de Setiembre del dicho año á Catalina Sánchez, muger que fué de luys de Torres, que dios aya, vecina de moguer, ocho mill é seiscientos é cuarenta é cinco maravedís por el sueldo que el dicho sirviendo ganó del tiempo que la primera vez se descubrió la ysla española en el número de las treynta é syete personas que su alteza por su nómina Real mandó pagar».

En dicho libro folio 28 vuelto: «que pago en nueve de março de dicho año á Pero Rodríguez, carpintero, vecino de Palos, tres mill é setecientos maravedís que ovo de aver del sueldo que se le debía á domingo de lequetio y lope calafate, defuntos, que vinieron á las yndias entre las

treyn ta é syete personas que allaron muertas en las dychas yndias en el primer viaje quel almirante fué á poblar».

En el folio 29 otro que dice: «que pago en quatro de mayo del dicho año de diez alonso rascón, vecino de Moguer, en nombre de los herederos del maestre Alonso rascón, que murió entre las XXXVII personas que allaron muertos en las Indias el primer viaje honze mill é ciento é ochenta é ocho maravedís que ovo de aver de su sueldo por la nómina de su alteza».

En el mismo folio 29 dice: «que pago el sobre dicho día á Pero Rodríguez, carpintero, vecino de Huelva, en nombre de los herederos de Francisco de Huelva, que dios aya, que así bien murió entre las dichas XXXVII personas, quatro mill é seiscientos é setenta é un maravedís y medio que cupieron á tres herederos del dicho difunto».

En el mismo folio 29 vuelto otro que dice: «que pago en diez e syete de junio del dicho año á mayor Sánchez, viuda, vecina de la Redondela, como á heredera de pedro de Lepe, defunto, que murió en las yndias entre las XXXVII personas que hallaron la primera vez muertas, quatro mill doscientos é setenta maravedís que á la dicha mayor Sánchez cupieron de su herencia».

En el mismo folio 29 vuelto: «que pago en veinte de junio de dicho año á pero Rodríguez, carpintero, vecino de Huelva, en nombre de los herederos de Jacome Rico, que murió en las yndias en el número de las XXXVII personas que fallaron muertas nueve mill é ochocientos é noventa é dos maravedís que ovo de haber del sueldo por la nómina de su alteza».

En el mismo folio 29: «que pago en diez de julio del dicho año á Pero Rodríguez, carpintero, vecino de Huelva, en nombre de la mujer de Alonso de Morales, defunto, que dios aya, vecino que fué de Moguer, quatro mill é quinientos é setenta maravedís, que ovo de aver del suel-

do del viaje que la primera vez el Almirante fué á poblar la Española».

En el folio 106: «que pago en onze de Agosto de quinientos é treze años á Luis de Escalante, vecino de Córdoba, en nombre de Catalina Enríquez de Arana, hija legítima de Diego de Arana, alguacil que murió en las yndias en el primer viaje que se descubrió en la Isla Española, treze mill é cuatrocientos é cincuenta é cinco maravedís que el dicho Diego de Arana, defunto, ovo de aver en cumplimiento del sueldo que ganó en el dicho viaje, según parece en la primera partida de la nómina de su alteza, la qual manda pagar á los que en el dicho viaje sirvieron, los cuales dichos maravedís ovo de aver la dicha Catalina Enríquez de Arana, como hija legítima del dicho Diego de Arana, según parece por las escrituras que de ello mostró ante nos el dicho Luis Escalante, que están en poder del dicho Tesorero».

En el folio 113 vuelto: «que pago más el dicho Tesorero en quinze de Noviembre de mill é quinientos é treze á Martín Pérez de Licon, vecino de la villa de Lequetio, que es en el condado de Vizcaya, en nombre de Catalina de Deva, vecina de la dicha villa, madre de Juan, contra maestre que murió en las yndias el primer viaje que descubrió la isla española, diez é ocho mill é quinientos maravedís que el dicho Juan, contra maestre defunto, ovo de aver á cumplimiento del sueldo que ganó en el dicho viaje, según parece en la nómina de su alteza, por la qual manda pagar á los que en el dicho viaje sirvieron, los cuales dichos maravedís ovo de haber la dicha Catalina de Deva, según parece por las escrituras que de ello mostró ante nos el dicho Martín Pérez de Licon, que están en poder del dicho Tesorero».

En el folio 129: «que en este día (13 Marzo de 1514) se libraron en el dicho Tesorero al dicho Martín Pérez de Licon, en nombre y por virtud del poder que mostró de María Urtubia, vecina de la anteiglesia de Santa María de an-

hitua, en el dicho condado de Vizcaya, madre y heredera de Martín de Ortubia, grumete, que murió en las yndias el primer viaje que el almirante D. Cristóbal Colón fué á descubrir á las dichas yndias, doce mill é setenta é siete maravedís que el dicho Martín de Ortubia, defunto, ovo de haber en esta manera los diez mill quatrocientos é quarenta é tres maravedís de resto de sueldo que ganó en el dicho viaje, é los mill é seiscientos é veynte é quatro maravedís son que le devía á Cristóbal Caro, platero, é Diego Leal, grumete, según por la nómina de su alteza, por la qual manda pagar á los que en dicho viaje sirvieron parece, los quales dichos doce mill é setenta maravedís se libraron al dicho Martín Pérez de Licona por poder y provisión bastante que para ello mostró ante nos, en las espaldas de los quales le dimos libramiento de los dichos maravedís». (Archivo general de Indias.—Libros de Toma y Razón, 39—2— $\frac{1}{8}$).

Otro error, al parecer de poca importancia, pero de trascendencia suma, contiene la famosa colección del sabio cuanto ilustrado Sr. Navarrete, error de detalle, de interpretación, de traducción paleográfica en fin, pero que ha dado lugar á serias controversias, ó por lo menos á dudas entre los eruditos americanistas.

Parece inútil manifestar cuánto importa desvanecer esta duda, hacer patente esta equivocación, que no es por cierto insignificante, sino de primera importancia, puesto que se viene á aclarar un tanto la oscuridad que desgraciadamente oculta la vida del ilustre primer Almirante.

Nos referimos al error cometido en la citada obra al insertar la declaración del físico García Hernández en la Probanza hecha en Palos en 1515, con motivo del famoso pleito de los Colones con la Corona; declaración de suyo importantísima por ser la más amplia y presencial, y acaso la que arroja más clara luz en los actos del Almirante al comienzo de sus primeros pasos en España.

Pues bien, en la precitada copia inserta la palabra *á la*

arribada por la Rábida, introduciendo así la confusión en la historia y hasta en la construcción gramatical de aquellos tiempos. Éste es el error á que aludimos y que fácilmente pudieran evitar varios escritores que han encontrado más cómodo, sin duda, hacerse solidarios de una equivocación publicada, que molestarse en estudiar los originales, motivo, como ya hemos indicado, de tantas inexactitudes. En la declaración de que tratamos, como asimismo en el resumen de dicha Probanza, el historiador menos versado en paleografía hubiera leído con entera facilidad la palabra Rábida, y se hubiera librado de futuras y desagradables correcciones en sus obras.

Sólo por amor á la verdad histórica y á cuanto se relaciona con la vida del célebre genovés, damos publicidad á lo manifestado, y por eso transcribimos á continuación íntegra dicha declaración, aunque nos anticipemos en algo á la publicación que del mismo asunto ha de hacer la Real Academia de la Historia en la *Colección de documentos inéditos del Archivo general de Indias*, de que con tanto acierto viene ocupándose.

Dice textualmente lo que sigue:

«Testigo García Ferrando, físico (Información hecha en Palos 1.º Octubre 1515.—Pza. 23).

13.—Á la trezena pregunta dixo que sabe este testigo quel dicho martyn alonso pinçón en la dicha pregunta tenía en esta villa lo que le fazía menester é que sabe quel dicho almirante don Cristóbal Colón, viniendo á la Rábyda con su hijo don Diego, ques agora almirante, á pie se vino á la Rábyda, ques monesterio de frayles en esta villa, el qual demandó á la portería que le diesen para aquel niño que era niño pan y agua que bebiese, y que estando ally ende éste testigo un frayle que se llamava frey juan perez, ques ya dyfunto, quiso fablar con el dicho don Cristobal Colón é viéndole despusyción de otra tyerra ó Reyno ageno á su lengua le preguntó qué quién era é dónde venía é quel dicho Cristóbal Colón le dixo quel

venía de la corte de su alteza é le quiso dar parte de su enbaxada á que fue á la corte é como venya é que dixo el dicho Cristóbal Colón al dicho frey Juan Pérez cómo avía puesto en plática á descobryr ante su alteza é que se obligava á darle tierra fyrme queryéndole ayudar su alteza con navíos é las cosas pertenecientes para el dicho viaje que conviniesen, é que muchos de los caballeros é otras presonas que ay se fallaron al dicho Razonamyento, le bolaron su palabra é que no fué acogida más que antes farían burla de su Razón dyziendo que tantos tiempos aca se avían probado é puesto navíos en la buscar é que todo era un poco de ayre é que no avía Razón, de lo qual el dicho Cristóbal Colón, viendo ser su Razón desyelta en tan poco conoscimyento de lo que ofrecía de fazer é conplyr, él se vino de la corte é se yva derecho de esta villa á la villa de huelva para fablar é veerse con un su cuñado casado con hermana de su muger é que á la sazón estaba é que avía nonbre mulijar, é que viendo el dicho freyle su razón envió á llamar á este testigo, con el qual tenía mucha conversación de amor é que porque alguna cosa sabía del arte abtronómyca para hablarse con el dicho Cristóbal Colón é oyese Razón sobre este caso del descobryr, é queste dicho testigo vyno luego é fablaron todos tres sobre el dicho caso, é que de aquí ligieron un onbre para que llevase una carta á la Reyna doña Ysabel, que aya santa gloria, del dicho frey Juan Pérez, que era su confesor, el qual portador de la dicha carta fué Sebastián Rodríguez, un piloto de Lepe, é que detuvieron al dicho Cristóbal Colón en el monesterio fasta saber respuesta de la dicha carta de su alteza para ver lo que por ella proveyan, y asy se fizó, é dende á catorze días la Reyna nuestra Señora escribió al dicho frey Juan Pérez agradeciéndole mucho su buen propósyto, é que le rogava é mandava que luego vista la presente paresciese en la corte ante su alteza é que dexase al dicho Cristóbal Colón en segurydad de esperança fasta que su alteza le escribiese,

é vista la dicha carta é su dispusyción secretamente partió ante de media noche el dicho frayle del monesterio é cavalgó en un mulo á cumplir el mandamiento de su alteza é pareció en la corte, é de allí consultaron que le diesen al dicho Cristóbal Colón tres navíos para que fuese á descobryr é faser verdad su palabra dada, é que la Reyna nuestra Señora, concedido esto, enbió veynte mill maravedís en florynes, los quales traxo Diego Prieto, vezino desta villa, é los dichos con una carta á este testigo para que los diese á Cristóbal Colón para que se vistiese onestamente é mercase una bestezuela é pareciese ante su alteza, é quel dicho Cristóbal Colón rescibió los dichos veynte mill maravedís é pareció ante su alteza como dicho es á consultar todo lo susodicho, é de ally vyno proveydo con licencia para tomar los dichos navíos quel señalase que convenía para seguir el dicho viaje, é desta fecha fué el concierto é compañía que tomó con Martyn Alonso Pinçón é Vicente Yáñez, porque eran presonas suficientes é sabidos en las cosas de mar, los quales allende de su saber é del dicho Cristóbal Colón, ellos le avisaron é pusyeron en muchas cosas, las quales fueron en provecho del dicho viaje é desta tanto sabe, etc.»

Después de haber manifestado en los párrafos antecedentes errores de transcendencia, cometidos por los historiadores de Indias, que han corrido con suma facilidad hasta los tiempos actuales, parécenos bien concluir este modestísimo trabajo exponiendo alguna curiosidad que estimamos interesante. Hemos hallado en el curso de nuestras investigaciones, estudiando una información hecha en Moguer (29 de Enero 1552) á petición de Francisco Vanezas, acerca de los servicios de sus ascendientes los famosos Niños, que tanto figuraron en los primeros descubrimientos y en la que deponen testigos presenciales de excepcional valía, una declaración curiosísima del llamado Juan de Aragón, en la que hace constar el hecho de haber coincidido con la salida de las tres carabelas en de-

manda de la realización de una empresa tan grande en su propósito como civilizadora en sus consecuencias, la partida de la misma costa de otra armada que conducía al destierro perpetuo de su patria á los judíos españoles: acto que ha sido objeto de grandes controversias y que no nos corresponde juzgar, considerándolo sólo como medida ó necesidad política de los tiempos, que pudo ser más ó menos acertada. Nos basta señalar el extraño y singular contraste: naves que parten en demanda de la gloria y extensión de territorio, para una Nación que despoblaba sus dominios lanzando de sí una parte de sus más ricos é industriosos pobladores; agrupación que parece en efecto destinada á no constituir, á pesar de todos los progresos, una propia nacionalidad.

Otro contraste, digno de notarse sin duda, es el hecho que se deduce de la deposición del testigo Juan Roldán, en la misma anterior Probanza, en que haciendo relación de las *bodas é banquetes* con que se solemnizó en la villa de Palos, refiere la llegada del esforzado y bizarro Martín Alonso Pinzón, en los momentos en que acababa de partir el Almirante para Barcelona á recibir de los Reyes Católicos y de la Nación entera el mayor homenaje que pudo recibir un hombre en aquellos tiempos: tal vez el infortunado Pinzón llegaba emocionado con la esperanza de un recibimiento entusiasta y sólo alcanzó á escuchar al pisar la costa los últimos ecos de la alegría y de los aplausos tributados al Almirante; quizás por eso no quiso entrar en la villa y fué á buscar en una finca de su propiedad, en el término de Moguer, consuelo y tranquilidad para su alma, herida por los sufrimientos.

¡Tal vez esta decepción fué la causa de su muerte, ocurrida en el monasterio de la Rábida, donde lo recogieron! Porque hay penas que hacen heridas incurables en ciertos caracteres levantados y valerosos.

(Véase las declaraciones de Francisco Medel y Hernán Pérez Mateos en las Probanzas del pleito, pza. 5.^a y 14.^a)

«Preguntas 4.^a y 5.^a del interrogatorio de dicha información:

4.^a Item si saben que el dicho Juan Niño, abuelo del dicho Vanegas, fué con Cristóbal Colón en el descubrimiento de las Yndias en el primer descubrimiento que se hizo por mandado de los Reyes Católicos, y el dicho Juan Niño llevó una nao suya llamada la Niña, y fueron con él hermanos y parientes suyos, digan lo que saben, etc.

5.^a Item si saben que juntamente con el dicho Juan Niño, abuelo del dicho Alonso Vanegas, y después fueron Alonso Niño, hijo del dicho Juan Niño, y Pero Alonso Niño, su hermano, y Cristóbal Niño y Andrés Niño y Francisco Niño, sus sobrinos, y Bartolomé Pérez Niño y muchos parientes suyos, Quinteros y Camachos, los cuales se hallaron en el descubrimiento y conquista de las dichas Yndias y trabajaron por muchos años en ellas en la conquista en servicio de su majestad.»

«Testigo Juan de Aragón, vecino de Moguer, de setenta años, poco más ó menos:

4.^a Á la quarta pregunta dixo, que lo que desta pregunta sabe es que podría aver tiempo de cinquenta é cinco años antes más que menos, que estando este testigo en la dicha villa de Moguer, que fué al tiempo que desta tierra se fueron los judíos, este testigo se fué por grumete en un navío y quedó por la mar á la salida del río de Saltes é vido que el dicho D. Cristóbal Colón estava presto con tres navíos para ir á descubrir las Yndias, que entonces *nombravan Antilla, y destos tres navíos* era una carabela del dicho Juan Niño, que se decía la Niña, en la qual iba el dicho Juan Niño é sus hermanos é parientes, y esto sería por el mes de agosto ó setiembre, y después, bolviendo este testigo del viaje después de aver dexado los judíos en las dichas partes de aliende, en otro año, viniendo por la mar, encontraron con un navío de un Martín Alonso Pinzón, el qual le dixo á este testigo y á los demás que el dicho D. Cristóbal Colón y Juan Niño y sus hermanos

y parientes avían descubierto Yndias y avían desembarcado en Lisboa é iban á Barcelona á demandar albricias al Rey D. Fernando, y después vido este testigo en Barcelona al dicho Juan Niño con el dicho D. Cristóbal Colón, y allí supieron muy cierto cómo las Yndias se avían comenzado á descubrir por los sobredichos, y que la nao queste testigo fué truxeron al dicho Juan Niño á Moguer, etc.»

«Testigo Juan Roldán, vecino y regidor de la villa de Moguer, de edad de sesenta años.

4.^a Á la quarta pregunta dixo que la sabe como en ella se contiene; preguntado como la sabe dixo, que porque este testigo vido que Pero Alonso Niño é Cristóbal Niño é Bartolomé Niño é Francisco Niño, hermanos, y el dicho Juan Niño, su primer hermano, vecinos de esta villa de Moguer, fueron por pilotos á descubrir las Yndias con D. Cristóbal Colón é los vido venir después de descubrir las Yndias, é vido *las bodas é banquetes* que hizieron después de la venida de los susodichos, é sabe é vido quel dicho Juan Niño á la dicha sazón llevó un navío suyo en compañía del dicho D. Cristóbal Colón.»

Archivo general de Indias. Pto. 1—2—6—6/26.

Sevilla 18 de Setiembre 1892.

CHRISTOPHE COLOMB

D'APRÈS SON ÉCRITURE

PAR

M^R. P. VARINARD

Notice graphologique et historique.

Existe-t-il un vrai portrait de Colomb? Non! il est absolument certain qu'il n'y a aucun portrait authentique du grand navigateur; cependant on a des descriptions assez précises du physique de Colomb pour s'en faire une idée exacte. Du reste, le type s'en est conservé dans la famille et, lors du dernier Congrès des Américanistes, tous les membres du Congrès se sont récriés en reconnaissant les traits du célèbre navigateur sur le visage du duc de Veragua, son arrière petit-neveu.

Quand aux autographes il n'en est pas de même; on compte 97 écrits de Colomb dont quelques-uns, il est vrai, ont complètement disparu, mais néanmoins il en reste encore assez pour avoir des spécimens de son écriture.

Des deux dont nous donnons les fac-simile, le premier, sans date, doit cependant, d'après les renseignements qu'il renferme, avoir été écrit vers la fin de 1496 ou le commencement de 1497, dans la période heureuse qu'il passa entre le deuxième et le troisième voyage. Le second, daté

de février 1502, est de cette époque douloureuse qui précéda son quatrième voyage (1).

Voici la teneur de ces deux fragments:

1.º Lettre de Cristobal Colomb aux rois catholiques, touchant la population et le commerce de l'Ile Española et des autres Iles découvertes et à découvrir. «Sans date.»

Muy altos poderosos Señores:

Obedesciendo lo que vuestras alteças me mandaron, diré lo que me ocurre para la población y negoçiaçión, asy de la Isla Española como de las otras, asy halladas como por hallar, sometiéndome á mejor paresçer.

.....
y quedo rogando á nuestro Señor Dios por las vidas de vuestras altezas y acrescentamiento de muy mayores estados.

. S .
· S · A · S ·
X M Y
: Xpo FERENS. /

2.º Lettre de Cristobal Colom exposant quelques observations sur l'art de la navigation.

Grenade, 6 février 1502.

Muy altos y muy poderosos Reyes y Señores:

Yo querria ser cabsa de plaszer y holgura á V.A. que no de pesadumbre y hastío; mas como sé la afiziön y....

.....
La sancta Trenydad guarde á V.A. como deseo y me-

(1) Estos autógrafos pueden verse en las *Cartas de Indias*, impresas en este establecimiento tipográfico el año de 1877.

nester habemos, con todos sus grandes estados y señoríos. De Granada á seys de hebrero de mill y quinientos y dos años.

. S .
· S · A · S ·
X M Y
: Xpo FERENS. /

Vivant à la fin du XV^e siècle, surtout en Italie qui était intellectuellement en avance, Christophe Colomb n'est plus un gothique, il est en pleine Renaissance.

Cette Renaissance qui a commencé par les investigations de la science; l'homme a assez de la routine, il ne veut plus rester dans l'ornière des traditions, il veut savoir et vérifier par lui-même, il ne s'en tient plus aux récits et aux usages, il veut du nouveau.

L'esprit humain prend un nouvel essor; la science date de cette époque. C'était donc une idée fixe et un besoin de trouver un chemin par le nord-est de l'Europe pour aller aux Indes et en Chine.

Sans vouloir en rien diminuer le mérite et la gloire de Colomb, on peut admettre qu'il ne fut pas le premier à tenter le voyage, et il est absolument sûr que plusieurs siècles avant lui des Normands visitèrent les rivages américains, et même les Scandinaves s'y établirent au X^e siècle, puisque nous voyons qu'en 1112 Erik Upsi est nommé par le pape Pascal II évêque d'Island, du Groënland et du *Vinland*, pays de vigne qui se trouvait au sud du Groënland, mais ces découvertes furent de simples accidents. Celle de Colomb révolutionna le monde.

L'écriture de Colomb révèle bien son époque, elle a toute la spontanéité d'un homme qui a rompu avec les vieilles traditions rudes. Adieu la calligraphie des époques précédentes, il y a bien encore les abréviations, mais c'est l'écriture hâtée, rapide, irrégulière; c'est déjà presque l'écriture moderne qui a perdu sa raideur compassée et la

confusion due aux enjolivements mis à la mode par les faiseurs de manuscrits.

Maintenant chacun écrit lui-même. Les deux autographes de Colomb que nous donnons sont bien différents d'aspect; pourtant ils sont écrits dans un intervalle relativement court, d'environ six ans. Mais c'est que pendant ces six années il s'est passé bien des choses qui ont agi fortement sur le moral du scripteur et ont amené bien des désillusions.

Après ses deux premiers voyages, Colomb voit tout en beau, son imagination s'exalte, c'est la réalisation de toutes ses aspirations religieuses, aussi son écriture est chargée de grands mouvements de plume qui montrent l'exubérance du génie, l'imagination surchauffée.

Les accents, les abréviations prennent une importance graphique énorme et ont un volume aussi considérable que le mot lui-même; voyez les mots: *obedesciendo, vuestras...*

Mais en même temps ses courbes sont gracieuses et ont une grande harmonie de forme et même une élégance naturelle; voyez les *l*, les *y*.

Si le cerveau s'exalté à l'importance de ses découvertes, il a aussi le désir de retourner faire plus qu'il n'a fait et le mouvement physique s'accuse encore plus que le mouvement intellectuel; le scripteur ne saurait rester en place.

Mais dans le second autographe c'est tout différent, l'écriture est devenue posée et calme; plus de fioritures, de déliés extravagants; c'est à se demander si cette écriture provient de la même main.

L'exubérance fait place au calme, à la tranquillité. L'anatomiste graphologiste y trouve là une révélation suprême de tout ce qui s'est produit de découragement dans cette âme brisée par les malheurs dus à l'envie des uns et l'ingratitude des autres.

Comme l'écriture a perdu de son ampleur, il y a une

simplicité de graphisme qui dit plus que jamais l'oubli de toute pose, de toute prétention; mais ce qui reste comme une dominante, c'est le grand espacement des mots et des lignes, qui nous donne la lucidité remarquable de cette grande intelligence, jugeant avec plus de pondération.

Si son cerveau est logicien, raisonneur, il ne manque cependant pas d'idéalisme; le nombre des lettres disjointes est grand et cet état se maintient dans les deux autographes.

Mais ce qui est surtout remarquable c'est la première lettre des mots détachée, signe que Michon a nommé si justement, après l'avoir trouvé très fréquemment dans Napoléon I^{er}, le coup d'intuition; c'est le signe scriptural familier aux grands déductifs doués d'un premier mouvement puissant d'intuition. C'est un réalisateur passionné que rien n'arrête.

La direction fortement sinueuse de ses lignes est une preuve de sa forte diplomatie, grâce à laquelle il ne craignit pas d'avoir recours à toutes les combinaisons, pour atteindre son objectif. Cette organisation intellectuelle le rendit beaucoup plus apte à se lancer dans une idée nouvelle qu'à se confiner dans des théories pratiques; aussi sût-il conduire ses hommes à la découverte; mais il ne sut pas se poser en administrateur et l'anarchie régna dès le principe dans ces pays, dont il était le Vice-roi et sur lesquels il avait pourtant pleins pouvoirs.

Son écriture très mêlée de lettres inclinées et de lettres redressées nous montre la lutte de la tête contre le cœur, qui cependant reste souvent maître; il a peur de ce cœur qui ne peut que lui occasionner des faiblesses et sait qu'on ne peut arriver à quelque chose qu'en le tenant fortement bridé, mais il ne peut y arriver et le second autographe contient encore des lettres d'une inclinaison très prononcée. Aussi savons-nous qu'il ne pouvait ordonner une punition importante sans en être très impressionné

lui-même, et un jour qu'il fut obligé de prononcer une condamnation à mort, il ne put le faire qu'en pleurant.

La diplomatie, comme moyen, était mise en action par une décision énergique allant jusqu'à la résolution, les massues sont fréquentes et accusées d'une manière très énergique. Le tout soutenu par d'énormes crocs qui nous disent le fort, tenace et opiniâtre, car ces traits sont souvent descendants de gauche à droite. Voilà une volonté qui ne manquait pas de puissance avec la résolution, la ténacité et l'opiniâtreté, c'est donc sa trop grande imagination et son impressionnabilité qui ont été ses principales faiblesses.

Un mysticisme religieux, aggravé par son imagination, vint encore augmenter l'état de ses sentiments déjà meurtris par l'ingratitude; il était en effet imbu de cette idée que Dieu l'avait choisi pour découvrir des contrées lointaines avant la fin du monde, qu'il croyait proche, et il voyait dans les difficultés auxquelles il était en butte un obstacle à l'accomplissement de sa mission divine. Aussi cela le rendait-il défiant. Il commence ses lettres par une croix et ses alinéas se terminent par un trait de procureur nettement tracé; ses finales, qui dans le premier écrit se terminent par un long délié courbe remontant sur la droite, disparaissent dans le deuxième pour ne laisser qu'un léger trait montant; la religiosité seule a subsistée.

Si Colomb n'a aucun orgueil—il est plutôt un humble, ses majuscules à peine supérieures aux minuscules en sont une preuve—il cherche pourtant à se créer un mystère et il se forge une signature en forme de rébus, qu'on est pas parvenu à résoudre malgré les propres instructions qu'il donne pour l'arrangement de ces lettres qui devront constituer la signature de l'héritier de Majorat: «Una X con una S encima, y una M con una A romana, encima de la una S y después una Y griega con una S encima con sus rayas y vírgulas».

Description qui est aussi difficile à comprendre que le

logogriphe lui-même, dit Harrisse. Ces lettres se pretent à une multitude de combinaisons qui toujours semblent être une invocation religieuse. Selon Spotorno, ce serait *Xristus*, *Sancta Maria*, *Yosephus* et *Xristoferens* ou *Porte Christ*, qui n'est autre que la traduction latine de *Crhistophè*.

L'étude des contrastes de ces deux autographes est fort curieuse; l'homme primitif, tout d'exaltation, semble avoir complètement disparu, mais cependant son état cérébral, volontaire, intellectuel est absolument fixé, il est resté, comme dit un de ses contemporains, d'un caractère rude, peu aimable en paroles, affable cependant quand il le voulait et emporté lorsqu'il était irrité. Mais il est dompté, la fougue est calmée, les traits de la volonté forte qui existe toujours mais émoussée, ont passé de l'état de massues à celui de simple traits légèrement grossissants.

L'antiquité sacrait dieux, demi-dieux ou héros les hommes qui se faisaient remarquer par leurs travaux; leurs œuvres tenaient du merveilleux et la légende leur donnait un relief qui tenait du miracle.

La découverte de l'Amérique eût certainement passé pour avoir été accomplie avec l'intervention des dieux, et Christophe Colomb aurait eu sa place dans l'Olympe. Mais au quatorzième siècle la légende avait fait place à l'histoire, et peu s'en fallut que Christophe Colomb ne se vit oublié.

Il est bien certain que d'autres navigateurs, avant Christophe Colomb, durent rencontrer les terres de Nouveau-Monde, sans pouvoir revenir en rapporter la nouvelle ayant trouvé la mort sur le nouveau continent.

Le vrai mérite de Christophe Colomb est surtout d'avoir découvert l'Amérique, non par le fait d'un pur hasard, mais par suite de ses études sur la navigation et par la présomption qu'il avait de faire le tour de la terre, présomption qui lui fit affronter les plus grandes difficultés afin de réaliser son projet d'exploration. C'est ce qui fait

honneur à son gran caractère, à son énergie et à son courage.

La date de sa naissance est l'objet de nombreuses controverses. La plupart des historiens donnent l'année 1445 comme date de sa naissance, Harrisse le fait naître de 1446 à 1447. Le lieu de sa naissance fut aussi souvent discuté: il est aujourd'hui avéré que Christophe Colomb naquit de parents gènois à Gênes ou à Savone, ce qui revient à peu près au même.

Son père était un artisan qui résidait à Quinta, et qui frappé de l'intelligence de son fils, s'efforça de lui faire donner l'instruction la plus soignée et l'envoya, à cet effet, à l'université de Pavie où il resta jusqu'à l'âge de quatorze ans.

A son retour il apprit le métier de son père qui était tisserand, mais attiré par le goût des voyages, il s'embarqua comme mousse à bord d'un navire.

Ce n'est que vers 1478 qu'il prit la ferme résolution d'aller à la découverte des terres inconnues.

A cette époque Christophe Colomb était agé d'environ 33 ans; sat aille, fierement élancée, prenait de sa robuste complexion une mâle élégance. Son visage allongé offrait un pur ovale. Bien qu'il eût les pommettes largement accusées, ses joues assez arrondies en adoucissaient les contours, et, par une décroissance insensible, continuaient l'harmonieuse ligne qui formait son menton.

Une auguste méditation semblait peser sur l'arc de ses sourcils et leur imprimer un léger froncement. Dans ses yeux d'un bleu clair rayonnait une sérénité limpide. La courbe de son nez aquilin se terminait par des narines correctes s'ouvrant un peu largement à leur base. Les coins assez marqués de sa bouche en rendaient la finesse particulièrement expressive. Signe de bonté sa lèvre inférieure débordait un peu l'autre.

Il avait le menton gracieusement creusé d'une fossette. Quelques taches de rousseur parsemaient ses joues qu'a-

nimait un teint rif. Sa chevelure, d'un blond tirant au châtin, commençait à blanchir. Il paraissait *«homme noble et d'autorité, ce que son profil et contenance montrait fort bien»*, dit Oviédo.

Christophe Colomb épousa à Lisbonne dona Félipa Moniz, puis vint habiter avec elle Porto-Santo, où son beau-père possédait une propriété; c'est là que naquit son fils Diègo.

En 1474 Christophe Colomb se trouvait en correspondance avec un savant mathématicien, Paul Toscellani, cosmographe et médecin célèbre, à qui il avait exposé ses plans, grâce à un toscan domicilié à Lisbonne et qui leur servait d'intermédiaire.

Deux années plus tard en 1476, il se rendit à Gênes et proposa son plan au Sénat. Il demandait quelques navires équipés pour aller vers le couchant jusqu'à ce qu'il eut rencontré la terre. Les Gênois lui firent de nombreuses objections; d'abord leur manque de fonds, les échecs de tous ceux qui avaient tenté la même entreprise et finirent par lui refuser leur aide. A Venise, où il se rendit ensuite, il éprouva le même échec.

De retour en Portugal, il fut mieux accueilli par le Roi Joan II, qui approuva fort son projet, et nomma une commission qui refusa de satisfaire les exigences de Christophe Colomb, et conseilla au Roi d'envoyer quelqu'un à sa place. Sous le prétexte d'étudier de nouveaux plans et ses cartes on les lui redemanda, et un navire fut frété qui emmena ceux qui allaient étudier si ses plans étaient réalisables; l'envoyé après avoir essuyé un naufrage, revint sans avoir rien découvert, il omit naturellement de dire qu'il n'avait fait que la moitié du chemin.

Dès lors on traita Christophe Colomb de fou et l'on se moqua de lui, ce qui lui apprit que l'on avait tenté le voyage à son insu: il en ressentit un grand chagrin, aggravé par la mort de sa femme qu'il eut la douleur de perdre à la même époque. A quelque temps de là, le Roi

ayant appris que tout le chemin indiqué par Christophe Colomb n'avait pas été parcouru, essaya de renouer des relations avec ce dernier et lui fit de nouvelles propositions, mais Christophe Colomb n'accepta pas et, craignant pour sa liberté, s'enfuit en cachette avec son fils en 1484.

Il vint échouer dans un couvent espagnol où un franciscain, Juan Peres de Marchena, ayant apprécié ses idées, lui vint en aide. Il se chargea de l'éducation de son fils, et donna à Christophe Colomb quelque argent ainsi qu'une lettre de recommandation pour le confesseur de la Reine, mais hélas, il échoua encor et ne parvint pas à se faire écouter. Il se retrouva de nouveau seul, abandonné, mais une noble demoiselle, sa voisine, dona Béatrix Enriquez, s'éprit de lui et l'épousa. C'était au mois de novembre 1486. L'année suivante il eut un fils, Fernando Colomb.

Ce n'est qu'en avril 1492 que la Reine de Castille, après bien des difficultés, prit sous son entière responsabilité le voyage de Christophe Colomb. On raconte même que les coffres de la Reine étaient presque vides et qu'elle eut recours, pour se procurer les fonds nécessaires, à un usurier juif auquel elle remit en gage ses bijoux royaux.

Le 30 avril 1492 Christophe Colomb recevait les lettres patentes qui lui accordaient le titre de Grand Amiral de l'Océan avec les mêmes prérogatives que l'Amiral de Castille.

Les lettres patentes portaient aussi qu'il aurait droit au titre de vice roi et gouverneur général de toutes les îles et terres fermes qu'il découvrirait, et que ces dignités seraient, transmissibles à perpétuité dans sa famille. La reine lui fit encore une faveur insigne en nommant son premier fils le jeune Diègo, page du Prince royal, avec une pension annuelle de neuf mille quatre cent maravédís. Cet honneur si envié n'était réservé qu'aux enfants des plus illustres maisons du royaume.

Le 3 août 1492, un vendredi, Christophe Colomb s'embarquait sur la *Santa-Maria* avec 60 hommes d'équipage.

Deux autres caravelles faisaient partie de l'expédition: la *Pinta*, Alonzo Pinzon, capitaine avec 30 hommes, et la *Niña*, capitaine Vincent-Yanès Pinzon.

Le 12 octobre 1492 on découvrit une île, et Christophe Colomb, qui avait de profondes convictions religieuses, remercia Dieu et, en signe de reconnaissance, donna à cette île le nom de Saint-Sauveur (San-Salvador), en indigène «Guanahani». Ce fut alors que Christophe Colomb fut quitté par le capitaine de la *Pinta*, Alonzo Pinzon. Ce dernier espérait que Christophe Colomb ne pourrait jamais revenir en Espagne et voulait s'attribuer tout le mérite de la première découverte.

Christophe Colomb eut à subir d'autre contretemps; une nuit, pendant qu'il s'était endormi, le navire la *Santa Maria*, ayant heurté un banc de sable, s'abîma et échoua. Colomb, fit alors opérer le transbordement dans la *Niña* de tout ce qu'il pouvait emporter, et après avoir fait construire dans l'île une maison, dont il donna la garde à quelques-uns de ses hommes, il mit le cap sur le Portugal et vint attérir au rivage de la Rastella, d'où il écrivit au Roi de Portugal pour obtenir de lui d'aller mouiller à Lisbonne. Le 8 mars, un messa ger du Roi vint le chercher, et le Roi Joan II le reçut comme un prince du sang, dans une villa de Valparaíso; puis il remit à la voile et le 13 mars 1493 il débarqua dans le port d'où il était parti sept mois douze jours auparavant, allant à l'inconnu.

De grandes fêtes furent données en son honneur et l'accueil qu'il reçut lui fit oublier les innombrables ennuis qu'il avait subis.

Sur ces entrefaites, on vit arriver à l'ancrage la *Pinta*, montée par Pinzon, qui espérait devancer Christophe Colomb; lorsqu'il aperçut flotter le pavillon amiral au grand mat de la *Niña*, il s'enfuit honteusement de peur d'être mis aux fers.

A peu de temps de là, Colomb reprit la mer, 28 mai 1493, sur la *Gracieuse Marie*: la première île qu'il décou-

vrit fut l'île Dominique, puis à sa suite plusieurs autres, il nomma la plus grande La Guadeloupe. Le 1^{er} août 1496, il quitta l'île de la Trinité pour rentrer en Espagne; la traversée fut des plus difficiles, il souffrit surtout de la sécherepe, et arriva le 25 septembre très malade, presque aveugle, mais ayant découvert le renflement équatorial et le grand courant océanique.

Les succès de Colomb ne firent qu'augmenter la haine de ses ennemis et l'on arriva, pendant son troisième voyage, à persuader à la Reine que, lors de son retour, Colomb avait fait cadeau, à différentes personnes, de quelques indigènes afin de les vendre à leur profit sûr les marchés de l'Andalousie. La Reine en fut outrée et fit publier un arrêt enjoignant de rendre tous les Indiens sous peine de mort; puis elle envoya Bobadilla comme commissaire enquêteur, muni des grades de Colomb; il chercha à prendre sa place et fit mettre Colomb en prison, les fers aux pieds, et le ramena dans cet état à Cadix, 25 octobre 1500; la Reine, prise alors d'un revirement subit, fit des excuses à Colomb et regretta très vivement sa conduite passée, mais un mois après il tomba malade. Il paraît avoir passé à Grenade toute l'année 1501, misérablement, complètement dépourvu d'argent et très en défaveur malgré l'accueil et les promesses qui lui avaient été faites par Ferdinand et Isabelle.

Enfin, il reprit la mer pour la quatrième fois, il avait alors 67 ans, le 11 mai 1502. Son voyage fut ^{un} moins long que les autres, cas sentant ses forces l'abandonner, il voulait revoir le sol natal. Le 7 novembre 1504, après une traversée des plus difficile, il arrivait en Espagne et avait le chagrin de voir mourir la Reine, minée par une longue maladie. La mort de sa bienfaitrice lui causa une peine violente, c'est alors qu'il demanda au Roi de concéder tous ses titres et pouvoirs à son fils. Le Roi lui promet, mais n'en fit rien, et Colomb mourut seul, abandonné dans une pauvre auberge de Valladolid, le 21 mai 1506.

Peu s'en fallut qu'il ne fut oublié complètement, et ces terres immenses qui, pendant longtemps, furent la richesse de l'Espagne, portent le nom d'un autre qui vint après lui, et qui ainsi, bénéficia de ses découvertes. Améric Vespuce, venu en seconde et même en troisième ligne, car Cabot aborda au continent avant lui, prit et garda pour lui toute la gloire en reléguant ses rivaux dans l'ombre.

Nous comparons, plus loin, les deux signatures de celui qui a fait la découverte de l'Amérique et de celui qui en a tiré gloire; Colomb et Améric Vespuce, navigateur florentin: 1451-1516 (1).

Améric signe simplement son nom Amérigo Vespugo, sans chercher à l'entourer de mystère impénétrable, mais c'est un prudent, il ne s'embarque pas sans biscuits, c'est-à-dire, sans avoir pris toutes ses précautions pour arriver au port, en bonnes conditions. Son nom est encadré entre deux petites toiles d'araignée, qui disent bien l'homme habile, qui sait entortiller son monde et en tirer tout le parti qu'il peut, dans son intérêt bien entendu, et si son avant-garde est bien établie, ses réserves sont sagement couvertes.

L'habileté pour lui n'exclut pas la vigueur et ses petits zigzags se terminent tous deux par un fort coup de glaire, qui tourne vers la droite, nous montre qu'il ne se tient pas seulement prêt à la défense, mais qu'il sait aussi prendre les devants.

Ce n'est pas un orgueilleux, un rêveur, ni un idéaliste; son nom commence par un petit *a*, un très petit *a*, il se fait tout menu et ainsi passe inaperçu; mais une fois arrivé il s'étale et la finale de son nom prend beaucoup plus d'importance, elle est au moins le double de l'*a*.

(1) Véase en las mencionadas *Cartas de Indias* el autógrafo de Amérigo Vespucci.

Toute l'écriture est fortement tracée, c'est plutôt un matérialiste qui ne cherche que les bénéfices pratiques. Mais les lettres bien nettement formées et claires disent l'intelligence et la lucidité d'esprit.

Nous trouvons donc bien là, dans l'étude du graphisme, le secret des faits intimes accomplis par les hommes qui ont eu un rôle actif dans l'histoire des peuples, et cette investigation amène sûrement à la vérification des forces, aussi bien que des faiblesses qui ont été la cause directe de leur gloire ou de leur chute.

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

BOSQUEJO HISTÓRICO-GEOGRÁFICO

SOBRE EL DERROTERO DE COLÓN POR LAS BAHAMAS Y COSTA DE CUBA

según las investigaciones de

LUCAS DE MILETO

1892

INTRODUCCIÓN

Así podrán servir perfectamente de instrucción y recreo á los eruditos y á los que tengan siquiera alguna *noble* curiosidad por las cosas grandos y heroicas (1).

RAFAEL MONTORO.

I

Noble curiosidad que en nosotros se traduce por el vivísimo deseo que nos anima en pro de un estudio que encierra un hecho simpático, y que viene á resolver la duda, siempre compañera de nuestras investigaciones y trabajos.

Si en la pobre y modesta esfera en que nos movemos, faltos de recursos y de conocimientos para emprender la tarea que nos hemos propuesto, hallamos inconvenientes é imposibles trabajos, ¿qué mucho que nuestros afanes y

(1) Del prólogo acerca del primer puerto visitado por Colón.—
H. Leiva.

desvelos no se tomen con la indulgencia que han menester, siquiera como la única recompensa que alcancemos en el mañana?

Nos hemos impuesto luchar, y lucharemos con la fe ciega del creyente, con la voluntad que nos sobra para acometer la obra y con la firme convicción del que, confiado en sus propias fuerzas, tarde ó temprano llega al final de sus deseos.

Nada valemós ni significamos. Pobres obreros de las letras, sin título oficial que nos autorice ni valimiento particular que nos escude, escribimos sólo confiados en la sinceridad de nuestras apreciaciones, que podrán ser erróneas, pero hijas del mejor deseo y de la noble curiosidad á que se refiere el Sr. Montoro. Dentro de dos puntos capitales comprendemos nuestro trabajo: primera tierra en que desembarcó Colón en las Bahamas, ó sea la verdadera *Guanahani*, y la primera tierra de Cuba que visitó, ó sea San Salvador.

Para ello hemos tenido que hacer un estudio minucioso de cuanto se ha escrito por historiadores como el célebre P. de las Casas, Navarrete, Irving, capitán Becher, Varnhagen, Fox, Antonio María Manrique, Herminio C. Leíva, sin omitir los trabajos de los Sres. D. Juan Ignacio de Armas y D. José Silverio Jorin y otros publicistas que directa ó indirectamente se han ocupado del asunto.

Desde luego, y sin grandes esfuerzos, nos ponemos en amigable consorcio con los distinguidos escritores Varnhagen y Manrique, y sobre todos, con el ilustre Fox, con los cuales, en más ó menos acertadas apreciaciones, resultamos conformes en algunos puntos.

Igual nos da seguir en el curso de nuestro trabajo al historiador Casas, que á Navarrete, por lo que se refiere al *Diario de Navegación*, y tanto es así, que nos ajustaremos á los dos al hacer nuestras afirmaciones, sin tener que enmendar posiciones geográficas y determinadas leguas achacándolas á errores que no se han cometido, y sin

valernos de la fantasía para resolver dudas que la misma fantasía ha creado.

No hay un solo historiador que no haya tomado de tal ó cual autor lo que le ha convenido para el derrotero seguido, y mientras unos le reducen á la isla *Guanahani*, otros, navegando á un rumbo determinado, han resuelto sus dudas de una manera peregrina y milagrosa.

Nosotros seguiremos un plan puramente práctico, sin crear lo que no existe; ó, por el contrario, omitiendo, que es matar lo que existe, ya se trate de vientos mencionados, leguas, puertos ó cabos.

No creemos necesario tampoco el historial que á guisa de prólogo nos dé á conocer los proyectos acariciados por Colón, ni sus viajes y estudios antes del momento histórico en que por primera vez pisó tierra americana.

Más modestos en nuestras aspiraciones, nos reducimos á los estrechos moldes de un Bosquejo Histórico-Geográfico, á partir desde la isla Guanahaní, ó sea del 11 y 12 de Octubre de 1492, al 5 de Diciembre del mismo año, en que abandonó á Cuba por su extremo oriental.

Quiera el Cielo apartarnos de todo error, y que nuestro Bosquejo, fruto de largas horas de vigilia, de estudio y de trabajo, no sea tomado como la pretensión ridícula del que, nada sabiendo, ha querido colocarse á la altura de los distinguidos publicistas de que se ha hecho mención, varones ilustres que, con su saber, tantos días de gloria han dado y dan á las tierras que les vieron nacer, sino, como antes hemos dicho y ahora repetimos, «noble curiosidad por las cosas grandes y heroicas».

*
* *

Hace tres años que nos propusimos escribir unos apuntes para la historia de este pedazo querido de *tierra colorada* que nuestros antepasados llamaron Santa Cruz de la Sabana del Cayo, y que hoy conocemos por San Juan de

los Remedios, y desde entonces venimos luchando para adquirir, ya de particulares como de archivos, todos los papeles que se rocen con el objeto propuesto.

No es del caso manifestar cómo vino á nuestro poder un documento del año 16..., en que el piloto mayor de la real armada de galeones, capitán Gaspar de Palacios, en unos informes sobre el Cayo Francés, puerto exterior de Remedios, designaba como *Boca de Carabelas* la entrada entre dicho Cayo Francés y el de Boca Chica, y esta sola circunstancia nos hizo entrar en estudio sobre el derrotero de Colón, que ha dado lugar al presente libro, quitándole al *Francés* toda la participación que en un principio supusimos.

Queremos hacer esta aclaración para satisfacer á algunos amigos, que con sus consejos nos han alentado en la obra emprendida, y como respuesta á los que, sin más títulos que su propia ignorancia, no han tenido reparo en establecer la broma, suponiéndonos, cuando menos, en un estado de demencia. Para los unos, nuestra gratitud y reconocimiento; para los otros, compasión, y para los que quieran apreciar nuestros afanes y desvelos, la súplica especial de que nos dispensen la benevolencia de que tanto necesitamos por tratarse de un trabajo superior á nuestras fuerzas y conocimientos.

*
* *

Hemos hecho cuantos esfuerzos nos ha sido posible para dar á Gibara la gloria de ser el primer puerto visitado por Colón, como lo han afirmado ilustres publicistas; pero ante la verdad histórica de los derroteros de las Casas y Navarrete, y siguiendo á punta de compás la navegación del insigne navegante, hemos tenido que renunciar, bien á nuestro pesar, á seguir las proposiciones de algunos escritores que nos han precedido en estos estu-

dios, para caer de lleno en el Puerto del Padre, como el San Salvador de Cuba, mucho más cuando todas las leguas de Colón, desde Guanahaní hasta el 5 de Diciembre, resultan conformes y no existe necesidad de invocar errores que no se han cometido, ya se tome por consulta uno ú otro derrotero. Lo cierto es, que llama la atención lo preciso de las leguas que señala en los diferentes lugares recorridos para contrastar notablemente con los mapas de la presente época, que ninguno, por cierto, se halla ajustado á las verdaderas longitudes y latitudes, salvo ciertos puntos principales.

Y prueba de ello son las leguas que anotó á Guanahaní (isla Acklin), las que le separaban de Fernandina (Long Island), las de esta isla, la distancia entre la punta N. de la Isabela (Fortuna) á la de Arena (grupo de Ragged) y las que señaló á las costas de Cuba; precisión que no hubiera llevado á cabo ninguno de los modernos marinos, validos de todos los instrumentos inventados y de que carecía Colón.

*
* *

Pensábamos en el presente trabajo refutar todos aquellos estudios que, según nuestras pobres observaciones, no se ajustasen al texto de la historia; pero hemos desistido, dejándolas para otra obrita que publicaremos en breve, si las circunstancias especiales en que nos hallamos desaparecen y quiere Dios ayudarnos en nuestras modestas investigaciones.

II

Unos autores suponen que sea la Guanahani de Colón la isla Watlings y otros la Tivica, Cat, Mariguana y Samaná, y esto mismo nos hizo apreciar que en la verdadera situación de aquélla, como en la de San Salvador de Cuba, existía una marcada confusión; confusión que para nosotros era más proporcionada desde el momento en que apreciábamos el valer y autoridad de que estaban investidos tan ilustres escritores.

Por rara casualidad vino a nuestro poder lo escrito por el honorable G. V. Fox, que mucha luz nos dió para emprender el trabajo; bendijimos su memoria y tuvimos lágrimas de cariñoso recuerdo hacia el querido maestro Dr. D. Juan Ignacio de Armas, de cuya biblioteca tuvimos la suerte de adquirir el libro del Sr. Fox, librería «La Poesía», calle del Obispo, núm. 135, Habana.

¡Cuántas horas nos pasamos en estudio y cuántas contemplando las marcas que en el libro se ven por la mano del Sr. Armas, acotaciones que para nosotros servían como la guía del ideal que buscábamos dentro del revuelto mar de dudas en que nos agitábamos!

Comenzamos teniendo por guía en primera línea al P. de las Casas, porque, según manifestación del Sr. D. José Silverio Jorrín, de los varios autógrafos inéditos de Cristóbal Colón (I), para nosotros una autoridad, aquél, las Casas, no extractó, sino copió al pie de la letra desde el 12 al 29

(1) Folleto dedicado por el autor al Sr. D. Juan Ignacio de Armas, que conservamos en nuestro poder.

de Octubre de 1492, y además lo escrito por Navarrete, sobre el *Diario de Navegación*, sin omitir todos los estudios necesarios al mejor resultado.

*
* *

Bueno es que conste que no pretendemos con nuestràs pobres y modestas observaciones refutar cuanto sobre el particular se haya escrito por los que se han ocupado de este asunto, por más que unos y otros estemos asistidos de iguales derechos para hacer el estudio con las consideraciones que resulten, según las impresiones y conocimientos que puedan concurrir al objeto propuesto.

LA ISLA GUANAHANÍ

Véase P. de las Casas, días 11
y 13 de Octubre. Navarrete, iguales
días.

Según el P. las Casas, el día 11 de Octubre navegaron al OSO. y observaron señales de la proximidad á tierra, tales como juncos verdes, palos, cañas y palillos, á lo que parecía con hierro labrados, y otro palillo cargado de escaramujos, y anduvieron ese día, hasta que el sol se puso, 27 leguas, ó sean 30,6 modernas.

Conociendo Cristóbal Colón estar muy cerca de tierra, lo uno por tan manifiestas señales, y lo otro por lo que sabía había andado de las Canarias, rogó encarecidamente que la noche del 11 se hiciese muy buena guardia en el castillo de proa, velando y estando muy sobre aviso para mirar por tierra mejor de lo que hasta entonces se había hecho.

La noche del referido día 11, después del sol puesto, navegó al O., la vía que siempre desde las Canarias trajo, y anduvo 12 millas por hora, y hasta las dos de la madrugada 90 millas, ó sean 22 $\frac{1}{2}$ leguas.

Es decir, que Colón á la puesta del sol del día 11 estaba á 22 $\frac{1}{2}$ leguas, más las dos que le faltaban para llegar

á tierra, á 24 $\frac{1}{2}$ leguas de la isla Guanahaní, que llamó de San Salvador, ó sean 28 leguas de las modernas, y que su navegación la hizo al O. desde la mencionada noche.

De consiguiente, Colón se encontraba al NNE. SSO., frente por frente al extremo E. de la isla Mariguana, y no es extraño que en esta posición, teniendo al SO. y SE. la referida isla Mariguana y la de los Caicos, viese, como se vieron, señales de tierra en los diferentes objetos arrastrados por las corrientes que siguen ese curso, y que sin duda procedían de aquellas islas.

Además, Colón en su rumbo al O. desde la noche mencionada, traía los vientos del primer cuadrante algo fuertes, por lo que se explica las 12 millas por hora que anotó, y con este antecedente tenemos que la lumbre ó candelilla que se alzaba y bajaba y que vió Colón, con los otros que menciona, á las diez de la noche, no podía ser de otro lugar que de la misma isla Mariguana, situada al O. de la nao á 5 ó 6 millas de distancia.

Las 22 $\frac{1}{2}$ leguas que se señalan recorridas por Colón desde la puesta del sol del día 11 resultan justas, puesto que desde las seis y media de la tarde, hora en que por esa época del año anochece por estas latitudes, hasta las dos de la madrugada en que Rodrigo de Triana descubrió la tierra, arrojan siete horas y media de camino que, multiplicadas por las 12 millas que hacía Colón por hora de camino, ofrecen las 90 millas mencionadas.

Los días de navegación á que se refiere el Sr. Navarrete concuerdan en un todo con los de las Casas respecto á los rumbos y trayectos recorridos, y, por tanto, no se nos ocurre observación alguna, porque demostrado queda que la navegación la hizo Colón al O. á las 24 $\frac{1}{2}$ leguas antiguas, incluídas las dos que le faltaban para llegar á tierra.

Hay que tener presente la variación magnética, que en aquella época la señala el Sr. Fox en un cuarto respecto

á la estrella Polar, y con este dato se observará que el rumbo del O. es perfecto en la navegación de Colón, dado el punto que señalaremos como isla Guanahaní.

*
* * *

Hemos dicho que Colón se encontraba á la puesta de sol del día 11 de Octubre de 1492 á 24 $\frac{1}{2}$ leguas antiguas ó 28 modernas de tierra, y que se hallaba, por tanto, frente por frente NNE. SSE. al extremo E. de la isla Mariguana, probablemente á 20 millas de la costa.

Pues bien, tómese ese rumbo al O., y á las diez de la noche resultarán corridas 42 millas antiguas, ó sean tres horas y media de camino desde la puesta del sol, seis y media de la tarde, á 12 millas por hora, lo suficiente para pasar á 5 ó 6 millas modernas del extremo O. de Mariguana, y observar, si nuevamente resultase, la lumbre ó candelilla descrita por Colón.

Continúese dicho rumbo, y á las dos de la mañana tendremos recorridas en cuatro horas 48 millas antiguas, ó sean 13,5 leguas modernas, y nos encontraremos á dos leguas, 2,2 modernas, frente por frente de la isla de Acklin y de la laguna que tiene en su centro, y á 6 millas modernas SE. de la punta Creek, (punta de la Cala) y parte de costa que se corre al SO., primera parte de tierra vista por Rodrigo de Triana á las dos de la madrugada del repetido día 11.

Sabido es, si no por la teoría, á lo menos por la práctica, que en noches oscuras á las 5 ó 6 millas de la tierra se presenta ésta como un nubarrón, creyéndose las más de las veces que sólo se está á una distancia máxima de media ó una milla.

No hay motivo, por tanto, para creer que Colón y su gente, á las diez de la noche y dos de la madrugada, vie-

sen tierra de Mariguana y de los cayos Planas y Acklin, en otra forma que la manifestada, ó sea hasta la punta de Creek, de donde se hallaban á 6 millas modernas, para poder ser vistas.

Las dos leguas antiguas y las 2,2 modernas que les separaba de la tierra pueden considerarse, como se ha dicho, hacia la costa de dicho Acklin, que se corre de NE. á SO., tomando por base la mencionada laguna, frente á la cual desembarcó Colón hacia la punta de Creek.

Y tenemos esta creencia porque por hecho providencial Colón vino precisamente á entrar por el abra, canalizo ó boca de media milla de la bahía de Abraham, única entrada que tiene dicha isla de Acklin, pues toda en su parte E., punto principal que nos interesa, está rodeada de bajos ó arrecifes que no se ocultaron á Colón, y él mismo manifiesta que temía el acercarse á tierra por una gran restinga de piedras que cerca toda aquella isla, y deja entre medias hondo y puerto para cuantas naos hay en toda la cristiandad: la entrada de ella muy angosta.—Bahía de Abraham.

*
* *

Persuadidos como estamos de que sea la isla Acklin la Guanahaní de Colón, demostraremos hasta donde podamos los fundamentos que tenemos para nuestra creencia.

Dice el P. de las Casas que venido el día llegaron los navíos á la tierra y anclados vieron la playa toda cubierta de arena y llena de gente.

Que la tierra era una isla de 15 leguas de largo, poco más ó menos, toda baja y sin montaña alguna, como una huerta llena de arboleda verde y fresquísima, y que en medio de la isla estaba una laguna de buena agua dulce, de que bebían.

Colón, sin duda alguna para tomar tierra, entró por la boca de la bahía de Abraham, que despidió al N. y S. de la parte del E. de la isla de Acklin un arrecife, apartado de la tierra desde un cuarto á una milla moderna, y desembarcó en la mañana del 12, probablemente frente al centro de la laguna, que se halla en esa situación, separada de la costa á una distancia máxima de 200 metros.

Cayo Acklin por la costa del E. se corre primero de N. á S., tomando algo del E. hacia la punta de Creek, (Cala), y después continúa al SO. por una distancia en toda su costa de 47 millas modernas, ó sean 15,2 leguas que poco más ó menos, como dice las Casas, vienen á ser las 15 leguas antiguas de largo que Colón calculó á su Guanahaní.

La gran laguna de referencia, que llamaremos de Colón, se confirmó ser la misma, pues mide de largo 2 1/2 millas.

La tierra de Guanahaní, (Acklin), ciertamente es baja y sin montaña alguna, llena de arboleda verde y fresquísimas, sin que ningún otro detalle venga á entorpecer ni á desfigurar lo descrito por Colón en su *Diario de Navegación* para no creer que sea Acklin la primera tierra que descubrió.

Navarrete, en su Diario, está conteste con el de las Casas, y de consiguiente, no tenemos por qué, por ahora, hacer referencia alguna, puesto que si bien no señala las leguas que de largo tenía Guanahaní, dice:

«Esta isla es bien grande.»

*
* *

Ahora bien, en cualquier situación geográfica, hacia el E. de la isla Watlings, Cat, Caicos y á 84 millas de la costa, ¿caben las señales de tierra descritas por Colón?

Y cuando así fuese, ¿qué lumbré ó candelilla pudo ver

Colón á las diez de la noche, á 15 leguas modernas de la tierra que descubrió el 12 á las dos de la mañana, cuando no existe ninguna otra tierra próxima al rumbo que traía?

Dejemos esto para las refutaciones que haremos en un libro aparte, y con ello ofreceremos mayor claridad en el curso de este trabajo.

*
* *

Respecto á la legua usada por Colón, no tenemos reparo en aceptar lo manifestado por el Sr. D. Juan Ignacio de Armas, porque á su reconocida competencia, saber y estudios reúne igual apreciación y motivos que los que nosotros hemos tenido para aceptar la legua de 70 millas en grado ecuatorial, y antes que nosotros el Sr. Leiva, que copiando al Sr. Armas se expresa así:

«Para Colón un grado de la equinoccial no tenía más que $56 \frac{2}{3}$ millas, según expresa en la narración de sus viajes tercero y cuarto. Tenía tanta fe en esa medida, hallada por el astrónomo árabe Mahomed-Ab-Fergani, vulgarmente Alfragano, que asegura que su exactitud podía tocarse con el dedo. Pero entre los marinos españoles y portugueses se daban á cada grado 70 millas, que hacen $17 \frac{1}{2}$ leguas castellanas, frases de Gomaro, Ind. 8, en las cuales se echa de ver también que á cada legua corresponden 4 millas.

»Ahora bien, ¿de qué legua podía servirse Colón al mando de marinos españoles y en una empresa oficial sino de la misma que usaban los Pinzones, Niño, Juan de la Cosa y los demás navegantes de aquel tiempo? Era ésa la legua legal española de 15.000 pies, ó sean 5.000 varas. Para medidas de tierra se dividía en tres millas, para medidas de mar en cuatro, etc.

En efecto, creo que tiene razón el Sr. Armas en lo que

acabo de copiar, y tanto más estoy conforme con él sobre ese particular, cuanto que si se traduce en líneas geométricas el *Derrotero de Colón* sobre una carta del Océano Atlántico, tomando por base la legua de $56 \frac{2}{3}$ millas, el último rumbo navegado el 11 de Octubre resulta finalizar más allá de la Florida, lo cual prueba evidentemente que no pudo ser ésa la legua que usara el Almirante en sus viajes por estos mares, á tiempo que si se practica la misma operación con la legua de 70 millas, usada por los Pinzones, dicho rumbo viene á terminar sobre Las Lu-cayas próximamente. En vista, pues, de todo lo expuesto, creo que es de aceptarse la repetida legua de 70 millas al grado ecuatorial, sin reparo de ninguna clase.

No sólo los cuadrantes de aquel tiempo medían la doble altura, como dice el Sr. Navarrete, sino que las cartas geográficas acusan una escala de 35 millas por grado, que justamente resultan las 70 millas que hemos aceptado al grado ecuatorial.

*
* *

DÍA 13 DE OCTUBRE

Sábado, pues, muy de mañana apareció la playa de Guanahaní llena de gente y canoas que venían á curiosar á los barcos de Colón, y como los indios traían en las narices algunos pedacitos de oro, preguntóles el Almirante por señas en dónde había de aquello, y por señas dieron á entender—las manos servían aquí de lengua—que yendo al S. ó volviendo la isla por el S. encontrarían un Rey que tenía muchos vasos de oro, á lo que entendió el Almirante que yendo al S., al SO. y NO. encontraría tierras, y á ellas acordó dirigirse en busca de oro, si bien

no llevó á cabo sus proyectos por esos rumbos, como se dirá.

Esta sola manifestación es suficiente para señalar á Cuba como la tierra del S. donde hallaría oro, y que la isla en que se encontraba Colón no podía ser otra que la de Acklin, situada á 25 millas modernas del extremo S., bahía de Abraham, puesto que para encontrar al Rey de los vasos de oro tenía en semejante situación que ir al S. ó volver la isla por el S.

Por otro lado, fácil es reconocer las tierras de la parte del NO., que combatían á los indios de Guanahaní, ya se llamen Fortuna, Crooked, Long Island, Rum, Watlings y Cat, como fácil le era á Colón estando en la Acklin navegar al SO. para visitar la tierra del S. ó del SO., puesto que tiene esa dirección la referida costa de Acklin.

Datos son éstos que no pueden precisarse, ya se trate de Watlings, de Cat y demás que se suponen la Guanahaní de Colón, porque ninguna tiene tierras vecinas al NO., ni ofrecen una navegación tan marcada á los rumbos S. y SO. como la de Acklin.

*
* *

DÍA 14 DE OCTUBRE

Se confirma, pues, siguiendo á las Casas, que Colón partió de la bahía de Abraham y navegó por lo largo de la isla rumbo al NE. para ver la otra parte de ella que estaba al E., y cuya parte comienza en el cabo Creek y se extiende N. á S. 13 millas modernas hasta el extremo más setentrional de dicha costa.

En el Diario de Navarrete se lee:

«Para ver la otra parte, que era de la otra parte del E.,

qué había», y algunos autores erróneamente han supuesto que esta *otra parte* era el O., afirmación que no cabe si se hubiese tomado por punto de partida la verdadera isla Guanahaní y no, por ejemplo, la Watlings y otras.

Se sabe que Colón fué un experto marino, y no es posible admitir que estando en un punto determinado cuya costa se corriese de N. á S. tuviera necesidad de hacer referencia al O. en la forma que se supone, y si tal manifestación hizo, no cabe duda que fué para ver la otra parte del E. que se corría de N. á S., puesto que al E. se encontraba con la costa corrida al SO.

La isla Acklin se encuentra rodeada de los arrecifes á que se refiere Colón, como ya hemos manifestado, así como la entrada y puerto de la bahía Abraham, que queda mencionada, y en la que cabrían todas las naos de la cristiandad, única por la cual podía llegar á tierra, y así se explica que habiéndose apartado de ella no pudiese llegarse á tierra como los indios le pedían.

Colón llegó al cabo de Creek, que forma ciertamente el pedazo de tierra ancho en lo que salía y angosto al hilo por el cual salía, que en dos días pudiera atajarse y hacerse isla, y frente á él parece que estuvo fondeado en sus propósitos de buscar un punto para hacer fortaleza.

De allí alzó las velas y comenzó á ver muchas islas, (los cayos Planas), y se dirigió al extremo N. de la isla Acklin, de donde divisó la costa N. de la misma Acklin y Crooked, que llamó de Santa María de la Concepción, distante si se quiere las 50 1/2 leguas antiguas que manifestó Colón, tomándose la distancia del punto en que se hallaba éste al extremo N. de Acklin.

*
* * ,

Tiene esta isla Acklin en su abono, para ser la Guanahaní de Colón, las cinco leguas que de N. á S. le señala Colón en su parte E. á contar hasta el cabo de Creek, las 15

leguas de costa que no reúne ninguna de las otras, y por último, como dato precioso, la anotación del día 20 de Noviembre, en que manifestó Colón que se hallaba á 12 leguas de la Isabela, (Fortuna) 13'6 modernas, y que no quería ir allá porque no se le fuesen los indios que había tomado en San Salvador, (Guanahani), que estaba de ella 8 leguas, 9'1 modernas, distancias que resultan conformes con Fortuna y Acklin.

Más aún: Colón el 18 y 19 de Octubre, porque los indios que había tomado en la primera isla Guanahani, ó San Salvador, le decían y afirmaban por señas que la isla de Samoeto, *que atrás quedaba*, era más grande que la Fernandina (Long Island) y que debían volverse á ella, acordó el Almirante dar la vuelta hacia el E., y así alzó las velas y volvió á Levante.

¿Cómo, pues, Colón se vuelve atrás navegando al E.?

Porque del E. había venido y á ese rumbo le quedaban las islas descubiertas.

Para volver atrás, suponiendo á Watlings, Cat ú otras islas la Guanahani, otros hubieran resultado su derrotero y descubrimientos.

En el mapa del piloto Juan de la Cosa, del año 1500, encontramos una isla que titula Guanahani, situada á lo largo de E. á O. á los 48 grados de latitud, 24 modernos, y por esta sola circunstancia algunos autores opinan que la Guanahani de la Cosa sea la de Colón, teniendo en cuenta la situación que la misma ocupa y los fundamentos en que se basan, que desde luego no podemos aceptar: primero, porque la actual Watling tomada como la Guanahani de Colón no está conteste á lo que arroja el *Diario de Navegación* de las Casas y Navarrete, y segundo, porque la Cosa no vino con Colón en su primer viaje, y si bien después recorrió las Bahamas y pudo hacer correcciones en su carta de 1500, las hizo teniendo por guía las de Colón, que copió de una manera exacta en todo lo demás, menos á un punto capital que por desgra-

cia ha sido alterado, intercalando otras islas que no visitó Colón.

Y si de estos datos nos fuésemos á guiar, nosotros presentaríamos el mapa de Diego Rivero del año 1529, en que sitúa á Guanahaní próxima á Maygua, viniendo a ser las Acklin y Mariguana modernas.

No pretendemos ni queremos entrar en un examen minucioso de las cartas geográficas modernas y antiguas que hemos consultado, porque sería para nosotros caer en otro estudio que no aceptamos por ahora, bastándonos sólo lo que arrojan los *Diarios de Navegación* de las Casas y Navarrete y el mapa de la Cosa que todos invocan.

De lamentarse es que notables geógrafos é ilustres publicistas, fijándose sólo en el mapa repetido de la Cosa, hayan omitido y pasado por alto lo descrito en el *Diario de Navegación* de los autores mencionados, que bajo ningún concepto puede adaptarse á unas islas, Watlings, Cat, etc., que rechaza el texto de la historia.

Para mayor claridad copiamos á continuación la descripción de la isla Acklin que hace el Derrotero de las Antillas.

*
* *

ISLA ACKLIN

«La isla Acklin, la más considerable del grupo, se halla separada de la Crooked por un somero canalizo de 2,5 millas de ancho que puede vadearse á bajamar; se tiende próximamente 45 millas de NE. á SO. con un ancho variable de 1 á 5 millas, si se exceptúa su extremo septentrional, que se extiende 12 millas de N. á S. y 8 de E. á O.; presenta su costa septentrional, que es sucia en general y guarnecida de sonda 2 cables, corrida de O. á E. en

distancia de 9 millas hasta la punta NE., que se halla á 28 millas al E. 8° al E. del islote del Desemboque; de dicha punta NE. despide á 4 millas hacia el NE. y á poco más hacia el E. un placer con 8 á 22 metros de agua, en el que á 25 cables del veril á 4 millas al S. 72° E. de la expresada punta y á 10° al ONO. de la cabeza NO. del arrecife del extremo septentrional de la Plana occidental hay un manchón de piedra como de 2 cables largos de extensión, que generalmente rompe; termina á la banda oriental por una costa, que primero con algún seno corre 12 millas al S. 5° E.; toda ella sucia á media milla á la mar hasta la punta de la Cala; luego se tiende muy peligrosa 15 millas SSO., formando la ensenada de Abraham; finalmente serpentea al SO. en distancia de 20 millas y está limitada á la banda opuesta por un litoral de contorno irregular y sólo accesible á pequeñas embarcaciones.

«La costa oriental de Acklin ofrece como á dos millas de la punta NE., y por dentro del arrecife, una poza que suelen utilizar los raqueros; como á nueve millas al SSO. de la punta de la Cala, en cuyas inmediaciones dista poco más de una milla de la costa opuesta, forma un desabrigado fondeadero, que se toma por un quebrado que hay enfrente de la ensenada de Abraham, cuyas proximidades son tan peligrosas que vale más mantenerse muy lejos de ella; y á 19 millas al SO. de dicho quebrado y á seis millas del ENE. de la punta meridional, presenta, al pie de una cadena de cerrillos de 50 metros de alto, el Frontón ó Morro del Sur.

»Los vientos dominantes en el grupo de Crooked son los generales del NE., si se exceptúa desde Octubre hasta Abril, estación que se considera como invierno, y durante la cual el tiempo es muy variable y suelen experimentar-se algunas noroestadas.»

DÍA 15 DE OCTUBRE

Colón manifiesta en este día que la costa de Guanahani, que se corría de N. á S., tenía cinco leguas, que son precisamente exactas, de la punta de Creek á la punta del NE. de Acklin, y que la otra costa que se corría de E. á O. tenía diez leguas, que vienen conformes á la parte N. de la Acklin y Crooked.

Al ponerse el sol, el lunes 15 de Octubre, llegó al cabo O. de la isla Crooked, que llamó Santa María de la Concepción, desembarcando en la mañana del 16 y tomando posesión en nombre de los Reyes de Castilla.

La simple lectura del Derrotero nos demuestra que la isla Crooked resulta ser la Santa María de la Concepción mencionada por Colón, como la que divisó de San Salvador, á cinco leguas, viniendo á comprobarlo también las ocho ó nueve leguas antiguas á que manifiesta el Almirante vió una isla al O. que se corría de NO. á SE., ó sea la isla de Long Island, que llamó la Fernandina y que también es conteste al Derrotero.

*
* *

DÍAS 16, 17 Y 18 DE OCTUBRE

Colón se encarga de describirnos á Fernandina (Long Island) diciéndonos que es una isla desviada de la Santa María ocho leguas casi O., y que toda la costa se corre de NO. á SE., y que vió más de 20 leguas, y que allí no acababa, y después, describiendo un maravilloso puerto

con las bocas de entradas, nos presenta al puerto de Clarence, cuya costa, como indica Colón, ciertamente se corre de E. á O.

*
* *

DÍAS 19, 20, 21, 22 Y 23 DE OCTUBRE

Porque los indios que había tomado en la primera isla Guanahaní, ó San Salvador (Acklin) le decían y afirmaban por señas que la isla Samoeto que atrás quedaba, era más grande que la Fernandina (Long Island) y que debía, de volver á ella, acordó el Almirante dar la vuelta hacia el E., y así alzó las velas volviendo al Levante, enviando la carabela *Pinta* al ESE., la *Niña* al SSE., y él, con la capitana, al SE., y después de andar tres horas vieron una isla al E., sobre la que descendieron, llegando al mediodía á la punta del N., á donde hace un isleo, de la isla Fortuna, que Colón llamó la Isabela.

De esta punta N. reconoció las restingas de piedra que existen á la parte de afuera de Fortuna, entre ella y la Crooked, que llamó de Santa María, y que señala el *Derrotero de las Antillas*, y calculó la posición EO. que estaba Fernandina (Long Island,) la corrida de costa de Crooked y Acklin en sus partes S., que señaló en 12 leguas, que resultan conformes.

Navegó hacia la parte O. de Crooked, hasta el cabo que llamó Hermoso, seguramente Punta de Landrail, que ciertamente es redondo, con buen calado, sin bajos fuera de él, pero con el comienzo de piedra, bajo y playa arenosa, reconociendo después á la parte NE. la gran angla, ó punta de tierra que despide la isla Crooked, sin omitir los altillos que observó, que afirman ser la isla Crooked de la que se trata.

Por angla entendemos una punta de tierra, según los diccionarios antiguos que hemos examinado, y de ninguna manera un canalizo ó pasa, como dicen algunos.

Cabo de la Laguna llamó Colón al extremo SO. de la isla Fortuna (la Isabela) y de allí quiso navegar al NE. y al E., cosa que le fué imposible por el poco calado que halló, lo que comprueba que se encontraba en el gran bajo formado por las islas Acklin, Fortuna y Crooked; volviendo nuevamente al cabo del isleo ya indicado, N. de Fortuna, donde después de esperar en balde al Rey de las islas, tomó rumbo el 24 á medianoche para ir á la isla de Cuba.

En la relación del día 19 de Octubre dice Colón: «Este á quien yo digo cabo Fermoso creo que es isla apartada de Saometo», y parece como rara casualidad que no pusiese nombre á una isla que visitaba cuando lo había hecho con las otras.

¿Cómo, pues, Colón, sabiendo como sabía que la isla Isabela (Fortuna) era otra isla diferente á la en que se encontraba el cabo Fermoso (isla Crooked) no se ocupó de darle nombre á esta última? Porque sabía perfectamente que el mencionado cabo era de la Santa María de la Concepción que ya había visitado el día 15 por su parte N., y por esta sola circunstancia se explica una omisión que no pudo ocultarse al insigne navegante, que todo lo veía y anotaba.

*
* *

DÍAS 24 AL 27 DE OCTUBRE

Dice las Casas que el martes á medianoche alzó las velas y comenzó á navegar al OSO. y anduvo el miércoles poco porque llovió, y lo mismo el jueves 25 de Octubre, y

que hasta las nueve del día navegó 10 leguas poco más, 11'3 modernas.

Que después de las nueve en adelante mudó el camino al O. y anduvo hasta las tres de la tarde 11 leguas, 12,4 modernas y entonces vieron á 5 leguas de distancia, 5,5 modernas, 7 ú 8 islas de N. á S., á las que llamó Colón, por el poco fondo, las islas de Arena.

De consiguiente, tomando el rumbo al anochecer del miércoles, en que Colón manifiesta que se hallaba á 7 leguas, 8 modernas, del cabo Verde de la isla Fernandina, y siguiendo su navegación al OSO., á partir del cabo del Ísleo, extremo N. de Fortuna, nos encontraremos á las nueve del día 25 N. á S. con el referido cabo Verde, después de haber navegado 10 leguas, 11,3 modernas.

Continuando la navegación desde las nueve del día 25 de Octubre con la mudanza de rumbo que hizo al O. después de haber navegado 10 leguas, 11,3 modernas, encontraremos que á las tres de la tarde recorrió Colón 11 leguas antiguas ó 12,4 modernas, viniendo á situarse á distancia de 5 leguas antiguas, 5,5 modernas, de las 7 ú 8 islas de N. á S. que llamó islas de Arena, y que sin duda alguna vienen á ser las islas Ragged, Hog, Maccock, Ro-coom, etc.

Por el *Diario de Navegación* de las Casas aparece que Colón, á los vientos O. y SO. navegó, desde el cabo del Ísleo hasta las islas de Arena, contando las 5 que le separaban, 27 leguas antiguas, ó sean 29,5 modernas; resultan conformes á las leguas que en líneas geométricas hemos desarrollado en diferentes mapas.

Ahora, respecto al *Diario* de Navarrete, existe completa conformidad con el de las Casas, puesto que manifiesta haber andado Colón hasta las nueve de la mañana del jueves 25 las leguas siguientes: 2 en la noche del miércoles y 5 después del sol salido hasta las nueve del 25, que hacen 7 leguas antiguas; pero como no precisa las andadas desde la medianoche del martes 24 ni las del miérco-

les 25 hasta que anocheció, y sólo expresa que estuvo en calmas y que anduvo poco, hay que tomar la situación NO. del cabo Verde que anotó, para venir en conocimiento de que, desde su partida del cabo del Isleo á la salida del sol del jueves 25, sólo tenía andadas tres leguas, lo que no es extraño, pues la noche anterior sólo anduvo dos, viniendo á completar diez leguas antiguas las navegadas al rumbo SO. hasta las nueve de la mañana del jueves 25, iguales á las señaladas por las Casas; resultando también contestes las 44 millas andadas al O. hasta las tres de la tarde del repetido jueves 25, en que á 5 leguas de distancia divisó las islas de Arena, que hacen el total de las 26 leguas antiguas, 29,5 modernas.

Vistas por Colón las referidas islas de Arena, él mismo manifiesta que estuvo en ellas por la parte S., y que en 5 ó 6 leguas todo era bajo.

Esta sola manifestación nos demuestra que el Almirante visitó la parte S. del grupo que comienza de S. á N. con la pequeña Ragged, y que reconoció toda esa parte del banco en 5 ó 6 leguas, que ciertamente es bajo, como observó, y sin que deje duda que fué su situación para dirigirse á las venturosas playas de Cuba.

* *

Salido el sol, levó anclas de las islas que llamó de Arena, y con rumbo al SSO. hacia Cuba, anduvieron, hasta ponerse el sol del día 27, 17 leguas antiguas, ó sean 19,3 modernas. De consiguiente, nosotros suponemos que Colón partió del extremo S. de las mencionadas islas de Arena, no precisamente de la pequeña Ragged, sino del intermedio de las 6 leguas que reconoció de poco fondo en el banco, puesto que dudoso parece que después de haberse ausentado de dicha isla y de reconocer 5 ó 6 leguas volviese á ella para tomar rumbo que no necesitaba,

mucho más teniendo en cuenta la época de calmas que atravesaba, que no le obligaban á buscar fondeadero. Bajo este supuesto y siguiendo el rumbo SSO. que hizo al anochecer del día 27, vieron tierra, seguramente la comprendida hasta la ensenada de la Herradura, y cuando más hasta punta de Mangle, y sosteniéndose al reparo, como indica, toda la noche del sábado, por la mañana y con rumbo al SSO. se dirigieron á las tierras más cercanas, entrando en Puerto del Padre.

Si Colón al partir de las islas de Arena hubiese hecho otro rumbo más al S. ó al E. de la isla de Cuba, matemático hubiera sido que hubiese pasado á 5 ó 6 millas del cayo Santo Domingo, que presenta en el centro un mogotito de 18 pies de altura que puede avistarse y hemos avistado á 8 millas desde el castillo de proa, y que en su Diario algo hubiese indicado él, que se encontraba ávido de descubrimientos. Este hecho, de suma significación, viene á demostrarnos que la flotilla del Descubridor se apartó del cayo Santo Domingo cuando menos 20 millas modernas, porque de otra manera algo hubiese anotado que en la actualidad serviría para los trabajos que se practican.

SAN SALVADOR DE CUBA

DOMINGO 28 DE OCTUBRE

PUERTO DEL PADRE

En la mañana del domingo 28 de Octubre y al SSO. tomó Colón la tierra más cercana y entró en un río, puerto muy hermoso y sin peligro de bajos, manifestando que toda aquella costa era honda y limpia, hasta dar en la tierra, y que la boca de entrada tenía 12 brazas, que era bien ancha para barloventear, y que tenía dos montañas hermosas y altas. Y sigue la minuciosa descripción que hacen las Casas y Navarrete.

Situado Colón en la altura de la ensenada de la Herradura, seguramente á su extremo E., tomó el rumbo del SSO., como manifiesta, entrando por el puerto del Padre, que describe con toda precisión, señalando las dos montañas que hoy sirven de derrota, y que, tomando el cañón de entrada, surgen á la distancia de un tiro de lombarda en dirección al O.

Mas no demos importancia á los dos montecillos y á la mezquita que aparece figurar, ni á las condiciones de calado y de sus orillas limpias y hondables, y fijémonos en la descripción cuando el Almirante saltó en su barca, y

visitando aquellos lugares halló *tierra de puertos maravillosos y grandes ríos*, etc., y encontraremos que ninguno otro puerto llena las condiciones descritas que el del Padre, puesto que los otros que le son próximos, como, por ejemplo, el de Gibara, consiste en una concha próximamente circular, sin que contenga dentro los *puertos maravillosos* de que nos habla Colón, como resulta con el del Padre.

Además, tómese cualquier rumbo desde la Pequeña Ragged, más al E. ú O. hacia el S. ó SSO., y dígasenos cómo Colón, al avistar tierra de Cuba, se dirigió al SSO. para entrar en el puerto que describe, y que éste fuese Gibara, porque lo cierto parece que, habiendo recalado el Genovés en la costa comprendida entre Punta de Mangles y la Herradura, hiciera SSO. para tomar costa de Cuba, y resultase á ese viento los puertos que le quedaban al SE., según la configuración de esa parte de tierra.

Y si todo esto no bastase, ya que todos se fijan en el mapa de Juan de la Cosa del año de 1500 por la situación que hace de Guanahaní, nosotros, valiéndonos también de tan valioso documento, hacemos constar que en la referida carta se señala el Puerto del Padre como al San Salvador de Cuba y otros de que nos ocuparemos y que resultan colocados de una manera precisa y notable.

Teniendo, pues, en cuenta los derroteros de las Casas y Navarrete, de que hemos hecho mención, no tenemos reparo en afirmar que el Puerto del Padre, como dice el Derrotero de las Antillas, ó Puerto Padre, como otros escriben, sea el verdadero San Salvador de Cuba, descubierto por Colón en el memorable día 28 de Octubre de 1492.

*
* *

LUNES 29 DE OCTUBRE

Dice el *Diario de Navarrete* que «alzó las anclas de aquel puerto—Puerto del Padre—y navegó al Poniente para ir diz que á la ciudad donde le parecía que decían los indios que estaba aquel Rey. Una punta de la isla le salía al NO. 6 leguas de allí, otra punta le salía al E. 10 leguas; andada otra legua vido un río, no de tan grande entrada, al cual puso por nombre el río de la Luna.»

Las Casas sólo se limita á manifestar que el lunes 29 de Octubre alzó las velas y navegó al Poniente, etc., y que fué por la costa abajo y vido una legua de allí un río no tan grande á la entrada como el de arriba, el cual llamó río de la Luna.

* * *

Por lo pronto llama la atención, en el derrotero de Navarrete, que el Genovés designara como isla á Cuba, que aún no conocia, y cuya creencia era de que fuese tierra firme, y de lamentarse es, por otro lado, que las Casas desde el 29 extractase el *Diario* y no nos diera á conocer las leguas navegadas por Colón hasta el puerto de Mares, para con este dato preciso encontrar la verdadera situación de los puertos á que se refiere.

Mas no siendo esto óbice á la continuación del trabajo que nos hemos propuesto, aduciremos las razones en que nos fundamos para designar el *Puerto de la Luna*.

La punta que le salía al NO. á seis leguas—6,6 modernas del puerto de San Salvador—Puerto del Padre—es á nuestro parecer la punta Brava que se encuentra á dos millas de Manatí, y el *Puerto de la Luna*, el de Nuevas

Grandes, distante próximamente una legua de dicha punta, y cuya costa, como señaló Colón ciertamente, se corre al NO. en la distancia que indica, siendo de presumir que la navegación fuese separada de la costa cuando menos tres millas, teniendo en cuenta el arrecife que festonea toda esa costa.

Además, si observamos el mapa del piloto Juan de la Cosa, obtendremos que la situación que señala al río de la *Luna* es conforme al puerto de Nuevas Grandes, el que, como llevamos dicho, tiene todas las probabilidades de ser el visto por Colón en el mencionado día 29.

La otra punta que le salía al E. 10 leguas—11,3 modernas—resulta ser la punta de Sanzá, que enclava perfectamente la situación del Puerto de San Salvador de Cuba, ó sea Puerto del Padre.



Concluye la relación de este día manifestando que anduvieron hasta horas de vísperas y que vido otro río mucho más grande que los que había visto y al que puso por nombre *Río de Mares*.

Con el rumbo seguido desde Puerto del Padre fácil es colegir que á hora de vísperas podía hallarse, como se hallaba, en el puerto de Nuevitas, que llamó de Mares, viniéndolo á confirmar la exacta descripción que hace de aquellos contornos el Almirante, las montañas redondas, que hoy se conocen por las isletas de los Ballenatos, el cabo llano de la parte del ONO., y, por último, la situación que da á puerto de Mares el mapa ya repetido de Juan de la Cosa, conforme en un todo al puerto de Nuevitas, ó sea Río de Mares de Colón.

Y como cuanto pudiésemos nosotros manifestar lo ha

hecho con suma competencia el distinguido escritor Antonio María Manrique, copiamos á continuación sus juiciosas observaciones, que dicen:

*
* *

«Colón continuó navegando hasta la hora de vísperas, en que descubrió otro río mucho mayor que los anteriores, cerca del cual había poblaciones. Dióle el nombre de *Río de Mares*.

»Nos dice que en este río podían voltejear los navíos para entrar y para salir. No que podían *barloventear*, como indicaba hablando del puerto de «San Salvador», y que había un fondo de siete ú ocho brazas hacia la embocadura y cinco al interior, que «Río de Mares» contenía dos montañas redondas á la parte del SE. (72), y que descollaba una eminencia á propósito para construir en ella una fortaleza y fundar una villa; añadiendo que el río desagüaba en un gran lago salado que formaba un profundo y seguro puerto de orillas hondables y limpio de escollos.

»De este puerto se hace mención también en aquella carta que dirigió Colón á Santángel, pues se lee en ella lo siguiente: «...y volví atrás fasta un señalado puerto, de adonde envié dos hombres por la tierra para saber si había *Rey ó grandes ciudades*».

»Ahora bien, ¿en dónde se sitúa este *Río de Mares*? El Diario no precisa la distancia á que estuviese desde el puerto de «San Salvador», pero no es necesario ser tan sagaz para comprender que por sus especiales circunstancias no se trata aquí de otro puerto que no sea la bahía de Nuevitas, pudiendo muy bien asegurarse que aun cuando el derrotero no lo haya relacionado detalladamente con las otras bocas de ríos que Colón iba reco-

»riendo, aun cuando no se cite en el Diario una distancia
»expresa, basta hacerse cargo de que era de todo punto
»imposible que éste siguiese adelante el costeo sin visitar-
»le, sin penetrar en la notable bahía y describirla minu-
»ciosamente. Y también era imposible que no la designase
»con un pomposo nombre, como el tan significativo y
»adecuado de «Río de Mares», puesto que el canalizo de
»entrada llamado *rio* por Colón, está comprendido entre
»dos mares: el mar propiamente dicho y la vasta bahía
»que parece un pequeño mar.

»En efecto, uno de los puntos más interesantes de esa
»costa es, sin duda alguna, el puerto de Nuevitas; puerto
»que, según he dicho antes, no podía escapar á la pene-
»trante mirada del inteligente marino, explorándolo con
»ávida curiosidad. Era imposible, repito, que al descubrir
»el Almirante ese magnífico cañón, que forma la entrada
»de la bahía, y que tanto se parece á un río, no sintiese
»deseos de penetrar por él hasta llegar al espacioso puer-
»to que con sobrados títulos, en unión tal vez del río Sa-
»ramaguacán que recibe, esperaban ser bautizados con
»nombre tan significativo.

»Es, pues, incuestionable que la espléndida bahía de
»Nuevitas se ajusta perfectamente á la descripción del
»Diario del Almirante, en cuyo documento se mencionan
»hasta aquellas mismas montañas que contiene, ó sean
»los islotes que hoy se conocen por el nombre de los *Ba-*
»*llenatos*, presentándose altos por el E. y con declive al O.

»La magnífica bahía alcanza unas 15 leguas de contor-
»no y tiene acceso, como va dicho, por un cañón tortuoso
»y angosto, de más de cinco millas de longitud, que me-
»rece la atención del viajero. Tal es la bahía que descri-
»bió el Almirante con toda propiedad para que no se pue-
»da confundir con otra entrada de esa costa.

»Pues bien, éste hace una pintura fiel de tan importan-
»te localidad, cual si la dibujase en su Diario. Dice que
»allí no llegaba con una legua á la boca el agua dulce

»del río, y que era muy dulce, y es lo mismo que se verifica en Nuevitas, desembocando el Saramaguacán en la ensenada de Mayanabo. Colón dió el nombre de lago á la hermosa bahía. Igualmente dice que este puerto era de los mejores del mundo y de mejores aires y más mansa gente, y que existiendo allí *un cabo de peña altillo* se podía construir en él una fortaleza. En este mismo puerto *sacó á monte* (varó) las tres carabelas para carenarlas, lo cual tuvo lugar en los días 5 al 12 de Noviembre.

»Pero lo que más induce á creer que el Almirante se refiere al puerto de Nuevitas viene á ser aquella frase de que *en este río podían los navios voltejear para entrar y para salir*. En efecto, en ese cañón de 6 millas de longitud, según la carta geográfica, por cerca de una de anchura media, puede un buque de vela *voltejear* fácilmente, frase que no debe referirse en manera alguna ni á la boca del puerto de Gibara, donde no existe un largo cañón ó canalizo que exija la indicada operación de *voltejear*, ni á Puerto del Padre, con su cañón de cosa de milla y media de largo, con sólo medio cable de ancho medio, ni al puerto de Malagueta, especie de lagunazo, ni al de Manatí, otro lagunazo que, por ser muy somero, no admite sino embarcaciones chicas, ni al de Nuevas Grandes, puerto muy reducido. Por consiguiente, sólo en la bahía y puerto de Nuevitas concurren las circunstancias bien claras que constan en el Diario.

»Hay más aún: en la edición del propio documento que tengo á la vista leo lo siguiente, que viene á desvanecer cualquier duda que pudiese quedar: «*Y porque atrás tengo hablado del sitio de villa é fortaleza en el río de Mayas, por el buen puerto de las Nuevitas y por la comarca...*» (Anotación del 27 de Noviembre) (1). ¿Qué significa, pues, esa voz de *Nuevitas*? ¿Ha prevalecido el mismo nombre que dió Colón á esa localidad? Si la voz *Nuevi-*

(1) No estamos conformes con esa clasificación de Nuevitas.

»*tas* es diminutivo del sustantivo *nueva*, pudiera suponerse que el Almirante lo aplicase al puerto donde recibiera varias noticias del país, noticias que consideraba de importancia suma.

»En efecto, Colón tuvo suficientes motivos para denominar el puerto *de las Nuevitas* á su *Rio de Mares*, por razón de las nuevas que en él había recibido. Allí supo por Martín Alonso que en la tierra había canela; tuvo noticia de ciertos frutos como nueces, de existir perlas en Bohío y oro en Babeque, de haber naves grandes y mercaderías, de los antropófagos, etc. Todo esto supo el Almirante en Nuevitas, mientras esperaba en el puerto alguna *buená nueva*, como él decía, de la embajada que despachó al interior del país. Tuvo además noticias sobre diversos árboles y plantas de Cuba; recibió albricias del contra maestre de la *Niña*, que decía haber encontrado almáciga, cuya droga le presentaron después Rodrigo Sánchez y el maestre Diego; reconoció allí además una madera parecida al lináloe (áloe), árbol de las Indias orientales, y por último, al retornar al puerto la embajada, adquirió también varias noticias importantes que comunicó á Colón, incluso la de existir en el país gran cantidad de algodón. ¿Cómo no llamar el Almirante á esa famosa bahía *el puerto de las Nuevitas*, después de haber recibido allí tan interesantes *nuevas*, allí, en aquel espléndido puerto, donde hasta resolvió carenar sus carabelas, como en efecto las carenó?

»Catorce millas al SE. de la boca de Nuevitas se sitúa un estero, cuyo puerto sólo admite embarcaciones que no calen más de 3,3 metros, y se denomina *Nuevas Grandes*, ó del Bayamo. Este nombre debe estar en contraposición con el de Nuevitas, esto es, «pequeñas nuevas».

»Yo recuerdo muy bien haber visto el magnífico puerto. Recuerdo que al enfilear aquel largo cañón mi impresión fué profunda, sobre todo cuando entré en la espaciosa bahía de aguas tranquilas, como la de un lago en

»días serenos. Contemplé con regocijo aquellos redondos islotes á manera de enormes peñascos que cita Colón, dándoles el nombre de montañas, y que parecen adheridas á un vasto pavimento de plata bruñida, dominando con poética severidad, cual genios protectores de la tierra y el mar, que la magia cubana transformara en moles silenciosas. ¡Oh! Entonces me acordé de Colón. Parecíame distinguir su sombra venerable que en mi imaginación veía cernerse radiante de gloria sobre mi cabeza.

»Aquellas aguas que surcaba el buque; aquellas orillas que se deslizaban como las seductoras imágenes de un aparato de óptica, para presentarse de nuevo, pobladas de avecitas de blanco plumaje que se destacaban sobre el fondo verde de la campiña, cuyo verde iba á expirar donde el azulado cielo comenzaba, y aquella brisa suave y templada, trajeron á mi memoria las tres arrogantes carabelas y los audaces marinos que 368 años antes se habían deslizado por allí mismo, entre tanto que el Viejo Mundo ignoraba que unos cuantos europeos se enseñoreaban de otro Nuevo.

»En mi júbilo creí participar de esas dulces emociones que experimentó Colón sumergido en deliciosas contemplaciones, y me parecía gozar como gozó él. Comprendí que su alma impresionable podía inspirarse en aquellos sitios, para luego transportar á su Diario esas poéticas imágenes de que está lleno, dando asiento á sus tiernos pensamientos, ya reclinado sobre las perfumadas playas de una tierra cubierta de vírgenes florecitas, ya dentro de un camarote dulcemente mecido por las ondas que acariciaba esa brisa tibia y estimulante que eleva el alma hasta el cielo (73).

»Tal es el famoso puerto donde Colón hizo su mayor parada. Al principio sólo permaneció en él un día, dejándolo el 30 de Octubre para proseguir su exploración hacia el Occidente.»

El martes 30 de Octubre salió de este puerto y río de Mares, y costeano la costa de la mar abajo, después de haber andado quince leguas—17,1 modernas—vido un cabo de tierra lleno de palmas, y púsole Cabo de Palmas; los indios que iban en la carabela *Pinta*, que eran de los que tomó en la primera isla que descubrió, Guanahaní, que nombró San Salvador, dijeron que detrás de aquel cabo estaba un río y del río á Cuba diz que había cuatro jornadas. Que este martes en toda la noche anduvo con los navíos barloventeando, y siendo de día vido un río, y no pudiendo entrar en él por ser baja la entrada y navegando adelante, vieron un cabo que salía muy fuera en la mar, cercado de bajos, donde había una bahía para estar los navíos pequeños, y no pudiendo doblar ó enca balgar el dicho promontorio ó cabo, por ser el viento N. y toda la costa se corría al NO. y SE., y adelante salía otro cabo mucho más, por esta dificultad y porque el cielo mostraba querer ventar recio, acordó de dar la vuelta y tornarse al susodicho río y puerto de Mares.

*
* *

El cabo de tierra lleno de palmas á que se refiere Colón, después de haber andado las 17,1 leguas modernas, es el extremo E. de Cayo Cruz (tomando la situación NO. SE. que tiene) que aún en la actualidad se encuentra lleno de palmas de mirahuano.

El río visto en la mañana del miércoles, no puede ser otro que el canalizo que divide en dos á dicho Cayo Cruz, así como el cabo que describe, el extremo ó punta del NO. á la banda del E, siendo todo el litoral bajo y en las condiciones que no se le ocultaron á Colón.

No queremos ocuparnos del río detrás del cual se encontraba Cuba, porque no le juzgamos un dato preciso

para aclarar los errores que puedan haberse cometido, puesto que muy bien podían los indios referirse á alguna población del interior, ya fuese el Camagüey, Cueiba ó Caunao, que resultaban ser pertenecientes á Cuba, que era la denominación de todo el territorio; bastándonos sólo el haber comprobado que Colón visitó toda la costa E. del Cayo Cruz al rumbo NO., probablemente hasta los Tributarios de Minerva, de donde regresó al Puerto de Mares.

*
* *

LUNES 12 DE NOVIEMBRE AL 5 DE DICIEMBRE DE 1492

Lunes 12 de Noviembre, al rendir del cuarto del alba, mandó alzar anclas á todos los navíos y tender sus velas, poniendo las proas al E. cuarta del SE. Después de haber andado 8 leguas, 9,1 modernas, por la costa delante, halló un río, y dende andadas otras cuatro leguas descubrió otro, que parecía muy caudaloso y mayor que ninguno de los que hasta entonces descubierto había.

Con proa al E. cuarta al SE., después de haber andado 8 leguas, 9,1 modernas, Colón divisó el puerto de Manatí, seguramente á una distancia de 3 millas, pues él mismo manifiesta que era menester navíos pequeños para descubrir los semejantes ríos, y le llamó río del Sol, sin duda por su proximidad al de la Luna, que ya había descubierto.

Después de haber andado otras 4 leguas descubrió otro río que sin duda alguna es el puerto de Malagueta, que con el rumbo que seguía y á la distancia que se hallaba le pareció mayor que los otros, por la abertura de su boca, y que no reconoció, según él mismo indica. Navegó este lunes hasta el sol puesto, 18 leguas al E. cuarta al SE.,

hasta un cabo á quien puso nombre, el cabo de Cuba. Es decir, según lo que nosotros entendemos, y con nosotros otros escritores, que Colón desde el cuarto del alba hasta el sol puesto del lunes 12 de Noviembre navegó primero 8 leguas, después 4 y por último 18, que hacen un total de 30 leguas antiguas, ó sean 32,2 modernas, desde el puerto de Mares, (Nuevitas) hasta el cabo de Lucrecia, que llamó cabo de Cuba y que efectivamente en el mapa de la Cosa se señala con este nombre.

Es de sentir que la falta de claridad y precisión haya dado lugar á suponerse por algunos autores que Colón sólo navegase el lunes 12 de Noviembre 18 leguas, omitiendo las 12 de que se ha hecho referencia, y con este supuesto no es extraño que por otros publicistas se manifesten dudas, no pudiendo señalar los dos puertos visitados por Colón á las 8 y 4 leguas después de su salida del puerto de Mares. Más aún: á las 18 leguas de navegación, 20,5 modernas, del cabo de Lucrecia, punto cardinal de donde puede partirse, puesto que no queda duda que es el cabo de Cuba de Colón, resultaría que puerto de Mares vendría á ser el de Malagueta, y si se quiere, buscando pérdidas de desviación, corrientes y vientos contrarios, tomemos á Puerto del Padre como el de Mares; pero entonces, ¿dónde queda el puerto de la Luna, dónde el del Sol, dónde el otro puerto encontrado á las 8 leguas? Y en semejante confusión se inutiliza el derrotero seguido y habría que hacer nuevos puertos y achacar á errores las leguas señaladas por Colón.

*
* *

Toda la noche del lunes 12 estuvo á la corda por esperar al día, para ver una abra ó abertura de sierra, como entre sierra y sierra, la cual comenzó á ver al ponerse el sol. Así es que, venido el día, martes 13 de Noviembre,

de mañana volvió las velas sobre las tierras y pasó una punta que le pareció á noche obra de dos leguas, y entró en un gran golfo 5 leguas al SSO., y le quedaban otras 5 para llegar al cabo en medio de dos grandes montes ó sierras, hacia un degollado, el cual no pudo determinar si era entrada de mar; y porque su propósito era ir á la isla de Babeque, donde los indios le decían que había mucho oro y estaban de ello, hoy martes, diz que tres jornadas, y porque no vía alguna grande población y el viento arreciaba mucho más que hasta entonces habían visto, hízose á la mar apartándose de la costa, que iba siempre cerca, mirando lo que había, y navegó al E. con viento N., andando 8 millas por hora, que son 2 leguas, y así anduvo desde las diez del día que comenzó aquella derrota, hasta poner del sol, 56 millas, que son 14 leguas desde el cabo de Cuba, no el postrero de la isla, sino el que puso el cabo de Cuba, que dije agora nombrarse la punta de Maisí. Parecióle que descubría las sierras de Bohío, que le quedaban de sotavento, y que habría del cabo de dicho golfo 80 millas, que son 20 leguas; barloventió esta noche, y por inconvenientes que vía, por no tornar atrás, determinó de se llegar á la tierra, y vido muchos ríos y puertos, pero no con muy claras entradas, y al cabo de andar así 64 millas, que son 16 leguas, halló una entrada honda y ancha un cuarto de milla, donde entró y vido tantas islas que no las pudo contar, todas de buena grandeza y altísimas, llenas de diversidad de árboles de mil maneras, y de palmas infinitas. Púsoles nombre, La Mar de Nuestra Señora, y al puerto, que está cerca de la boca de la entrada de ellas, puso el nombre de puerto del Príncipe.

La noche del lunes estuvo á la corda entre punta de Lucrecia y punta de Mulas, y desde la puesta del sol de dicho día comenzó á ver el abra de la sierra de Cristal, que puede avistarse á largas millas, y en la mañana del martes 13 de Noviembre volvió las velas á tierra y pasó

por punta de Mulas, que en la noche anterior, estando á la corda, le pareció obra de dos leguas, distante del cabo de Cuba, ó sea punta de Lucrecia, y entró en ese gran golfo que forma cinco leguas antiguas, 5,5 modernas, al SSO. los puertos de Banes, Nipe, Cabonico y Livisa hasta el puerto de Tánamo, quedándole otras cinco antiguas, 5,5 modernas, para llegar al cabo adonde, enmedio de dos grandes montes ó sierras, hacía un degollado que suponemos sea el puerto de Cabonico, ó más bien el abra entre las sierras de Cristal y las cordilleras del Pan de Samá, y como quiera que este detalle es incidental, no nos fijamos con detenimiento en él para seguir adelante.

Como el viento arreciaba, hízose Colón á la mar, apartándose de la costa que tenía cerca, navegó al Este andando dos leguas antiguas por hora desde las diez del día martes 13 de Noviembre, que comenzó aquella derrota, hasta el ponerse el sol, 14 leguas antiguas, ó sean 16 modernas, desde el cabo de Cuba, ó punta de Lucrecia; es decir, que la navegación la hizo desde la altura de punta de Mulas á su extremo Sur, y que al ponerse el sol del martes 13 de Noviembre, después de haber andado las 14 leguas manifestadas, se hallaba N. S. con la punta de Guarico, á distancia de 17 millas modernas, y desde aquella altura parecióle que descubría con la vista las sierras de Bohio que le quedaban á sotavento, y que habría al cabo de dicho golfo 20 leguas antiguas, ó sean 22,6 modernas, ó sea del extremo oriental de Cuba, cuyas costas visitaba.

No vemos la necesidad de que las cinco leguas á que hace referencia el Almirante para llegar al cabo, después de haber pasado punta de Mulas se agreguen á las otras cinco leguas para llegar al golfo, cuando lo que se manifiesta en el Diario es, que el golfo le quedaba cinco leguas y el cabo también otras cinco; datos que se amoldan perfectamente á la estructura de la carta hasta el puerto de Tánamo.

La noche del martes 13 barloventeó y determinó llegar á tierra, como lo hizo, viendo muchos ríos y puertos, y después de haber andado 16 leguas antiguas, ó sean 18,2 modernas, desde la altura en que se encontró á la puesta del sol del martes 13, halló una entrada honda y ancha un cuarto de milla, donde entró y vió tantas islas que no las pudo contar.

Esta entrada no queda duda que es el puerto de Nipe, al que llamó puerto del Príncipe, y La Mar de Nuestra Señora á esa misma mar ó golfo que él había apreciado el día anterior.

El puerto de Nipe se halla bien detallado en el mapa del piloto Juan de la Cosa, si bien carece de nombre, y por las descripciones tan marcadas de sus calados, etc., resulta conforme el mencionado puerto.

Hasta el domingo 18 de Noviembre permaneció en puerto del Príncipe, haciendo los reconocimientos á que se refiere el texto, que hemos manifestado de las Casas y Navarrete, y que no debemos referir, por más de que no sea fácil reconocer la precisión con que se ha detallado el referido puerto.

El lunes 19 de Noviembre, antes del sol salido, partió del puerto del Príncipe (Nipe); después hízole viento contrario al E., porque al E. había él de ir, y se dirigió al NNE., apartándose del puerto del Príncipe, de donde había salido, 7 leguas—8 modernas—y que á esa distancia había visto la isla Babeque, á 15 leguas antiguas, 17,1 modernas; dato que no nos explicamos, porque quedándole á esa distancia ciertamente la isla de Inagua Grande, no se concibe que pudiera ser vista á tantas leguas. Pero hay que aceptar como una verdad lo que se refiere en el Diario, que no es posible achacarlo á cálculos erróneos, sino que Colón, á la distancia que indica, vió la isla mencionada, que llamó de Babeque, y nosotros con esta creencia no queremos ni aceptamos el retorcer un dato fehaciente que no puede ser inventado por la fanta-

sía ó por la visión, puesto que la verdad geográfica ha venido á comprobar lo señalado por el Genovés. En el mapa del piloto Juan de la Cosa, aunque mal situado, se le señala con el nombre de Baoruco.

Por los vientos contrarios tornó el Almirante al puerto del Príncipe el sábado después de hora de tercia, habiéndose apartado 25 leguas, 28,4 modernas, del mencionado Puerto del Príncipe, y encontrándose á 12 leguas antiguas, 13,5 modernas, de la Isabela (Fortuna) y 8 antiguas, 9,1 modernas, de la de San Salvador, á las que no se acercó para que no se le fuesen los indios que había tomado en ellas, y agregando que el miércoles 21 se había hallado á los 42 grados de latitud, que resultan conforme á los 21 modernos.

Como dato principalísimo y de suma importancia, debe tenerse presente para asegurar el derrotero de Colón, á que venimos refiriéndonos, las 12 y 8 leguas que señala haberse separado de la Isabela y de San Salvador de Guanahani, Fortuna y Acklin, sin que pueda suponerse que se hayan cometido errores, que no existen desde el momento en que á cada punto se le dé su verdadera situación, y no señalando otros que no se amoldan al texto de la Historia.

El cabo, visto el viernes antes de tomar tierra hacia el E. ó Levante, no puede ser otro que aquel mismo cabo de la parte oriental de Cuba visto á la puesta del sol el día 13 de Noviembre.

El sábado 24 de Noviembre tomó tierra y entró en un puerto, junto al par del Príncipe, que llamó de Santa Catalina, que viene á ser, por las condiciones que le señala, el puerto de Cabonico, siendo la cala ó rincón que hacía la mar donde vió un puerto que cabían cien naves sin amarras ni anclas, el puerto de Livisa.

Lunes 26 de Noviembre salió del puerto de Santa Catalina (Cabonico) y de Livisa, y navegó á lo largo de la costa rumbo al SE. hasta la punta Gorda, que llamó

cabo del Pico, en una distancia de 8 leguas antiguas, 9,1 modernas, anotando y señalando los puertos de Tánamo, Río Sagua de Tánamo, Cebollas, Cananova, Yagua-neque y Moa, que indicó por tres maravillosos puertos y dos grandes ríos, y señalando las dos islas de los cayos Moa que observó en un viaje al rumbo SE. que traía.

Al ponerse del sol llegó cerca del cabo que llamó Campana, (la punta de Guarico), y el martes 27 de Noviembre vió una grande bahía, la ensenada de Cañete, y al pie de dicho cabo de Campana el puerto de Jaragua, y de allí á un cuarto de legua otro río ó puerto, el de Taco, y de allí á otra media legua, el de Cayaguaneque, y de allí á otra media legua el Puerto de Navas, y á otra legua el de Naguaraje, y á otro cuarto de legua el puerto de Cueva y desde allí á otra legua otro río grande, el puerto de Maraví, desde el cual hasta el cabo de Campana habría 5 leguas, ó sean 5,5 modernas, con rumbo al SE. A partir de dicho cabo de Campana á la parte del SE. del puerto de Maraví, en la ensenada que forma hasta punta de Cana, halló Colón una gran población de indios, y el martes 27 al mediodía guiaron á un cabo hermoso, que le quedaba al E., distante 8 leguas, 9,1 modernas, Punta Rasa, y habiendo andado media legua de donde salieron, puerto de Maraví, vió el Almirante á la parte S. un puerto singularísimo y de la parte del SE. unas tierras hermosas y una vega montuosa dentro de aquellas montañas que parecían grandes humos y grandes poblaciones y las tierras muy labradas, por lo cual determinó llegarse al puerto.

Después de surta la nao saltó el Almirante en la barca para ver y sondear el puerto, el cual era como una escudilla, y al S. halló una entrada de un río que describe con suma precisión, el de Macaguanigua, sin omitir el bajo del Burén, situado al NO. de la punta interior y oriental de la boca que, como Colón la describe; se halla á la parte del SE. del puerto.

Dedúcese por todo, que aquel puerto de vegas suntuo-

sas, grandes humos y tierras muy labradas no puede ser otro que el puerto de Baracoa, á quien Colón llamó Puerto Sancto, cuya situación viene á ser conforme con la que le señala, con el mismo nombre de Puerto Sancto, el mapa del piloto Juan de la Cosa.

Ahora, respecto al *Diario de Navegación* de Navarrete, se ofrece la duda de que las dos isletas que se encontraban detrás del cabo del Pico se señalan al rumbo SE.; pero nosotros entendemos que este viento se refiere al rumbo que traía Colón, puesto que sentando la hipótesis de que Cabo del Pico fuese Punta de Guarico, nos encontraríamos que no habría situación posible para el Cabo de Campana, teniendo en cuenta los siete ríos ó puertos que dentro de la distancia de 5 leguas antiguas, con rumbo al SE. señaló Colón desde el mencionado cabo de Campana hasta un puerto á un cuarto de legua del puerto de Baracoa, que llamó Puerto Sancto; mucho más cuando entre Cabo de Pico y Cabo Campana señaló una distancia de 20 millas, que vendrían á caer al Puerto de Bay, si se tomase punta de Guarico por cabo de Pico, y como nosotros no tenemos interés por puerto ni cabo determinado, nos hemos ajustado para señalar á punta de compás los lugares que resulten, conocidas las leguas andadas por Colón, y después de haber depurado con sumo trabajo y muchísimos gastos las verdaderas longitudes y latitudes; puesto que á excepción de puntos principalísimos, como la Habana, Maternillos, Maisí y otros, la confusión es marcadísima y no existe una sola carta geográfica que esté conforme, pues mientras unas señalan determinadas leguas, otras acortan, y esto, mediante Dios, con el tiempo nos dará lugar á un mapa de la isla de Cuba que tenemos en estudio y que publicaremos.

Refiriéndonos al derrotero de Navarrete, vemos que Colón divisó desde la situación del Cabo de Campana (Punta de Guarico), el yunque de Baracoa, fragosa y solitaria montaña que puede avistarse á 36 millas y que efectiva-

mente queda al rumbo SE. del Puerto de Jaragua, cuyo puerto le pareció una grande entrada que mostraba dividir una tierra de otra, debido á los tres cayos que en su boca corren de N. á S., cuya boca vista desde lejos, al extremo SE., forma la descripción señalada por Colón.

Como las otras referencias del Diario de Navarrete estan contestes á cuanto hemos manifestado, no tenemos por qué referirnos á su espíritu y letra, y sólo queremos advertir, para mayor claridad, que al llegar Colón al Cabo de Campana, al ponerse el sol el 27 de Noviembre, manifiesta que tenía de sotavento 5 ó 6 puertos maravillosos, lo que viene á afirmar que Cabo de Campana es la Punta de Guarico, y los 5 ó 6 puertos maravillosos los que quedan expresados de Jaragua, Taco, etc.

*
* *

Colón permaneció en el puerto que llamó Sancto (Baracoa) hasta el martes 4 de Diciembre, si bien el lunes 3 reconoció el Cabo, ó Punta Boma, el extremo SE. de Baracoa, y el día 4 referido, con rumbo hacia el ESE. y ENE., porque así se corría toda la costa, halló á dos leguas un buen río, Puerto de Boma, y vió un cabo que llamó Lindo (Punta Rasa); después topó un gran río y descubrió otro río grandísimo á tres ó cuatro leguas, que debía venir de muy lejos, el cual tenía en la boca cien pasos sin ningún banco y ocho brazas de fondo, buena entrada y el agua dulce, entraba hasta adentro de la mar»; descripción que se ajusta perfectamente al Puerto de Mata. En la noche estuvo á la corda sobre el Cabo Lindo, Punta Rasa, por ver la tierra que iba hacía el E., y al salir el sol, miércoles 5 de Diciembre de 1492, vido otro cabo al E.. obra de 2 leguas y media, Punta de los Azules, y pasado este cabo, vido que la costa volvía al S. y tomaba de SO., hacia donde vió un cabo muy hermoso y alto, Punta de Maisí,

al que no quiso llegar por el deseo que tenía de ir á isla de Babeque, abandonando este día la navegación por la costa de Cuba,

Manifiesta las Casas, que al cabo ó punta oriental de Cuba nombró Colón Alpha et Omega, dato que no existe comprobado, pues en el mapa de Juan de la Cosa, si bien Punta Rasa es el Cabo Lindo, la Punta de Maisí se señala como punta de Cuba; ahora bien: las Casas y Navarrete están contestes en que Colón navegó por la costa N. de la isla de Cuba 120 leguas antiguas, ó sean 137,1 modernas, y este solo dato preciso y de suma importancia nos da á conocer, que Colón en el día venturoso de su arribo á las playas de Cuba navegó desde Puerto del Padre hasta el extremo occidental de Cayo Cruz, probablemente hasta los Tributarios de Minerva, y que de allí regresó al extremo oriental hasta la Punta de Maisí, después de haber hecho las recaladas que hemos anotado y que vienen á ofrecer próximamente las 120 leguas antiguas que hemos manifestado.

Bien sabemos que nada valemos ni significamos y que nuestros conocimientos, encerrados en un pequeño círculo, no pueden ayudarnos para que, de una manera florida ó con otros datos de mayor valía demostremos que nuestro modesto *Estudio histórico-geográfico* se ha ajustado, de una manera lo más perfecta posible, á los derroteros del insigne navegante, y que no hemos podido valernos de ciertas deducciones, que han emitido distinguidos publicistas, para hacer resaltar más y más sus notables trabajos.

Bien es verdad que á ellos les sobra saber y á nosotros de todo nos falta, por más de que nuestro trabajo sea original y se encuentre en minoría, oscuro y olvidado, proclamando que la isla Acklin es la Guanahaní de Colón y Puerto del Padre el San Salvador de Cuba.

Pensábamos publicar este trabajo con los mapas y vistas de todos los puertos que hemos mencionado, así como una carta-derrotero del insigne navegante: pensábamos también refutar todos los trabajos que nos han precedido, y ni lo uno ni lo otro hemos podido llevar á cabo por falta de recursos. Dios así lo ha querido; pero él también querrá ayudarnos para que en el próximo año de 1893 presentemos completo nuestro trabajo, que encierra horas de afanes y de sacrificios, horas de tristezas cuando no podíamos llenar nuestros propósitos, y horas de alegría cuando Sociedades científicas nos admitían en su seno y distinguidas revistas americanistas nos ofrecían sus columnas para una colaboración que mucho nos honraba.

Quedamos, pues, en espera, y de la ratificación que hagamos al visitar uno por uno los cayos, puertos, cabos, etc., que comprende el presente estudio, lo rectificaremos también si así procede, ya que nuestros propósitos no llegan más que á una noble curiosidad por las cosas grandes y heroicas, como manifiesta el Sr. Montoro en el prólogo del libro del Sr. Leiva, de que hicimos mención al principio.

Caibarién 1.º de Septiembre de 1892.

EL NOMBRE DE AMÉRICA

POR

JULIO FEBRES CORDERO

Redactor de «El Lápiz», de Mérida (Venezuela).

AL IX.º CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS
QUE HA DE REUNIRSE
EN ESPAÑA EN OCTUBRE DE 1892
PARA CONMEMORAR EL CUARTOCENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO
DEL NUEVO MUNDO

INTRODUCCIÓN

Á fines del siglo XVI, cuando no había periódicos, ni vapores, ni ferrocarriles, ni telégrafos, ni Congresos internacionales, la Cronología tuvo un Gregorio XIII que, rompiendo contra una costumbre universal, llevase á cabo la corrección del calendario, que de tiempo atrás venía errado. ¿No hallará hoy la Historia quien, rompiendo de igual suerte contra una costumbre de cuatro siglos, corrija las cartas geográficas del nuevo hemisferio, donde, según el sentir unánime de las gentes, en vez de *América* debe leerse COLOMBIA ó COLÓNIDA, en honor del inmortal Colón?

La conmemoración del IV Centenario del descubrimiento de América es la ocasión más propicia para reparar esta injusticia lamentada por los historiadores.

Humildes obreros de la prensa, hemos trabajado cons-

tantemente desde 1884 por ver de popularizar la idea, y hoy compilamos varios de nuestros escritos sobre la materia con igual propósito y como un tributo de admiración á la memoria del insigne genovés.

I

Colombia ó Colónida, nombre del Nuevo Mundo.

Opinión de los primeros historiadores de América.—Miranda y Bolívar iniciadores de esta reparación histórica.—Pensamiento de cambiar el nombre de América en el IV Centenario de su descubrimiento.—Artículo de *El Lápis* en 1885.—Proposición hecha sobre la materia á la Sociedad Geográfica Española en 1888.

Casi todos los escritores que hablan del nombre de América lamentan como irremediable la injusticia hecha á Cristóbal Colón al bautizar con el nombre de otro conquistador el mundo que él exclusivamente descubriera, merced á su raro ingenio y á la firmeza heroica con que supo llevar á cabo tan gloriosa empresa.

Parece que desde 1520 el Consejo de Castilla propuso al Emperador Carlos V que se diera á las Indias occidentales el nombre de COLÓN, y así lo resolvió el Monarca sin éxito plausible. Fray Pedro Simón, en sus *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme*, publicadas en 1626, trata extensamente sobre la impropiedad del nombre *América* y propone al Consejo de Indias que se sustituya por el de *Segunda España* ó *Segunda Castilla* ú otro mejor, manifestando no ser el primero en la advertencia. *Columba*, dice Fray Bartolomé de las Casas, debiera llamarse el Nuevo Continente ó la *Tierra Santa* ó *de Gracia*, como el mismo COLÓN la llamó. Y Solórzano asienta en su *Política indiana* «que fuera más justo haber llamado á este

Nuevo Orbe ó llamarle de aquí en adelante *Colonia* ó *Colombiana*».

Opiniones semejantes manifiestan otros historiadores y cronistas de Indias y, en fin, todos los que aman la justicia y rinden culto de admiración al gran marino.

Cuanto á llevarse á la práctica este noble pensamiento, no ofrece la Historia más ejemplo que la gran república, creación del inmortal Bolívar, conocida con el glorioso nombre de Colombia, que comprendía en su vasta extensión las naciones hoy soberanas de Venezuela, Colombia (Nueva Granada) y Ecuador, de la cual dijo el eminente patricio doctor Francisco A. Zea que «ni el imperio de los Medos, ni el de los Asirios, ni el de Augusto, ni el de Alejandro pudiera jamás compararse con esa colosal república que, con un pie sobre el Atlántico y otro sobre el Pacífico, verá la Europa y el Asia multiplicar las producciones del genio y de las artes y poblar de bajeles ambos mares para permutarlas por los metales y piedras preciosas de sus minas y por los frutos aún más preciosos de sus fecundos valles y sus selvas».

«La Nueva Granada se unirá con Venezuela—escribía Bolívar en 1815—si llegán á convenirse en formar una república central, cuya capital será Maracaibo ó una nueva ciudad que, con el nombre de LAS CASAS (en honor de este héroe de la filantropía), se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía-Honda... Esta nación se llamará COLOMBIA como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio.»

Antes que Bolívar, otro ilustre venezolano, el General Francisco Miranda, había ideado este nombre para llamar con él la vasta república que surgiera de la independencia absoluta del continente hispano-americano. Del escrito *Bibliografía mirandiana* por el Doctor Arístides Rojas extractamos el siguiente párrafo del testamento que escribió Miranda en Londres el 1.º de Agosto de 1805:

«Más mi correspondencia y negociaciones con los Mi-

nistros de S. M. Británica desde el año de 1790 hasta el día presente acerca de la independencia absoluta y del establecimiento de la libertad civil en todo el continente hispano-americano, en los propios términos que la Francia lo hizo con los Estados Unidos de América. Quedan igualmente cerrados en cuatro portafolios de cuero con mi sello, recogidos ahora en sesenta tomos en folio titulados *Colombia*.»

Tenemos noticia de que por los años de 1855 ó 1856 el Doctor José María Samper asomó por la prensa la idea de dar á Sur-América el nombre de *Colombia*, que hoy lleva con lustre la patria de tan notable escritor.

Nos proponemos con la publicación de estas páginas, en que aparecen varias noticias históricas, contribuir de algún modo á la realización de un pensamiento que se capta desde luego las simpatías de todos los corazones amantes de la justicia, cual es el poner al Nuevo Mundo el nombre de COLÓN en el IV Centenario del inmortal descubrimiento, ¡Qué mucho sería rehacer los mapas para ponerles el nombre de aquel que los rehizo todos para añadirles un continente!

Desde 1884 publicamos algunas líneas sobre este asunto en *La Semana*, de Mérida, y posteriormente escribimos para *El Lápiz* del 12 de Octubre de 1885, con el título de *Una revolución geográfica*, el siguiente artículo, que fué benévolamente acogido en las columnas de importantes periódicos.



«¡Los juegos seculares del mundo se acercan!

«Acuérdate, romano, cada cien años, acuérdate, digo yo, de hacer sacrificios á los dioses inmortales en el campo que baña el agua del Tíber.» Así hablaba á los romanos el oráculo de la Sibila.

«Acuérdate, americano, cada cien años, acuérdate de honrar la memoria de CRISTÓBAL COLÓN en el mundo que baña el agua del Amazonas.» Esto dice á los americanos el ángel de la gratitud.

»¡Cuatro siglos! Según la cronología de los hechos olímpicos, será el primer centenario del descubrimiento de América: ¡cien olimpiadas!

»Será fiesta de naciones, fiesta de continentes. El universo entero vestirá de gala. ¿Qué se proyecta? ¿Qué ofrenda prepara la humanidad para ese día estupendo en los anales del globo? ¿Exposiciones, certámenes, monumentos de arte? No, eso se acostumbra en casi todas las fiestas públicas.

»Que salga del puerto de Palos el 3 de Agosto una flota formada de buques de todas las naciones para llegar en convoy á Guanahaní el día del arribo del glorioso marino, ése es el gran pensamiento, la felicísima idea que ha dado ya la vuelta al mundo en boca de la fama.

»Pero aún es poco: la sola crónica de este suceso no satisface. Requírese un acto insólito y extraordinario en que rebose el sentimiento de la gratitud universal, acto común á todos los pueblos y ciudades, acto, en fin, que deje huella indeleble, timbre de gloria en las páginas del siglo. Requírese una verdadera revolución en el campo de la Geografía, un acontecimiento raro, excepcional, único en los fastos de la Historia: ¡el bautizo solemne del Nuevo Mundo en el templo de la civilización moderna!

»El primer instante en qué la América fué reconocida está marcado por una injusticia», ha dicho Raynal. ¡No, que esa injusticia desaparezca, que se realice el pensamiento iniciado por Bolívar y Miranda, que América sea COLOMBIA! ¡Siquiera por un instante, siquiera mientras palpita el corazón en medio del estruendo inmortal de la apoteosis!

»¡Volcanes del Nuevo Mundo, avivad la lumbre gigantesca de vuestros cráteres! ¡Ninfas del soberbio Marañón,

limpiad la playa, convocad á los genios del monte y la llanura y entretejed guirnaldas, porque alumbrará el sol de un gran día en que el amor y el agradecimiento reparen la injusticia mayor que ha sancionado la Historia!

»Pero qué, ¿cambiar un nombre consentido unánimemente por espacio de cuatrocientos años en un solo día! Eso es imposible. Sería un portentoso, una maravilla. Pues esa maravilla es digna del siglo XIX, adalid de los portentos, vencedor de lo imposible.»

*
* *

Ya en la sesión solemne celebrada por la Sociedad Geográfica Española el 28 de Enero de 1888, el Sr. D. Arturo Baldasano y Topete, Cónsul de España en Nueva Orleans, pronunció un importante discurso relativo al IV Centenario del descubrimiento de América é hizo, con aplauso general, las siguientes proposiciones: «1.ª Que desde el mes de Octubre de 1892 se llame indistintamente al Nuevo Mundo América ó Colonasia. Y 2.ª Que por suscripción universal entre españoles y americanos se adquiriera la casa en que murió Colón en Valladolid, para convertirla en un museo de todo cuanto pueda servir para conmemorar la sublime grandeza del inmortal descubridor».

Quiera el Cielo que la Sociedad Geográfica eleve estas proposiciones á formal acuerdo, y que la prensa de ambos mundos contribuya eficazmente á la realización de estos actos de gratitud y justicia, que por sí solos bastarían para perpetuar en el mundo la memoria del gran Centenario.

II

Los nombres de las naciones.

Gloria singular de Colón y Bolívar.—Origen y etimología de los nombres de Europa, Asia, Africa, América y sus respectivos países.—Dos naciones deben su nombre á la familia Colón.

Casi puede decirse que Cristóbal Colón y Simón Bolívar son los únicos mortales que en la era cristiana han gozado de una gloria reservada solamente á personajes fabulosos, á pueblos primitivos ó á sus príncipes y caudillos: dar su nombre á naciones soberanas.

Esta singularidad puede comprobarse hojeando la Historia y la Geografía en busca del origen de los nombres de las principales naciones y países de todo el planeta.

EUROPA.—Le vino este nombre de la hija de Agenor, rey de Fenicia y hermana de Cadmo.

España, del fenicio *Sefania* ó *Spania*, que significa septentrional, aunque se cree que pueda venir también de *spaniga*, «abundante de conejos». Justino afirma, según Mariana, que del rey Hispalo se dijo España, en latín Hispania, trocada solamente una letra; y Varrón y Plutarco, citados también por Mariana, testifican que tal nombre provino de Pan, que en los tiempos primitivos dió nombre á la tierra, resultando *Pania* ó *Spania*, así como de su compañero Luso tomó nombre la Lusitania, que es Portugal.

Francia, de los *Franco*s, pueblo conquistador.

Bélgica, de *Belgæ*, pueblo antiguo que le dió su nombre.

Italia, de *Italo*, hijo de Telegone, rey de Arcadia.

Inglaterra, de *Ingh* ó *Anglos*, pueblos de la Baja Sajonia.

Irlanda, modificación de *Erin* ó *hier*, que significa occidente.

Escocia, de una tribu llamada *Scotia*.

Portugal, corrupción de *Porto de Gale*, nombre de una población sobre el Duero que dió su nombre á todo el país.

Suecia, de las voces *Sictuna* ó *Suitheob*.

Noruega, que quiere decir *camino del Norte*.

Rusia y Prusia, de las tribus esclavas *Russi* y *Prussi*.

Alemania, de las palabras *ale* y *man*, que significan «todos los hombres».

Suiza tomó su nombre del cantón *Suitz* ó *Schwitz*.

Turquía, de los *Turcos* ó *Turcomanes*, voces que significan errante.

Dinamarca, de *Dam*, fundador de la monarquía, y de *mark*, confin ó país.

Austria, de las voces *Oster-Reich*, «país del Este».

Holanda, de *hohl*, hoyo, por lo bajo del país.

Grecia, del nombre de una de las tribus helénicas, la de los *Graies* (Graii ó Græci).

Polonia, de las voces *Pole* y *Poln*, que en eslavón significan «campiña, lugar propio para cazar».

ASIA.—Nombre de una mujer, la esposa de Prometeo.

Persia, de *Perseo*, hijo de Júpiter, ó de *Pars*, según otros, que significa jinete.

Arabia, que quiere decir occidental.

Siberia, de la ciudad de *Sibir*, antigua capital del imperio tártaro.

India, del río *Indo*.

China significa *centro del mundo*.

Japón, llamado antes *Funghu*, «almacén del sol».

Tartaria, del río *Tartar*, ó de la repetición de la voz *tar*, «lugar profundo y tenebroso».

ÁFRICA.—De *Afro*, hijo de Hércules Libio, y entre otras

etimologías, de *Afer*, nieto del patriarca Abraham, ó de la voz arábigo *Aprigia*, que significa «expuesto al sol y al aire».

Egipto, de un príncipe de este nombre.

Argelia, del arábigo *Al Fazeir*, que corrompido es Argel, de donde viene Argelia.

Berbería, de los aborígenes de este país, llamados *Bereberes*.

Abisinia: dicese que los egipcios le dieron este nombre, que en su idioma significa *país cercado de desiertos*, y también que puede venir del nombre arábigo *Abesch*, que significa *mezcla*, por estar la Etiopía poblada de diversas naciones.

AMÉRICA.—De *Américo Vespucio*. Si es cierto que dar nombre á medio mundo es gloria singular, también lo es que en el presente caso no se admira tanto el honor del florentino como la injusticia hecha al inmortal Colón. Según las nuevas y eruditas disquisiciones etimológicas de Jules Marcou, este nombre puede venir de *America*, *America* ó *Americ*, nombre de una cadena de montañas en Nicaragua.

México, del nombre del caudillo *Ōcite* ó *Mexite*, palabra que en lengua azteca significa «lugar ó residencia del dios de la guerra».

Brasil, por la madera de este nombre que abunda en sus bosques.

Chile, del nombre originario del país *Tchili*, que significa nieve, aunque otros creen que venga de *chili*, especie de tordo negro.

Venezuela, diminutivo de *Venecia*, nombre dado al principio sólo á un pueblo en la orilla del lago de Maracaibo y que á la larga se extendió á toda la comarca.

Ecuador, por pasar la línea equinoccial á inmediaciones de la ciudad de Quito, capital de la república.

Perú, de *Birú*, nombre de un cacique, ó de *Berú*, río que desemboca en el Pacífico, y según otros, de un promontorio llamado *Pelú*.

Haiti, voz que significa *serranía*.

Guatemala, que viene de alguna de estas palabras: *quantemali*, tronco de árbol; *uhatezmalha*, montaña de raudales de agua; *coctecmalan*, madera lechosa, y *Juitemal*, nombre del primer rey del país.

Paraguay, de *pará*, mar, y *gua*, río, significa «el río del mar».

Uruguay, de *uru*, pájaros, y *gua*, río, significa «el río de los pájaros».

COLOMBIA, de Colón ó Colombo, nombre que llevó la gran república, creación de Bolívar, y que tiene hoy la antigua Nueva Granada. Hasta el nombre de Colón—dice el Conde Roselly de Lourgues—por un sorprendente simbolismo, profetizaba su destino, pues ese nombre maravilloso (Cristophorus Columbus) significa *paloma que lleva al Cristo*.

La familia Colón ha dado nombre á dos naciones: Colombia y Santo Domingo, pues este último nombre fué puesto á la primera metrópoli del Nuevo Mundo por don Bartolomé Colón en memoria de su padre Domingo.

BOLIVIA, bautizada por el primer Congreso con este nombre para honrar á su libertador Simón Bolívar. «El apellido Bolívar, que es clásicamente eúskaro—según don Antonio de Trueba,—equivale á «pradera de molino», como compuesto de *bol*, radical de *bolu*, *bolu-a*, molino, el molino, y de *ibar*, *ibarr-a*, pradera, la pradera.»

En carta de Bolívar para Briceño Méndez (1826) hallamos estos conceptos relativos al nombre de BOLIVIA: «Yo he venido á esta capital (Lima) después de haber recorrido las provincias del Alto Perú, y después de haber recibido el honor más grande á que podía aspirar un mortal—el de dar su nombre á un pueblo entero. Aun cuando yo no hubiese recibido ni recibiese otra demostración pública, ésta basta para llenar mi alma y mi corazón».

Los párrafos siguientes, relativos al origen de los nombres de los Estados Unidos de América, son copiados tex-

tualmente de *La Colmena* (año de 1844, tomo III, página 314), periódico que redactaba en Londres D. Angel de Villalobos:

«El estado de Maine recibió su nombre en 1638 del distrito de Maine, en Francia, del cual era dueña Enriqueta María, Reina de Inglaterra.

Nueva Hampshire fué el nombre que se dió al territorio cedido en virtud de patente al capitán Mason en Noviembre de 1639 por la Compañía de Plymouth, llamándolo así por la circunstancia de ser el agraciado gobernador á la sazón de Portsmouth, situado en el condado de Hampshire, en Inglaterra.

Los habitantes de Vermont le dieron este nombre al declarar su independencia, tomándolo de las dos palabras francesas *verd*, verde, y *mont*, monte.

Massachusetts es el nombre de una tribu de indios establecida en las inmediaciones de Boston. Estos indios, según el aserto de algunos literatos ingleses, recibieron el nombre de Massachusetts con referencia á las «montañas azules de Milton».

Rhode Island, isla de Rodas, fué nombrada así en 1644 por cierta analogía topográfica con la isla del mismo nombre en el Mediterráneo.

Conecticut debe el suyo al de su río principal.

Nueva York al Duque de York y Albany, á quien fué cedido su territorio.

Pensilvania á Guillermo Penn, en 1681.

Delaware fué denominado así en 1703 por la bahía del mismo nombre sobre la cual se halla situado este estado, y que recibió el suyo de Lord De la War, muerto en ella.

Maryland, en honor de Enriqueta María, esposa de Carlos I de Inglaterra, en la patente que concedió este Monarca á Lord Baltimore el 30 de Junio de 1632.

Virginia recibió esta apelación en 1584 en obsequio de Isabel, la reina *virgen* de Inglaterra.

Carolina fué llamada así por los franceses en 1564, en honor de Carlos IX de Francia.

Georgia, en 1772, en el de Jorge III de Inglaterra.

Alabama, en 1817, por su río principal.

Mississipi, en 1800, por sus límites occidentales. La voz Mississipi dicen que denota río entero, esto es, río formado por la reunión de otros varios.

Luisiana fué así nombrado en honor de Luis XVI, rey de Francia.

Tennessee, en 1796, por su río principal: la voz Tennessee significa «cuchara curva».

Kentucky, en 1782, por su principal río, así como el Illinois, en 1809: esta palabra significa «río de hombres».

Indiana, en 1802, por los indios americanos.

Ohio, en 1802, por sus límites meridionales.

Misuri, en 1821, por su río principal, lo mismo que Arkansas, en 1819.

Michigan, en 1805, por el lago de este nombre.

La Florida fué nombrada así en 1512 por Juan Ponce de León, por haber descubierto su territorio el día de Pascua Florida.»

Colón y Bolívar son, pues, los únicos mortales que en los tiempos modernos han dado su nombre á naciones soberanas.

III

Otra etimología de América.

América, derivado de *Ameracapana*, nombre de una ciudad caribe. — Refútese esta opinión del Sr. Pinart, sostenida ante la Sociedad Geográfica de París. — Apuntes históricos sobre Maracapana, una de las primeras fundaciones de Tierra Firme. — Verdadero origen del nombre *América*. — Sello glorioso de esta cuestión onomástica.

En un antiguo é importante periódico de Santo Domingo, *El Eco de la Opinión*, hallamos inserto un artículo traducido de *La Petite Republique Française*, en que su autor

Luis Navarre da á conocer la tesis sostenida por el Sr. Pinart ante la Sociedad Geográfica de París, que se reduce á lo siguiente:

«El verdadero origen de la palabra América es otro muy distinto que el que se le atribuye. Esa apelación viene de una ciudad caribe floreciente y célebre en tiempos de la conquista: la ciudad de Ameracapana.

Esa ciudad estaba en relaciones constantes con la capital de las colonias españolas de entonces—Santo Domingo,—donde abordaban todos los buques que venían de España.

Era Santo Domingo adonde Ameracapana enviaba sus metales preciosos, sus diamantes, sus perlas y también sus caravanas de esclavos. Para el marino y para el comerciante españoles ese oro, esa plata, esos diamantes, esos esclavos traídos por millares, todas esas riquezas venían de la ciudad de Ameracapana, del país de Améraca.

Fácilmente se concibe que pronto fué bajo ese solo nombre que los marineros y los traficantes designaron el vasto mundo en tres cuartas partes desconocido, que ante ellos se extendía.»

Tal es la opinión del Sr. Pinart; pero, según se colige, esta ciudad de *Ameracapana* no es ni puede ser históricamente sino el antiguo pueblo de la costa de Cumaná (Venezuela) conocido desde la conquista con el nombre de *Maracapana*, teatro de notables sucesos en los primeros tiempos del descubrimiento de la Tierra Firme, que el mismo Colón efectuó por aquella parte del continente en su tercer viaje, el año de 1498.

La famosa isla de Cubagua y los lugares de la vecina costa de Cumaná, donde estaban poblados Maracapana y Chichirivichi, fueron, sin duda, los primeros puntos del continente que tuvieron con Santo Domingo un comercio muy activo, tan ruinoso para los naturales como pingüe para los traficantes, que no sólo cargaban sus bajeles de metales preciosos y finísimas perlas, sino también de mul-

titud de indios esclavos, á quienes marcaban con hierro candente, tal como hace el hacendado con sus ganados!

El país á que servía de centro *Maracapana* no se llamaba *Améraca*, nombre que no aparece por toda aquella región, ni tampoco tenían tal nombre los indios comarcanos, que se llamaban *Chirigotos*, nación populosa y guerrera que contaba con pueblos hasta de seiscientas casas, donde los Alcaldes de Cubagua y los Gobernadores Sedeño y Ortal tuvieron un pueblo de cristianos, gente toda de armas, con el objeto de explotar la tierra y hacer esclavos, lo que hicieron hasta el punto de destruir y asolar aquella comarca, según lo escribía al Rey en 1546 el Licenciado Juan Pérez de Tolosa, Gobernador de Venezuela.

En *Maracapana* fue muerto aquel pecador de hombre, como dice Las Casas, llamado Alonso de Ojeda, distinto del conquistador de Coquivacoa, en justa represalia del ultraje que infirió á los indios del lugar, cuyo jefe era conocido con el nombre de Gil González, por la amistad que tuvo con el contador así llamado que hubo en Santo Domingo, adonde había ido de paz el mencionado jefe indio.

Á consecuencia de la muerte de Ojeda y la de dos religiosos que mató el cacique Maragüei en Chichirivichi, *Maracapana* fué también víctima de la horrible venganza ejercida en la costa de Cumaná por la expedición de Gonzalo de Ocampo, despachada de Santo Domingo.

En *Maracapana* se hallaba Fray Francisco Montesinos, en 1561, cuando arribó á la isla de Margarita el famoso tirano Lope de Aguirre, quien supo que el fraile tenía allí un buen navío, y al punto despachó gente de armas contra él, al mando del capitán Pedro de Monguía; pero éste, en llegando á *Maracapana*, juzgó propicia la ocasión de desertar y acogerse á la bandera del Rey, que desde luego alzó contra el tirano el expresado fraile, que anduvo efícacísimo en dar la voz de alarma á los de Burburata y Santo Domingo.

Las Casas, Fray Pedro Simón, Oviedo y los cronistas de la época que mencionan estos sucesos, llaman á *Maracapaná* como queda escrito; de igual modo aparece en un memorial dirigido á los Reyes de España por el Almirante D. Diego Colón, los Oidores y Oficiales reales de Santo Domingo en 1520, como también en los escritos referentes á la célebre concesión hecha por Carlos V. á los Belzares ó Welseres de Ausburgo en 1528, sin que aparezca en ninguna parte llamarse *Ameracapaná* ni país de *Améraca*, nombres que, si acaso figuran en alguna obra de Geografía ó de Historia, es lógico suponer que sea por yerro ó corrupción de la verdadera voz, que es *Maracapaná* (1). Fernández de Oviedo, el más antiguo cronista de Indias, que vivió en la misma ciudad de Santo Domingo, no escribe *Ameracapaná*, sino *Maraçapana*, que hoy escribiríamos *Marazapana*.

Y dicho se está que no hay razón para darle á la palabra *América* este abolengo caribe, á ejemplo de las disquisiciones etimológicas de Mr. Marcou, quien ha creído encontrar en una cadena de montañas de Nicaragua la cuna del tan debatido nombre del Nuevo Mundo.

Como lo ha demostrado la crítica histórica, nunca Américo Vespucio pensó en dar su nombre al moderno continente, ni en privar á Colón de tal gloria; pero esto no obsta para que sea ya un hecho innegable que la palabra *América* viene del nombre propio de aquel célebre cosmógrafo. Esta designación tuvo su origen en las primeras cartas geográficas que hizo Vespucio del Nuevo Mundo, las que fueron vistas y reproducidas con el interés que es de suponer inspirase á los europeos la novedad del caso; y de aquí el que diesen en llamar *tierras de Améri-*

(1) Con el nombre de *Maracapaná* se distingue también en la historia de Venezuela otro lugar muy distante del cumanés, cual es el sitio que en las cercanías de Caracas escogieron en 1568 Guaicapuro y todos los caciques comarcanos para juntar sus ejércitos é ir contra Diego de Lozada, quien les salió al encuentro y los desbarató en batalla campal.

co, es decir, tierras descritas y pintadas por Américo.

Sello glorioso pondría el siglo XIX á esta cuestión onomástica de América, por casi todos los historiadores debatida, si, como humildemente lo hemos propuesto en ocasiones diversas, se bautizase al Nuevo Mundo con el nombre de Colón, ahora, el 12 de Octubre de 1892, cuarto centenario de su inmortal descubrimiento.

IV

Diversos nombres de América.

Dase el origen de los que tiene al presente y de los propuestos en varias épocas.—*Colombia* ó *Colónida* merecen la preferencia.

No se sabe qué nombre general tuviese la América entre los indios, y lo más probable es que no tuviese ninguno, desde luego que ellos mismos no conocían de tan vasto mundo sino muy determinadas comarcas.

Indias Occidentales.—Con este nombre aparece la América desde el tiempo de Colón, en las cédulas de los Reyes de España, quienes oficialmente siempre la llamaron así.

Nuevo Mundo.—Fray Pedro Simón pone este nombre como el primero que tuvo la América, en contraposición al viejo ó ya conocido de Asia, África y Europa. Á ejemplo de este nombre se han formado otros, como *Nuevo Continente*, *Nuevo Hemisferio* y *Nuevo Orbe*.

Tierra Firme.—Se llamó así el Continente descubierto en 1498 por Colón para distinguirlo de las islas primeramente conocidas.

América.—Este nombre, derivado de Américo Vesputio, tuvo origen en las obras geográficas de Martín Waldseemüller, quien fué el primero que lo usó en 1507. El

nombre se propagó rápidamente, porque de dichas obras se hicieron numerosas ediciones. Tal es la opinión generalmente admitida.

Columba.—Nombre propuesto por Fray Bartolomé de las Casas.

Tierra Santa ó de Gracia.—Propuesto también por Las Casas, en atención á que así fué llamado el continente por el mismo Colón.

Colonia ó Columbania.—Propuestos por Solórzano en su *Política indiana*, quien cita además los seis nombres que á continuación se expresan, ideados por otros autores:

Islas Atlántidas, en memoria de la Atlántida de Platón.

Francia Antártica, ideado, sin duda, por algún francés.

Tierra de Santa Cruz.

Orbe Carolino, en honor de Carlos V.

Ferisabélica, en honor de los Reyes Católicos Fernando é Isabel.

Pizarrinas, derivado de Pizarro, conquistador del Perú.

Segunda España ó Segunda Castilla.—Nombres que Fray Pedro Simón propuso al Consejo de Castilla.

Colonea.—Propuesto por Pedro Salazar de Mendoza en su obra *Monarquía de España*, 1770.

Colombia.—Nombre ideado por Miranda, que Bolívar acogió en Angostura cuando se creó allí la república que formaron Venezuela y Nueva Granada, y más tarde el Ecuador. Este nombre ha sido también propuesto para toda la América por Juan Vicente González en su *Manual de Historia Universal*, por Letronne en su texto de *Geografía*, por Serrano en su *Diccionario Universal*, por Miguel Tejera en su *Vida de Miranda*, y por otros notables escritores y periodistas.

Colonasia.—Propuesto en 1888 á la Sociedad Geográfica Española por D. Arturo Baldasano y Topete.

Colonaria.—Recientemente propuesto en Nueva York.

Colónida.—Nombre que suministra *El Cruzado*, periódico.

dico de Mérida, á propósito del proyecto de cambiar el nombre de América por otro derivado de Colón, idea lanzada por *El Lápis* en 1885 como un homenaje de justicia y gratitud á aquel insigne piloto en el IV Centenario del famoso descubrimiento.

No falta quien proponga, y con mucha justicia, formar un nombre compuesto de Colón é Isabel la Católica; pero sería necesario hallar una voz más breve y eufónica que *Colonisabela*.

Á la verdad, *Colombia* nos parece más simpático y hermoso; sin embargo, son dignas de consideración las razones que aduce *El Cruzado* para que, llegado el caso, sea *Colónida* y no *Colombia* el nombre que se ponga á la América, pues advierte entre otras cosas que resultaría confusión del uso del segundo, tanto con la Colombia histórica de Bolívar, como con la república hermana de este mismo nombre. Dice el inteligente colega, y con razón, que le parecería muy bello ver escrito en los mapas: *Colónida septentrional*, *Colónida central* y *Colónida meridional*.

Nosotros no nos cansaremos de repetir que el hecho de dar el nombre de COLÓN al Nuevo Mundo, cualquiera que sea el derivado que se elija, sobre ser un deber de gratitud, sería un acto de justicia raro y trascendental que perpetuaría en el mundo el recuerdo del gran Centenario.

Mérida (Venezuela) Septiembre de 1892.

CHRISTOPHE COLOMB

PAR

CHARLES FLORENTIN-LORiot

L'histoire peut s'écrire à des points de vue divers: qu'elle s'intéresse aux gouvernants ou aux gouvernés, aux guerres ou à la transformation des institutions, qu'elle s'applique aux idées qui d'en haut mènent les hommes ou aux aînes qui poursuivent, dans l'obscurité ou la gloire, l'utile et le juste, le vrai, le bien ou le beau, l'histoire a toujours son attrait pour l'imagination, le cœur ou l'intelligence; mais de tant d'objets divers, nul n'a plus de touchante grandeur que la Pitié. Or il existe une histoire de la pitié par excellence, une histoire de la miséricorde divine. Née comme la Sagesse avant les choses créées, elle habitait la pensée de Dieu. Quand il eut pitié des enfants, des hommes, il confia son dessein aux Anges seuls: il voulait éprouver ces aînés de la Création, savoir à quel point leur cœur suivrait son cœur dans sa condescendance pour des êtres qui n'étaient pas encore. Ensuite, quand la création humaine commença d'être, d'agir librement, d'avoir besoin de pardon, les desseins miséricordieux furent connus d'un homme seul qui fonda notre race, puis d'un homme, seul encore, qui descendit des montagnes tout humides du déluge, puis de quelques hommes à peine, épars dans la vaste étendue de l'idolâtrie de Job, de Melchisedech, d'Abraham. Ensuite la connaissance de la miséri-

corde fut l'héritage d'un peuple, mais d'un petit peuple réservé par ses montagnes, enclavé par les formes séparatistes de son église nationale. Puis l'heureuse Nouvelle cessa d'être circonscrite dans les frontières d'une nation: elle grandit, grandit encore, et ce fut un monde qui la connut.

Quand St. Pierre, St. Paul et St. Jacques eurent été jusqu'aux dernières limites de l'Occident, St. Thomas jusqu'aux limites extrêmes de l'Orient, le monde ancien apprit la miséricorde: mais ce n'était pas encore l'Univers. Au delà de Thulé, la dernière des terres, au delà de la ceinture du vieil Océan, existaient des îles et des continents où n'était pas connue la miséricorde. St. Jacques sur l'Atlantique, St. Thomas sur le Pacifique, avaient peut être tendu les bras vers ces terres possibles, vers cet autre monde pressenti par leur cœur. Christophe Colomb parut, et la miséricorde s'étendit à l'Univers; où l'iniquité avait abondé, surabonda la Grâce. Tout avait été compris dans l'incrédulité, tout fut embrassé par les pardons, et leur déluge s'étendit de proche en proche, partout où le vent de la dispersion qui soufflait autour de Babel avait emporté les peuples anciens, partout où la vérité réduite en poussière était foulée aux pieds par les enfants des hommes, partout où les multitudes esclaves, s'entredévoraient entre elles, où courbées sous des maîtres, passaient sous les poids des soleils sans connaître ni leur aïe, ni le bonheur, et jusqu'en ces solitudes inabordables où l'esprit du mal régnait seul et s'élevait, à l'abri du désert et des Océans, de sanglants autels sur lesquels s'immolait, depuis des milliers d'années, l'homme lui-même, victime innombrable et toujours insuffisante à l'avidité des Enfers.

Colombs a donc joué un rôle dans cette grande annonce de la miséricorde qui devait embrasser toute la terre. Il est venu à sa place dans le plan divin, à son heure, dans le cours des siècles chrétiens. Toutefois, rien ne serait plus contraire à la simplicité de cet homme, rien ne

repugnerait plus à sa gloire Franciscaine que l'enflure d'un éloge exagéré. Aussi ne le louerons-nous que d'un mot, mais dont nous voudrions prouver le sens véridique: Colomb fut suscité par Dieu pour être un des messagers de sa miséricorde, et nous parlerons mieux de lui par cette seule assertion bien établie que si nous le présentions connue le plus puissant génie des temps modernes, connue le cosmographe le plus savant de son époque, connue le pilote le plus habile. En effet, lors même que nous dirions des découvertes, l'équilibre continental, le renflement équatorial, les courants et les forêts océaniques, la variation de la boussole, nous ferions assurément moins qu'en le considérant comme le messager providentiel, initiateur du salut d'un monde! Le faire voir dans ce rôle, c'est le mettre au dessus des conquérants et des rois, le rapprocher de Apôtres, le placer dans l'abside des cieux, non loin de hommes qui jugeront les douze tribus d'Israël, sous les bras de cette croix qu'il a plantée au sable de tant de rivages, et qui doit survivre glorieuse à cet univers qu'elle a sauvé, qu'il a complété.

Parmi ceux qui conformèrent leur vie au Christ, Colomb reçut un privilège singulier: la divinité du Maître et la mission de son messager s'établissent par des preuves de même nature: prophéties, miracles, affirmations personnelles de l'homme, caractère de la vie, tout ce qui fait adorer le Christ fait honorer son ambassadeur.

LE TÉMOIGNAGE DU PASSÉ

Quand le passé prophétise en faveur d'un homme, c'est que bellement il a reçu une mission de la Providence, car Elle seule peut prévoir les événements et les coordonner au destin de son élu.

Or, aucune des expansions de la Bonne Nouvelle n'a

été sans prophète: à chaque fois que celle a gagné du terrain sur le globe, soit que de la famille patriarcale elle passât à l'église nationale des Juifs, soit que de cette église elle fût transmise par les Apôtres à l'univers connu des anciens, ces libéralités de plus en plus larges de la bienfaisance divine furent toujours préparées par de mystérieuses annonces, par des pressentiments profonds dans l'âme de l'humanité. La prophétie existait dans l'âge patriarcal, elle abonda dans la patrie judaïque, elle parla par les lèvres du Christ à l'Église universelle, mais on peut se demander d'une façon précise si le passage de l'Evangile de l'univers ancien au Nouveau-Monde fut formellement annoncé. On dit qu'à Antioche, sous Dèce empereur, sous Babylas évêque, un martyr du nom de Christophe aurait vu d'un regard prophétique une postérité vengeresse de ses os voyager sous son patronage vers des îles situées au-delà de Thulé; quod qu'il en soit, tout au Moyen Age, annonce Christophe Colomb de cette manière providentielle dont les causes annoncent les effets.

Colomb vient après la Chevalerie, chevalier lui-même, fidèle à la patrie de son choix, serviteur irréprochable d'une reine. En Europe, il combat les Serrasins sur terre et sur mer; ailleurs, il veut exterminer les Caraïbes et les monstres. Il passe la nuit en prière au pied de autels, à Notre-Dame de Huelva, à la façon des preux qui faisaient dans l'église la veillée des armes. Colomb vient après les Croisades: il est le dernier des Croisés, vienne après Saint Louis; il a pour suprême pensée d'aller par l'Occident réjaier, lui aussi, Jérusalem, comme autrefois le torrent glorieux des multitudes, et de ne se reposer qu'au points où son Dieu lui-même s'était reposé.

Colomb vient après que Bernard, Thomas, Anselme, Bonaventure, Hugues de S. Victor, ont fait sortir de leurs allules ces vastes édifications de la doctrine qui ont l'Écriture pour base et le syllogisme pour arc-boutant; après que se sont fondés les hôpitaux, les Universités de Bolo-

gne, de Paris et de Salamanque, après que les cathédrales ont fixé la foi sur le sol: et lui aussi vent fonder sur la terre nouvelle qu'il vent découvrir, à l'*Ile Espagnole*, dans la Vega Real, au pied de la Croix qu'il a plantée, trois choses: une université, un hôpital, une église en l'honneur de Nôtre-Dame. Colomb vient après qu'aux ordres sédentaires ont succédé les ordres expansifs des Dominicains et des Franciscains; il est l'hôte de l'ami de ces fils d'un passe tout récent. François d'Arrise, qui semble résumer dans son œuvre populaire toute la poésie du Moyen Age, a les préférences de Christophe Colomb; c'est lui qui l'envoie, mais Bernard à la Chartreuse des Grottes, mais Dominique à Valladolid, disputent à François ce chevalier de la Chrétienté.

Colomb vient après la boussole, qui permet de l'éloigner des tirages, après la poudre à canon qui renverse les barrières matérielles, après l'imprimerie qui multiplie et fait durer la pensée; mais il vient avant la Réforme, et comme le dernier fruit de l'unité catholique, avant qu'elle ait reçu l'outrage; il faut un majorat pour la conserver. Colomb est bien l'homme providentiel qu'annonce le passé chrétien, ce passé prophétique; sa vie est un poème qui rappelle ceux du Moyen Age: son arrivée en Espagne, qui fut comme l'exorde de sa vie publique, n'est pas sans rapports avec la première page de la *Divine Comédie*.

Les églises d'Orient n'étaient plus; l'Orient était entré dans les grandes ténèbres que laisse après lui le flambeau déplacé.

La tradition affaiblie de génération en génération murmurait encore en Occident le nom de Christophe d'Antioche et peignait aux murailles des basiliques l'image de sa prophétie devenue légendaire: peu à peu, légende et prophétie s'oubliaient; le martyr négligé paraissait sans puissance et sans culte, lorsque deux voyageurs venus par mer à Palos s'acheminaient dans une forêt sombre à l'heure où le jour baissait: l'un n'était qu'un enfant,

l'autre un homme, et quel était son nom? Christophe.

Tel à l'heure où les cieux plus sombres invitaient au repos les fils laborieux de la terre, Dante éllait penetrer un monde inconnu objet de crainto-et d'espérance. «J'étais, dit-il, au milieu de ma course et j'avais déjà perdu la bonne voie, lorsque je me trouvai dans une forêt obscure dont le souvenir me trouble encore...»

Comme le poète, Christophe Colomb allait découvrir un monde inconnu objet de crainte et d'espérance; comme Dante, il était au milieu de ses jours; comme Dante, il s'était égaré de sa voie, car, où qu'il eût abordé, il fallait pour errer dans la forêt de la Rabida qu'il eût perdu son chemin. Comme Dante, cette forêt pouvait le troubler, car il était seul et son fils avait faim; comme Dante, il aperçut une colline, et tout à coup vit surgir une porte: mais sur elle il n'était pas écrit: «Laissez l'espérance vous qui entrez», car elle s'ouvrait sous les grises murailles d'un monastère élevé par celui qui cherchait le desert pour ses pénitences, l'accompagnement des oiseaux du ciel et l'arome des fleurs champêtres pour ses cantiques et ses prières, les pauvres et les mendiants pour propagateurs de sa doctrine; comme si François d'Assise eut préparé cet asile d'un jour à un pauvre comme lui, mais à un pauvre qui devait ouvrir à ses missionnaires de si vastes chemins. Cette paix où Colomb vint se préparer aux luttes de sa vie, c'était le Moyen Age qui l'avait faite. Cette tour du cloître ou pendant ce sommeil de ses religieux montait le gardien Juan Perés de Marchena, c'était le Moyen Age qui l'avait érigée; cette âme même de Juan Perés qui répondait par de si grands battements d'aile aux sollicitations de l'Infini, c'était le Moyen Age qui l'avait formée. Les vierges de Juda, qui savaient que l'une d'elles enfanterait le Messie, regardaient le ciel des nuits d'été du haut des terrasses de Jerusalem avec moins d'anxiété que Juan Perés ne regardait l'étendue de l'Océan: il demandait à Dieu les ailes de la colombe pour fuir à travers les flots,

de son desert vers d'autres deserts où languissaient peut-être à demi mortes des âmes inconnues mais chéries dont il avait le pressentiment. Cet ami pour le solliciteur isolé, cet auxiliaire de ses démarches, ce consolateur de son infortune, ce compagnon d'un de ses voyages, c'était le Moyen Age qui le donnait à Colomb; car le Moyen Age avait rempli l'Europe d'un amour débordant qui tendait à s'extravaser hors du vieux monde. Aux limites de la terre habitée, sur les promontoires, au bord des flots, des âmes tressaillaient comme ces larmes qui tremblent au bord de la paupière, prêtes à se détacher.

Quand après dix-huit ans d'attente, les vents propices du départ agitèrent autour des vieux murs du monastère les vieux sapins, quand Colomb se leva la nuit traversant les longs corridors pour aller reveiller Juan Perés, quand les cierges allumés la nuit pour la messe du départ éclairèrent à demi les hauts vitraux, quand les religieux accompagnaient leur note jusqu'à la mer, traversaient en longue file la forêt où ne brillait pas encore l'étoile du matin pour escorter le navigateur, on eût cru voir veiller, prier, marcher le Moyen Age escortant son dernier enfant.

Le signal du départ fut donné; trois heures après on ne vit plus que trois voiles perdues dans l'azur et sur la tour de la Rabida Juan Perés en prière: le Moyen Age avait donné son fruit.

On peut donc affirmer que le passage de l'Evangile de l'ancien monde au monde nouveau fut préparé, et, partant, annoncé par les siècles qui précédèrent Christophe Colomb.

LE TEMOIGNAGE DU PRODIGE

L'époque où il parut vit à son tour cet homme prédestiné avoir pour adversaire le prince des ténèbres, Dieu pour tuteur, tous deux pour témoins de son message.

A l'heure matinale où voltigent au chevet des dormeurs les plus beaux rêves, les trois nefs se détachent tranquillement du port, car elle commence dans le repos des hommes et des choses cette épopée qui devait être traversée de tant d'orages.

Adieu l'Andalousie et ce Guadalquivir et la Guadiana et la sierra, fleuves et monts, tout ce qui rappelle la terre! L'Océan seul s'étend de toute part.

La nuit descend, l'horizon s'irise, la vie interne des flots devient lumineuse, le silence est si grand, l'hymne des matelots *l'ave maris stella* s'élève en un calme si pur que ce chant semble sur les vagues se prolonger sans fin, et monter aussi sans obstacles et sans terme dans l'infini par delà les astres, jusqu'à la divine étoile de la mer qui brille au seuil des portes bienheureuses.

Mais cette paix du départ ne devait pas se continuer.

Comme si ce premier voyage tant de fois raconté devait être une préfiguration de tout ce qui se passerait dans la vie du navigateur, on y soupçonne la lutte de deux puissances invisibles, animées l'une contre l'autre pour attester, la première par ses embûches, la seconde par sa tutelle, la vocation de celui-la même que l'une detestait, que l'autre protegeait. Quelle puissance malfaisant fit abonder en périls imaginaires les régions inexplorées de l'Océan, quel esprit d'indiscipline arma le bras des matelots révoltés, quelle puissance bienfaisante au contraire permit au capitaine d'apaiser la cruauté de la peur et d'obtenir au gré de la prière le changement des vents? Mystère: mais on sait que la nuit, sur les navires, quelque chose d'étrange s'est passé. C'était comme la première annonce de choses extraordinaires qui surviendraient de terre et sur mer dans le cours de quatre voyages de Christophe Colomb. On pressent que le surnaturel approche: il est déjà présent peut-être, mais tout se tait encore autour des nefs, et les forêts de l'abîme qui montent du sein des eaux ondulent profondément sous les carènes qui les labourent sans fin.

Après que la flamme, vacillante image de la vie, eut apparu sur la terre lointaine et que l'aurore eut montré la nouvelle terre étincelante sous le nouveaux cieux, Colomb planta dans l'île San Salvador une croix de bois. Les marins, sous l'influence d'un pardon qu'ils ne méritaient pas, oublièrent leur sédition et les fantômes de la nuit, et chantèrent:

«L'étendard souverain s'avance; un mystère passe et se manifeste: l'étendard et le mystère de la Croix où le Grand Vivant a souffert la mort et par elle engendré pour les hommes une vie sans fin. De son flanc percé de la lance, pour laver nos impuretés, l'eau et le sang coulèrent à la fois. Il s'accomplit aujourd'hui l'oracle de David, qui jamais n'a trompé, lui qui disait aux nations que le Roi d'en haut aurait un arbre pour sceptre; arbre empoupré choisi sur une tige si noble qu'elle peut toucher des membres divins. A des branches pend la rançon des siècles: le poids de ce corps qui, mis dans la balance, fait remonter le pêcheur du fond des enfers. O Croix, salut! Espérance unique des jours de larmes, efface la peine du péché et le péché même, et toi qui nous as accordé de vaincre par la Croix, ó Trinité, ajoute-y la récompense due au sacrifice.»

Ils chantaient, et nul ne se doutait alors que quelqu'un d'hostile les entendait; quelqu'un d'envieuse et de malfaisant ricanait derrière l'horizon. Est-ce réalité, direz-vous, est-ce poésie? C'est l'un et l'autre, et ceux qui savent le fonds des choses me comprendront; derrière le golfe mexicain, á ce point où sur de sanglants autels on inmolait chaque année des millions de victimes humaines, une personnalité habituée à l'éternité du mal avait compris que son règne allait avoir un terme, mais nul n'était averti, sur les navires, de cette inimitie. Poussés par une douce brise, ils avançaient d'îles en îles et les plaçaient toutes sous les ailes de cette Croix qui rend l'espérance. Quelle joie après une longue absence de se reconnaître pour frères;

et quand donc avait eu lieu la separation? Il y avait longtemps, bien longtemps: c'était aux champs de Sennaar, et les uns partirent vers l'Occident, fleurirent par la Grèce, règnèrent par Rome, parlèrent par la France; et les autres partirent vers l'Orient, franchirent l'Hymalaya, peuplèrent l'Inde et la Chine, émigrèrent jusque dans les îles, traversèrent le detroit de Behring: que de courses errantes depuis la dispersion! Depuis combien de temps Babel en ruine était elle flagellée par le vent du desert! Que de courses vagabondes, que d'odyssées épiques à la recherche des patries! Que de stages dans ce passé soixante fois séculaire! Que de combats, de luttes, de misères pour aboutir, d'un côté, à l'anthropophagie, à l'esclavage et aux victimes humaines; de l'autre, à quelque réalisation de l'utile, du juste, du beau, du vrai, du bien qui constituent la civilisation. Mais les peines maintenant étaient finies, les fatigues oubliées. Les deux humanités se reconnaissaient. C'étaient bien les mêmes traits, la même race humaine, les mêmes fronts sublimes tournés vers les astres, la même raison dans la conscience, la même filiation temporelle en Adam, la même adoption éternelle en Dieu, et ces deux parties de la race humaine s'unissaient dans le cœur patriarcal de Colomb, plus grand que les champs de Sennaar, en presence d'une nature splendide, variée dans ses parfums; elles s'unissaient comme ces liannes enlacées qui sur une même tige mêlent des fleurs et des fruits différents.

Ah, si ces deux humanités n'avaient eu à se communiquer autre chose que leur misère, la joie n'eut pas été si grande, mais l'une apportait à l'autre avec les fruits de son travail, son Dieu, le Dieu dont la paternité fait les hommes frères; aussi quelle fête des yeux et des cœurs!

Le soir tombait, l'ombre était nuptiale, comme a dit un poète, la mer s'illuminait de phosphorescences et du reflét des astres, le roulis conseillait le sommeil et la conscience s'emplissait de paix. Mais l'ennemi qui jamais ne sommeil-

le avait aperçu du bout de l'horizon la Croix qui d'île en île avançait, il accourut d'un vol muet et se glissa près des vaisseaux. Colomb dormait, il avait confié la caravelle au pilote, le pilote sentit ses paupières s'appesantir; il confia le gouvernail au mousse, le mousse à son tour dormit: un choc subit reveilla tout le monde. Colomb devait s'apercevoir bientôt que son voyage était une descente aux enfers.

Il avait été facile d'y descendre, mais quand il s'agit de revénir, il s'aperçut de sa témérité, quand les vents tombèrent, quand la mer verdit, puis noircit, quand les crêtes des vagues commencèrent de se dresser toutes blanches dans les ténèbres. Heureux qui connaîtrait les causes des naufrages; ce sont les flots, dit l'ignorance, mais: qui soulève les flots? C'est le vent: mais qui envoie le vent? D'où vient-il? Où va-t-il? Demandez-le, si vous le pouvez, aux puissances invisibles; à l'électricité, au calorique, à la lumière peut-être. Quelle est la substance de ces forces? L'éther, direz vous? Et qui commande à l'éther? L'esprit. Et à l'esprit? Dieu. Parce que la cause première recule ainsi; croyez vous qu'elle disparaisse? Non, elle grandit et commande de plus haut et parfois pour la gloire des justes, elle laisse agir les esprits, instruments souvent pervers mais toujours soumis à ses desseins.

Nierons-nous cette intervention quand il s'agit de l'esprit du mal? Nous aurions peur que notre négation ne la prouve, car le premier usage que l'habile esprit fait de son influence, c'est de persuader à ses dupes de le nier afin qu'elles soient sans défiance et qu'il puisse agir à sa guise pendant qu'elles se feraient un jeu de son existence prétendue chimérique. Pour moi, au nom de la poésie qui voit là où la science ne peut plus observer, j'évoquerai des phénomènes peut-être sans exemple.

On dit qu'au moment où marchaient d'un pôle à l'autre les caravelles, semblables à des arches d'alliance, une voix se lamentait dans les vents et proclamait aussi la mission du messager de la Croix:

«A l'œuvre, esprits du mal, exécuteurs des ordres d'un éternel ennemi, défendez votre empire. Nous n'avions sur la terre qu'un seul lieu, un seul qui nous fut réservé; où fuirons nous, si l'homme s'en empare? Enfilez les souffles, convoquez les vagues, qu'elles accourent à bonds précipités des extrémités des poles, qu'elles submergent ces caravelles, qu'elles brisent leurs mats! Qu'elles éteignent leurs falots! Qu'elles ouvrent leurs flancs!»

Mais les esprits répondaient:

«Nous ne pouvons. Cet homme est un messager de celui qui fait fléchir le genou au ciel, sur la terre et dans les enfers, cet homme se résigne à la volonté de son maître, sa conscience est insubmersible, adhérente à celui qui soutient l'univers.»

Et le roi de la tempête reprenait:

«La belle merveille qu'il obéisse à Dieu! Son obéissance n'est pas désintéressée. Ne raporte-t-il pas de notre empire, l'or tant convoité par son âme insatiable?

N'est-il pas amiral lui, fils d'un ouvrier? N'est-il pas roi? N'a-t-il pas voulu l'être? Et celui de qui relèvent tous les empires n'a-t-il pas satisfait toute son ambition après avoir aplani ses chemins? Qu'a-t-il fait de plus pour Moïse ou pour Jacob? Son esprit n'adhère pas à Dieu tant que vous pouvez vous l'imaginer. Frappez-le dans ce qu'il aime, vous verrez s'il dira jusqu'au bout cette parole qui fait toucher l'homme à la perfection: *Fiat voluntas tua.*»

A cette voix l'Océan palpita tout entier sous l'effort réitéré des souffles pour disperser les caravelles, assourdir, épouvanter les équipages et leur communiquer de l'indiscipline.

Mais Colomb se résignait de plus en plus: il ne bravait pas l'infortune, il l'acceptait sans la braver, et il ne négligeait rien de ce qui pouvait la prévenir, il faisait allumer trois falots aux grands mats pour éviter la séparation des caravelles, il écrivait d'une main qui ne tremblait que du mouvement des flots le récit de sa découverte sur deux

parchemins, les revêtait de cire, les plaçait dans deux bouées; la première, il la jetait à la mer, la deuxième il l'attachait au navire; à l'heure suprême, son bras devait s'étendre une dernière fois pour couper le câble qui la retenait à la poupe, et elle continuerait de flotter pendant que la mer engloutirait le navire, et l'amiral, et son œuvre et tout son souvenir: car, peut-être il en serait ainsi pour l'expiation de ses fautes, et la volonté de Dieu, toujours adorable, serait accomplie.

«Tenez bon, disait l'Adamastor jaloux: tout à l'heure, quand le flot entrera dans sa bouche, il maudira Dieu, et la main protectrice se retirera de dessus sa tête. Le voilà qui tremble, qui chancelle, ce fier mortel qui a voulu combattre avec l'Ange, qui a voulu déplacer la flambeau de Dieu: tenez bon, souffles de la mer, qu'il n'arrive jamais au port de sa gloire, qu'il ne revoie jamais sa reine ni ses fils, ni son épouse ni ses enfants, que son corps flotte comme une algue morte; qu'il sente dans l'agonie fuir loin de lui, dans l'espace, et se séparer pour jamais ces deux humanités qu'il voulait rapprocher!»

Les esprits accouragés répétaient avec l'infinie tristesse de la mer: «Prince de ce monde, nous ne pouvons; les naufragés ont jeté leur serment à travers l'espace à tous les sanctuaires du rivage; il faut qu'ils le touchent; leurs vœux sont comme des ancres fixées au fort qui les attirent vers la patrie».

«Dispersez-vous donc, couards esprits: mais nous n'y perdrons rien. Cette terre que Christophe Colomb a voulu donner au Christ, nous la lui reprendrons: cette mission, vous n'avez pu la submerger sous les flots; sachons attendre, nous la foulerons aux pieds dans le sang.» Et tandis que les esprits de la tempête s'éloignaient, exultaient, dans le désordre universel des flots si conforme à l'orage éternel qui les agite intérieurement, jetaient l'écumée injurieuse aux croix plantées dans les îles, fracassaient les flottes dans les ports lointains, jonchaient les plages de

débris, et se consolaient, en répandant partout le néant du désespoir de n'y pouvoir rentrer, leur Chef continuait de rendre témoignage à la mission de Colomb en le rejetant des flots aux hommes.

Le gouverneur portugais des Açores s'empara des matelots de l'équipage au moment où, pèlerins encore mouillés de la tempête, pieds nus, la corde aux reins, ils accomplissaient un vœu sur le rivage.

Resté à bord, l'Amiral échappe au cachet qu'on lui destinait.

Des hommes aussitôt, ses persécuteurs, le rejettent au flot; ne pouvant s'emparer de sa personne, les indigènes coupent les amarres de sa caravelle afin que la tempête le reprenne et qu'il périclisse ainsi. Les flots le ressaisissent en effet, l'emportent, comme un triomphateur de toute part insulté, jusqu'au promontoire de Centra, et se ruent avec lui sur la côte rocheuse pour l'y abriter avec eux-mêmes en un dernier effort; car il faut discerner l'embouchure du Tage; ce n'est qu'un point sur la côte, l'écume le cache, le courant du fleuve en repousse les navires; mais au moments où lutte encore une fois contre le dernier assaut ce frêle et grand destin, des cierges paisibles s'allument dans un sanctuaire du rivage. Les marins pieux et secourables, ceux qui ont souffert et qui ont pleuré, répètent à genoux: «Délivrez nous du Mal!» et Colomb entre à l'instant dans le Tage.

Il est sauvé? Nullement. Il est rejeté des flots aux hommes; et les courtisans du Roi de Portugal émettent l'avis de l'assassiner: cependant que, le voyant remettre pied à terre, amiral vice-roi, rentrer à Palos, triompher à Cordoue, son éternel ennemi se prépare à rendre de nouveau hommage à sa mission, en ourdissant contre lui les plus noires intrigues, à l'heure où, la lune éclairant les vitraux de Huelva, Colomb prie en paix dans l'église gothique, devant l'autel solitaire.

Le prince du mal assembla non sans peine ce que dans

la genereuse Espagne il trouvait d'elements étrangers à la noblesse naturelle de la race, les avarés qui comptaient sur les trésors que fournirait la découverte, les vaniteux qui ne pouvaient souffrir de voir à leurs cotés, le chapeau sur la tête, la famille étrangère d'un aventurier, les faux sages dont la découverte avait déconcerté le système, et la bureaucratie, tout ce qui sous la camisole du forçat, sous la toge du juge, sous la carapace théologique du docteur pouvait se cacher de plus miserable, ce n'était pas trop pour son entreprise. Il embarqua sur les navires le plus grand nombre qu'il put de gens tarés, dans le but unique d'exciter des revoltes aux Indes espagnoles. Les faux hidalgos veneraient l'indigène et l'accablèrent d'outrages jusqu'à le faire devenir sedicieux, les forçats serviraient de soldats à la revolte, les bureaux tromperaient sur les fournitures pour que la famille conseillât la révolte, les juges assureraient l'impunité aux insurgés et donneraient à la sedition une confirmation pénale en punissant l'impuissant vice-roi. Si la révolte n'allait pas assez vite, on enverrait sans pudeur un renfort ostensible que devait commander Ojeda. Puis à chacun des retours de Colomb, la meute de ses ennemis reviendrait en Espagne, la populace avec des invectives, les juges avec des dossiers; l'invective agirait en bas, les dossiers en haut. Aussi tous les coups portés à l'autorité de Colomb dans l'île Espagnole, retentiraient en Espagne, où il serait de plus en plus diffamé, tous les coups portés en Espagne à la bonne renommée de Colomb retentiraient à l'île Espagnole de plus en plus dépourvue de ressources et d'où il serait enfin chassé. Où qu'il allât, l'Amiral ne pouvait échapper à cette strategie, et, de fait, à chacun de ses voyages il trouva dans l'un et l'autre pays ses ennemis plus grands et plus forts, la canaille vocifera plus haut à Seville, les dossiers d'enquête devinrent plus volumineux à Cordoue. Qu'il allât ou qu'il vint, l'ennemi grandissait devant lui.

Restait un point inaccessible à la haine, ou Colomb se

refugiait plus haut que toute chose, c'était le grand cœur d'Isabelle, cette Reine dont l'épée veillait toujours ici à l'expulsion des maures, là à l'extension de l'Espagne catholique au delà de l'Océan, c'était ce grand cœur, seul égal en Espagne au destin de Colomb et fait pour lui être associé.

Il fallait détrôner le vice-roy de ce cœur qui l'aimait. Le noble comte Roselly de Lorgues, cet initiateur de justice, à qui tous les amis de Colomb doivent le tribut de leurs hommages parce qu'il a justifié leurs travaux, a pris la peine de sonder toutes les fanges qui furent remuées pour eclabousser, aux yeux d'Isabelle, l'honneur de son serviteur. Le comte Roselly s'est inspiré des respects de son héros, il n'a pas blâmé la souveraine dont l'âme lui disait à voix basse ce que le forgeron de Eolède avait gravé sur l'épée d'Isabelle: maintenant je veille! paix avec moi!

Je dois à la vérité de le dire sans accuser cette âme paisible: il fut une heure où sur la suprême gloire de l'Espagne, dans l'esprit de sa plus grande reine, l'enfer crut prevaloir. Il n'y réussit pas sans doute, mais, depuis ce temps là, dans l'histoire, devant les portes closes du Moyen Age, deux figures pleurent l'une devant l'autre éternellement: Isabelle et Christophe Colomb: Isabelle pour n'avoir pas rendu à Colomb sa vice-royauté, Colomb pour avoir un jour vu pleurer Isabelle.

Faut il prononcer à côté de cette femme dont la mémoire sera douce à jamais des noms différemment immortels; Aguado qui pour Colomb fut la calomnie, Bobadilla qui fut les fers, Ovando qui fut l'extermination, et l'histoire oublieuse à dessein qui fut la nuit. Lorsque le Christ mourut ce fut la nuit aussi, mais des voix crièrent dans l'ombre: il est vraiment le fils de Dieu! et nous, en présence de ces ténèbres que le génie du mal épaissit encore sur la mémoire de Christophe Colomb, ne crierons nous pas vers la justice des siècles à venir: Colomb était vraiment le messager de Dieu?

Tout à coup le Dieu de Job rentre en scène et dit à son antagoniste: t'ai je assez permis d'accabler mon serviteur? Il est privé de la famille, de la patrie, de la richesse, de la gloire, séparé des indiens dont il aime le salut, il entre nu dans l'oubli séculaire: tu dois trouver que c'est bien et que ton œuvre est bon... Maintenant, à mon tour!

Alors commencent ces faits étranges par où la curiosité est sollicitée, l'imagination frappée, et le pressentiment conçu d'un monde où l'esprit regnerait sur les lois pleinement soumises de la matière brute.

On montre encore dans l'île de Haïti, cette éminence boisée qui domine la Vega Réal. C'est un lieu saint que Jacob eut appelé Bethel, ou Moïse aurait oté sa chaussure. Je ne sais si l'imperceptible soupir de brise qu'Elie entendit sur l'Horeb annonce en ce lieu le soir la présence de l'Invisible, mais Colomb qui priait assidûment avec les prières des prophètes y venait repeter chaque matin ces vastes paroles: «Feu, neige, grêle, souffle des tempêtes qui accomplissent la volonté de Dieu!» et le reste de ce chant dont ses propres aventures devaient être le commentaire. Il n'y contemplait jamais sans émotion le grand aspect de sa conquête. A l'Orient les monts de Cibao où regnait le seigneur de la maison d'or, à l'Occident le lac de Xaragua où regnait une femme poète, Anacoana, nommée la fleur d'or; partout au pied de la croix qu'il avait plantée, regnait la grande image de la paix dans l'azur et dans la majesté.

Depuis la nuit où le sommeil de l'équipage avait causé la ruine d'une caravelle, ceux qui portaient ce navire s'étaient établis sur le rivage en amis plutôt qu'en conquérants du pays dont ils furent les premiers hôtes, mais bientôt leur avarice, leurs hymens impurs, indignèrent ces races naïves comme l'enfance que le message de la Providence avait confiées à leurs respects et à leur fraternité. Les fils d'Haiti doutèrent pour la première fois que ces étrangers vinssent du ciel, ils les attaquèrent, les trouvèrent mortels, et devenus plus osés par une première justice qu'ils

en firent, ils remplirent en grand nombre la Véga-Réal.

Du pied de la croix qui dominait la grande plaine, l'Amiral vit arriver leur légion: au pied des rampes boisées de la montagne de rares espagnols revêtaient leur armure d'acier, se formaient en phalanges, serraient leur rangs; l'Adelantado, frère de l'Amiral et terrible comme un archange, les exhortait par ses paroles à tenter cette aventure de lutter cent contre cent mille, nageurs perdus qui devaient avoir l'Océan devant eux.

Tout à coup, au dessus de la lutte inégale, un nouveau combattant s'élève: le souffle de la tempête. Il descend de la montagne à la prière de celui qui là haut, dans le recueillement d'un sommet visité par l'Esprit, invoque Christophe, le martyr d'Asie, percé de flèches qui se retournèrent contre ses bourreaux: et voilà que sur toute l'étendue de la plaine des milliers de flèches se retournent sous l'effort du vent; elles pleuvent sur les archers qui les ont lancées. Miracle! crient les espagnols. Les chiens hurlent; les cavaliers s'élancent, la déroute commence dans toutes les directions de la plaine; l'immense armée se précipite, un européen poursuit mille indiens et quand la Véga-Réal fut vidée d'ennemis, quand le vent eut aussi balayé les nuages, quand le soleil de la victoire parut, Colomb put reprendre son cantique: «Neige, grêle, éclairs, souffles des tempêtes qui faites la volonté de Dieu!» Et quelle était cette volonté de Dieu, si non de montrer que le vainqueur était le messager de sa miséricorde. Depuis ce temps le surnaturel ne cessa pas d'éclater en ce lieu. Une croix secourable aux chrétiens qui trouvèrent sous ses bras l'espérance et parfois la guérison, fut redoutable aux indigènes, car bien que de bois et conforme à la pauvreté franciscaine, elle bravait les haches et le feu ne la pouvait consumer, on dit même que dans le tourbillon des flammes allumées pour détruire cette croix, la mère au manteau bleu qui régnait depuis quatorze siècles sur le cœur éternel, apparut majestueuse pour défendre cette re-

lique d'un fils pieux qui voulait pénétrer dans le nouveau monde comme on pénètre dans le paradis par le secours et l'intercession de sa mère.

A mesure que vieillissait l'Amiral, quand il n'avait plus de titres que ses malheurs, de richesses que ses chaînes, et que dépossédé de sa vice-royauté des Indes, chassé par Ovando de la terre qu'il avait conquise, il se regardait partout sur la terre, quand vieux et infirme il entreprit un quatrième et dernier voyage, effort suprême pour faire le tour du globe, il semble que celui qui l'avait toujours protégé lui manifestât sa tendresse d'une façon plus paternelle que jamais, et multipliât sur sa route les choses surnaturelles qui parlaient de sa mission.

C'est ainsi que repoussé du port de Saint-Domingue par l'usurpateur qui lui refusait un abri, il put assister non sans tristesse au châtement de presque tous ses ennemis. Ils étaient trente-quatre les navires qui sortirent du port malgré ses conseils; ils étaient chargés de monceaux d'or acquis par le sang des Indiens, et leurs cinq cents passagers chantaient joyeusement le chant du retour: mais aucun ne devait revoir la terre espagnole, car les flots qui gémissent en attendant l'apparition des libres fils de Dieu en attendant le règne des saints, les flots parfois rugissent et se gonflent en voyant passer les homicides et les spoliateurs, et ils se soulevèrent du fond de leurs abîmes, et ils accoururent des extrémités de l'Atlantique, et toute la flotte ainsi qu'un rêve en un instant, pilotes, marins, juges, exécuteurs, bourreaux, et Roldan et Bobadilla et leur chargement d'or auquel ils se cramponnaient avec désespoir, tout fut noyé, brisé, fracassé.

Pendant que trente trois navires éprouvaient ainsi la justice des flots, le trente quatrième, un petit bâtiment nommé l'Aiguille arrivait tranquillement au port de Cadix, il portait les papiers de Christophe Colomb. Lui même pendant la tempête abrité dans un port que la nature lui avait préparé, il n'avait pas seulement une vergue brisée,

pas une voile déchirée. Ainsi quand Israel portait au monde ancien l'augure de cette miséricorde que Colomb annonçait le premier au monde nouveau, les flots sous les pieds de ce peuple missionnaire, s'ouvrirent en routes applanies, mais quand les ennemis d'Israel pénétrèrent à leur tour dans la mer, la mer fit ce qu'il en faut attendre. Où les juifs avaient trouvé un chemin commode et sûr, leurs persécuteurs trouvèrent un tombeau. Pour les premiers douce et bonne, elle les conduisit où ils voulaient; pour les autres, violente et furieuse, elle les engloutit, et la foule indisciplinée des flots montra la discipline intelligente des hommes soumis à la raison la plus sage.

Les indiens revoltés étaient vaincus, les espagnols instigateurs de la révolte étaient punis par le massacre et la tempête, les ennemis de Colomb n'étaient plus et jusque dans les enfers, en voyant ses instruments brisés l'un après l'autre, le prince du mal fléchissait le genou. Les flots pourtant, lui restaient encore, il resolut de tenter avec eux un dernier coup de force.

Il avait observé que le serviteur de Dieu ne passait pas un jour sans aspirer du cœur et de l'âme vers le ciel, que le ciel, de son côté, s'abaissait vers le serviteur de Dieu par le miracle. Contrefacteur de ses adversaires, il dit aux flots: aspirez, vous aussi vers le ciel! aux nuages du ciel: «abaissez-vous vers les flots. Il en resulta, non le miracle, mais le monstre. Le ciel atmospherique se rapprocha de la mer en une colonne que le vent poussa tournoyante vers la caravelle.

Alors Colomb, au milieu de la nuit produite par la trombe qui surplombait, fit allumer dans les falots les longs cierges benits, il fit arborer la bannière de l'expédition où saignait un grand crucifix, il ouvrit le vieux missel à la fin de la messe, et il lut à haute voix: au commencement était le verbe, et le verbe était la lumière, et la lumière luit dans les ténébres. «La caravelle avec sa nef illuminée, ses

cordages dentelés, ses hunes entourées de balustrades était à ce moment comme une église sombre de la patrie absente. A voir ces préparatifs, on pressentait qu'entre le ciel et l'homme, il allait s'établir une extraordinaire communication, que le miracle allait éclater, que le tourbillon de Dieu allait pulveriser ce ridicule prodige de son esclave à bout de ressources. L'Amiral tira son épée, imita dans l'air avec la pointe de l'acier la forme de la croix, et la trombe aussitôt s'enfuit; elle fuit très loin, elle alla cacher dans la solitude la honte du prince de ce monde.

Pourquoi donc, ô flots, avez vous fui? C'était en face de la Miséricorde. Qu'étiez vous donc pour vous opposer à son messager? De l'air, de l'eau, de l'oxygène, de l'azote, que sais-je? Des molécules, des atomes soumis aveuglément à vos lois. Si vous n'êtes que cela, laissez donc passer le grand amour venu d'Orient pour affranchir de la pesanteur et de la mort les hommes conviés à la liberté des fils de Dieu. Ecartez-vous! vous et vos lois subordonnées, laissez le miracle y faire sans les détruire une trouée nécessaire et glorieuse, par ou paraisse aux yeux de l'homme à qui l'habitude avilit les plus belles choses, la victoire inaccoutumée d'une bonté qu'ils ne connaissaient pas.

Lorsque aux trois faits extraordinaires que nous venons de raconter l'ennemi du bien eut trois fois reconnu son vainqueur, la Providence ne cessa pas de protéger Colomb, mais elle ne fit plus pour lui d'exception aux lois naturelles qui reprirent leur cours tranquille; elle l'entoura seulement de circonstances favorables. Ce fut Diego Mendes tentant à travers le courant du golfe d'impossibles chemins pour la délivrance de son Amiral: tous deux allaient périr, Colomb d'abandon, Diego Mendes de soif et de fatigue, si la lune qui s'élevait, n'avait pas laissé distinguer sur son disque échancré la silhouette d'un îlot: un peu plus tôt, un peu plus tard, un peu plus à l'est ou à l'ouest, Diego n'aurait pas vu Navasa. Cette apparition de la lune qui s'éleva ainsi à point n'eut rien de surnaturel, et cepen-

dant, elle fait poser cette question: Quel est l'algébriste assez consommé pour faire coïncider le lever des astres avec les besoins des frêles créatures perdues dans l'immense Univers?

Une autrefois, c'était une caravelle qui paraissait près de la côte comme un léger fantôme de la mer et qui disparaissait en silence. Cette voile, envoyée par le cruel ennemi de l'Amiral, avait pour but non de le ravitailler mais de l'espionner, elle le sauva paraissant à l'heure même où les rebelles allaient l'assassiner.

Une autrefois c'était l'ombre de la terre qui se projetait sur la lune avec assez d'à propos pour persuader aux indigènes de nourrir celui qui dans leurs ténèbres apportait la lumière sans ombre. La main de Dieu s'étend toujours sur son élu, mais elle redevient invisible. Le drame de cette vie se termine comme il avait commencé par une paix qui repose des tempêtes, par un grand calme sur la mer et dans l'âme. Mais dans l'ouragan et dans le calme, dans la nature et dans le surnaturel, dans l'ordinaire et dans l'extraordinaire toujours on est obligé d'avouer qu'un témoignage est rendu au ciel et dans l'enfer au messager si cher à l'un, si redoutable à l'autre.

LE TÉMOINAGE DE LA TERRE

Si l'enfer et le ciel, bien qu'adversaires, sont unanimes à saluer du nom qui lui sied cet ambassadeur de miséricorde, la terre, elle aussi, l'acclame.

Depuis tant de milliers d'années qu'elle racontait la gloire du créateur, la terre dans sa partie inconnue, n'avait trouvé personne qui comprit son langage. Colomb vint et lui presta sa voix. Il la fit parler en lui donnant des noms, comme faisait Adam pour les choses de l'Eden. Ici

ce fut la *Trinité*, la *Saint Sauveur*, ailleurs les onze mille vierges, et l'*Evangelista*; à l'île Espagnole, ce furent les forteresses qui portèrent le nom de la *Conception*, de *Saint Dominique*; à Cuba ce fut un golfe qui tira son nom de la sainte croix, ailleurs ce fut une île appelée *Sainte Marie de la Conception*, ailleurs *Sainte Marie l'Ancienne* et la *Gracieuse Marie* et *Sainte Marie de la Rotonda*, et *Montserrat* et la *Guadeloupe*, deux sanctuaires espagnols de la Vierge Marie.

Comme les fils de St. Dominique en leur couvent de Valladolid priant sans cesse cette immortelle beauté, répétaient à chaque fois qu'ils touchaient l'une des roses de sa couronne: *Ave Maria*, ainsi le navigateur qui prit pour rosaire les Antilles brillantes, à chaque fois qu'il touchait une de ces îles en fleur qui s'arrondissent en guirlande sur l'azur de l'Océan, la saluait du nom, cinquante fois répété, de la Mère du Christ: afin que si les étoiles, ces îles des cieux, constellaient son manteau bleu, les îles de la terre fussent aussi pour elle des bijoux et des ornements. C'était dire aux européens: Respectez du nom de la plus pure des femmes, l'enfance innocente des races nouvelles.

C'était leur dire encore! Purifiez vous, purifiez vous dans les îles avant d'aborder le continent; que la pensée de la beauté sans tache vous soit comme l'eau lustrale sous le portique d'un temple. La terre continentale, il la nomma *Terre de Grace* pour que l'œuvre, inachevée sur le vieux continent, y fût avant le dernier jour reprise et consommée.

La terre attesta la mission de Colomb par la division qu'il en fit entre les Princes. Il leur conseilla de l'offrir d'abord aux représentants de celui de qui viennent tous les dons excellents; puis, de peur que les meilleures choses et les plus heureuses devinssent pour eux un enjeu de discordes, il sépara la terre portugaise de la terre espagnole par une ligne tracée d'un pôle à l'autre avec une si grande sagesse que l'Eglise ratifia cette démarcation, et que

sur tout le parcours de la ligne, il ne se trouvait pas un flot dont la paix internationale eût à périlcliter.

La terre parla de la mission de Colomb lorsqu'il revint de son premier voyage, les mains pléines de fleurs et de fruits; il parut á ce moment devant les peuples, devant les rois, devant l'Eglise, et il exposa dans une conférence publique les merveilleuses choses que la terre avait produites dans la solitude pendant les longs loisirs que l'homme avait laissés á la Nature: la révélation qu'il en fit fut comme un complément de la Genése. Comme Moise avait parlé d'abord de l'émersion des continents, puis de la flore et de la faune, en fin de l'organisme humain, de même, Christophe Colomb, après avoir énuméré les richesses minérales et végétales de la nouvelle terre, fit á la fin paraître l'habitant des Indes avec les grossières ébauches de christianisme qu'il avait dans sa nature et ses traditions, avec la capacité d'une lumière plus pleine. Huit Indiens furent baptisés par ses soins, et la terre ce jour là rendit plus que jamais témoignage aux messagers de l'Evangile en montrant que sous tous les climats elle pouvait être féconde en chrétiens. ¡Ah! je sais que, ces témoignages si divers, la Terre ingrate les lui rendit á son insu et comme malgré elle; je sais qu'ils ne furent pas pour lui, ces fruits et ces fleurs qu'il rapportait du nouveau monde; mais il ne les demandait pas á la Terre, il ne lui demandait que des Carmes: «¡Terre, pleure sur moi!» écrit-il. Et la Terre ne lui donna même pas ses pleurs.

Pourtant, depuis sa mort, d'étranges symptômes se sont manifestés sur la terre d'Espagne; le sol a tremblé au delà de Pyrénées. Sophocle raconte qu'une ville était en deuil; sur les degrés des temples, des enfants, des prêtres se pressaient en pleurant, en priant, en chantant des hymnes; ils portaient des rameaux ornés de bandelettes, ils voulaient conjurer une calamité publique toutes les pensées erraient inquietes pour en chercher le motif inconnu; on ne le pouvait découvrir: le roi (Edipe fit venir l'augure

d'Apollon, le devin Tirésias qui dit: «Si la Cité souffre tant de maux, c'est à cause d'un crime ancien resté sans châtiment».

Or, au cours d'une des dernières années, l'Europe apprit qu'en Espagne le sol tremblait. Une montagne s'était ouverte; la ville haute était tombée sur la ville basse, et le tout avait été précipité sur l'abîme à l'heure du sommeil; des familles avaient été scindées par la calamité subite qui prend l'enfants et épargne la mère, ou qui les dévore tous deux. Et les cœurs étaient devenus plus tremblants que le sol; la sollicitude s'égarait en vingt chemins, sans pouvoir connaître la cause morale ou physique de ce fléau.

Je sais qu'il est dans le passé de l'Humanité une faute originelle qui s'espie d'âge en âge, innolant les victimes les plus innocentes et les plus coupables pour l'expiation de la race entière; je sais que la ville d'Halama n'est pas plus responsable dans l'iniquité collective du genre humain que ces vingt personnes sur lesquelles, au temps de Jesus Christ, tomba la tour de Siloe. Mais pourtant j'ai consulté l'Histoire, ce prophète plus vieux que Tirésias, et il en a répondu: «Si le sol tremble encore aujourd'hui, est à cause d'un crime ancien, d'un crime impuni». ¿Quel est ce crime? ¡Ah! je ne voudrais pas contrister la grande âme espagnole; je n'accuse personne, mais je ne sais pourquoi le nom d'une grande victime revient toujours à ma pensée; et quand la terre tremble sous ce peuple, quand les révolutions le bouleversent, je ne puis m'empêcher de chercher dans le passé une victime demeurée sans vengeance, un homme abreuvé d'outrages, mort de misère, diffamé dans sa mémoire, foulé aux pieds dans sa race et ses œuvres; méconnu dans sa mission; je ne puis m'empêcher de prononcer à voix basse ce nom accusateur: «Christophe Colomb».

¡Paix aux morts d'Halama! ¡Paix à Celui dont on a trop tard connu les sacrifices! Plus heureuse qu'Œdipe,

Sa Majesté Catholique a cherché la cause des calamités et les fera cesser en tendant justice à un des plus grands humiliés de l'histoire.

Elle a pris l'initiative du quatrième centenaire de Christophe Colomb.

Du port de Palos, sous le commandement d'un amiral espagnol, les trois caravelles se sont comme autrefois éloignées sur la mer. C'était sur le théâtre le plus naturel, et le plus approprié à la venue de Colomb, une représentation dramatique de son départ. Le Roi d'Espagne avait de la sorte ordonné la fête, comme pour dire au *Vice Roi des Indes*:

Que n'étions nous là quand tu sollicitais l'appui de nos Ancêtres! ¡Ah! Si nous pouvions encore te revoir en personne, ô généreux Etranger! Si nous pouvions contempler ton noble visage, si puissamment expresif du courage et de la fermeté nous nous prosternerions à tes pieds comme un enfant prodigue de ton or qui revient vers son père désolé, nous te confierions non plus seulement trois caravelles, mais toute notre flotte; nous mettrions sous tes ordres nos plus fidèles équipages, nos capitaines les plus expérimentés; nous voudrions t'éviter toute déception, écarter de toi toute inimitié; aplanir tous les flots sous tes pieds; mais, hélas. ¡Nous ne pouvons nous donner que la vaine illusion de ton départ, et dans cette fête de nos regrets, nous éprouvons la mélancolie de penser que ces caravelles qui suivent le chemin des tiennes ne sont à la découverte d'un nouveau monde...

Et Colomb, ouvrant ses bras au Roi très catholique et le pressant sur son cœur, lui dirait: «Mon fils! vis et règne dans la paix. Ne dis point qu'il n'est plus de monde à conquérir, quand les âmes sont des mondes à qui les caravelles encore peuvent porter le salut; quand tu peux toujours, élargissant la Cité éternelle, ouvrir ses parvis d'or à ceux qui ne croient pas encore, aux ennemis comme aux frères. Puisse l'année 1892, où se célèbre une ré-

paration si douce à mon cœur, être le point de départ d'une prospérité que ni les Philippe deux ni les Charles quint s'auront égalée!»

LE TÉMOINAGE DE L'AVENIR

Dans le passé le moyen âge a prophétisé la mission de celui qui le resumerait. Dans le présent l'enfer a comme épuisé la puissance qu'il a d'agir sur la partie flexible des lois naturelles et sur les passions des hommes; il a signalé par l'énormité de ses efforts la grande mission d'un adversaire dont il a fait tant d'état. Dans le présent encore, le ciel déroge en faveur de la même mission aux lois secondaires de la nature physique, et suggère à l'esprit de son serviteur tout le parti qu'il peut tirer des phénomènes purement naturels. Dans le présent enfin la terre parle de cette antique voix qui criait par le sang d'Abel et ne contredit ni le passé, ni le ciel, ni l'enfer dans le jugement qu'ils portent tous ensemble sur le messager de l'Europe.

Nous ajouterons que l'avenir, l'avenir qui déroule de siècle en siècle jusqu'à nos jours et bien au delà les conséquences des actions humaines, les fait juger grandes quand elles projettent au loin des conséquences heureuses, mesquines lorsqu'après un éclat éphémère survient la surprise des suites déplorables, l'avenir n'a pas de siècles qui ne proclame la mission de Colomb en la continuant.

Serait-ce seizième siècle? Il vit périr, je le sais, les races que Colomb voulait sauver; Colomb espérait leur porter la miséricorde divine, il advint malgré lui, qu'il leur porta la mort; mais j'aime à croire que leurs exterminateurs en leur donnant la mort leur ont procuré les bienfaits de la miséricorde afin que l'esprit de Colomb ne fût pas trompé. Elles sont trépassées, elles sont passées au

delà de la tombe pour savoir ce que la bonté du père réserve à l'ignorance et pour ainsi dire à l'enfance de ceux qui sont frappés comme ces races, en haine de son envoyé. Il est d'innocents martyrs qui moururent ainsi pour le Christ et qui jouent maintenant avec leurs palmes sous le trône éternel. Si le matin du voix Christophe disait le proverbe du moyen âge «tu peux aller en paix (1), après cette vue propice, il ne t'arrivera pas de malheur». Un autre proverbe disait: ceux la qui voient Christophe le matin se rejouissent quand la nuit vient (2). Je sais que pour être admis au repos qui recompense les justes, il ne suffit pas de voir Christophe, mais la miséricorde divine a des abondances inconnues, et peut être, ces races qui dès l'aurore virent paraître Christophe Colomb, sont elles entrées à la fin de leur journée comme le voulaient les proverbes, dans la paix et dans la joie.

Le seizième et le dixseptième siècle ont donné à Colomb des continuateurs doués comme les premiers apôtres du don des miracles. Loin de faire oublier le message de leur précurseur, ils le rappellent sans cesse par les signes de leur propre mission. Ceux qui versèrent le sang des Indiens sont oubliés lorsque paraissent ces enfants de la miséricorde qui s'appellent Las Casas, Claver, Louis Bertrand, et Martin de Torres et Rose de Luna: et tandis que par les chemins de Colomb les fils de François et de Dominique allaient vers les brebis perdues de la maison d'Israël, ceux là qui dans la vieille Europe s'étaient séparés de l'unique pasteur, vacillèrent dans leur hérésie en voyant tant de peuples entrer dans l'église à l'heure où ils en sortaient; ceux que Luther et Calvin n'avaient pas ébranlés, se sentirent plus forts; le Nouveau-Monde reçut la foi de l'ancien, et le voilà qui réagissait et renvoyait à l'ancien

(1) Christophorum videas, postea tutus eas.

(2) Qui mane vident nocturno tempore rident.

monde la foi confirmée par de nouveaux témoignages de sa divinité.

Le dix-septième et le dixhuitième siècle ont vu la compagnie de Jesus tenter dans le Paraguay et dans l'Uruguay un effort chrétien que M. de Chateaubriand a justement loué. Colomb peut encore en sa qualité d'inventeur du sol, revendiquer sa part dans cette généreuse entreprise.

Le dix neuvième siècle témoigne en faveur de la mission de Colomb en donnant à son œuvre les suites matérielles qu'elle comportait et qui préparent à leur tour des conséquences morales. Lorsque l'agriculture et l'industrie européennes se sont appliquées à la terre nouvelle, la découverte de Colomb équivalut à un accroissement des agents naturels et gratuits, mis par la Providence au service de l'humanité: Tout homme en profita car la concurrence eut bientôt dépossédé les premiers colons et les premiers industriels de la partie de leurs bénéfices due à la possession exclusive de ces agents gratuits. Il n'est pas jusqu'au manœuvre qui pour le salaire de son travail quotidien, n'ait obtenu par suite de la découverte un plus grand nombre de choses utiles.

Quand l'appareil d'échange perfectionné par le vapeur et l'électricité, accru du numéraire venant des mines californiennes permit à l'Europe de puiser avec plus d'abondance les utilités gratuites dans le nouveau continent, les nations purent avec plus de hardiesse séparer leurs occupations et se repartir le travail collectif dans l'atelier du globe.

Sans doute ces résultats tout matériels de la découverte du 15^e siècle ne sont pas à comparer à la dilatation de la cité éternelle, mais elles préparaient l'extension de l'Eglise comme autrefois devaient la servir l'unité romaine et le commerce juif; de sorte que les conséquences accessoires et matérielles de la découverte se ramènent à son but essentiel et à son premier résultat.

Le dix neuvième siècle a témoigné de la mission de Colomb en réalisant ses projets. Ce detroit qu'il cherchait entre les deux Océans, l'industrie humaine coopératrice du createur le perce en ce moment. C'est le canal de Panamá. C'est seulement aujourd'hui que Colomb eût pu circumnaviguer, et passant par l'Istme de Suez, rentrer à Jérusalem comme un dernier croisé. Là, ce qu'il eût voulu devenir avant de mourir, une sentinelle près du tombeau de son Dieu, d'autres l'ont été et le sont encore. Franciscains, pères de l'Assomption, Dominicains établis près du tombeau de saint Etienne, preparent à Jérusalem une hospitalité aux voyageurs d'Orient et d'Occident et des cloîtres brisés, de la demeure interdite, c'est là que s'élanceront toujours, à la suite de Colomb, le grand capucin persécuté, les cœurs et les pas de ceux qui n'ont pas une pierre pour reposer leur tête.

Artisan d'une gloire plus haute, le XIX^e siècle aura peut être le privilège de voir les reliques de Colomb admises aux honneurs des autels, de voir où sera ce corps glorieux les aigles s'assembler, les aigles, c'est à dire, les âmes ailées que l'amour porte vers ce qui est grands, les marins éléver dans la tempête les mains vers cette Colombe qui la traversa jadis et qui est rentrée dans l'arche, les érudits confirmer par le document ce que raconte l'univers les poète chanter ce nouvel Ulysse à la recherche d'une famille et d'une patrie sans égales, les congregations et les academies s'honorer d'étudier sa vie, Clémence Isaure chercher dans ses parterres des fleurs pour la couronner l'Espagne surpasser en 1892 par la magnificence de ses têtes, la lengueuer de ses oublis.

Je sais qu'au 19^e siècle, pour un grand nombre de nos concitoyens la nuit s'est faite sur la memoire de Colomb; mais elle s'est faite sur tant d'autres choses: au 16^e siècle on a nié l'Eglise, au 18^e, le Christ, au 19^e Dieu; il semble que l'erreur ne puisse plus rôître. Ah! si du moins quelqu'un des vieux heros allait se lever, s'il revenait par-

mi nous pour faire honte à notre incroyance et nous éclairer de son exemple et de sa parole, et voici que la gloire de Colomb nous est rendue. Il fallait qu'elle se levât tard à l'heure où la perspective des siècles l'aggrandissait, où la petitesse des hommes et des choses le ferait paraître plus haute par son contraste, alors que la réalisation des projets de Christophe Colomb permettrait d'en mieux connaître l'importance, que la notion plus étendue du plan divin faciliterait de juger l'homme qui prit à tâche d'y faire entrer sa vie. Il fallait qu'elle se levât tard cette gloire de Colomb pour apparaître à l'heure où notre siècle en avait tant besoin. Ainsi quand la nuit, sur le chemin de l'île espagnole, au milieu de ses rameurs gisant morts de fatigue, debout dans son canoten face du courant qui bouillonnait dans l'ombre au dessous de lui, debout sous le poids d'une grande responsabilité et d'un grand dévouement, Diego Mendes regardait l'Orient, à ce moment le ciel blêmit, blanchit, s'empourpra, la crête des vagues eut un reflet étrange et l'orbe plein de la lune apparut. Sur son bord on voyait distinctement une terre interposée entre l'ail et l'astre qui se levait radieux et sauveur dans les lointains de l'Océan. Ainsi Pie IX, divin pilote, debout dans la barque de Pierre; sous le poids de la sollicitude des églises, au dessus de toutes les erreurs et de toutes les haines a regardé l'Orient. Le premier il a vu la gloire de Colomb. Elle se levait tardive, mais superbe, et elle montait du moyen âge dans la mystérieuse clarté d'un ciel d'Albert Durer où de Gerard Dor. Les hommes du dix-neuvième siècle ne la voyaient pas; ils dormaient à ce moment là le sommeil de l'ingratitude et de l'indifférence, mais cette gloire aperçue par le pilote en temps opportun n'en était pas moins le salut.

Leon XIII qui n'a pas seulement succédé à Pie IX, mais s'est fait en toute doctrine comme en toute entreprise le continuateur de son œuvre, a précisé dans une encyclique le caractère de cette gloire renaissante.

Il a montré comme elle prenait place dans l'histoire même de l'Église, et qu'elle recompensait moins l'entreprise d'un navigateur que la dilatation de la Catholicité.

Leon XIII a réclamé au nom de l'Église celui qu'il appelle notre Colomb pour montrer qu'il fut vraiment le messager du Christ, le frère des apôtres.

Les siècles postérieurs au nôtre rendront à la mission de Colomb un témoignage d'autant plus éclatant que cette mission donnera de plus en plus la mesure de cette fécondité.

Le dernier des siècles dirait que pour hâter la fin des jours mauvais Colomb voulait que l'Évangile accomplît autour de la terre le cycle entier de son destin; coureur d'un stade immense il voulait ne s'arrêter ni aux îles ni aux continents s'il en recontraît, mais poursuivant sa route jusqu'à à Jerusalem, ce point du globe où la lumière avait pris son origine, aller jusqu'au sépulcre et dire au Dieu fugitif de la tombe: ton évangile a fait le tour du monde, hâte la lui seigneur et repars dans la gloire pour juger les vivants et les morts.

—Que feriez vous, dit saint Ceneas à Cyrrhus, quand vous aurez conquis la Macedoine?—Je conquerrai la Grèce. —Et après?—L'Asie mineure.—Et ensuite? —L'Inde. —Et encore après?—Je me reposerai. Entre les Rois d'Espagne et Colomb eut lieu, en substance, le même dialogue:—Où irez-vous quand vous aurez passé l'Océan?—Dans les îles.—Après?—J'explorerai la terre ferme.—Et après?—Je traverserai encore un nouvel océan situé au delà.—Et ensuite?—J'ira dans les Indes.—Et là que ferez-vous?—J'irai à Jerusalem.—Et ensuite vous reposerez-vous?—Non, mais ce sera le repos de Dieu, le grand septième j'our où l'humanité doit se reposer avec Dieu dans la gloire de la longue fatigue des temps.

Si faire l'éloge d'un homme c'est découler les conséquences de ses actions, je m'arrête ici, car les conséquences m'échappent avec le monde lui-même et le temps

changeant. Les siècles ont dit ce qu'ils avaient à dire, mais il est un juge qui dérouté et partant connaît les suites sans fin des moindres actions et des plus oubliées: à lui seul appartient de dire le poids de gloire qui revient au delà des siècles à son ambassadeur.

LE TÉMOIGNAGE DE COLOMB LUI MEME

Les preuves de la mission de Colomb, nous les avons prises hors de lui, prenons-les en lui. Le temps passé, et le temps futur, le ciel et l'enfer, la terre, accusent, de cette grande voix dont ils racontent la gloire de Dieu, la mission d'un homme dont la fortune se coordonne au plan le plus général de la Providence.

L'univers est pour cet homme un théâtre attendant que le héros du drame soit introduit. Tout l'annonce déjà, mais qu'il paraisse, et tout ce que la mise en scène antérieure avait fait connaître de lui s'oublie devant sa personne.

Le voici: quoi? sous cette bure? c'est qui va nu-pieds? et porte une corde pour ceinture, et son costume n'annonce rien de ce que les hommes ont accoutumé de contempler avec intérêt. Regardons de plus près, le front est grand, les yeux bleus et pensifs, les lèvres arquées avec distinction, la tête est portée d'un air souverain; voulez-vous qu'il se manifeste plus encore? qu'il parle? sa parole est une prière, elle témoigne de sa vocation: qu'il écrive? ses lettres nous ont été conservées et révèlent sa mission.

Mais son assertion suffira-t-elle à la prouver? Oui, si ses paroles sont confirmées par ses actions, si ses actes ne sont ni d'un fou ni d'un insensé; il se dit appelé aux grandes choses, il le prouve en les accomplissant.

Mais je veux l'interroger encore, je veux tirer de lui des

accents qui parlent de lui même plus haut que son costume, que ses écrits, que ses paroles, que ses prières, que cette magnifique activité qui va et revient, voyage et fonde avec la simplicité d'une intention desintéressée, je veux en appeler pour achever la demonstration de ma thèse à deux choses incomparables: a ses douleurs et à ses pardons.

Ses douleurs! ah c'est bien l'occasion de dire a toute âme qui les veut connaître ce que le poète Anois disait á une reine: O reine! elle est impossible a dire la douleur que tu m'ordonnes de renqueler devant toi. Impossible parceque pour la dire, il faudrait l'avoir soufferte, on avoir lu, plus haut que toutes les choses de la terre, ces tables de marbre, où sont ecrites les souffrances des justes.

C'était près du Rio-Belen, l'amiral etait malade sur le navire, mais cette souffrance physique n'était rien pour lui, son frère sur le rivage luttait avec les indigènes. Colomb voyait les siens frappés a mort et sa douleur allait jusqu'à l'angoisse. Il ne les pouvait secourir—son angoisse croissait. Son âme etait comme une colombe inquiète qui bat de l'aile et palpite, qui monte et descend dans sa cage; il montait à la hune, il en descendait, il y remontait encore, et à la fin s'etendait brisé au pied du grand mat; c'est là qu'une voix compatissante lui parla pendant un court sommeil et lui dit: courage! tes tribulations sont écrites sur le marbre et non sans cause!

O voix que le messager du Christ entendit dans un songe, qui que tu sois, as tu pour jamais quitté cette terre? ne parleras-tu plus au poète, soit à l'heure de l'inspiration, soit à celle de la souffrance, ne lui dicteras tu pas de ces paroles marmoréennes qui se puissent égaler à d'immortelles douleurs? Mais il me semble que tu nous entends, o implesceun consolateur qui parles ainsi, il me semble que tu nous parles et que tu nous dis: écris, écris; n'écrirais-tu que pour le sable de la mer toujours en attendant la justice ou l'oubli.

J'écrirai donc, et voici la loi de mon sujet: l'initiateur du salut d'un monde devait être offert en holocauste pour le monde qu'il voulait sauver.

Ainsi d'année en année, de voyage en voyage, la vie de la victime choisie entre toutes pour être associée à la grande victime dont le sang suffit à racheter tous les mondes, fut-elle une progression de douleurs interminables seulement d'intervalle en intervalle par la voix des anges de paix qui disent: seigneur, est ce assez? et laisserez-vous plus longtemps la victime sous le coup de ces aveugles sacrificateurs qui sont les mauvais et qui sont les méchants?

Depuis que Cardeur de la rue Mulcento à Gênes, Colomb prenait sa part des obscures tribulations de son vieux père, jusqu'à l'heure où les franciscains de Valladolid recitèrent pour lui le *requiem* des pauvres et l'ensevelirent comme l'un d'entre eux, cet homme souffrit non point comme les hommes vulgaires qui poursuivant un but rapproché souffrent peu pour l'atteindre, mais en homme de génie, qui poursuit un but lointain et dont le sèpàrent des océans, des préjugés, des années et tant de choses, dont s'était vu spolié de ses plans par un Roi félon, il avait porté dans les antichambres sa pauvreté frêle; dix huit ans il avait sollicité sans honte et sans bassesse, essuyé tout ce que l'étiquette cache de froids dédains, et le mépris de la junte de Salamanque, et la compassion des faux dévots pire que les railleries des superbes; mais son but le soutint pendant ces dix huit ans. Toujours il entendait dans son cœur le cri de ces peuples qui l'appelaient, lin si bon, et allait pénétrer jusqu'à eux; mais, o déception! déjà la défection d'Alonso Pinzon l'oblige de retourner en Espagne au second voyage, même impossibilité d'aller plus loin vers son but; en attendant qu'il vit le Golgotha situé si loin au delà de l'Océan Pacifique, il pria en face de la Vega Real où lui même avait planté une croix qu'il aimait à contempler comme

un symbole permanent de sa mission. Un message arrive: un envoyé des Rois d'Espagne est à St. Domingue: Bobadilla. Il faut une troisième fois dire adieu à la terre promise qui se dérobe encore, ou plutôt dont il est violemment arraché. Alors seul, sans cesser de mêler le chant des psaumes aux harmonies de cette nature qu'il voit pour la dernière fois, il vient au devant des fers qui l'attendent; ses frères imitent son obeissance: l'ordre est injuste, qu'importe? il vient de la part des Rois, et toute la famille se resserre s'unit dans une commune abdication de ses droits et dans les mêmes larmes, non sur elle, mais sur des adversaires qui se blessent eux mêmes en lui faisant cette injure. Le libre Océan vit ces trois frères élever vers le ciel du haut des proues leurs mains appesanties par les fers: l'un, prêtre, Diego Colomb, de ses mains enchainées élève vers le ciel son calice; l'autre chevalier, Barthelémy Colomb, de ses mains enchainées élève vers le ciel son épée; le troisième, messenger du Christ, élève vers le ciel de ses mains enchainées l'orbe imperial de la terre surmonté d'une croix.

Alors les anges de paix disent; Est ce assez? Dieu qui veut rendre les justes conformes à les douleurs comme à tes bontés.—Dieu répondit qu'il voulait que son fils connut l'abandon; cette fois il ne fut pas le missionnaire des hommes, mais des flots.

Quand on a dépassé les Cyclades brillantes de l'Océan, les Antilles, et qu'on entre dans ce cirque de mer perpétuellement agité par le *gulfstream* et qu'on appelle le golfe du Mexique, quel voyageur initié à l'histoire de la race humaine peut régarder autour de lui sans penser que ce golfe fut le theatre des dernières infortunes de Colomb. C'est la patrie de sa douleur. Quel contraste entre cette antique melancolie et ces horizons faits à souhait pour le plaisir des yeux! Repoussé en Espagne par la défaveur, il ne le fut pas moins dans ce dernier voyage par tous ces rivages inhospitaliers qui virent tour à tour ses voiles

déchirées, ses carènes fatiguées, sa grande âme insubmersible aux orages. Il parcourut presque en entier le cercle de ces côtes, il cherchait une issue vers l'Occident où se trouvait, mais très loin le saint sepulcre, objet de ses desirs. A la fin le cercle se fit infranchissable, il se replia sûr le centre du golfe et s'engagea sur cette grève de la Jamaïque, ou la Providence le prit à part pendant une année dans un lieu qu'on nomme encore aujourd'hui la base de St. Christophe, et l'isola du monde pour le préparer à le quitter d'une âme plus aisée.

Les anges de la paix demandèrent encore une fois si le supplice était fini. Dieu répondit: non, et toujours la victime avait les yeux fixés vers son but: les indiens à sauver, et sur son moyen, c'est à dire, sur le cœur d'Isabelle, en qui sa confiance ne défailloit pas.

Il fut délivré de la Jamaïque, mais ce fut pour apprendre en arrivant à St. Domingue ce que des hommes cruels avaient fait des indigènes. La reine poète Anacoana avait pour recevoir Ovando inventé des danses nouvelles sur des rythmes nouveaux, elle vit ses hôtes tirer leurs épées, cerner son palais, brûler vifs ses convives, elle se vit saisir elle même: on la mit à part pour l'étranger.

En Espagne, une autre reine était mourante: Isabelle. L'Amiral, revenu de son quatrième voyage, allait s'informer avec inquiétude du sort de sa protectrice: on célébrait précisément ce jour là les funérailles du dernier archevêque. Le grand Amiral était-il dans l'église, mêlé à la foule, inconnu, méprisé peut être s'il avait été reconnu? peut-être: il vit le catafalque, il remarqua deux brancards qui permettaient de le porter dans une litière, lui qui n'avait aucun moyen de transport pour aller vers la Reine: elle va mourir! comment paraître devant cette agonisante autrement que dans l'appareil des morts: elle est morte, et moi aussi, je suis mort. Cette sombre idée espagnole, il voulut la réaliser, il fit demander le catafalque: la fabrique ne voulait le ceder qu'avec la garantie des

bureaux de la marine; tant l'Amiral avait peu de credit. Sa royale protectrice rendit son âme à celui qui dispose des trônes. Colomb n'eut rien de plus à cœur que de la rejoindre, il mourut, dans l'extrémité de la misère en une chambre d'auberge sans autre ornement que ses fers qui pendaient à la muraille. Ni le bouclier d'Eudamidas de Corynthe suspendu dans le tableau du Poussuis aux parois d'une pauvre demeure, ni la cendre exilée de Phocion proscrit ne valent ses fers. Il advint pour Colomb en un siècle qui déjà cessait d'être chrétien ce qu'il était advenu dans l'antiquité paienne pour Phocion et pour Eudamidas; rien ne passa plus inaperçu que sa grande mort.

Il ne sucomba pas aux douleurs physiques car sa complexion était robuste et préparée pour lutter contre la tempête, mais les douleurs morales le touchèrent à fond et le mal dont il mourut fut l'ingratitude. Il fut blessé au cœur par plusieurs qu'il avait servis. Qui s'éleva contre lui? Alonzo Pinson qu'il avait admis à l'honneur de prendre part à ses découvertes, lui encore? Pedro Margarit, et Pedro Ledema qui lui devaient leur rang, le P. Boil qu'il avait admis dans le conseil d'Hispaniola, Qui encore? Aguado qu'il avait recommandé à la reine et dont il avait fait la fortune. Qui encore? Ces indiens qu'il voulait affranchir, et ces malades de l'équipage que de ses mains endolories il avait soignés à la Jamaïque, ceux dont il avait relevé les courages, aux quels il avait parlé de Dieu; qui encore? Le roi de Portugal auquel il avait fait la première ouverture de ses projets. Qui encore? Un ensemble d'hommes qu'il ait pu prendre pour un peuple et une postérité qui ne put se résigner à lui devoir un monde. Il souffrit donc pour avoir fait du bien à tous, il souffrit de ceux la même à qui il avait fait ce bien et il en est mort.

Il en est mort, mais non sans avoir rendu des bien nombreux pour ces maux qui le tuèrent peu à peu. Ni Pinson qui l'abandonna le premier, ni le P. Boil, ni Michel Díaz,

ni Pedro Margarit qui desertèrent avec les caravelles de la seconde expédition, ni les insurgés extralegaux encouragés par l'impunité à le calomnier, ni les insurgés legaux qui usurpèrent des titres officiels pour le supplanter ne connurent sa vengeance. Ni Aguado qui vint pour le juger, ni Bobadilla qui le mit aux fers ne connurent autre chose que sa mansuetude.

Il passa l'année 1499 à solliciter le paiement d'une solde arriérée due à des hommes qui l'avaient deserved, calomnié, mais qu'il protégeait pourtant, par cela seul, qu'ils avaient souffert. Ovando qui lui refusait ce que les ennemis mêmes de l'Espagne avaient obtenu de lui: la vente d'un navire et l'abri dans un port; Ovando qui l'exproprie de son gouvernement, Ovando reçut de lui l'annonce charitable d'une tempête que rien ne faisait prévoir, car l'Amiral bien qu'il fût repoussé par un homme qui méditait sa perte, voulait pour tant, avant de chercher un port où s'abriter lui-même, pourvoir au salut de la flotte qui portait ses ennemis.

Ceux là même qui à la Jamaïque, lorsqu'il était abandonné, avaient poussé les indigènes à le faire mourir de faim et trois fois menacé sa vie, ceux là même il en eut pitié: il frêta à ses frais un navire pour ceux douze cents Castillans sur les émoluments déjà réduits des trois quarts par Ovando, et cela quand il a le plus besoin d'argent, quand il envoie à son fils 150 ducats en lui recommandant de les ménager. Il ne cessa pas en Espagne de solliciter pour eux la solde arriérée, et quand il ne peut plus les aider lui même, il les recommande à son fils, à son frère, à ses amis, notamment à son dévoué Carvajal, il fait ordonner neufs feuilles de paiement par son fidèle Diego Mendes.

Si quelqu'un méritait l'inimitié de Colomb, c'était le Roi de Portugal. Quand le génois n'était qu'un pauvre naufragé qui fabriquait des cartes pour vivre, Juan II l'avait adroitement spolié de ses plans que l'infortuné livrait sans défiance, et il avait fait tenter son entreprise par un capi-

taine portugais. Quel plus grand ennemi qu'un homme qu'on a voulu dépouiller! Aussi Juan detestait Colomb; il le fit épier aux îles du Cap Vert, épier aux Açores où le gouverneur portugais crut un instant le tenir et l'ensevelir dans un cachot dès longtemps préparé. A Lisbonne, au retour, les courtisans du Roi de Portugal proposent de l'assassiner; lui plein de grandeur d'âme, il oublie tout dès qu'une occasion s'offre de montrer au Portugal qu'il n'apas gardé d'amertume contre son gouvernement: il part pour un dernier voyage, et ni la faiblesse de ses ressources, ni la longueur des routes qu'il se propose de parcourir autour de la terre, ni le vent contraire qui pousse en ce moment les navires contre la côte de Cadix ne peuvent l'arrêter. Arcilla, forteresse portugaise située sur la côte du Maroc, est assiégée par les maures; il n'hésite pas, il lève l'ancre pour une destination autre que la sienne, il part contre le vent, il arrive à temps pour faire fuir les ennemis du Portugal.

Les ennemis de Colomb avaient prevenu contre lui le Roi d'Espagne. Son cœur généreux n'eût point de ressentiment contre Ferdinand. Tombé en disgrâce, il n'envoya pas moins de l'or à son Roi, de l'or en abondance, et lui donna par surcroit une couronne d'îles et de continents.

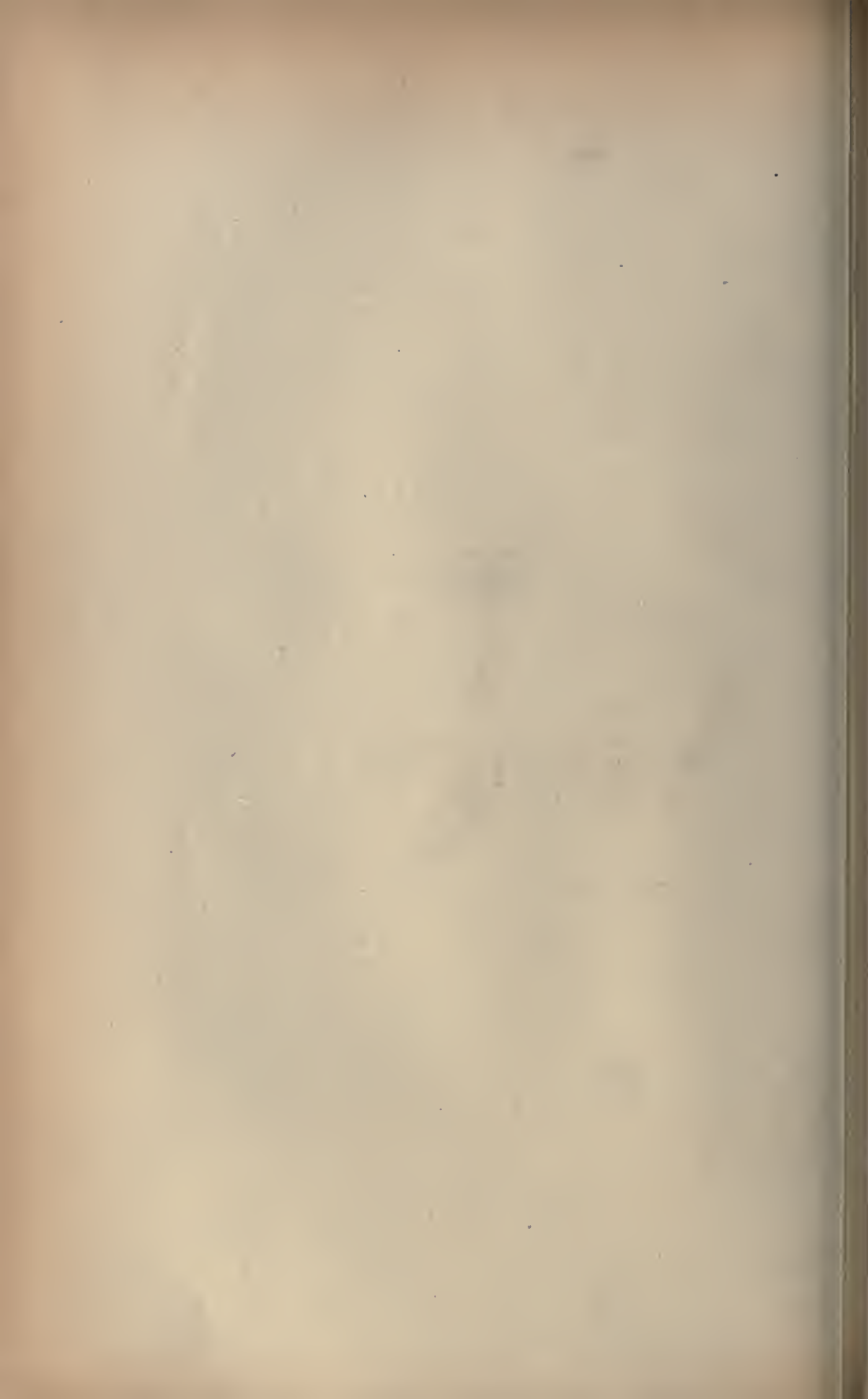
A l'Espagne elle même Colomb a rendu le bien pour le mal, il a sacrifié sa propre famille et sa propre patrie à sa patrie d'adoption. Il a rendu le bien pour le mal à la posterité elle même. Avait il pressenti que les hideux chiens de la calomnie hurleraient longtemps sur sa tombe; avait il auguré que ses ennemis feraient contre sa mémoire la conspiration du silence? Toujours est il qu'il ne voulut pas même se défendre contre cette posterité qui ne serait que si tard anouvié de haine. Il ne lui demanda ni vengeance ni justice, et il voulut faire disparaître tout ce qui aux yeux des hommes pouvait parler de son innocence. Il fit disparaître ses chaînes.

Ah! s'il pouvait leguer un trésor à ses fils, c'était bien celui-la. Ces fers étaient plus glorieux que sa découverte,

plus précieux que l'or du Nouveau Monde; plus honorables que les couronnes de Castille et d'Aragon, et sans doute il eut préféré aux honneurs des autels ce trophée d'une âme libre, capable s'il eût été estimé à son prix, d'affranchir l'univers, car rien ne saurait honorer la nature humaine tant que de porter des chaînes pour celui qu'on aime, quand celui qu'on aime est J. Christ. Eh bien; ces chaînes il voulut qu'on les cachât sous la terre, de peur que la postérité ne les vit, ne s'emut à cause d'elles, ne s'indignât contre ceux qui l'en avaient chargé et que ses adversaires fussent couverts de honte à cause de sa gloire. D'autres lèguent à leurs fils des terres et des couronnes, mais Colomb légua aux siens des pardons. Magnanime au de la estrepoi il nous impose encore à nous tous quelque chose de sa miséricorde, car lorsqu'un tel homme faisait tant que de pardonner, ce n'était pas pour un jour ni même pour des siècles, c'était pour toujours. Il voulait que sa miséricorde comme celle de Dieu fût éternelle. Elle était éternelle et elle était plénière; elle n'était faite seulement d'oublis, mais aussi de bienfaits et même de prières. «Que Dieu, disait il, veuille bien oublier ceux qui firent obstacle à mes entreprises.» Il ne disait pas: mes ennemis; non, ce mot n'entraît pas dans la langue dont il se servait. Il ne priait pas Dieu de pardonner à ses adversaires. C'eût été les juger coupables, mais il priait Dieu de les oublier.

C'est ainsi qu'en voyant le messenger souffrir et pardonner on connaît déjà son message. Pourrait il être autre chose qu'un message de miséricorde, puisque la miséricorde, elle aussi, est faite de souffrances et de pardons, de compassions et de bienfaits.

Et d'où pourrait venir ce messenger, s'il ne vient de la part de Dieu, lorsqu'il porte partout avec lui dans ses douleurs et dans ses bontés, comme une lettre de créance acceptable à tout l'univers, la représentation la plus fidèle de la Divinité.



LOS ABORÍGENES

QUE POBLABAN

LOS TERRITORIOS QUE HOY FORMAN LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

EN LA ÉPOCA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

POR

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Delegada oficial de Colombia.—Miembro de la Academia
de la Historia de Caracas, etc., etc.

PREÁMBULO

Desde el estrecho de Behring hasta la Tierra del Fuego, toda América estaba más ó menos poblada cuando Colón descubrió el Nuevo Mundo, desconocido en Europa hasta el fin del siglo XV. Imperios, naciones, reinos, tribus, familias diferentes, vivían establecidas en aquellos países maravillosos, hermosados por una fauna y una flora en gran parte distintas de las de los viejos continentes. Los aborígenes presentaban todos los rasgos del hombre asiático y europeo, pero al mismo tiempo no se les parecía completamente. Según las regiones en donde vivían los naturales del Nuevo Mundo, eran en algunas partes casi tan blancos como los europeos de las orillas del Mediterráneo, y en otras su tez obscurísima no era muy distinta de la de los africanos. Empero la mayor parte de los americanos eran de un color cobrizo como el de los japoneses; muchos tenían los ojos oblicuos como los de los chinos; pero también había otros cuyas facciones eran pa-

recidas á las de los orientales: nariz aguileña y ojos negros y duros. Muchos se encontraron cuya nariz ancha y achatada se parecía á lo de los calmuco, y otros en que esta facción era bien formada. Veíanse algunos tan pequeños como enanos, y en otras tribus abundaban los gigantes. Al lado de imperios cuya civilización era avanzadísima—aunque en nada se parecía á la europea, ni tampoco á la asiática,— como la de México, del Perú y la de los Chibchas, se encontraban salvajes tan embrutecidos que apenas se diferenciaban de los animales. Pueblos vieron los españoles cuyo carácter era noble y dulcísimo, y otros tan bárbaros, tan crueles, tan viciosos, tan cobardes, que espanta lo que de ellos dijeron los conquistadores. En fin, América era realmente un NUEVO MUNDO, en el cual se encontraron portentos de toda especie, maravillas que, desgraciadamente, no comprendieron los españoles y portugueses conquistadores del Continente del Sur, ni los ingleses y franceses colonizadores del Continente del Norte.

Borrada en gran parte la historia de aquellas naciones por la mano ruda é ignorante de los descubridores y pobladores del Mundo de Colón, nos vemos hoy en la necesidad de buscar, rebuscar, indagar y muchas veces adivinar á medias la historia, las costumbres y el carácter de aquellas naciones extinguidas y olvidadas en su mayor parte.

Mucho se ha escrito en los últimos años; muchísimo se ha discutido, y bastante se ha encontrado de ese pasado misterioso de los aborígenes de América. Esta curiosidad, esta ansia de conocer algo claro y seguro de la situación en que se hallaban aquellas naciones cuando las invadieron los europeos, ha ido creciendo de año en año; el deseo de saber lo que eran los americanos ha bajado del seno de las Academias y Sociedades científicas hasta las personas menos literatas, y ha aumentado más con motivo de las fiestas que tendrán lugar este año, en la celebración del cuarto Centenario del descubrimiento de América.

El Congreso Internacional de Americanistas ha tomado, como era natural, empeño especial en que, durante sus sesiones en Santa María de la Rábida, cada miembro lleve á él su contingente de saber, y, entre otros más dignos de esta misión, la Junta organizadora me ha hecho el honor de pedirme algún escrito para incluirlo en las Actas y Memorias del Congreso.

Mi sexo, mis pocas luces y ningún mérito científico harán que en estas circunstancias tenga que pedir perdón á los sabios que tomen asiento allí, por mi atrevimiento al dirigirme á ellos para tratar, sin duda, de asuntos que conocen mejor que yo.

Mi propósito en esta ocasión es trazar un cuadro concreto, lo más corto que me lo permita el asunto, de los pueblos aborígenes que poblaban los territorios que hoy constituyen la República de Colombia, mi patria, en la época en que por vez primera entraron en ella los descubridores y conquistadores españoles. Éstos se sabe que iban á poblarlos enviados por los Reyes de España; pero iban también algunos incitados por la ambición de honores; otros por aquel humor aventurero particular de la época, muchos por la codicia, y ¡cuántos de ellos no irían por amor á la ciencia, y sobre todo por el deseo ardentísimo de convertir á los salvajes é ignorantes del Nuevo Mundo á esa fe por la cual muchos de ellos dieron su vida después!

CAPITULO PRIMERO

LOS INDÍGENAS DEL LITORAL DE SANTA MARTA
(HOY DEPARTAMENTO DEL MAGDALENA).

La actual República de Colombia, dividida en nueve departamentos y varios *territorios*, se encuentra entre 5° 8' de latitud Sur y 12° 25' latitud Norte, 73° y 85° de longitud, del meridiano de París. Mide una superficie de cerca de 1.400.000 kilómetros cuadrados y, entre sus cerca de cuatro millones de almas, los aborígenes de sangre pura no alcanzan á la décima parte. Limítase la República de Colombia al Norte y Noroeste por el Atlántico y Costa Rica; al Oeste por el Océano Pacífico; al Sur por las Repúblicas del Ecuador y el Brasil, y al Este por el Brasil y la República de Venezuela.

El primer europeo que tocó en las costas colombianas fué el Capitán Alonso de Hojeda, el cual navegaba con el famoso piloto Juan de la Cosa, y también, según parece, venía en su compañía Américo Vespucio. Pero esta expedición apenas arribó á la Península de la Goajira, que los aborígenes llamaban de Coquivacoa, y de allí resolvió volverse á principios de Septiembre de 1499.

Al navegante Rodrigo de Bastidas se debe el descubrimiento de todo el litoral Colombiano desde la Península Goajira hasta el Istmo de Panamá. Bastidas recorrió aquellas costas en unión del mismo Juan de la Cosa—como piloto,—y Vasco Núñez de Balboa entre los tripulantes, á fines de 1501; pero nada hizo hasta 1525 que regresó á la ya descubierta bahía de Santa Marta, con el objeto de conquistar la tierra y domar á sus naturales.

¿A qué raza pertenecían aquellos aborígenes? No se sabe, así como se ignora de qué manera fué poblada América en su principio. Lo más natural es creer que todas aquellas tribus fueran descendientes de ciertas familias arrojadas al Nuevo Mundo, unas por el Océano Atlántico, otras por el Pacífico y que en el trascurso de los siglos y merced al clima, á los fenómenos meteorológicos y á otras circunstancias desconocidas, aquellos hombres fueran tomando un aire de familia—lo cual han notado siempre tanto los cronistas antiguos como los viajeros modernos,—á pesar de ser en mucho diferentes unos de otros. Indudablemente los aborígenes de las orillas del Océano Pacífico fueron en un principio japoneses, y en prueba de ello refiere el sabio Marqués de Nadaillac, que entre 1872 y 1876, cuarenta y nueve embarcaciones japoneas fueron arrojadas por las corrientes marítimas hasta las costas de América. Pero ésta no es cuestión que pueda yo ni deba discutir en este lugar; tócame apenas hablar de las tribus precolombinas que hallaron los descubridores en los territorios que pertenecen hoy á la República de Colombia: misión será de los sabios dilucidar los misterios que hasta ahora la Historia no ha podido aclarar acerca de los americanos.

Veamos en primer lugar cuáles eran los aborígenes que habitaban las costas llamadas por los españoles provincia de Santa Marta—hoy departamento del Magdalena (1).

En los límites con Venezuela, en aquella hermosísima península Goajira, entre el lago de Maracaibo y el Océano Atlántico, moran aún los antiguos pobladores de la tierra, de raza sin mezcla, y viven allí independientes y á su albedrío en número de 25.000 poco más ó menos, según se ha calculado.

El Ilustrísimo Señor Don Rafael Celedón—nombrado

(1) Tiene cerca de setecientos miriámetros cuadrados de extensión y se encuentra entre el Océano Atlántico, Venezuela, el departamento de Santander y el de Bolívar, y goza de los climas más variados del mundo, desde los más ardientes hasta los más helados.

ultimamente Obispo de Santa Marta,—docto misionero é inspirado poeta, se ha dedicado á estudiar durante largos años la lengua y las costumbres de los *Goajiros* y *Arhuacos*, y al mismo tiempo ha trabajado sin cesar en fundar misiones para civilizarlos. Á la obra escrita por él y por el malogrado lingüista colombiano Sr. E. Uricoechea debo las siguientes noticias acerca de los *Goajiros* (1). Parece que los antiguos cronistas no conocieron esta nación indígena ó la conocieron con otro nombre, pues no la mencionan. Los mismos naturales se llamaban *Guayú*, y Goajiro parece corrupción de esta palabra.

Son pequeños de cuerpo, de color bastante obscura; la cara ancha, de un conjunto no mal parecido, y las mujeres bastante hermosas. Tanto éstas como los hombres usan por único vestido una manta larga, con una abertura en el centro por donde sacan la cabeza, y se atan á la cintura la tela, que descende hasta cubrir los muslos y parte de las piernas. Dejan libres los brazos desnudos y se coronan con un tocado de vistosas plumas. Sus armas son arcos, flechas y lanzas envenenadas. Toman sus apellidos de familia de nombres de animales. No tienen religión ninguna, salvo algunas supersticiones bastante curiosas.

El Sr. Uricoechea cree que la lengua goajira es diferente de la de los *Caribes* y de la de los *Arhuacos* de la Sierra Nevada, pues su numeración tiene por base el sistema decimal. El Doctor Celedón dice en la gramática que de aquellas lenguas escribió: «¿Qué más cumplido elogio podré yo hacer de la lengua goajira que estampar aquí el gran número de palabras griegas que, á pesar de mi ignorancia en ambos idiomas, he encontrado en el goajiro?»

Uno de los primeros cronistas de Indias, que escribió antes de que se poblasen las costas de Santa Marta, Mar-

(1) Esta obra se halla incluida entre las que ha publicado la *Collection Linguistique américaine*, en la cual se encuentran eruditísimos datos acerca de las lenguas americanas.—París, Maisonneuve et Compagnie, 1878.

tín Fernández de Enciso (1) — en una relación que fué impresa en Sevilla en 1519 — dice que los naturales de aquellas costas eran feroces y belicosos; que usaban arcsos y flechas envenenadas con el zumo de una hierba ponzoñosa que causaba una muerte casi segura (2). Estos indígenas cultivaban el algodón y con él tejían telas que pintaban con colores. Hacían adornos muy vistosos de plumas de diversas aves, sobre todo ciertas coronas, que usaban las mujeres, de las cuales pendían cintas de plumas primorosamente labradas que les caían hasta la cintura.

El fundador de Santa Marta—Rodrigo de Bastidas—logró en un principio amistarse sin dificultad con las tribus que moraban en las cercanías del hermosísimo puerto y en el vecino de Taganga.

Todas aquellas tribus—desde la Sierra Nevada y sus fértiles faldas hasta las márgenes del río Magdalena y por toda la orilla del Océano Atlántico hasta los lugares habitados por los *Calamaris*,—en donde después se fundó la ciudad de Cartagena,—estaban bajo el dominio y protección de los *Tayronas*, raza fuerte, belicosa y por cierto menos salvaje que otras de la vecindad. La palabra *tayrona*, dice D. Antonio Julián (3), significaba en su lengua *fragua* (4), porque aquellos indígenas sabían fundir el oro y hacer con él toda especie de figuras, las cuales les iban

(1) Era Alguacil Mayor de Castilla del Oro en el Darién.

(2) Hé aquí lo que dice de este veneno: «Unían sus flechas con hierba de unas manzanillas silvestres que llaman maguillas de la tierra. Luego que un hombre come de una de ellas, se le torna gusanos en el cuerpo, y si se pone á la sombra de un árbol de aquéllos, como le da la sombra le comienza á doler la cabeza».—*La suma de Geografía del Bachiller Martín Fernández de Enciso*. Véase: *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de Nueva Granada*, por J. Acosta, pág. 4 5.

(3) «La Perla de América», provincia de Santa Marta. Madrid, 1786.

(4) La palabra *tayrona*, ni ninguna que se le parezca, se encuentra en los vocabularios de las lenguas *goajira*, *hóggaba*, *guamaka*, *chimila*, *bentukua*, que publicaron los Sres. Uricoechea y Celedón, lo que prueba en mi sentir que aquella nación desapareció realmente sin dejar rastro ninguno entre los restos que quedan aún de los antiguos naturales.

á comprar ó cambiar por otras cosas las tribus sus vecinas del interior de la tierra.

Algunos cándidos cronistas españoles creyeron las consejas referidas por los viajeros, los cuales decían que los indígenas ablandaban el oro que querían trabajar por medio del jugo de una planta maravillosa que lo convertía por cierto tiempo en una substancia blanda como la cera.

Cuando los *Tayronas* comprendieron las intenciones que los españoles tenían de subyugarlos, se defendieron con un brío extraordinario, de manera que los conquistadores los llamaban *gigantes de Santa Marta*. Como jamás quisieron someterse, y sin cesar salían á combatir á los invasores, al fin fueron casi exterminados. Según D. Antonio Julián, las reliquias de aquellas tribus belicosas se replegaron hacia otras naciones indígenas, entre las cuales se mezclaron y perdieron hasta el recuerdo de su anterior dominio en las costas atlánticas.

En el primer siglo de la Conquista los indígenas de las cercanías de Santa Marta eran tan numerosos que un solo misionero, San Luis Beltrán, bautizó en una ocasión quince mil indígenas que moraban en un pueblo de la nación tayrona. Pero en esto, como en otras cosas que refieren los cronistas, debe de haber muchas exageraciones.

Cuando un siglo después—en 1676—el buen Obispo de Santa Marta, Sr. Piedrahita, escribió su *Historia del Nuevo Reino de Granada*, ya no quedaba rastro ninguno de los *Tayronas* y hasta las tradiciones se habían olvidado.

En las faldas de la Sierra Nevada y en el Valle Dupar todavía se conservan restos de las tribus numerosas de los *Chimilas*, los *Eupari*, los *Arhuacos*, los *Tupes* y los *Bondas*. El Sr. Celedón estudió las lenguas que éstos hablan: el Kóggaba, el Guamaka, el Bentukua y el Chimila. Dice que el Chimila es totalmente diferente de las otras, y lo prueba en la gramática y catecismos que compuso y publicó con el objeto de que se pudieran enviar misioneros

entre aquellos indígenas para convertirlos al cristianismo. La numeración de la lengua *Chimila* es cuaternaria, mientras que la de las otras lenguas es decenaria y quinaría.

El Sr. Uricoechea (que estudió el *caribe*, el *galibi*, el *cumanagoto* y sus dialectos, el *arhuaca*, el *achagua*, el *guaraní* y el *tupí*, con el objeto de indagar á qué familia pertenecía el *goajiro*) dice que en todas estas lenguas se nota la carencia de los sonidos castellanos siguientes: la *c* (antes de *e* ó *i*) *f*, *ll*, *x* y *z*, y la *v* falta en todos menos en el *caribe* y el *guaraní*. En el *cumanagoto* y el *goajiro* no hay *b* y en las demás lenguas se confunde con la *p*. La *d* falta en el *goajiro*, como en casi todas las lenguas caribes, así como la *l* y la *rr*. De todas estas lenguas se diferencia el *goajiro*, cuyo sistema es decimal, mientras que en las otras es quinario.

Los *Chimilas* de la época de la Conquista estaban sumidos en un salvajismo casi completo; andaban desnudos; usaban flechas envenenadas; asaltaban á las demás tribus para robarles, cosa que continuaron haciendo hasta dos siglos después de la Conquista. Los de las demás tribus, algo menos bárbaros, se defendieron con singular ardor de los españoles, y cuando se veían perdidos, más bien que entregarse, solían quitarse la vida.

Los restos de aquellas tribus conservan todavía, como en la época de la Conquista, muchas de sus costumbres, y entre otras, una gran facilidad para suicidarse por cualquier contratiempo. Así lo notaron los primeros cronistas que de ellos hablan: otro tanto aseguran los historiadores de la colonia, y también lo cuenta el Sr. Celedón en sus peregrinaciones entre los indígenas de la Sierra Nevada, á pesar de haber entrado un tanto en el jirón de la civilización y considerarse casi cristianos.

Gran parte de estos indígenas hablan la lengua *Kóggaba*, los cuales se cree que son los descendientes directos de las cuatro naciones que habitaban, desde tiempo inmemorial, los fértiles y sanos territorios de la Sierra Nevada y

pertenecen á la raza especial de los *Arhuacos*. Son éstos, dice, pequeños de cuérpó, gruesos y anchos, de toscas facciones, ojos negros y oblicuos, tez muy oscura, pelo negro, áspero y muy crecido. Las mujeres en nada se parecen á las de los *Goajiros*, pues carecen completamente de atractivos. Los matrimonios viven aparte, el marido en una casa y la mujer en otra, separados por una gran piedra á guisa de mesa, sobre la cual la mujer deposita la comida del indio, pues siempre necesitan un intermediario para recibir cualquier cosa el marido de la mujer y la mujer del marido. Los sexos están siempre separados en los bailes, como en la iglesia; los hombres de un lado, las mujeres del otro.

El Sr. Celedón cree, que en todos los territorios que componen hoy el departamento del Magdalena no había primitivamente sino dos naciones distintas, divididas en tribus numerosas que llevaban, ó el nombre de los lugares en que vivían, ó el del cacique que los regía. Estas dos naciones conservan aún gran parte de sus tradiciones, caracteres y costumbres, algunas de las cuales son enteramente diferentes en una y otra nación. El *arhuaco* es sedentario y agricultor; indómito y belicoso el *goajiro*: sumiso el *arhuaco* hasta la abyección, y pacífico siempre; violento el *goajiro* en todas partes: el *goajiro* es hospitalario y generoso; el *arhuaco* inhospitalario y cobarde. Y tan distintos son y tienen tan poco parecido sus idiomas, que necesitan apelar al poco español que han aprendido para comunicarse entre sí.

Sus distintas lenguas sólo se parecen en lo que les falta, dice el docto misionero, como es el carecer del verbo *SER*.

Y no muy tarde, no sólo les faltará el verbo *ser* en su lenguaje, sino que dejarán de existir en realidad. Estas naciones van disminuyendo paulatinamente, á pesar de que hoy gozan de profunda paz y de comodidades, de que carecían cuando estaban en completa barbarie; ya no

mueren por centenares, como sucedía antes, en las guerras que se declaraban los unos á los otros, y después cuando combatían contra los españoles. Moran en climas sanos y gozan de abundantes comidas, y sin embargo, ello es que, en lugar de aumentar, como sería natural, cada día disminuye su población. ¿Por qué es esto? pregunta abismado el Sr. Celedón. Como no sabe á qué atribuir este fenómeno, dice que es posible que provenga de que los indígenas están siempre cerca del fogón ó bañándose en agua fría, y que semejante sistema les produce resfríos y por último tisis, enfermedad muy común entre ellos. Pero yo me atrevo á apuntar una causa mucho más seria y poderosa. La verdad es que aquellas razas aborígenes están ya agotadas, y por consiguiente deben extinguirse más tarde ó más temprano.

Cuando llegaron los europeos á América no encontraron pueblos jóvenes en vía de formación, como generalmente se piensa, sino razas agotadas, debilitadas, concluidas, que bajaban de la cultura á la barbarie. Los antepasados de esos salvajes, muchos siglos antes del descubrimiento de Colón, fueron los constructores de aquellos edificios extraordinarios, aquellas ciudades monumentales, cuyos restos asombran hoy día al viajero y al sabio.

Con el trascurso de los siglos estos pueblos, civilizados en un principio, se corrompieron y volvieron á sumirse en la barbarie: de manera que los indígenas de América más incultos—los habitantes de las islas y de las costas, por ejemplo—eran los más antiguos, y empezaban ya á extinguirse cuando llegaron los europeos. Así, pues, su desaparición tan pronta, después de la invasión de los habitantes del antiguo continente, no fué tanto por el maltrato de los conquistadores y por la peste de las viruelas que hizo tantos estragos entre los indígenas (1), sino porque la raza estaba próxima á concluir.

(1) Hay quien cree que la peste de las viruelas era ya conocida en América antes del descubrimiento, y que antes habían muerto miles de indígenas víctima de esta enfermedad en varias ocasiones.

La prueba es que de los pueblos que estaban más civilizados, como los *Mexicanos*, los *Peruanos*, los *Khibchas*, aún quedan muchos en los países en que vivían: la hora de la muerte no había sonado para ellos todavía; pero no por eso aumentan, al contrario, tienden á desaparecer injerándose, amalgamándose con la raza blanca; de manera que, al cabo de tres ó cuatro generaciones, prevalece la sangre más vigorosa, la del blanco, y se elimina por completo la del aborigene americano.

CAPÍTULO II

LOS HABITANTES DE LA PROVINCIA DE CARTAGENA (HOY DEPARTAMENTO DE BOLÍVAR)

La antigua provincia de Cartagena se extiende entre el Océano Atlántico, el río Magdalena y el departamento de Antioquía al Sur y el de Panamá al Norte. Cuenta más ó menos 700 miriámetros cuadrados de superficie y en la época de la Conquista estaba densamente poblada por tribus de indígenas belicosos y audaces.

No lejos de la ciudad de Cartagena los indios *Yurbacos* dieron muerte al insigne piloto, cosmógrafo y viajero Juan de la Cosa, en un asalto que hicieron á los españoles que capitaneaba Alonso de Hojeda. Aquellas tribus llevaban á la guerra á sus mujeres, las cuales combatían denodadamente al lado de los guerreros (1).

Los pobladores de las costas de Cartagena que llama-

(1) Una india de Yurbaco (hoy Turbaco), dice Flórez de Ocariz, dió muerte á ocho españoles, sin gastar todas las flechas de su carcaj, y otra les dió muerte á diez españoles. (Véase *Genealogías de Nueva Granada*.)

ban *Calamari* (1) poseían ciertas fortalezas de madera, en forma de estacada, sobre las cuales ponían hileras de calaveras de los enemigos que habían sacrificado.

Aquellos indígenas no aguardaron á ser maltratados por los invasores para hacerles la guerra: desde un principio los recibieron con odio y mala voluntad.

El Cacique que moraba en la isla de *Codego*, á quien pertenecía todo lo que hoy se llama *Boca chica* y *Boca grande* y cierra el puerto de Cartagena, se llamaba *Carex*. Las tribus que vivían al frente en la Tierra Firme tenían las denominaciones siguientes: *Cospique*, *Matarapa*, *Cocón* y *Bahaire*. Este último tenía, á la llegada de los españoles, un Cacique que gozaba de grande influencia en el país; así fué que cuando resolvió amistarse con los invasores todos los demás le imitaron.

Más lejos, dentro de la tierra, moraban las tribus llamadas *Mazaguapo*, *Guaspatas*, *Turipana*, *Mahates*, *Cipagua*, *Pubará*, *Cornapacuas*, los cuales fueron vencidos por los conquistadores, y haciendo éstos uso de las guerras que tenían entre sí, ayudando á los unos vencían á los otros, y quedaban todos bajo la autoridad de los españoles (2).

Cuando por primera vez entraron los europeos en aquellas poblaciones, halláronlas bien provistas de comidas, y en algunos *buhios* encontraron figuras de ídolos de oro macizo en forma de animales. En el pueblo de Cipagua hallaron un *puerco-espín* de oro que pesó cinco arrobas y en el de *Cornapacuas* ocho patos—ó algo parecido á estas aves,—tambien de oro macizo.

En un paseo militar que hizo el conquistador Heredia desde la recién fundada ciudad de Cartagena hasta las orillas del río Magdalena, en el cual gastó cuatro meses, no solamente logró que se le sometieran todos los indígenas que halló á su paso—pues á los más belicosos ya les

(1) Significa *tierra de cangrejos* en la lengua del país.

(2) Véase J. Acosta, obra citada.

había vencido en la costa,—sino que regresó á la capital llevando consigo por valor de millón y medio de ducados en oro: ¡tan ricos en ese metal eran los naturales del actual departamento de Bolívar! Sin embargo, no sacaban oro de la tierra que les pertenecía, sino que lo llevaban del interior del país. Al tener noticia de aquello los conquistadores, resolvieron ir personalmente en busca del metal favorito. Sedientos siempre de oro y arrostrando impávidos todos los trabajos y las fatigas posibles, cometiendo sin remordimiento injusticias y crímenes, si era necesario aquello para conseguir su deseo, emprendieron viajes hacia los lugares en que les decían deberían encontrar los criaderos de aquel precioso mineral.

El mito del *Dorado*, con el cual, desde que llegaron á Tierra Firme, los españoles se llenaban de locas ilusiones, parecía como si esta vez debería colmar sus esperanzas. Pensaban que si el oro entre aquellos salvajes, que no lo poseían ellos mismos en sus tierras, era tan abundante, ¡qué no sería en los lugares en donde se encontraba el metal! Habíanles dicho que existía una tribu que poseía tesoros inagotables desde el tiempo de sus antepasados, tribu que se llamaba *Finzenú*. Hacia ésta se dirigieron en primer lugar. Contáronles que los primeros Caciques de *Finzenú* habían sido tres espíritus malignos llamados *Finzenú*, *Panzenú* y *Zenufaná*, los cuales antes de volverse al infierno, en donde moraban, para vengarse de sus súbditos sin duda, habían mandado que en adelante debería ser mujer quien lo gobernase.

La riqueza de la tribu de *Finzenú* estaba toda enterrada, pues no consistía sino en las tumbas de sus antepasados. A ella estaba encomendado el cementerio general de toda región desde tiempo inmemorial (1).

(1) Hoy se encuentra en aquel lugar, cerca del río San Jorge, una pequeña villa que se llama San Benito Abad. Hállase en un clima delicioso y extraordinariamente fértil, pero las riquezas de su suelo han desaparecido.

Efectivamente, los españoles encontraron en los sepulcros que saquearon, á despecho de los naturales que se afligieron mucho con semejante profanación de los huesos de sus mayores, grandísima cantidad de oro en ídolos, joyas y adornos de toda especie. Era costumbre en todos los pueblos aborígenes de América—con pocas excepciones—enterrar siempre á los muertos con todo cuanto poseían de algún valor. Cavaban un hoyo (suficientemente hondo para que el muerto cupiese de pie algunas veces, encogido, como entre los egipcios, otras), cuya entrada debería mirar hacia el Oriente, y tapaban el hoyo con una losa de piedra. Al lado del cadáver depositaban sus armas, sus joyas, sus tesoros, y si era rico hacían el hoyo más grande para que cupiesen una ó dos de sus mujeres y algunos esclavos junto con la piedra de moler, el maíz y las ollas para que le hiciesen de comer.

La primera vez que saquearon los sepulcros de *Finzenú*, sacaron los españoles más de cuatrocientos mil pesos en oro, después de pesar los ídolos, las joyas y arrancar las chapas de oro con que adornaban los ídolos de madera. Éstos hallábanse de dos en dos, sosteniendo hamacas llenas de joyas de oro, en torno de un cercado en medio del cual estaba el templo (es decir, una casa de paja más grande que las otras) y rodeado todo por corpulentos árboles, de los cuales colgaban campanillas de oro. Los sepulcros estaban más ó menos distantes del pueblo, y en breve los invasores los distinguieron desde lejos, porque sobre cada tumba habían amontonado tierra para formar un cerrito más ó menos bajo. Uno de éstos era tan alto, que desde una legua lo alcanzaban á ver. En aquel país (hoy llamado Zenú), así como en Antioquía y Panamá, etc., las figuras que encontraban dentro de los sepulcros representaban siempre diferentes animales.

Acosta dice que en algunas de estas sepulturas, los objetos que se contenían debieron ser obra de alguna raza más civilizada que la que encontraron los españoles, pues

ya no parecían capaces de labrar esculturas que eran verdaderos objetos de arte.

Esto me ratifica todavía más en la creencia de que los indígenas americanos eran los descendientes degenerados de razas más civilizadas, las cuales habían ido decayendo y se habrían extinguido al fin, aunque no hubiera sido invadida la América por los europeos.

Aquel saqueo no contentó aún á los invasores: en breve abandonaron el pueblo de *Finzenú* con el objeto de seguir adelante en busca de las minas mismas que producían el oro, y se dirigieron á las serranías que dividen hoy el departamento de Bolívar del de Antioquía. Aprovecharon entonces los naturales la tregua que les daban para sacar prontamente los tesoros y los huesos de sus antepasados y trasportarlos á otro santuario que tenían en una montaña oculta, que llamaban *Faraquel* (1). Sin embargo, como jamás se encontró el tesoro ni rastros de otro santuario, algunos cronistas piensan que nunca existió tal cosa y que los compañeros de Heredia agotaron en realidad las riquezas que contenían los sepulcros de Finzenú.

Para no repetir siempre las mismas cosas, como las costumbres indígenas en todo este litoral hasta el Cauca eran muy semejantes, según dicen los cronistas de la Conquista, he preferido tratar largamente de ellas en algunos capítulos cuando he logrado obtener las suficientes noticias para hacerlo, y no hablar en otros sino de lo que sea característico de algunas tribus.

Los aborígenes descendientes de los que conquistó Heredia y que aún se conservan en las orillas del río San Jorge, dice Mr. Strefher (2), han llegado al límite de la bar-

(1) Probablemente en la serranía de San Jerónimo, que separa las hoyas del río Sinú y del de San Jorge. Aquellas montañas aún no han sido exploradas con cuidado; así es que nada de extraño sería que allí se encontrase todavía el resto del tesoro de Finzenú.

(2) Este, que ha visitado aquellos lugares, dice que los que han penetrado en las montañas en donde nace el río San Jorge, han visto monumentos antiquísimos que se encuentran por allí. Pero éstos sin duda no

barie. Son, dice, los últimos restos de grandes nacionalidades de otras épocas, que la acción del tiempo y de los acontecimientos han roído hasta el punto de no haber quedado ninguna reminiscencia de ellas. Nada tienen, nada hacen, nada apetecen. Los indios del Alto San Jorge son seres que no han adoptado de nuestra civilización más que el aguardiente, licor traicionero que piden á todos los que pasan por allí. A esta palabra se reducen sus nociones de la elocuente lengua castellana, pues ellos han conservado su idioma, el cual les sirve para entenderse entre sí y que, sin duda, está ya muy alterado y corrompido.

CAPÍTULO III

INDÍGENAS DEL ISTMO DE PANAMÁ

Cuando los primeros descubridores y conquistadores del Istmo de Panamá llegaron á aquellos territorios (Colón, Bastidas, Enciso, Hojeda, Nicuesa, Balboa, Pedrarias, etc.) hallaron allí muchas tribus indígenas que no todas separecían unas á otras, aunque en el fondo sus costumbres y lengua eran muy semejantes.

Las tribus que poblaban la parte Norte del departamento de Panamá, y las que vivían en los límites de Costa Rica, eran, según los historiadores más fidélgicos que de ellos se han ocupado, muy parecidas á las naciones del Centro de América, y por consiguiente hijas de una raza indudablemente oriunda del Japón, así como las que poblaban las márgenes del Océano Pacífico.

fuieron obra de los aborígenes, que vieron los españoles que descubrieron aquellas tierras, sino de aquel pueblo desconocido y misterioso que ha dejado su huella en toda América.

Entre tanto, los habitantes de las orillas que baña el Océano Atlántico parecen pertenecer á la belicosa raza Caribe, que poblaba las Antillas y las costas de Tierra Firme. Estos tenían la piel más morena y eran por lo general más robustos y más fuertes, más belicosos y más inteligentes que los del otro lado del Istmo. El historiador J. Acosta cree que no había menos de 300.000 habitantes desde el Golfo de Urabá hasta las Bocas del Toro, límite de la República de Costa Rica. La lengua que hablaban parece haber sido la *Cueva* pero cada tribu había variado la forma y el acento de ella, dividiéndola en muchos dialectos diferentes.

Las tribus del Norte que descubrió Colón y allanó Pedrarias se llamaban *Urracá*, *Bulabú*, *Musá*, *Chicacotia*, *Natá*, *Chame*, *Pariza* (ó París), *Tabor*, *Cherú*, *Penonomé*, *Turacuri*, *Escolia*, *Chame*, *Tatacherubi*, *Totomagua*, *Tutibar*, *Tunaco*, *Chiriquí*, *Buricá*, etc. Mas al Sur hallábanse los *Comagres*, *Quarecas*, *Ponizas*, *Catoches*, *Bonobiamá*, *Pacorá*, *Pacorosa*, *Secativá*, *Chepo*, etc. En las orillas del golfo de San Miguel y de Panamá, los *Teraquis*, *Chochamas*, *Penamás*; y cerca ya del Golfo de Urabá los súbditos de los caciques *Carite*, *Ponca*, *Uvirás*, etc.

Cada población obedecía á un Cacique diferente, el cual casi siempre estaba en mala inteligencia con sus vecinos, menos cuando se unían dos ó tres para atacar juntos á otros enemigos.

Salvo que los habitantes del Istmo de Panamá no eran antropófagos, sus costumbres eran muy semejantes á las de todo el litoral hacia el Sur hasta el Cauca. En los límites con Costa Rica, aún existen tribus bastante numerosas de indios llamados hoy *Guaimies*, las cuales Mr. Pinart estudió prolijamente hace algunos años y ha presentado acerca de sus costumbres interesantes Memorias á la Sociedad de Geografía de París (1) y en la reunión del Con-

(1) Chiriquí y Bocas del Toro.

greso Internacional de Americanistas que tuvo lugar en aquella capital el año de 1890 (1).

Según Mr. Pinart, existen todavía 4.000 *Guaimies* de pura sangre, la mayor parte de los cuales viven en el Valle Miranda. Estos son pequeños de estatura, pero fuertes, robustos, con tendencia á la corpulencia; su color es entre amarillo y moreno, casi negro, en los que viven cerca del mar; tienen el cabello negro, liso, la cabeza grande, la nariz ancha abajo y prominente, la boca ancha también, los labios gruesos. Son por lo general indolentes, pero en caso necesario se manifiestan ágiles y caminadores; son supersticiosos en extremo y cada familia posee algún animal tutelar.

Mr. Pinart cree que las antiguas poblaciones del Istmo y regiones adyacentes pertenecen:

1.º Á la raza *Caribe* continental, de la cual son ramas los *Chontales* de Nicaragua (así llamados porque se servían de la chonta ó bodoquera como la mayor parte de los habitantes de Centro América) y los *Guetaros* de Costa Rica, asimilados un tanto á los conquistadores mexicanos.

2.º Á las colonias *Nahuatlaques* que se encuentran hacia el Sur, con la isla del Rey ó Jurarequí (grupo de las Perlas) como sitio extremo, y el territorio de los *Guaimies* como centro civilizador importante.

3.º Los indios *Cunas* del Darien, que han permanecido refractarios á toda influencia civilizadora, tanto del Norte como del Sur.

4.º La nación *Chocoe*, la cual bajo los nombres de *Bau-de*, *Citarare*, *Noanama* se encuentra desde el Cauca hasta el Ecuador.

Los indígenas insumisos del Istmo de Panamá se pintan

(1) Aperçu par ordre géographique des questions anthropologiques et ethnographiques traitées au Congrès International des Américanistes. 8.ª session.

el cuerpo con betun de colores vivos—rojo y azul—y en la cara forman muchas figuras fantásticas; usan un delantal de cáscaras ó cortezas de árbol y se cubren la cabeza y la espalda con pieles de oso y de tigre, llevando la cabeza de estos animales sobre la frente y la cola sobre la espalda. Usan aún arcos, flechas, macanas y bodoque-ras, pero saben manejar el machete, el cuchillo y cuando pueden las armas de fuego.

En el Norte del Istmo los indígenas hablan la lengua *Cuna*, diferente en mucho de la *Cueva* usada en el Sur. Sin embargo, se cree que ambos idiomas son de un mismo origen. Los pueblos indígenas de raza pura que aún existen en el Sur del Istmo fueron visitados en 1887 por el Sr. Ernesto Restrepo, y en la publicación que hizo después, encontramos datos muy interesantes acerca de ese idioma, restos del precolombino (1). «Es, dice, de una monotonía desapacible, y sobre todo muy pobre... En sus discusiones proceden por alegoría y comparación... Cuentan por decenas, pero pocos son los que pueden contar más allá de ciento.»

Según Bancroft, que cita los principales cronistas españoles, los istmeños costaneros tenían la tez sumamente morena, y los del interior eran más pequeños y más blancos. Usaban el pelo derramado sobre la espalda y corto sobre la frente. Se pintaban los dientes de negro y se los recortaban en forma de sierra en algunas tribus. Convertían los prisioneros en esclavos—como los griegos y romanos—y á éstos llamaban *Pacos*.

Las mujeres trabajaban en las sementeras (mientras que los hombres guerreaban) y se colgaban narigueras, se agujereaban el labio inferior y las mejillas para incrustarse plumas, pedazos de oro y garras de tigre.

Tanto Mr. Pinart y Mr. Zeltner como el Sr. Restrepo, en-

(1) *Repertorio Colombiano*. Diciembre de 1887.

contraron en las chozas de los indígenas de Panamá asientos y figuras en forma de animales. El Sr. Désiré Péctor, en un interesante estudio acerca de la población precolombina en Nicaragua, hace la misma observación acerca de los indígenas de aquella República en tiempos pasados.

Los indígenas que habitaban las márgenes del magnífico golfo de *Urabá*, en extremo belicosos y más atrasados y salvajes que los demás, eran sumamente numerosos. En las orillas del río Atrato vivían como los monos en lo alto de los árboles, en donde habían construido toscamente sus habitaciones, y desde allí se defendieron con sus arcos y sus flechas de la invasión europea, sin lograr otra cosa que hacerse exterminar.

Sin embargo, aún se conservan restos de estas tribus, que cada día disminuyen á pesar de que viven soberanas é independientes y protegidas por el Gobierno de la República (1).

Cuando el historiador Acosta visitó en su juventud (1820) las orillas del Golfo de *Urabá*, los indígenas de aquellos lugares se manifestaron partidarios de la causa de la Independencia, pues aún guardaban hondo resentimiento á los españoles, y por este motivo sin duda habían permanecido alejados de la civilización de los blancos (2).

(1) «Hoy todavía los indios *Cunas* y *Caimanes*, que así se llaman ahora los que habitan el golfo, tienen sus sacerdotes que son médicos y adivinos, y aún se pintan el cuerpo de diversos colores hombres y mujeres; pero han reemplazado casi enteramente el arco y las flechas con las escopetas inglesas que adquieren á cambio del carey, que con el cacao forman los artículos indispensables de su comercio. De todas las palabras que el autor de este *Compendio* oyó á los indios, durante una residencia de algunos días, en aquellos parajes en 1820, ninguna ha encontrado en los pocos nombres propios de que hacen mención los cronistas. Con excepción de *Careta*, nombre que se conserva á un río y á un Cacique en la costa occidental del golfo, las demás denominaciones son posteriores á la época del Descubrimiento.» (Véase *Compendio histórico*, etc. Obra ya citada, pág. 31.)

(2) *Biografía del General Joaquín Acosta*, obra inédita por Soledad Acosta de Samper.

CAPITULO IV

INDÍGENAS DEL DEPARTAMENTO DE ANTIOQUÍA

De los antiguos habitantes de Antioquía tenemos muchas é interesantísimas noticias que nos han llegado los cronistas españoles, y además existen, una historia de aquel departamento escrita por el laboriosísimo hijo de esa sección de Colombia, el doctor D. M. Uribe Angel, y las labores de otro caballero antioqueño, el Sr. D. Ernesto Restrepo, el cual ha escrito bastante acerca de las razas aborígenes de Colombia y particularmente de las de Panamá (1) y de Antioquía.

Según el Sr. Uribe Angel, los habitantes precolombinos de Antioquía pueden dividirse en tres grandes naciones distintas, á saber: los *Tahamies*, los *Nutabes* y los *Catios*, los cuales se descomponen á su vez en gran número de tribus distintas, cada cual gobernada por un cacique independiente.

Los *Tahamies* ocupaban todos los territorios al Oriente entre los ríos Magdalena y Cauca y se derramaban por las laderas de los empinados cerros y por las cuencas de los valles. Las partes ardientes y malsanas estaban menos pobladas que las tierras de clima medio y las alturas de las cordilleras.

Estos indígenas tenían un carácter suave y eran hospitalarios y bastante inteligentes. Cultivaban (así como todos los aborígenes intertropicales de América) el maíz,

(1) Véase *Repertorio Colombiano*, Diciembre de 1877, y *Revista Literaria* de Bogotá, desde Mayo á Diciembre de 1891.

la yuca, la batata en los climas cálidos, así como el ají, el palmacristi, el succulento aguacate, el *ananas* delicioso, y en los climas templados tenían la *arracacha*, las *curubas*, los *pepinos* y otras frutas y raíces alimenticias (1).

Los *Nutabes*, que moraban entre el Cauca y el Porce, tenían también sementeras y sabían tejer mantas con hilo de algodón, y aun las teñían de colores. Como los anteriores, usaban—pero con menos frecuencia—armas envenenadas; flechas, lanzas y también macanas.

Cuando por primera vez entraron allí los españoles, salieron los *Nutabes* á recibirlos de guerra, y dicen los cronistas que contaron hasta 20.000 guerreros feroces y valientes, pero los invasores los derrotaron con sólo 39 hombres de infantería y 13 de á caballo. ¡Tal fué el terror que produjo entre aquellos salvajes el estruendo de las armas de fuego y la vista de los caballos!

Los *Catios* moraban en la hoya del Atrato, se extendían hasta la costa atlántica por la orilla oriental del golfo de Urabá y poseían gran parte de la serranía de Abbie. Eran éstos muy bárbaros y muy pobres. Dormían en las copas de los árboles para escaparse de las plagas terrestres; no construían casas y mucho menos tenían poblaciones. Se mantenían con el fruto de la caza, con las raíces de los árboles y los peces que hallaban en los ríos. No sembraban, no tejían, no tenían más vestido que un escaso delantal de corteza de árbol. Eran los *Catios* los aborígenes más salvajes de toda Colombia y quizás de toda la América del Sur, salvo los Fueguinos, los cuales aún se hallan en el mismo estado de barbarie.

Sin embargo, algunas tribus pertenecientes á esta familia, que vivían en climas menos malsanos y ardientes, poseían algunas nociones de cultura, á saber: labraban

(1) El Sr. Uribe Angel añade á esta lista el *plátano*; pero ésta es una equivocación, pues el plátano no existía en América y se propagó después del arribo de los españoles, que lo llevaron de las islas Canarias y del Africa con los esclavos negros.

mantas para cubrirse del aire fresco de la noche y sus armas eran menos toscamente construídas.

Todos los naturales de Antioquía eran antropófagos, y con frecuencia declaraban la guerra á otras tribus, nada más que con el objeto de devorar en los campos de batalla á los que morían y de llevarse los demás para alimentar sus festines mientras duraban los prisioneros. Comenzaban porengordar á los infelices con succulentos manjares, y cuando los consideraban suficientemente apetitosos, los iban sacando uno á uno del cercado en donde los encerraban; hacíanles volver la cara hacia el sol naciente y entonces les daban un golpe sobre la nuca que los dejaba muertos en el acto.

Como todos los naturales de América, con excepción de los que habitaban las tierras frías y eran más civilizados, los antioqueños se pintaban con Achiote ó *Bijua* (familia de los *Bixaceas*), árbol de cinco á seis varas de alto, de corteza blanquecina, hojas acorazonadas, pecioladas, alternas, flores rosadas en macetas, fruto en forma de cápsulas que contienen los granos de donde se extrae una sustancia de color amarillo rojizo (1).

Los aborígenes de Antioquía creían en un Dios, creador del Universo, que algunas tribus llamaban *Abirá*, que significa *muy bueno*. Creían también en un espíritu muy malo, enemigo de *Abirá*, á quien llamaban *Canicubá*. Algunos cronistas aseguran que también adoraban el Sol y la Luna y que conservaban una tenue idea del Diluvio universal mezclada con absurdas supersticiones. Tenían, como casi todos los americanos de uno y otro hemisferio, la noción de una vida futura, y por eso se hacían acompañar por sus mujeres favoritas. Decían que cuanto

(1) Según el Sr. Arístides Rojas, la palabra *achote*, *achiote*, *achotai* viene del vocablo azteca *achiottl*. Los haitianos lo llaman *bixa*; los caribes *caituco*, *anato* ú *onoto*; los guaranis llámanlo *urucú*. En la última edición del Diccionario de la Academia Española viene ya admitido el verbo *embijar* por pintarse el cuerpo de color.

sabían había sido enseñado á sus mayores por una mujer muy bella y muy docta que llamaban DABEIBA.

Algunos de los historiadores que se han ocupado particularmente de esta sección de América piensan que, aun que parezcan algo distintas estas naciones, las tres grandes familias que poblaban á Antioquía pertenecían todas á la raza *Caribe*. Su color moreno cobrizo, su pelo duro y negrísimo, frente baja, ojos negros y pequeños, pómulos salientes, nariz no muy achatada, el talón prolongado hacia atrás, cuerpo delgado y bien conformado, todo esto forma un conjunto de caracteres que los coloca entre los *Caribes*, degenerados si se quiere, sumidos en la más completa barbarie, es verdad, merced á circunstancias y por motivos y causas que pertenecen á la incógnita historia de sus antepasados.

Creo que en el estudio que se haga de los aborígenes de Antioquía y el Cauca se debe de tomar por guía principal al cronista-soldado Pedro Cieza de León. Éste visitó personalmente aquellos lugares en la época de la Conquista, y así es que mejor que los demás cronistas, que sólo escribían lo que habían oído decir, pudo estudiar y describir las costumbres de aquellos indígenas, que aún conservaban frescos sus usos. «Yo, dice el conquistador, anduve todo por tierra (desde Panamá hasta el Perú) y traté, vi y supe las cosas que en esta historia trato» (1).

Nos referimos á él en las siguientes noticias:

Los habitantes de los territorios que dividen el Golfo de Urabá del Océano Pacífico decían que no eran naturales de aquel país, que sus antepasados habían llegado allí de otras tierras. Habitaban ramadas largas y angostas; dormían en hamacas; cultivaban árboles frutales; cazaban dantas, zainos y hermosos pavos; se colgahan del cuello muchos sartaes de canutillos de oro (que llamaban *habas*), se ataban planchuelas de oro sobre el pecho; comer-

(1) *Crónica del Perú*.

ciaban con los naturales del interior cambiando sal y pescado por joyuelas de oro; usaban flechas envenenadas y macanas; heredaba el cacicazgo el hijo de la primera mujer, pues tenían muchas, siendo la poligamia costumbre del país, como de todo pueblo bárbaro; casábanse con frecuencia con sus sobrinas. Las mujeres andaban vestidas con mantas que las cubrían desde el pecho hasta los pies; pero los hombres estaban siempre desnudos. Los españoles no vieron en aquellas tribus templo ni lugar ninguno de adoración.

Enciso (conquistador á quien ya nos referimos al tratar de los indígenas de Santa Marta) dice que embalsamaban aquellos naturales á los muertos—en todo el litoral desde el Zenú hasta el Darién,—y para conservarlos los envolvían en paños que se adherían al cuerpo por medio de cierto unto (ó bálsamo) y después los ponían á secar al fuego. Los demás cronistas dicen simplemente que secaban los muertos al fuego cuando deseaban conservarlos.

Algunas tribus de Antioquía esquivaban usar flechas envenenadas, lo cual hacían sin duda para que no se dañase el alimento que después de los combates devoraban.

En el valle de Nore (en donde después se fundó la ciudad de Antioquía), los habitantes decían que antes que ellos habían vivido allí tribus más ricas, las cuales después desaparecieron.

Para pasar los ríos fabricaban con mucha arte puentes de bejucos fortísimos que resistían perfectamente grandes pesos.

Al Sur de Antioquía los aborígenes no habían caído hasta la extrema barbarie en que se hallaban los más cercanos á las costas y al río Magdalena: algunas tribus tenían ciertas romanas en que pesaban el oro, pues lo apreciaban mucho y sabían extraerlo de la tierra y trabajarlo con bastante maestría.

Sus ídolos eran de madera esculpida, de barro cocido y de oro.

Eran tan amantes de su independencia que los indígenas que habitaban el valle de Aburrá (en donde después se fundó la ciudad de Medellín), viendo que los españoles los vencían en todas partes y que eran ya dueños del país, en lugar de rendirse resolvieron suicidarse: hombres, mujeres y niños, todos se ahorcaron (1).

En la parte que los españoles llamaban provincia de *Arma* (así llamada, dice Piedrahita, porque sus habitantes iban armados con armaduras de oro) los aborígenes tenían fortalezas de talanqueras hechas con gruesas *guaduas* (*bambú*) en las alturas, en donde hacían sus sacrificios sobre tablados bien contruidos. Ataban á los prisioneros en aquel lugar para sacarles el corazón, que ofrecían á sus dioses junto con hierbas olorosas que quemaban en incensarios de oro ó de barro cocido.

Poseían casas grandes, que dividían en estancias separadas por medio de esteras de paja. Sus sementeras eran bien labradas y cultivaban árboles frutales. Sin embargo, tenían la pasión del canibalismo, la cual llegaba á tal grado, que cuando encontraban algunas mujeres ó niños indefensos por los campos se arrojaban sobre ellos para devorarlos, con una furia que ni entre las fieras se ha visto jamás. Eran estos más morenos, más pequeños y más feos y repugnantes que sus vecinos, y dicen los cronistas que eran de carácter doble, de mala fe y llenos de malicia y de crueldad.

Cieza de León dice que las tribus que moraban al Sur de Arma eran menos numerosas y parecían pertenecer á otra raza, pues su lengua era diferente. Allí adoraban un enorme ídolo de madera, el cual habían situado sobre una

(1) Esto prueba una vez más que la extrema barbarie y la extrema civilización se tocan: hoy en Francia el suicidio es generalísimo; por cualquier motivo se matan hombres, mujeres y hasta niños.

altura, que miraba hacia el Oriente. Esta figura tenía los brazos abiertos, y parecía siempre aguardar los sacrificios humanos, que le hacían varias veces en el mes. Lo curioso es que los señalados para el sacrificio nunca exhalaban una queja, sino que cuando llegaba el momento iban por su pie al sitio acostumbrado, se inclinaban en silencio delante del ídolo y aceptaban la muerte con resignación.

En otra tribu vecina el crónista-soldado entró en la casa de un Cacique, donde encontró hasta veinte ídolos tan grandes como un hombre, cuyos rostros eran de calaveras humanas.

Todos estos naturales eran tan belicosos, que cuando salían á trabajar en sus sementeros llevaban la lanza en una mano y la azada (de madera) en la otra.

A sus guerras llevaban bocinas, atambores y destempladas flautas, con todo lo cual procuraban imponer espanto en el ánimo de los enemigos.

Los cercados que rodeaban sus mansiones estaban coronados con calaveras, pintadas de *bijua* ó *achiote*, y éstas con sus largas cabelleras que se movían impulsadas por el viento, el lúgubre rumor que hacía la brisa dentro de las calaveras, formaba un cuadro y una música fantástica capaz de infundir temor en el pecho del más valiente. En torno de sus poblaciones sembraban púas envenenadas, cubiertas con hierbas y tierra, de manera que los españoles tenían que ser muy cautos para acercarse á ellas.

Hé aquí los nombres de algunas de estas tribus que moraban hasta el Norte del departamento del Cauca, cuyas fronteras se confundían: *Noanamás*, *Citaraes*, *Tatabes*, *Guacuná*, *Quinchudá*, *Tapuyas*, *Guaticas*, *Nacores*, *Quillancingas*, *Irocas*, *Coris*, *Naratupes*, *Gorí*, *Cartamo*, *Pirza*, *Ocusco*, *Guarinas*, *Couí*, *Curacas*, etc.

Los idiomas de los indígenas de Antioquía eran poco más ó menos iguales á los del Cauca. Las pocas palabras que nos han quedado de esos dialectos pueden dar una idea escasa de su lengua, naturalmente pobrísima, como

la de todos los salvajes, y según el Sr. Uribe Angel, carecían completamente de palabras de sentido moral y metafísico: sólo tenían expresiones para las cosas materiales.

Según el autor que citamos, en muchas de estas lenguas, así como en algunas asiáticas, la *k*, la *l* y la *b* se pronuncian apoyando la lengua contra el paladar, en las dos primeras, y para pronunciar la *b* se deja percibir al fin una *e* explosiva. La *p*, *t*, *d*, *m*, se confunden al hablar. Á pesar de que se ha creído que el origen de esta lengua debió de ser *caribe*, en los dialectos de las tribus antioqueñas encontraron los españoles palabras de origen *quichua*; por ejemplo: *guasca*, *guaca*, *quingo*, *chácara*, *tola*, etc.

Casi todas las vocales al fin de palabra llevan acento en la lengua que conservan aún los indígenas antioqueños.

CAPÍTULO V

LOS ABORÍGENES DEL DEPARTAMENTO DEL CAUCA

Como hemos visto ya, los habitantes del Sur de Antioquía se confundían con los aborígenes que moraban en los territorios que hoy se llama del Cauca. Eran igualmente antropófagos, y las costumbres idénticas en los que moraban entre las empinadas sierras de Antioquía, como entre los que vivían en las fértiles vegas del valle del Cauca.

Sin embargo, si los moradores de Antioquía en su salvajismo, viviendo por lo general en tierras áridas ó malsanas, se veían muchas veces casi en la necesidad de devorarse unos á otros para alimentarse, los antropófagos del Cauca, que vivían en un país abundante y fertilísimo, en donde las sementeras de maíz producían al cabo de

cuatro meses de sembradas, no tenían por cierto disculpa ninguna en su canibalismo.

Cuatro leguas al Occidente de Ancerma encontraron los españoles una tribu cuyo Cacique era llamado *Caricha*, el cual parecía inteligente y despierto, así como sus súbditos; pero éstos, como sus vecinos los *Zopiás*, tenían las mismas costumbres y el vicio horrible de comer carne humana. No poseían ídolos ni adoratorios, ó los ocultaron á los invasores. Casaban las más de las veces con sus sobrinas, y á falta de un hijo de ésta, heredaban los hijos de las hermanas. Los Caciques salían á las guerras llevados en andas, y en sus días de fiesta se cubrían con mantas de colores enchapadas con adornos de oro macizo. Las mujeres se cubrían el pecho con sartaes de cuentas de oro y se colgaban pesadas narigueras del mismo metal.

Á pesar de sus costumbres bárbaras y crueles, uno de los pueblos más ricos de aquellos parajes era el *Quimba-ya*. Imperaba en todos los territorios que median entre los nevados de Santa Isabel, el Ruiz y los ríos Tacurambi y Zegues.

Hace unos dos años que ciertos *guaqueros* (1) encontraron en las cercanías de la ciudad de Cartago un tesoro

(1) Lllaman en Antioquia y en el Cauca *guaqueros* á los que se dedican á buscar *guacos* ó *huacas*, sepulcros y oratorios de los indios. «Los individuos dados á este oficio, y á veces familias, pues familias enteras se dedican á él, llevan una vida excepcional: forman una especie de tribu nómade, con sus jefes, sus hábitos y sus costumbres aparte. Provistos de herramientas y de víveres, cambian de domicilio, se retiran de sus hogares, por épocas á veces dilatadas, y hacen de sus exploraciones, investigaciones y trabajos una existencia enteramente peculiar. Como todo el que anda rastreando riquezas, su vida es rica de ilusiones, con frecuencia desvanecidas y reemplazadas por una realidad tormentosa... Hasta ahora el guaquero no busca más que oro, todo lo demás le importa poco; pero si las ciencias llegasen á ponerse en armonía con el lucro, estamos seguros de que en medio de hallazgos importantes por su riqueza, la arqueología tendría ocasión de agregar á sus anales valiosos descubrimientos... Por lo general los indios se hacían sepultar en lugares muy altos, ó cuando menos en las colinas, habiendo demostrado la observación que en los valles y en los terrenos bajos hay muy pocas guacas.»

Véase para mayores detalles la *Historia de Antioquia*, del Sr. Dr. Manuel Uribe Angel, págs. 496 y siguientes.

extraordinario por la riqueza de sus armas, utensilios domésticos y adornos de oro. Halláronlo en el fondo de un sepulcro de algún Cacique precolombino. Tuvo el gusto la que esto escribe de examinarlo detenidamente en Bogotá. Se comprendía que entre los muchos objetos que habían enterrado con el Cacique estaban sus dioses tutelares (1), representados por seis figuras de oro de 30 centímetros de altura. Eran éstas estatuillas de hombres y mujeres en diferentes actitudes, las cuales, aunque de tipo tosco y feo, demostraban la mucha habilidad de los artistas indígenas. Además veíanse allí urnas y vasos primorosamente labrados, con tapas perfectamente ajustadas á su base, y otras, con cuellos largos y de forma elegante, imitaban frutas y animales del país. Había allí pebeteros en forma de cabeza humana, bocinas, cetros hermosados por aves bien delineadas ó serpientes enroscadas, todo aquello labrado con oro de diferentes colores y quilates; varias planchuelas de armaduras con sus agujeros para atarlas al cuerpo desnudo, cintas de oro para envolverlas en las muñecas, en los tobillos y en la cabeza, y sartaes de cuentas para formar collares muy pesados. Dícese que la parte de este tesoro que llevaron á Bogotá—después de deducir varios objetos que los dueños guardaron para sí—pesaba más de cincuenta libras de oro, puro en su mayor parte (2). Esto da idea de la riqueza de aquellos aborígenes, pues hace más de tres siglos y medio que sin ce-

(1) El Sr. D. Vicente Restrepo dice, en su informe al Gobierno acerca de este tesoro de los Quimbayes, que estas figuras no son ídolos sino retratos de sus Caciques. Pero esto no me parece probable, pues entre la gente inculta se ha observado que siempre rinden culto á toda figura que conservan en su poder. Si Cieza de León asegura que los Quimbayes no tenían religión, aquello sólo significa que no tenían culto público, pero eso no impide que lo tuviesen privado y que rindiesen culto á los dioses tutelares, que llevaban consigo á todas partes.

(2) El Gobierno colombiano compró la mejor parte de este tesoro para enviarlo á la Exposición de Madrid con motivo del Centenario del descubrimiento de América y obsequiarlo á la Reina Regente de España.

sar se buscan y se encuentran tesoros de esta clase en el Cauca y en Antioquia.

Según las noticias que de ellos da Cieza de León, los *Quimbayas* eran altos, robustos, de rostros largos y cabeza aplanada. En las juntas solemnes de la tribu usaban vasijas de oro puro para tomar la *chicha* y embriagarse hasta perder el juicio, como hacían todas las tribus americanas. El vicio de las bebidas fuertes y el amor á la embriaguez era característico y general en los aborígenes del Nuevo Mundo; vicio que han conservado los moradores de casi todas las Repúblicas americanas, no solamente entre las tribus semisalvajes que aún se conservan, sino también entre los criollos mezclados de indio y blanco; vicio que los españoles no llevaron á América, puesto que no lo tienen en la Península hispana.

Cada indígena *Quimbaya* llevaba á la guerra todas sus riquezas, pues era costumbre que los enterrasen con ellas. El Cacique de esta tribu regaló al conquistador Jorge Robledo un vaso de oro que pesaba cerca de 300 pesos y una bandera en forma de ancha faja de tela de algodón muy fina, cubierta con piececillas de oro, redondas unas, en forma de estrella otras. Con su propio cabello hacían rodela que llevaban á la guerra. En sus bacanales bailaban y cantaban al son de sus instrumentos, y se entusiasmaban al oír referir las hazañas de sus antepasados, los cuales decían que no eran de aquellas tierras, sino que habían llegado allí de otros lugares y se habían apoderado de ellas después de matar á los anteriores habitantes. Á pesar de ser menos bárbaros que los que moraban al Norte, los *Quimbayas* eran también antropófagos. Gozaban de un clima delicioso; regado el país por cristalinas corrientes, hermosado por abundantes arboledas, la tierra fertilísima de aquel valle les daba alimento más que suficiente; y, sin embargo, para ellos el mejor bocado era un fragmento de carne humana.

Los pobladores del valle del Cauca eran más feroces é

indómitos que los *Quimbayas*; aquellas tribus se propusieron, y así resolvieron, no entregarse jamás á los invasores, morir todos antes que perder su independencia. El valle llamado propiamente del Cauca es una extensa llanura, cortada de un extremo á otro por el río del mismo nombre. Limítanlo á uno y otro lado dos inmensas cordilleras de los Andes, á saber: la Central, que divide este departamento del llamado hoy del Tolima, y la Occidental, que atraviesa también el departamento de Antioquía.

Aquella rica y fertilísima llanura y aquellas hermosísimas vegas estaban densamente pobladas y en gran parte cubiertas de sementeras de maíz, yuca y otras plantas del país. Pero, como arriba hemos visto, los aborígenes resolvieron morir, y para llevarlo á cabo, vengándose al mismo tiempo de los invasores, se negaron á sembrar para que ellos también murieran de hambre, y refugiándose en los cerros vecinos, permanecieron allí ocultos. De aquella manera murieron miles de indígenas, y los de los alrededores de *Lili* (hoy Cali) sirvieron además de pasto á la tribu de los *Gorrones*, que cayeron de improviso sobre los que quedaban, mataron á gran número y á los demás se llevaron prisioneros para devorarlos. Así, poco después de la llegada de los españoles al Cauca, todos los habitantes del valle habían perecido, salvo los que se refugiaron en las vecinas cordilleras y se ocultaron en los bosques. Los *Famundis*, *Calambos* y *Bugas* fueron, hasta perecer, siempre indómitos y belicosos. Numerosísimas eran las tribus diferentes que moraban en aquellos territorios y que llevaban el nombre de los lugares que ocupaban (1). Los habitantes de *Barbacoas*, los de las orillas del Pacífico, los *Coinzas* y los *Timbes*, por ser sus tierras anegadizas, vivían sobre las ramas de los árboles en chozas cu-

(1) Hé aquí los nombres de algunas de estas tribus: *Cocomicos*, *Guambias*, *Cotares*, *Fiendamó*, *Guamzas*, *Palacís*, *Polindaras*, *Palacís*, *Temblos*, *Zótaras*, *Guanacas*, *Guachicones*, *Cochesquios* y *Quilichaos* (que significa tierra de oro en la lengua del país).

biertas con techos pajizos, formando curiosísimos caseríos aéreos, frescos, y desde los cuales se defendían con sus flechas envenenadas.

En el sitio, elevado á 3,050 metros sobre el nivel del mar, llamado *Pupiales*, los españoles encontraron unas ruinas monumentales que creyeron serían palacios de los Incas; pero lo más probable es que fueran obra de aquella raza extinguida que dejó sus huellas en ruinas monumentales en toda la América. Lo que causa extrañeza es que estuvieran en un país tan frío (12 grados centígrados por término medio) y en sitio que no parecía adecuado para formar una población. Tal vez sería algún lugar de recreo, al cual los habitantes de las tierras cálidas irían á buscar clima más sano y fresco.

Refieren los cronistas que la mayor parte de los pobladores del valle del Cauca y de sus inmediaciones eran robustos, bien formados, algunos tan altos que, según dice Cieza de León, parecían «pequeños gigantes». Tenían la cabeza achatada por medio de ligaduras que hacían á los niños recién nacidos—como lo hacían otras tribus americanas,—pues decían que el hombre de cabeza redonda era cobarde.

Los moradores de *Lili* (Cali) tenían la costumbre de envolver á los muertos en tiras de algodón burdo muy largas, y en seguida los ataban con cuerdas—dice el mismo Cieza—de doscientas brazadas de largas, de manera que quedaban perfectamente enfardelados. Entre este punto y el de Popayán moraba el Cacique *Pelecuy*, en cuyo caserío encontraron ciertas casas redondas, más grandes que las otras, dentro de las cuales reposaban los cuerpos de los guerreros que el Cacique había matado en los combates con sus enemigos, y en el número de éstos consistía la mayor ó menor gloria del señor del país. Los cuerpos estaban de pie, henchidos con ceniza, con dardos y macanas en las manos y las caras cubiertas de cera.

El Señor de *Popayán* era tan poderoso que tenía bajo sus

órdenes á otros Caciques inferiores, y en caso necesario, podía poner bajo las armas hasta tres mil guerreros (1).

Los aborígenes del Sur del Cauca eran más susceptibles de recibir la civilización y aceptar la dominación europea; así fué que muchas tribus se convirtieron en breve al cristianismo y aprendieron pronto á vestirse como los invasores. Se notó que los que no eran antropófagos se domaban con más facilidad, mientras que los caníbales, muy bárbaros siempre y más crueles, eran también más independientes, y preferían morir antes que cristianizarse. Los *Pastusos* y *Patianos*, así como todas las tribus vecinas de la hoy República del Ecuador, no tenían templos ni adoratorios, pero sí dioses *penates* de oro, de barro y de madera enchapada de oro. Éstos creían que las almas de los que morían penetraban en los cuerpos de los recién nacidos. Siempre que se trata, sin embargo, de las creencias íntimas de aquellas tribus, hoy extintas, se siente una grande desconfianza de lo que acerca de aquello dicen los cronistas; pues los conquistadores muchas veces se equivocaban, no comprendían lo que los intérpretes les decían y daban por sentado lo que se les imaginaba.

En las partes de aquellas sierras en donde hacía frío, los indígenas—tanto hombres como mujeres—se envolvían en mantas de algodón desde la cintura para abajo, y secubrían la cabeza y las espaldas con otra más pequeña. Éstos tenían sementeras de maíz, patatas, *arracachas* y otras raíces alimenticias, y aunque numerosos, como eran poco guerreros, los españoles allanaron todo el país. Con el tiempo se fueron amalgamando con los blancos y los negros, formando hoy día una población laboriosa, honrada, humilde, pero poco adicta á novedades: así fué que difícilmente recibió la idea de la Independencia, y fueron

CHIC

(1) E. Restrepo. Tribus que habitaban el territorio, *Revista Literaria*, Junio, pág. 123.

los últimos que la aceptaron en el país. En su carácter son muy diferentes de los habitantes actuales del valle de Cauca, que no pueden ser más turbulentos, belicosos, en extremo inteligentes y de ideas avanzadas.

CAPÍTULO SEXTO

LOS ABORÍGENES DE LOS LLANOS DEL CAQUETÁ, CASANARE Y SAN MARTÍN

Se ha calculado que la mitad de los territorios que forman la República de Colombia se encuentra á espaldas de la Cordillera Andina, detrás de los departamentos llamados hoy de Boyacá, Cundinamarca, Tolima y Cauca, que sirven de límites con las Repúblicas del Brasil, Venezuela y Ecuador. Hay allí 24.000 leguas cuadradas de tierras compuestas, en su mayor parte, de extensísimas llanuras, regadas por tres ríos de los más grandes de la América del Sur, á saber: el *Orinoco*, el *Meta* y el *Caquetá*, enlazados por el canal natural del Casiquiare, lo cual permite navegar cómodamente por en medio de aquellas llanuras interiores y comunicarse, sin mayores dificultades, á través de territorio tan inmenso.

En las faldas de las cordilleras que descienden hacia los Llanos, en los seculares bosques que tachonan aquellas llanuras, en las márgenes de los innumerables ríos que alimentan los más grandes, se encuentran todas las plantas y todos los animales que producen las regiones intertropicales de América. Además se hallan en estos territorios riquezas minerales de todo género: sal, hulla, plomo, hierro, cobre, plata, oro, piedras preciosas, etc. (1).

(1) Véase Emiliano Restrepo: *Una excursión al territorio de San Martín*. Bogotá, 1870.

Hanse dividido aquellos Llanos en tres territorios distintos: el del Caquetá, el de Casanare y el de San Martín.

El primero de éstos, el del *Caquetá*, se halla hasta el día casi exclusivamente habitado por los descendientes de los aborígenes que encontraron los conquistadores allí, en el siglo XVI, los cuales, al cabo de cerca de cuatro siglos, no han dado un paso en la vía de la civilización europea. Aquel territorio mide más de 5.000 miriámetros cuadrados de extensión; pero la mayor parte de él está despoblado, y por sus desiertos vagan innumerables fieras y crece un mundo de vegetales preciosos, muchos de los cuales no han sido examinados por los hombres de ciencia que aún no conocen sus cualidades.

Las tribus indígenas de aquél país, más grande que muchas naciones europeas, están divididas en diversas parcialidades, las cuales no tienen ni la más leve noción de cultura, y se cree que ascenderán á 50.000 almas. Entre éstas se deben contar unos pocos miles de blancos, negros y mulatos, que viven allí como de prestado, temiendo sin cesar ser acometidos por los indígenas, devorados por las fieras, picados por los animales venenosos que pululan en todas partes ó perecer víctimas de alguna de esas fiebres palúdicas que son tan comunes en aquellos climas, mortíferos siempre para todo ser humano que no sea indígena (1).

En medio de las tribus de los Llanos, estacionarias desde hace siglos, puesto que en nada han cambiado desde que por primera vez llegaron los españoles, se podrían estudiar con toda seguridad las costumbres de los antiguos salvajes de esa parte de América. Pocos han sido los viajeros que se han atrevido á visitar á esos indígenas, muchos de los cuales son enemigos declarados de los blancos y son además antropófagos.

Empero de las relaciones de los que—desde el descu-

(1) Un español, el Sr. Gutiérrez de Alba, viajero y literato, visitó aquellos territorios hace algunos años y escribió sus viajes.

brimiento hasta el día y en diferentes épocas—han logrado penetrar en las selvas en que moran, hemos sacado en limpio algunas nociones de sus costumbres, apariencia y carácter (1).

Codazzi dice que estos aborígenes parecen fuertes y musculosos, pero en realidad son débiles, aunque ágiles y sufridos. Su color es cobrizo y su tez no se arruga, ni sus cabellos encanecen, de manera que entre los veinte y cincuenta años casi no se distingue la edad de los hombres (esta observación la hemos hallado en casi todos los que se han ocupado de las razas americanas); tienen los ojos pequeños y sin brillo, la cabeza grande, la frente estrecha; se arrancan las pestañas y las cejas, lavándose con el jugo de una planta venenosa; tienen la nariz bien formada, casi aguileña, la boca grande, los cabellos muy negros y caídos sobre la espalda. Se pintan el cuerpo con *achiote*, formando rayas caprichosas con pintura azul.

Peró si los hombres no parecen envejecer, en cambio las mujeres no tienen juventud, pues muyen breve, con los trabajos del campo y el maltrato que les dan los maridos, se arrugan, se ajan, se convierten en seres horribles y repugnantes.

La vida de estas gentes se pasa en cacerías y guerras con otras tribus; viven errantes, levantando su triste choza aquí y allí en las diferentes partes donde encuentran pescado en los ríos ó animales en los bosques. Las mujeres se encargan de cuidar y coger el maíz, que siembran de prisa en algún rincón del bosque que desmontan, y una vez recogido el fruto de sus faenas abandonan el lugar y se alejan de él.

Tanto hombres como mujeres sólo usan un delantal de

(1) Humboldt, *Viaje á las regiones equinocciales* 1799. — Emiliano Restrepo, *Una excursión al territorio de San Martín*, 1870. — Codazzi y Felipe Pérez, *Geografía de Colombia*. Estos han tomado la mayor parte de las noticias de los indios de los Llanos de las obras de Humboldt y del P. Gumilla, *El Orinoco Ilustrado*.

cortezas de árbol, sartaes de frutas aromáticas colgadas del cuello, collares de dientes de caimán ó de otras fieras, plumajes vistosos en la cabeza y narigueras de oro y plata cuando logran hacerse á ellas.

En cuanto á su ser moral, tienen éstos, como todos los indígenas, desde la bahía del Hudson hasta el estrecho de Magallanes (observa Humboldt) (1), en todos los climas la misma inflexibilidad moral y perseverancia en sus costumbres. Taciturnos, desprovistos de alegría, graves siempre, se nota en los indígenas cierta dignidad natural que encubre una imposibilidad natural de adquirir nuevas ideas.

Todo esto ¿no probará que es la aborigene americana una raza agotada, incapaz de comprender otra civilización que la suya propia, que ya no existe?

Por lo demás, ¿qué mayor prueba que el estado completo de salvajismo á que han vuelto los indígenas del Paraguay y de las misiones del Orinoco y Amazonas, una vez que se suprimieron esas misiones? Sin embargo, allí habían vivido varias generaciones aprovechándose de todos los beneficios de la civilización europea y de la religión cristiana, pero apenas se vieron libres volvieron á su estado natural (2).

Estos indígenas de los Llanos y de las orillas del Orinoco conservan todos la tradición del Diluvio—dice Humboldt—como la conservan los naturales de las islas del Océano Pacífico, salvo que en su ignorancia dicen que los que lograron salvarse de la inundación siempre fué sobre el cerro más cercano á su campamento.

(1) *Voyages aux régions équinoxiales*. V. I. pág. 463.

(2) Hase echado la culpa de este hecho extraño al estado de dependencia en que tenían los jesuitas á los indígenas, cuando la verdad es que si así los trataban, como á niños crecidos, era porque los religiosos habían comprendido la incapacidad en que estaban los indígenas de valerse por sí, y para obviar la dificultad que tienen los indígenas para hablar español les enseñaron lenguas americanas, como el quichua y el guaraní, las cuales aprendieron á fondo. (Véase Humboldt, obra citada, pág. 476.)

Los *Maypures* y los *Tamanaques* se pintan no solamente con *achiote* ó *bijua*, sino con el grano de otras sustancias vegetales llamadas *onoto* y *chica* mezcladas con grasa de cocodrilo ó caimán, y de negro con *carato* (genipa americana).

Las tribus de la nación *Saliva* parece que vivían antiguamente entre el río Vichada, el Guaviare, el Meta y el Paute, y los misioneros pudieron domesticarlos con más facilidad que á las otras tribus del Orinoco. Son amantes de la música y poseían trompetas de barro de cinco ó seis pies de longitud que tocaban con sonidos lúgubres, como es toda la música indígena americana. Los misioneros les habían enseñado el uso de varios instrumentos, los cuales han olvidado después completamente al alejarse de la luz de la civilización.

Estos indígenas, después que sus mujeres daban á luz, se acostaban ellos en sus hamacas y las mujeres los cuidaban. Costumbre, dice Humboldt, de todos los naturales de los Llanos y la tenían igual los antiguos europeos de la Iberia y la Galia.

Los *Quaquas*—aliados de los Caribes y cuyas tribus se extienden desde el Cumaná hasta la Cordillera á espaldas de Popayán—hablan la lengua salíva.

Los *Mituas*, los *Churuyes* y los *Guaiguas*, que han morado siempre entre el *Guaviari* y el *Ariari*, hablan un dialecto que se cree es derivado del saliva: son algo más industriosos que sus vecinos.

Los *Chiricoas* y los *Guamos* son sucios, indómitos, andan siempre errantes. Los primeros vivían entre el Vichada y el Guaviari. A éstos llamaron los primeros misioneros *indios andantes*, para diferenciarlos de los que habitaban los bosques y son de mejores costumbres y carácter. La lengua de los indígenas *Llaneros* (Humboldt) es más dura, más concisa y más fuerte, y la de los *Bosques* más suave y más difusa en sus expresiones.

Los *Azanenis* viven sobre el *Aquio*, y los *Macuenis* sobre

las márgenes del río de su mismo nombre, así como los *Guanais*.

Los *Airicos*, vecinos de éstos, hablan un dialecto del *Yaruro-betoye*.

Los *Curacicanas*, los *Maquiritares*, los *Piraos*, son agricultores, humildes y tienen grandes sembrados de yuca con preferencia al maíz, y con esa raíz hacen una bebida fermentada llamada *chiza*. Los *Maquiritares* viven entre la laguna Carida y el Orinoco.

Los *Macos* viven ya cerca de las fronteras del Ecuador. Estas tribus han sido siempre indómitas y feroces.

Los *Guahivos* son más esbeltos, tienen los ojos más grandes y aun alguna barba. Hablan, así como los Macos, un dialecto del *maipure*—el *guariken* ó *parení*.

Los *Guaipunabis* hablan un dialecto derivado del *maipure*.

Los *Parenis* vivían en las orillas del *Mattaveni* (*veni* ó *oueni* significaba río en su lengua).

Los *Marepizanas* y los *Canetivitianos* vivían en las orillas del río Negro, en los confines del Brasil.

Los *Cabres* acampaban en los márgenes del *Cuchivero*.

Los *Tamas* habitaban las orillas del *Caquetá* y hablaban, así como los *Coreguajes*, la lengua *coora* (Humboldt).

Los *Guaipunabis*, sobre el Orinoco, son menos salvajes; usaban algún vestido y se defendían de las flechas envenenadas con rodela hecha con cuero de tigre.

Sobre el *Casiquiari* vivían los *Maisanas* y tribus de los *Marepizanas*.

Los *Guitotos* moraban entre el *Putumayo* y el *Caquetá*.

Los *Pacemonales* y los *Cheruvichahenas* se encontraban sobre las orillas del río *Tomo* y *Guainia*.

En las márgenes del alto *Apure*, y también en Venezuela, moraban los *Otomacos*. Estos se mantienen durante la época de las inundaciones, en gran parte, con bolitas de greda, que llaman *poya*, é igual cosa hacen otros indígenas de los Llanos. Aspiran cierto polvo que llaman *niopo*,

y cuando se embriagan con ello se enfurecen y matan á cuantos encuentran en su camino.

Entre el *Guaviari* y el *Caquetá* se encuentran los feroces *Guaquis*, que se arrojan sobre sus enemigos para beberles la sangre antes de que se enfríe. Se cree que son una rama de los *Omagnas*, que tanto atormentaron á los primeros conquistadores. Viven en las márgenes de los ríos en chozas levantadas sobre estacadas para escapar de las muchas plagas que los persiguen.

Los feroces *Guaicas* moraban desde el río *Padama* por el Orinoco arriba. Eran muy pequeños, casi enanos y de un color más blanco que el de las otras tribus.

Los *Atures*—nación extinguida desde el siglo pasado—vivían en el Orinoco cerca de las Cataratas y hablaban una lengua que también se ha perdido.

Cerca de los confines del Brasil se hallan los *Cabacabos*.

Del río *Ventuari* al *Guaviari* habitaban los *Maipures* y los *Curacicanas*. Estos últimos siempre han cultivado extensamente el algodón.

Los *Vaupes* frecuentan el río Negro. Los *Yocuras*, *Mucas* y *Cabiunes* moran en las cercanías del *Apoporís*.

Sobre el río *Yupurá* se encuentran los *Cafuanes*, *Moquenís* y *Mornas*. Entre el Putumayo y el Amazonas hay tribus de los llamados *Agustinillos*, *Orejones* y otros que llevan los nombres de los sitios en que moran.

Todos estos bárbaros son más ó menos antropófagos y enemigos declarados del hombre blanco. Aun los que viven en entera libertad, como sucede con todos los indígenas americanos, son siempre tristes y sombríos. A pesar de que en diferentes ocasiones se ha procurado que penetren hasta ellos misioneros católicos, son tan salvajes que no se ha obtenido el fruto que se esperaba.

Aquellos desdichados acabarán por extinguirse y dejarán el campo libre; pero en semejantes climas ¿podrá algún día vivir el hombre blanco? Este es un problema de difícil solución.

Los *Enaguas* de las orillas del Orinoco tienen la particularidad de que cada tribu—de 60 á 100 personas—vive en un gran *caney* ó tambo, cubierto de paja y sin paredes. Éstos poseen el secreto de la fabricación de venenos violentos, para los cuales no se conocía remedio. Los Enaguas los vendían á todas las tribus de los Llanos, que iban á buscarlos con empeño.

Desde el descubrimiento de América han llamado mucho la atención de los sabios europeos los venenos que usaban los aborígenes del Nuevo Mundo. Parece que el primero que llevó á Europa la substancia con la cual los indígenas de la Guayana envenenaban sus flechas, y que ellos llamaban *ourari*, fué el inglés Sir Walter Raleigh en 1595. Los cronistas españoles la llamaban *curare*. Ésta es un veneno activísimo y fatal cuando se introduce en la sangre, pero no hace ningún efecto en los intestinos. Causa una muerte sin sufrimiento por medio de la paralización de las pulsaciones del corazón, pero no entorpece la inteligencia, y si se acude á tiempo ligando los miembros para que no pase la sangre á las arterias, puede eliminarse por medio de la transpiración. Cuando el *curare* ha penetrado en un sitio del cuerpo que no puede ligarse, aconsejan que se arranque con un cuchillo el pedazo de carne en donde se ha introducido el veneno. El famoso conquistador Alonso de Hojeda logró escapar con vida en el Golfo de Urabá, después de haber sido herido, porque se hizo quemar el sitio con planchas calientes; pero nunca volvió á recuperar su cabal salud. Otros lavábanse con agua salada, y á veces curaban.

Humboldt, que presenció la *Fiesta de las juvias* (1), durante la cual se confecciona el *curare*, dice que, según le informaron los indios, el veneno no es sino el producto de una planta de la familia de las que producen la estricnina.

(1) Época en que los indígenas entraban en los bosques á cosechar los frutos del *aimendrón*.

Los viajeros Roulin y Boussingault aseguran lo mismo; pero Goudot y otros dicen que al jugo venenoso de la planta los aborígenes añaden cierta cantidad de veneno animal, á saber: de hormigas y de serpientes. Gumilla, en el *Orinoco Ilustrado*, refiere que el *curare* es el producto de una raíz que crece dentro del cieno de las lagunas, sin salir nunca al aire; pero añade que, fuera de éste, los pobladores de los Llanos conocen muchos venenos que extraen de otras plantas, así como de las hormigas y las serpientes, que abundan en los enmarañados bosques de las orillas de los ríos que riegan aquellas llanuras inmensísimas.

«Este veneno, dice el sabio Claudio Bernard hablando del *curare*, servirá con el tiempo, de la misma manera que los demás venenos violentos, como remedio heroico, puesto que la acción *medicamentosa* no es en el fondo sino un envenenamiento parcial.»

La verdad es que los aborígenes americanos poseen secretos de la naturaleza realmente sorprendentes, que los sabios no conocen aún, ni quizás conocerán jamás; pues estos indígenas prefieren morir más bien que revelar los secretos legados por sus antepasados, y muchos se han olvidado á medida que han ido extinguiéndose las tribus.

Entre las altas Cordilleras y el río Apure viven, aún hoy día, los indios *Tunebos*. Según un buen misionero que los visitó hace tres ó cuatro años, estas tribus, errantes siempre, ocupan una extensión de territorio de no menos de 30 leguas cuadradas. A pesar de que no son de índole belicosa, sino más bien apacible, no se ha logrado convertirlos al cristianismo, pues son muy adictos á las creencias de sus mayores. Adoran el Sol y no quieren admitir otra creencia, persiguiendo y aun matando á los que han intentado convertirlos. Sin embargo, parece que aún recuerdan con gusto la época en que sus antepasados tenían misiones de Jesuítas en su territorio. Usan flechas envenenadas con *curare*, y como contraveneno se echan un grano

de sal en la boca cuando temen ser flechados. Imitan con tanta perfección el grito de los animales de los bosques, que los atraen para cazarlos. Hacen mucho uso de la *coca* y casi no toman otro alimento; se refocilan tomando como rapé el polvo que hacen con la corteza de un árbol que llaman *yopo* (Acacia-niopo), con el cual se embriagan hasta enfurecerse.

Habiendo notado, dicen ellos, que el boa, que tanto abunda en aquellas llanuras, después de haber devorado gran cantidad de alimento, buscaba cierta hierba que le servía de digestivo, los indios descubrieron que la raíz de ella, que llaman *mato*, y es un poderosísimo digestivo. Por este tenor el misionero dice que tienen medicamentos sumamente eficaces, pero cuyo secreto no revelan al hombre blanco. Se ungen el cuerpo con una substancia de olor tan nauseabundo que dejan el rastro de hediondez en las veredas de los bosques, y desde lejos se sabe en dónde están acampados por la nube de cuervos que se cierne sobre ellos atraídos por el olor. Esto lo hacen aquellos desdichados naturales para escapar de la plaga de mosquitos que los atormentan, pues parece que sólo así no se ceban en sus cuerpos desnudos (1). Créese que aquellas tribus no cuentan menos de 20.000 almas.

Al lado de los *Tunebos* se encuentran los *Betoyes*. Éstos cada día menguan más y más, embrutecidos por el uso inmoderado del licor que extraen de la palma, del cazabe y del maíz; otro tanto sucede con los *Yaruros*, famosos cazadores de tigres.

Los *Guaraones* metían los muertos en sus hamacas ó chinchorros dentro de la corriente de los ríos, con el objeto de que los voraces peces caribes devorasen la carne, y en seguida sacaban el esqueleto limpio, lo pintaban de rojo y lo guardaban.

(1) Véase el *Instituto*, núm. 43. Bogotá, 23 de Septiembre de 1888. Artículo sin firma.

Una de las supersticiones generales en todas aquellas tribus es el odio á los niños gemelos. Cuando alguna mujer daba á luz dos niños al mismo tiempo, mataban uno y procuraban que no se supiese que aquello había sucedido; lo mismo hacían con los niños débiles y los contrahechos. Por lo demás, los padres no aman á sus hijos sino cuando les sirven, y esta observación es general también entre los descendientes de los Chibchas.

Pero antes de terminar este capítulo quiero hablar de los indígenas de los *Andaquies*, que no moran en las llanuras que limitan á Colombia con el Brasil y el Ecuador, sino en las agrias laderas de los Andes, en las cuales nacen los ríos llamados Fraguas, afluentes que alimentan al Caquetá y al Orteguaza.

Son los *Andaquies* mucho más inteligentes que los de los Llanos, menos rehacios á la civilización y están mucho menos embrutecidos por los vicios. Ellos, dicen los que los han frecuentado, poseen secretos acerca de la virtud de las plantas silvestres de los bosques que habitan aún más extraños y sorprendentes que otras tribus. Pero tampoco los confían jamás á los blancos. Su amor á la independencia y á su libertad es tan grande que viven siempre alejados de los centros civilizados, y no bajan de sus montañas sino aguijoneados por motivos muy serios é importantes para ellos.

Se ha dicho que los *Andaquies* no son naturales de los lugares en que viven, sino de las orillas del Magdalena y del Suaza, en donde estaban establecidos á la llegada de los Conquistadores. El lugar en que se dice que moraban los *Andaquies* es el llamado hoy San Agustín. Allí se encuentran, entre la maleza, gran número de ruinas extraordinarias de templos, estatuas colosales y adoratorios que atestiguan una civilización avanzadísima.

A pesar de lo que se ha dicho, no está probado que fueron los *Andaquies* los constructores de aquellos restos arquitectónicos y de las esculturas gigantescas que allí se en-

cuentran. Es posible que allí vivieran cuando llegaron á la América los Europeos, pero no es probable que fueran ellos los constructores de esos edificios. Allí habitan hoy en un pobre caserío unas pocas familias de descendientes de europeos, y eso no prueba que ellos levantasen esos templos. Estos estaban ya en ruinas cuando llegaron los Europeos, y sin duda es obra de aquella raza misteriosa y extinguida que ha dejado su huella desde la América del Norte hasta la América del Sur, y cuya existencia y desaparición ha interesado tanto en los últimos cincuenta años á los sabios arqueólogos.

Si me he extendido tanto al hablar de los naturales de los Llanos es porque respecto de los demás aborígenes de Colombia unos han entrado ya en el jirón de la civilización europea, otros no han dejado de sí sino el recuerdo, las tradiciones, las noticias que de ellos dieron los cronistas de la Conquista—no siempre bien informados,—mientras que éstos han conservado su fisonomía, sus costumbres y su modo de ser tal como los encontraron los Descubridores. En ellos, pues, se puede estudiar al indígena americano y sacar en limpio su verdadero carácter bajo el punto de vista etnológico y filosófico.

En medio de su presente barbarie hay tribus que guardan ciertas costumbres artísticas que prueban una anterior y adelantada cultura. Los *Maipuros*, por ejemplo, tenían grandes alfarerías en las cuales fabricaban una loza muy fina, con dibujos griegos por adornos y de formas elegantes parecidas á las antiguas ánforas egipcias.

Casi ninguna de estas tribus errantes tiene ídolos, sino que creen en un espíritu bueno al que llaman *Cachimana* y en uno malo, *Jolokiamo*. Sin embargo, rendían un culto muy extraño á cierta larga trompeta que llamaban *Boluto*, por medio de la cual imploraban buena cacería y abundantes sementeras á las espíritus. No era permitido que la tocasen sino sus sacerdotes, y estaba prohibido que las mujeres la viesan. Si alguna desdichada, por casuali-

dad ó por malicia, fijaba sus ojos en el sagrado *Botuto*, al punto la mataban.

Como los naturales de Nueva Holanda comen ciertas arañas muy gruesas, los indígenas de los Llanos (y aun el día de hoy en las provincias del Norte de la República de Colombia) comen con delicia cierta clase de hormigas fritas en manteca.

Las lenguas que dominan en el Alto Orinoco—según Humboldt—desde la Esmeralda hasta el río Chirarí, son la *idapaminai*, la *catarapena* y el *maquiritano*. El resto de aquellos pueblos errantes habla dialectos más ó menos corrompidos del *caribe* y del *maipuro*. La multitud de dialectos, que cambian de tribu en tribu, es una señal más de decadencia entre aquellas gentes, cuya raza toca á su fin, y si entre los salvajes vemos la imagen de los primeros pobladores del mundo, también deberíamos ver en ellos la imagen de lo que serán las hoy cultas y civilizadas razas cuando por medio de la corrupción, los vicios, el materialismo y la negación de Dios y del alma humana hayan vuelto á sumirse en la barbarie.

CAPÍTULO VII

LOS INDÍGENAS DEL ACTUAL DEPARTAMENTO DEL TOLIMA, PARTE DEL DE CUNDINAMARCA, BOYACÁ Y SANTANDER.

El departamento llamado hoy de Tolima se compone de las antiguas provincias de Mariquita y Neiva y de varios distritos de los territorios vecinos. Encierra un área de 477 miriámetros cuadrados. Su situación es la del centro mismo de Colombia, regado de Sur á Norte por el

magnífico río Magdalena. Posee los climas más variados y los terrenos más fértiles, las preciosísimas minas de plata de *La Manta* y *Santana*—de las cuales se extraen 22.500.000 pesetas por año—(1), fuera de cuarenta más que se han descubierto últimamente, y que se explotan con buen éxito. Sus minas de oro son también riquísimas: las pocas que se explotan, de las muchas que se conocen, dan un rendimiento de más de millón y medio de pesetas por año y darían diez veces más si las trabajaran todas.

Los pobladores pre-colombinos del Tolima, como los del Cauca y de Antioquía, conocían las minas de oro y sabían la manera de beneficiarlas. Aquellos territorios estaban muy poblados por numerosas tribus que hablaban diversos dialectos si no eran de diferente origen.

Los que llamaron *Pantágoras* los Españoles, habitaban las orillas del río Magdalena y se subdividían en varias tribus, á saber: los *Guazquíes* y *Gualies*, en los cerros; los *Tamanaes*, *Murquetones* y *Guarínos* en las márgenes de los ríos de las tierras cálidas (2). En las orillas del Guali vivían los *Hondas*, más arriba los *Guaguas*, los *Doimas*, los *Panchiguas*, los *Lambies*, los *Chapaimas* y *Calamoimas*; los *Coyaimas* y *Nataguemas*, y los *Teporoyes*. en las márgenes del río Saldaña.

Todos éstos tenían más ó menos las mismas costumbres y el mismo aspecto físico. Eran altos de cuerpo, fornidos, fuertes y tenían la cabeza aplastada desde la infancia artificialmente, como hemos visto en otras tribus americanas. No adoraban el Sol ni la Luna y no se les vió ídolo ninguno. Sus creencias eran muy extrañas y extravagantes.

Durante cierto número de lunas tenían como su *dios* á algún infeliz de quien se apoderaban con este objeto—el

(1) Véase *Las minas de oro y de plata de Colombia*, por D. Vicente Restrepo, antiguo Ministro de Relaciones exteriores.

(2) Piedrahita, *Historia general del Nuevo Reino de Granada*, capítulo II.

cual no debía pertenecer á su tribu ni tampoco á otra que fuera enemiga. Aquel *dios* duraba recibiendo el culto de la tribu hasta la hora en que los sacerdotes decretaban su muerte. Matábanlo entonces, y, aunque eran antropófagos, á este no lo devoraban, pues tal *dios* debía ir intacto al otro mundo, y desde allí proteger eficazmente á la tribu que le había rendido culto.

Sus armas eran las lanzas y las piedras que arrojaban sobre sus enemigos desde lo alto de los cerros en donde se guarecían (1).

Los *Timances* presentaron á la invasión española 10.000 guerreros bajo el mando de una *Señora* que los comandaba, pero fueron vencidos. En San Sebastián de la Piata moraban los feroces *Yalcones* y *Canebies*, y más lejos los *Apiramas*, *Guanacas* y *Pinaos*.

Los *Pijaos*—á quienes los Españoles no pudieron reducir sino exterminando á la mayor parte—eran, de todos estos aborígenes, los más valientes, inquietos y esforzados. Moraban en toda la serranía que limita hoy los departamentos del Tolima y del Cauca y eran bastante numerosos: 120.000 almas en la época de la Conquista.

La familia de los *Panches* se subdividía en muchas tribus, que tomaban los nombres de los lugares en que moraban; se extendían desde las faldas de las cordilleras en las orillas del Bogotá y del Magdalena y de allí, pasando por *Guaduas*, *Villeta* y *Rionegro*, llegaban hasta las inmediaciones de *Pacho*.

Estos indígenas se alimentaban con carne humana, y las guerras que declaraban á sus vecinos eran con la intención de conseguir con qué sustentarse. Sobre los campos de batalla bebían la sangre de los muertos antes de que se enfriasen, y mataban á los prisioneros uno á uno para alimentar la tribu. Á pesar de ser tan feroces,

(1) Piedrahita, *Historia general del Nuevo Reino de Granada*, capítulo II.

parece que los *Panches* eran bien conformados y mucho más valientes que sus vecinos los *Chibchas* los cuales les tenían gran miedo. Rara vez sembraban sementeras; vivían del robo; usaban armas envenenadas; adoraban la Luna pero el Sol no; no se casaban con mujer de su misma tribu porque la consideraban hermana, pero si una hija de sus padres nacía en otro lugar, ya podían unirse á ella. Como entre todas las tribus bárbaras, las mujeres eran poco ó nada consideradas, así es que si el primer fruto de un matrimonio era una niña, en el acto la mataban; y así lo hacían hasta que nacía un varón. Al nacer éste, ya no mataban á las hembras que nacían después.

Los *Panches* de pura raza se extinguieron pronto; la civilización era para ellos tan contraria que no podían vivir al lado de ella, y mucho menos aceptarla. La que esto escribe alcanzó á conocer, siendo niña, en las cercanías de la ciudad de Guaduas, al último vástago de aquellos aborígenes: era una mujer, alta, esbelta, de un color cobrizo más claro que el de los *Chibchas* de las altiplanicies, de ojos vivos y de aspecto mucho mas inteligente que los indígenas que aún se conservan en Cundinamarca y Boyacá, de raza Chibcha.

Los *Sutagaos*, *Sumapaces*, *Doas*, *Cundayes* que poblaban las agrias serranías de *Fusagasugá*, *Pasca*, *Pandi*, etc., eran pobablemente de la misma raza, pero de más pequeña estatura; usaban armas envenenadas; obedecían ciegamente á sus mohanes y hechiceros; adoraban ídolos de barro, oro y madera, á quienes sacrificaban parte de los bienes robados; pero, dice Piedrahita, si acaso llegaban á tener algo propio, no lo daban á los ídolos, es decir, á los sacerdotes.

Todas las orillas del Magdalena estaban pobladas por indígenas salvajes, desnudos y feroces; pero cuando lograban conseguir oro del que sacaban de la cordillera del hoy departamento del Tolima, se adornaban con él, pues del otro lado del Magdalena no había minas auríferas.

Al Norte del imperio de los *Chibchas*, del cual hablaré después, vivían las tribus de los *Guanes*, los *Agataes* y los *Chitareros*.

Eran los *Guanes* valientes é indomables, como todos los aborígenes de las orillas del Magdalena, pero menos bárbaros, puesto que andaban parcialmente vestidos; eran más blancos que sus vecinos; sus mujeres más hermosas, bien formadas, menos embrutecidas que las de otras razas americanas, y tan inteligentes que, pocos meses después de haber invadido sus territorios los Españoles, ya aprendieron á hablar la lengua de los conquistadores. Sin embargo los *Guanes*, como los *Agataes*, fueron exterminados, casi por completo, desde el primer siglo de la Conquista. Tan enemigos fueron siempre de los invasores, que nunca se sometieron; los que no morían en las guerras se daban muerte antes de rendirse, y los prisioneros no se domaban jamás. Tenían las armas usadas por todos estos naturales: macanas, arcos y flechas, y arrojaban piedras desde lo alto de los cerros sobre sus enemigos.

Los *Guanes* vivían en las inmediaciones del distrito de Vélez, en Oiba y Charalá, y por junto, dicen los cronistas que poseían como treinta mil casas, habitadas cada una por una familia.

Los *Guanes* tenían por vecinas á las indómitas tribus del cacique *Macaregua*, las de los de *Sacrerque*, *Bocaré*, *Sisco-ta*, *Choaquete*, *Cotisto*, *Carahete*, *Sancoto*, *Cupianata*, *Sespaianata*, *Surгла*, *Bocare*, *Gujaité*, *Cotisco*, *Caraota*, *Usamaca*, *Tiquitoque*, *Capa* y *Chebere* (1).

En los contornos de Pamplona vivían los *Condermendos*, *Chitagás*, *Bolegras* y *Cácotas*.

Los *Chitareros* fueron fácilmente domados por los Españoles, por ser ellos, dice Acosta, los indígenas de más blanda índole de cuantos se hallaron en la Nueva Granada.

(1) Véase *Tribus que habitaban el territorio colombiano*, por E. Restrepo T. *Revista Literaria*, pág. 120.

Los *Laches* moraban entre el río Sogamoso y Tunja. Eran tan amantes de combates que, hasta muchos años después de su completo sometimiento á los Españoles, aun conservában ciertas costumbres belicosas; á veces salían á los campos por parcialidades, y ataviados con plumajes, luchaban unos con otros á puñadas hasta medio matarse. Estos juegos bélicos, que llamaban Momas, los entretenían tanto, que los gobernantes Españoles se veían obligados á permitirlos para tenerlos contentos.

Tenían los *Laches* la curiosa creencia de que todos los hombres, al morir, se convertían en *pedras*; así es que rendían culto á las piedras, porque pensaban que todas habían sido hombres alguna vez. Decían que, al fin de los tiempos, las piedras se convertirían nuevamente en hombres. Adoraban su propia sombra porque la consideraban como su dios tutelar; dios que el Sol les prestaba durante el día, y la Luna por la noche.

Los *Muzos*, que vivían en las serranías en donde se encuentran las minas de esmeralda, consideradas como las más bellas del mundo, eran hombres fuertes, valientes y guerreros. Usaban flechas y picas envenenadas, que enterraban en las veredas que conducían á sus pueblos. Eran tan independientes que no obedecían á ningún señor, sino en tiempo de guerra, cuando pedían consejo á los ancianos de la tribu, y les obedecían. Sus nombres patronímicos eran tomados de las plantas y de los árboles de los bosques; embalsamaban á los muertos con cierto betún aromático, después de tostarlos delante del fuego; sus adoratorios se hallaban en dos peñascos que se encuentran á uno y otro lado del río Minero (1), llamado el uno *Fura* (mujer) y el otro *Téna* (marido). Decían los *Muzos* que ellos no eran oriundos de aquellas tierras, sino de las orillas del río Magdalena, en donde había formado á sus antepasados una sombra que llamaban *Are*. Esta sombra se

(1) Se elevan á 1.239 metros sobre el nivel del mar.

reclinó una vez sobre la corriente del río y se entretuvo en formar rostros de hombres y mujeres con las arenas de la ribera y en arrojarlos al agua, donde se convertían en hombres y mujeres. Esta raza desapareció también á poco de haber llegado los Españoles á América, pues, como los *Guanes* y los *Agataes*, preferían la muerte á la civilización, y los que no murieron combatiendo por su independencia, se suicidaron, hasta que no quedó ninguno.

Los *Colimas*, que habitaban el distrito de la Palma y eran vecinos de los *Panches*, hablaban, así como los *Caparrapies* (1), una lengua diferente de la de los Muzos, que lindaban con ellos hacia el Norte. Tenían la tradición de que habían llegado con los *Muzos* de la banda opuesta del Magdalena, y se habían establecido allí á despecho de los *Chibchas*, que imperaban cerca de ellos. Éstos los habían apellidado *Colimas*, que en su lengua significaba *cruel, sanguinario*.

Los *Yareguies* moraban entre el río Sogamoso y el Opón, y las tribus se dividían en muchos lugares y tomaban el nombre de los sitios en donde habitaban.

CAPÍTULO VIII

EL IMPERIO DE LOS CHIBCHAS

Bajo el punto de vista geológico, el llamado Nuevo Mundo es el continente más antiguo de todos, y hay quien cree que la primera civilización del mundo tuvo su cuna, no en Asia, ni en las orillas del Mediterráneo, si no

(1) *Caparrapi* significa en su lengua *habitante de los barrancos*, y, efectivamente, no hay sitio en el mundo más escarpado que aquél.

en la América Central, puesto que allí se han encontrado restos de monumentos extraordinarios cuyo origen se ignora, y que tal parecen como si existieran desde antes del Diluvio universal. Pero esta hipótesis no puede ser aceptada por el que crea con fe verdadera en los Libros Sagrados de nuestra Santa Religión. Además, es casi absurdo dar una opinión fundada en hechos que tuvieron lugar hace millares de años.

Sin embargo, parece ya cosa probada que, en épocas remotísimas, la América estaba probablemente unida al Asia por un lado y á Europa por el otro. Espantosos cataclismos la separaron después; hundiendo bajo el Océano el continente que se extendía al Oriente, desde México hasta cerca de Europa; convirtiendo las cimas de sus cordilleras en las islas que hoy llamamos las Antillas, y sumergiendo por completo la famosa Atlántida de que hablan tantas tradiciones griegas y egipcias. Fuese entonces ó en otra época, desaparecieron también en la mar los territorios que demoraban desde América hasta el Japón; dejando, empero, su huella en las innumerables isllas que forman como una cadena entre uno y otro continente.

¿Quiénes fueron los primeros habitantes de América en esa época de prueba? ¿Quién lo podrá decir jamás? Lo único que se presume es que la raza que habitaba el Mundo de Colón antiguamente, era diferente de la multitud de diversísimas tribus que encontraron allí los primeros descubridores Españoles. La prueba de ello es patente, pues desde los *Mound-Builders* y los *Cliff-Dwellers* del Norte América hasta los que edificaron la multitud de ciudades que cubren con sus ruinas á Centro-América y los que fueron dejando edificios estupendos á lo largo de la América del Sur, todos esos arquitectos extraordinarios ya habían desaparecido cuando Colón arribó á las Indias occidentales.

¿Acaso los que fabricaron esos monumentos gigantes-

cos fueron los mismos que estamparon su historia en jeroglíficos rojos ó negros sobre las rocas que se hallan esparcidas en toda la América? Tampoco se sabe; pero no parece aquello probable, puesto que tales jeroglíficos no se parecen en nada á los diseños y cifras que se encuentran en los monumentos de las ciudades ruinosas de que nos hemos ocupado. ¡Misterio, misterio; aquí todo es extraño y desconocido! Además, aquellos que han hecho estudios comparativos serios acerca de la arquitectura de las ruinas americanas y las de Egipto y Siria, han encontrado que éstas en nada se parecen á los antiguos monumentos del otro continente. Pero sí se ha notado que las ruinas de Centro-América se asemejan mucho á las de la India y del Japón, aunque no son iguales.

Otro tanto sucede con la apariencia física y las lenguas de los aborígenes de América en la época del descubrimiento. ¡Cosa rara! Los Chibchas—que habitaban las cúspides de lejanas altiplanicies Andinas, separadas del Océano Pacífico por inmensos territorios—son, sin embargo, por su aspecto físico y por su lengua, los que más se asemejan á los Japoneses, entre los Americanos. Un sabio francés que escribió varios folletos sobre este asunto, Mr. de Paravey, cuyas obras no hemos visto citadas entre los autores que han consultado con tanto provecho los modernos americanistas, demuestra esta verdad en un folleto escrito hace más de cincuenta años (1).

Mr. de Paravey se refiere á la lengua *Chibcha* y la compara á la China y Japonesa. Ya Humboldt había notado esa analogía rara y se había ocupado de ello. Mr. de Paravey presenta un curioso cuadro comparativo entre aquellas lenguas asiáticas y la *chibcha*, del cual vamos á entresacar unas pocas palabras: *Zaque*, Señor en Chibcha puede compararse á *Seike* (Gobernador) en Japonés; *Zipa*

(1) Mémoire de Mr. de Faravey sur l'origine des peuples du plateau du Bogotá, Paris, 1835.

(Jefe) en Chibcha, puede venir de *Pa* (Virey) en Chino. *Sugamuxi* (la ciudad sagrada de los Chibchas) se parece á *Sagami*, una provincia Japonesa. *Iracá* en Chibcha, se puede traducir de *gos-Iracá*, *-ivan-yo*, un Rey del Japón. *Funza* (un río de la sabana de Bogotá que formaba grandes lodazales) puede venir de *Fun* ó *Foun* que en Chino significa lodo ó lago barrialoso. *Bochica* (el Legislador ó dios Chibcha), de *Fo* y *Che-Kia*, el célebre fundador del *budismo*. *Cha* (hombre de Chibcha) de *sa*, hombre en Chino. *Fa*, semillas, cosecha en Chibcha, de *Fa*, campos cultivados en Japonés. Día tercero es *Mi ca* en Chibcha y *Mi-Ka* en Japonés. Día quinto es *Illis-ca* en Chibcha y *Ito-Ka* en Japonés, etc. Sería largo transcribir aquí todos los nombres comparados que cita Mr. de Paravey y que se encuentran semejantes en ambas lenguas.

De todo esto resulta, que los Chibchas fueron originariamente una colonia asiática, la cual de etapa en etapa, perseguida por otras tribus, fué internándose por aquellas tierras, cruzando ríos, penetrando por bosques vírgenes, trasmontando cordilleras hasta ir á parar á las altiplanicies Andinas, en donde se estableció definitivamente llevando consigo vagos recuerdos de la lengua de sus antepasados.

Aunque mucho menos adelantado en civilización que los Mexicanos y los Peruanos, á la llegada de los Españoles el Imperio Chibcha era el tercero en cultura de toda América, después de aquéllos. Comprendía, dice Acosta, las altiplanicies de Bogotá y de Funza, los valles de Fusagasugá, Pacho, Cáqueza, Ubaque, Chipaque, Tenza; todo el territorio de los cantones de Ubaté, Chiquinquirá, Moniquirá, Leyva, Santa Rosa, Sogamoso, hasta lo más alto de la Cordillera, de donde se divisan los Llanos de Casanare. Su longitud sería como de 45 leguas y su anchura de 12 á 15, con una superficie de algo más de 600 leguas cuadradas. Todo aquel territorio estaba densamente poblado: había 2.000 habitantes por cada legua cuadrada.

Allí gozaban de un clima frío en unas partes, templado en otras y sano en todas. Rodeábanlos hordas de indígenas más ó menos salvajes, los cuales ya hemos visto, y con los que guerreaban casi siempre; pero en épocas de paz celebraban ferias muy concurridas y en ellas cambiaban los frutos de la tierra fría por los de las tierras ardientes, y se lucían las esmeraldas que les llevaban los Muzos, y el oro que negociaban los aborígenes del Norte y los de las orillas de los ríos que acarreaban este metal.

Según la tradición de los Chibchas, catorce siglos antes de la llegada de los Españoles á la sabana de Bogotá, los habitantes de todas estas tierras estaban sumidos en la más completa barbarie; y como las tribus circunvecinas andaban desnudos; no tenían idea de ningún arte; carecían de todo culto y eran verdaderos salvajes. Pero de improviso llegó entre ellos un hombre maravilloso que todo lo sabía, y empezó á predicar por todos los campos; los atrajo, los domó con dulces y sabias enseñanzas y los fué civilizando paulatinamente. Este hombre benéfico, decían, llevaba la cabellera larga atada con una cinta; vestía una túnica larga sobre la cual caía un manto que ataba sobre el hombro. Era éste el mismo vestido que usaban los Chibchas cuando llegaron los Españoles. *Nemþerequetiva*, ó *Xue* ó *Chinzapagua* ó *Boshica*, que todos estos nombres le daban los Chibchas, les enseñó á hilar el algodón y después á tejerlo en telares, á labrar la tierra y sembrar en las épocas convenientes; á levantar casas de madera abrigadas, cubiertas con paja y de una forma cónica; á fabricar esteras de esparto, á hacer toscos bancos y barbacoas para acostarse; á poner cerraduras de palo á las puertas de madera; á trabajar las minas de sal; á labrar el oro que les llevaban de otros territorios, etc. Fundó las ferias que ponían á los pueblos en comunicación los unos con los otros; pero aún mejor que todo esto fueron las leyes que les dejó, la legislación completa y fija que debería enseñarles á regirse en todo tiempo; legislación que obe-

decían los Chibchas ciegamente cuando los cristianos invadieron el imperio.

Concluída su obra de cultura Nemterequetiva, decía la tradición, desapareció en Sogamoso ó Sugamuxi, dejando en su lugar un Sumo Sacerdote que debería en adelante reemplazarle en el gobierno religioso de aquel pueblo.

El pueblo Chibcha, decían, fué muy feliz mientras conservó intacta la enseñanza de su legislador, que representaba el bien y la moral; pero á poco se presentó en aquellas tierras una mujer que llamaron *Chia* ó *Yubecuyguay* ó *Heytháca*, la cual llevaba en sus brazos á un niño. Ésta enseñó una doctrina diametralmente diferente de la del Bochica; con ella corrompió al pueblo, y además produjo una espantosa inundación que cubrió la sabana de Bogotá y la convirtió en un lago, dentro del cual perecieron muchas poblaciones. Invocaron entonces al Bochica, y éste se presentó de nuevo; levantó el bordón que llevaba en la mano, tocó las aguas con él, las obligó á encajonarse; abriéronse dos cerros en seguida por enmedio de los cuales se arrojaron las aguas, formando el magnífico salto llamado hoy de *Tequendama*. Salvadas las poblaciones de perecer todas ahogadas, el buen legislador convirtió el cuerpo de la mujer funesta en lechuza y mandó su alma al cielo, en donde de noche tiene licencia de mirar á su pueblo. *Chia* significa Luna en lengua Chibcha.

Los Chibchas creían en la inmortalidad del alma: en un juicio final, cuando concluyeran los tiempos; en la resurrección de los muertos; en un diluvio universal. Decían que el creador de todo el universo, á quien llamaban *Chiminiguagua* (Grandeza), había formado el Sol (*Zuhé*) para alumbrar el mundo. Á éste adoraban y le ofrecían sacrificios humanos. Cada cierto tiempo le inmolaban un joven inocente, criado en el templo, sin comunicación con el mundo. Adoraban también algunos cerros, ríos, lagunas y árboles corpulentos; tenían ídolos de oro, plata, esme-

raidas, madera, en figura humana y del Sol, la Luna, etc. Los sacerdotes (*Jeques*) vivían en los templos, que eran especie de conventos; les estaba prohibido casarse; comían y dormían poco; se alimentaban casi por completo mascando *coca*, cuyas hojas les servían también para sahumar sus ídolos. En ciertas épocas se presentaban los indios en los templos á ofrecer sacrificios á sus dioses. Para este caso tenían que ir en ayunas, pero se desquitaban ampliamente al regresar á sus casas, porque entonces convidaban á sus amigos á comer y á beber, y aquellos banquetes se convertían en ruidosísimas bacanales.

El Gran Sacerdote, el representante del Bochica en la Tierra, vivía en el gran templo de Sogamoso ó Sugamuix. Era éste tan respetado y acatado por todos los Chibchas, que los principales señores, el Zaque, que reinaba en Tunja, como el Zipa de Bogotá, no podían emprender una guerra ó empresa importante sin pedirle licencia.

Dijeron los primeros Españoles que llegaron á Sogamoso que el templo del Sumo Sacerdote (Iracá) era muy grande y muy rico; pero los Conquistadores no alcanzaron á verle, porque fué reducido á cenizas antes de que lograsen entrar en él. Sin duda éste no debió tener ningún mérito arquitectónico, puesto que los Chibchas no sabían construir edificios de piedra.

En los templos se hacían los matrimonios: aquella ceremonia era poco complicada; bastaba que el indio que quería desposarse se presentara delante de los Sacerdotes con la mujer que había escogido. Pero esto no lo hacían sino con la primera mujer: después podían llevar á su casa á cuantas quisieran sin dar parte á nadie.

Los Chibchas celebraban muchas fiestas religiosas, las cuales servíanles de pretexto para disfrazarse de animales, embriagarse, danzar y cantar. Iban en peregrinación á aquellos lugares en donde decía la tradición que había habitado su primer Legislador. Entre éstos había una calzada, de cien leguas de larga, por la cual había partido

Nemterequeteva después de haberles dejado sus benéficas leyes (1).

El poblado más importante era el de Funza ó Bogotá, en donde vivía el *Zipa*; contaba 20.000 casas muy aseadas y redondas, cubiertas de paja y rematadas en punta, siendo particularmente hermosa la del Señor. Allí tenía un harem de 200 mujeres que vivían con todo el lujo á que podían llegar sus sencillísimas costumbres, y éste consistía en finas y vistosas mantas de algodón y esteras labradas con primor. Adornaban sus recámaras con ídolos de oro, plata y esmeraldas, y cubrían sus brazos con sarta-les de cuentas de los mismos metales y piedras.

Como en casi todas las tribus americanas la corona del *Zipa* no la heredaba el hijo, sino el sobrino, hijo de la hermana. Á éste le criaban desde niño á la sombra del templo y no le permitían que viera el Sol, ni era lícito que se

(1) Cada laguna tenía su tradición, y las peregrinaciones á estos santuarios eran muy comunes entre los Chibchas.

«El cacique de Gualavita hacía cada año un sacrificio solemne que por su singularidad contribuyó á dar celebridad á esta laguna aun en los países más lejanos, y que fué el origen de la creencia del DORADO, en cuya solicitud se emplearon tantos años y caudales. El día señalado se untaba el cuerpo de trementina y luego se revolcaba en oro en polvo. Así, dorado y resplandeciente, entraba en las balsas rodeado de los Xequés, y en medio de la música y cantos de la inmensa multitud de gentes que cubrían las laderas que rodean la laguna en forma de anfiteatro. Llegado al centro depositaba el cacique las ofrendas de oro, esmeraldas y diversos objetos preciosos, y él mismo se arrojaba á las aguas para bañarse. En este momento, sobre todo, resonaban las montañas vecinas con los aplausos del pueblo. Terminada la ceremonia religiosa comenzaban las danzas, cantos y borrachera. En estos cantos monótonos y acompasados se repetía siempre la historia antigua del país y cuanto sabían de sus dioses, de sus héroes, batallas y otros acontecimientos memorables que se transmitían así de generación en generación. En las puertas de los cercados de los Caciques, que siempre presidían las fiestas, como todas las funciones públicas, se mantenían, mientras que ellas duraban, dos indios viejos desnudos, uno de cada lado, tocando chirimfas, que es un instrumento triste y desapacible, y cubiertos solamente con una red de pescar ó atarraya, que entre estos indios era el símbolo de la muerte, porque decían que no debía perderse ésta de vista, sobre todo en tiempo de fiestas y regocijos. Había además carreras y apuestas entre los jóvenes, premiando el Cacique á las más ágiles y ligeros». — Acosta: *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada*, pág. 199.

alimentara si no de ciertos manjares que mandaba la ley. Á su mayor edad, lo colocaban como Señor (*Usaque*) de Chia, que era el más importante después del de Funza. Á pesar de que el gobierno de los *Zipas* era el más pacífico y humano de todos cuantos se vieron en América, sus súbditos no podían verle al jefe la cara jamás. Cuando salía era llevado en andas y cargado por los señores de su corte, y entonces todos debían cubrirse los ojos para no verle pasar.

Fuera de su gran casa en Funza ó Bogotá, el *Zipa* poseía varias casas de campo, en donde pasaba temporadas. Una de éstas se hallaba en el risueño sitio en que después se fundó la ciudad de Santa Fe de Bogotá, hoy capital de Colombia, con una población de más de cien mil habitantes.

Las leyes de los *Chibchas* eran una curiosa mezcla de barbarie y de cultura. Por ejemplo, se castigaba al ladrón, unas veces con la deshonra propia y la de sus hijos, y otras le privaban de la vista, quemándole los ojos por medio del fuego. Había ciertos crímenes que castigaban obligando al delincuente á mirar la cara del *Zipa*, cuya consecuencia era no poder en adelante alternar con sus semejantes. El asesino pagaba la vida ajena con la suya propia; al embustero se castigaba con azotes; el que deshonoraba una mujer recibía severos castigos, y al cobarde le vestían de mujer. En fin, para todos los crímenes, para todas las faltas, tenían en su legislación señalado un castigo proporcionado al delito.

Los Señores *Chibchas* tenían organizada una milicia disciplinada, y cuando durante un combate alguno abandonó su puesto, sabía perfectamente que en seguida recibiría la muerte.

Las leyes de los *Zaques*, que imperaban en Tunja ó Hunzá, eran iguales á las de los *Zipas*. Éstos delegaban su gobierno á ciertos Señores subalternos que llamaban *Usaques*, los cuales estaban sometidos al *Zipa* ó al *Zaque*,

pero sus cargos eran hereditarios, salvo que cometieran algún crimen, alguna mala acción ó que desatendiesen las órdenes superiores.

El día en que se coronaba el *Zipa* ó el *Zaque*, ciertos *Jeqnes*. (Sacerdotes) empezaban á cavar la tumba en que debería ser enterrado, siempre en algún lugar oculto que todos ignorasen, pues cuando moría el Señor le enterraban con gran parte de sus tesoros, y era preciso conservar el secreto para que no fuese profanada la sepultura. El luto se guardaba vistiéndose con mantas de color rojo y tiñéndose la cara con *achiotc*.

Ya hemos visto cómo se vestían los hombres, imitando el traje del Bochica; las mujeres se envolvían de la cintura hasta los pies en una manta que llamaban *chircate* (que hasta hace pocos años aun se veían en los mercados de las ciudades mujeres así ataviadas); esta manta las ceñía el cuerpo y la ataban con una ancha faja de algodón que llamaban *chumbe* ó *maure*. Cubrían los hombros y las espaldas con una *liquira* (manta pequeña) prendida con un alfiler de oro ó plata que llamaban *topo*. Tanto los hombres como las mujeres se ponían brazaletes y tobilleras de piedras y huesos formando sartales; en la nariz colgábanse medias lunas de oro y plata, así como de las orejas. Llevaban el cabello derramado sobre la espalda, y como los antiguos reyes merovingios, se consideraba deshonra el que les cortasen los cabellos, y aquél era uno de los castigos que más temían.

Las armas de los *Chibchas*, nunca envenenadas como las de las naciones vecinas, eran hondas, macanas y dardos pequeños, que disparaban con un arco de forma particular.

Aunque los *Chibchas* no tenían jeroglíficos, sí poseían piedras grabadas que les servían de calendarios, los cuales supo descifrar y explicar con gran lucidez un sabio arqueólogo, humilde cura de una aldea de las inmediaciones de Bogotá, á fines del siglo pasado. En la época de la llegada de los Españoles á los Andes, los *Chibchas* no quisieron

explicar el significado de sus piedras grabadas; después los indígenas olvidaron sus tradiciones, y el Doctor Duquesne tuvo que descubrir por sí sólo el significado del calendario *Chibcha*. En estas explicaciones se fundó el Barón de Humboldt cuando habló de los conocimientos astronómicos de este pueblo semisalvaje.

He aquí un corto resumen de la Memoria curiosísima del Doctor Duquesne.—Los *Chibchas*, dice, contaban por los dedos, tenían nombres para los diez de las manos, y después para los de los pies, anteponiendo á éstos la palabra *quichicha*, que significa pie. De aquella manera contaban de 20 en 20. El año era de veinte lunas y el siglo de veinte años. La semana de tres días, y estaba señalado el día de fiesta por un mercado que tenía lugar cada cuatro días; costumbre que aun se observa en el mercado de la ciudad de Zipaquerá, célebre desde antes de la llegada de los Españoles, por las minas de sal que allí se encuentran.

Entre sus dioses los *Chibchas* adoraban al sapo, el cual señalan en sus calendarios en diferentes posturas, á saber: en acción de saltar significaba la entrada del año, y con cola ó sin ella, con patas ó no, significaba las diferentes épocas del año y las estaciones propias para las siembras ó las cosechas.

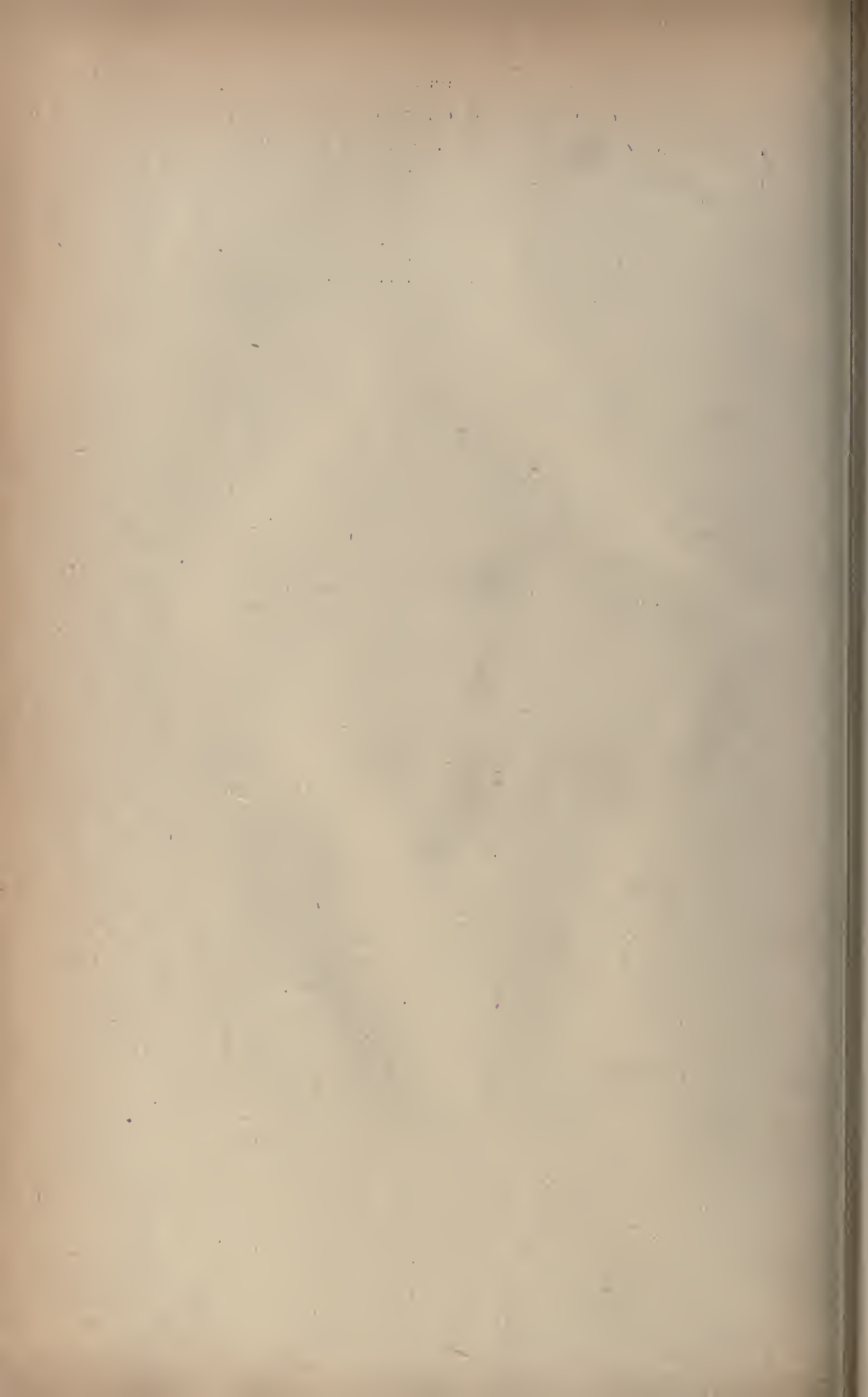
Estudiaban particularmente las fases de la Luna; la rendían especial culto y todo lo hacían redondo como ella; sus casas, sus sementeras, sus mercados.

En la Memoria del Doctor Duquesne se encuentran muchas curiosas noticias acerca de las creencias, las costumbres y los conocimientos de los *Chibchas*. Sería demasiado largo mencionarlas todas aquí; pero señalamos, al que desee estudiar la materia, que busque dicha Memoria en el *Compendio Histórico*, de Acosta: obra que varias veces hemos citado en este escrito.

Á pesar de la vida bastante arreglada que llevaban los *Chibchas*, de lo numerosos que eran, de los ejércitos con que contaban sus gobernantes, eran aquellos desdichados

tan timoratos y de ánimo tan apocado que, cuando llegó en medio de ellos Gonzalo Jiménez de Quesada á la cabeza de ciento sesenta hombres armados y á caballo, las tropas indígenas, que se consideraban aguerridas en los combates con sus vecinos, se convirtieron en humo, y *Zaques*, *Zipas*, *Usaques* y *Jeques*, todos cayeron postrados, juntos con sus súbditos, á los pies de los conquistadores Españoles.

París, Agosto de 1892.



DESCRIPTION D'UN ASTROLABE ARABE DU VII^e SIECLE DE L'HEGIRE

PAR

J. DE REY PAILLIADÉ

*Délégué de la Société archéologique du Midi de la France
et de la Société d'Histoire naturelle.*

La Société archéologique du Midi de la France, possède dans ses collections un astrolabe arabe de VII^e siècle de l'hégire. Cet appareil très complet et dans un état parfait de conservation a appartenu au célèbre astronome de Mirepoix (Ariège), Vidal surnommé l'Hermophile par de Lalande.

Au centre du dos de l'astrolabe on lit l'inscription suivante:

«Fait par Abou-Bakr-ben-Yousuf, dans la ville de Maroc, que Dieu la rende florissante! l'année 613.» (19 avril 1216 à 9 avril 1217 de J. C.).

Ce remarquable instrument se compose de neuf pièces principales:

La mère de l'astrolabe dont la carité intérieure est garnie de sept rondelles plaines et d'une plaque percée à jour, nommée *araignée*. Toutes les inscriptions sont en écriture coufique. Le limbe de la mère de l'astrolabe est divisé en 360 degrés.

Les inscriptions du fond de la mère de l'astrolabe constituent une sorte de *vade-mecum* de l'astrologue. C'est la partie la plus originale de l'appareil. Il y a neuf cercles

concentriques. Dans le plus central on lit: «Les planètes sont indiquées dans les tables au moyen des dernières lettres de leurs noms.» Le cercle au dessus est celui de «Les faces»; on trouve successivement «Bardudjah»; «Les triplicités nocturnes»; «Les triplicités diurnes»; «Les signes du zodiaque»; «Les puits»; «Les termes de Ptolémée»; «Les termes de Herz».

Ce système astrologique se rapproche beaucoup de celui d'Alchabitius, astrologue arabe qui vivait à Alep dans le X^e siècle de notre ère.

Le dos de l'instrument porte au centre, un carré des ombres, un cycle solaire julien de 28 années, avec indication des années juliennes pour les années du cycle 2, 6, 10, 14, 18, 22 et 26. Au dessus, il y a les 12 mois juliens comprenant 365 jours seulement et leurs rapports avec les signes du zodiaque. L'équinoxe du printemps coïncide exactement avec le commencement du 14 mars. C'est bien effectivement à cette date qu'a eu lieu aproximativement l'équinoxe du printemps, l'année 1216.

La plaquette percée à jour ou araignée a 22 crochets dont la base est ornée d'un petit bouton d'argent. Le dessin général de cette pièce est du plus pur style oriental. L'estremité de chaque crochet représente la position dans le ciel d'une étoile principale.

Chaque plaque pleine, appelée *Shafiah*, porte sur ses deux faces un dessin compliqué obtenu par projection stéréographique. Il permet de résoudre graphiquement et sans calculs des problèmes usuels d'astronomie, tels que: trouver la latitude d'un lieu; trouver l'heure d'après la hauteur du soleil, etc., etc.

Au centre de la plaque on lit le nom et la latitude de la ville à laquelle la plaque se rapporte: «Pour la latitude de Tolède et pour toute ville dont la latitude est de 40°».

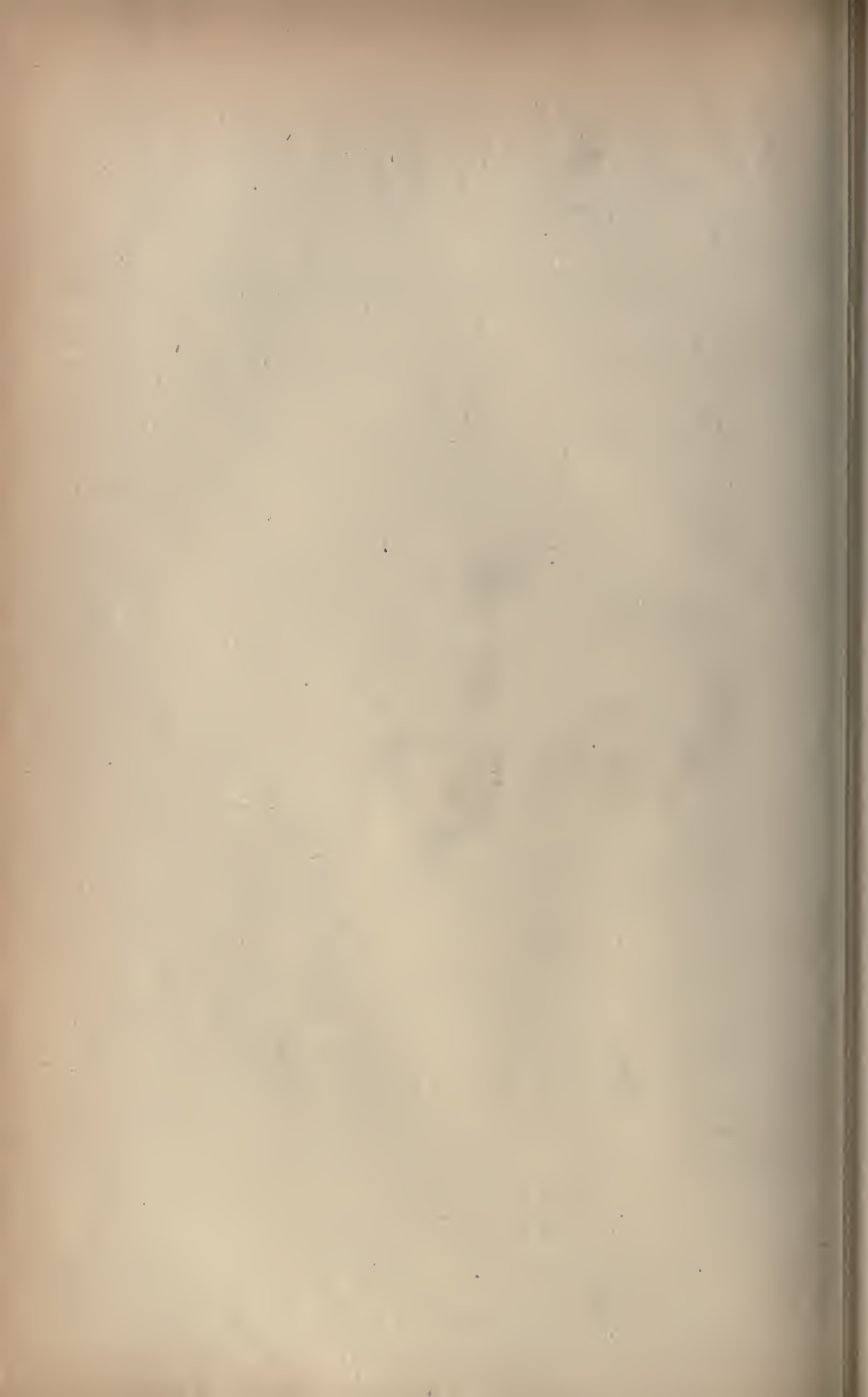
Les villes indiquées sont: «La Mekke 21°40; Medine 25°; Mesr (vieux Caire) 29°55; Jerusalem 32°; Morçc 31°; Fez 33°40; Ceuta 35°30; Almería 36°30; Seville 37°30;

Cordoue $38^{\circ}30'$; Tolède 40° ; et enfin Saragoze $41^{\circ}30'$.

Une plaque pleine donne les maisons du Soleil pour les lieux dont les latitudes sont 31° et $33^{\circ}40'$. Les dessins sont très bien gravés et assez exacts.

Mr. Henri Sauvaire, membre correspondant de l'Institut possède un astrolabe fort curieux, mais incomplet, qui a été construit à Seville en 1219 par Mohammed-Ebn-Fatouh-el-Khamairy.

Toulouse le 4 Octobre 1892.



PEREGRINACIÓN DE LOS AZTECAS

Y NOMBRES GEOGRÁFICOS INDÍGENAS DE SINALOA

MONOGRAFÍA ESCRITA

por el Licenciado de los Estados Unidos Mexicanos

D. EUSTAQUIO BUELNA

EXPOSICIÓN SOBRE EL ORIGEN DE LAS TRIBUS NAHOAS Y SU
TRÁNSITO POR EL TERRITORIO DE SINALOA PARA
EL VALLE DE MÉXICO

Los primitivos pobladores de América no debieron haber venido del Antiguo Mundo por una sola vía: puede admitirse sin dificultad que su arribo se verificó en diferentes épocas y por los varios conductos de comunicación que singularmente se mencionan, pues no se excluyen los unos á los otros en manera alguna. Pero la inmigración de los nahoas ó aztecas parece que procedió de la Atlántida, isla inmensa situada entre Europa y América, sumergida después bajo las aguas del Mar Atlántico, al que dejó su nombre.

Aparte de las varias razones que por algunos autores se han explicado en este sentido, se observa una coincidencia notabilísima entre el nombre de la isla referida y la más genuina interpretación del jeroglífico con que aparece representado el comienzo de la peregrinación azteca. Dicho jeroglífico consta de los signos *atl*, agua, y *at-*

latl, cierta arma arrojadiza de los indios, palabras que junto con la terminación *tlán*, por tratarse de un país, dan el nombre de éste, *Atlatlán*, cuya significación, *cerca del agua*, conviene cumplidamente á una isla ó país marítimo, tal como se halla figurado en el jeroglífico, y tal como fué, según se dice, el punto de partida de la peregrinación de los aztecas ó atlatecas.

Además, nunca se ha visto ese punto de partida representado en los jeroglíficos por garzas, lo que prueba que Aztlán ó Aztatlán, lugar de garzas, no es su nombre verdadero, según se afirma comunmente, sino la alteración de Atlatlán, operada en el transcurso de los siglos.

Salidos de la Atlántida en embarcaciones, suceso que está claramente figurado en el jeroglífico aludido, los nahoas ó atlatecas debieron llegar al continente americano por la Georgia ó las Carolinas, en los Estados Unidos de Norte América, donde se encuentran todavía, como rastros de su tránsito, ciertos nombres geográficos que sorprenden por su identidad con otros de conocida filiación azteca; y siguiendo el rumbo al Poniente, que traían desde su mansión primitiva, remontaron hasta el Lago Salado ó los países comarcanos, y de allí bajaron al Sur, hasta situarse en las orillas del río Gila, en lo cual concuerdan las tradiciones recogidas en este mismo sitio por los misioneros.

Allí vivieron por varios siglos, construyeron los monumentos arquitectónicos cuyos restos admiran todavía los viajeros, y ya sea por efecto de conquista ó por el influjo de su más adelantada civilización, modificaron los idiomas de los aborígenes en Sonora y en la antigua Sinaloa, cuyo organismo acusa semejanzas remarcables con el idioma de los invasores.

Ya desde el tiempo en que las tribus nahoas poblaron las comarcas del Gila, puede decirse que afluye en los datos históricos luz bastante para seguir sus huellas en las excursiones que emprendieron después, hasta llegar á las

tierras altas de México, como se verá en la presente relación.

En el año de 544 abandonaron por causa de guerra su asiento en dicho río. Algunas de esas tribus volvieron al Norte, de donde todas habían venido, sin haberse vuelto á saber nada de su paradero. Otras, encabezadas por los toltecas, que se desprendieron de la ciudad de Tlapallán, situada al parecer cerca de la confluencia de los ríos Gila y Colorado, caminaron al Sureste por las costas de Sonora y Sinaloa, ya en la que es hoy República de México, llegaron á los ocho años á un lugar donde descansaron durante tres, y allí fundaron la ciudad de Tlapallanconco ó Tlapallán la menor, en memoria de Huehuetlapallán ó Tlapallán la vieja, que acababan de abandonar.

Y continuando su viaje por el actual Estado de Sinaloa, en cuya parte meridional dejaron colonias que poblaron el país é impusieron su idioma, y pasando en seguida por tierras de Jalisco, Colima y otras, llegaron á Tollán, hoy Tula, en el actual Estado de Hidalgo, donde fundaron el reino de ese nombre, por lo que sus pobladores se llamaron Toltecas.

De Casas-Grandes del Gila tomó dirección hacia el Oriente otra tribu, que continuó llamándose azteca; nombre que era de toda la raza, y dejando pasar adelante otras familias nahoas que iban en su compañía y se asentaron en el río Conchos, del que tomaron su nombre, ella se detuvo en Casas-Grandes de Janos, Estado de Chihuahua, donde residió cosa de cien años, y de allí partió en dirección al Sur, atravesó la Sierra Madre, por donde lleva el nombre de la Tarahumara, en el Estado de Sinaloa, en el que dejó huellas etnográficas de su paso, y llegó en 648 á la región culiacanense, probablemente al mismo lugar en que estaba Tlapallanconco, fundada por los toltecas, donde permaneció también tres años, como éstos, é instituyó el culto de Huitzilopochtli.

Los aztecas continuaron su viaje, volteando camino al

Oriente, de cuya circunstancia vino el nombre de Colhuacán (después Culiacán), que significa «donde los caminantes torcieron camino», al lugar de donde acababan de salir. Durante algún tiempo fueron acompañados por otras ocho tribus, seis de las cuales, los tepaneca, malinalca, cholulteca, xochimilca, chalca y huexotzinca, pertenecían á la raza nahoa, y las otras dos eran los matlatzinca y los tarascos; pero en Chicomoztoc se separaron; las ocho tribus subieron por Topia la Sierra Madre y fueron á establecerse respectivamente en el valle de México, en el de Toluca y en Michoacán, y la azteca, que desde allí tomó el nombre de Mexicana, permaneció nueve años en el lugar de la separación, tomó al salir otro rumbo más al Sur-este, pasó la Sierra por Copala y Pánuco; declinó al Sur, recorriendo las comarcas de Cololán, Juchipila, Coalicamac ó Mexcala, en el lago de Chapala, y de allí, pasando por Michoacán, llegó al valle de México, donde con varia suerte anduvo vagando algunos años, hasta que en 1325 fundó en una isla del lago de Texcoco á Tenochtitlán, capital del antiguo Imperio Mexicano, hoy México, capital de la República del mismo nombre.

Esta es la historia de las peregrinaciones seculares de las dos principales tribus de la raza nahoa, esto es, de la tolteca y de la mexicana; historia que por primera vez se presenta completa y seguida desde el punto de origen hasta su último término, fundada en las tradiciones, las crónicas antiguas y las huellas de los nombres geográficos. En seguida trata el autor de concordar los sucesos y las fechas de los jeroglíficos llamados del Museo y de Sigüenza, y establece que el segundo no es más que una continuación del primero sin interrupción alguna, y por fin refuta las opiniones de los dos historiadores mexicanos Manuel Orozco y Berra y Alfredo Chavero, que pretenden respectivamente que Aztlán, la primitiva patria de los aztecas, estaba en Mexcala y en Mexticacán, del Estado de Jalisco.

LIGERAS NOTICIAS SOBRE LAS LENGUAS INDÍGENAS EN EL ESTADO
DE SINALOA

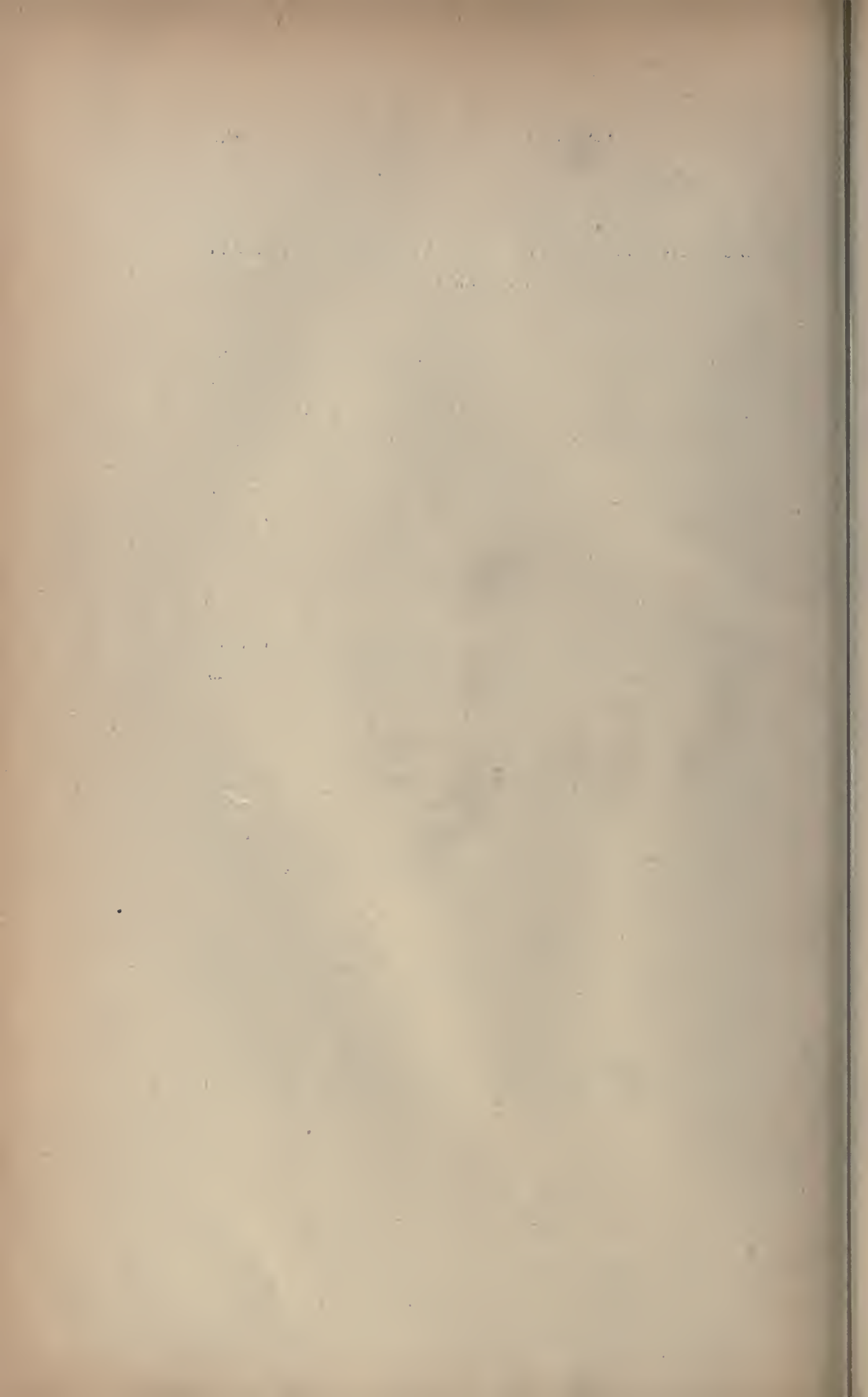
En esta parte se dan breves nociones acerca de las diferentes lenguas habladas por las tribus residentes en la antigua y la nueva Sinaloa y la ubicación de las comarcas en que residieron, y se dan á conocer las reglas gramaticales de la mexicana y la cahita, en cuanto se considera suficiente para la interpretación de los nombres geográficos de esa procedencia.

NOMBRES GEOGRÁFICOS INDÍGENAS DEL ESTADO DE SINALOA,
PUESTOS SEGÚN EL ORDEN DE LA DIVISIÓN POLÍTICA DE ÉSTE EN
DISTRITOS, DIRECTORIAS Y ALCALDÍAS

Aquí se incluyó la nomenclatura de más de seiscientos nombres geográficos del referido Estado, con filiación perteneciente á las diversas lenguas que en él se hablan, especialmente á la mexicana y á la cahita, que fueron las más preponderantes, indicándose la etimología y la significación de la mayor parte de ellos.

También se mencionan los nombres de las diversas tribus y los vocablos de procedencia indígena que en dicho Estado se han hecho usuales, en el trato común, con su respectiva significación.

La obra concluye con un índice alfabético de los nombres geográficos aludidos para su más fácil registro y con el índice general de todas las materias.



¿CUANDO FUE DESCUBIERTO EL RÍO DE LA PLATA?

MEMORIA

LEÍDA EN LA SESIÓN DEL DOMINGO 9 DE OCTUBRE DE 1892

POR EL DOCTOR

DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

D. ÁNGEL JUSTINIANO CARRANZA

En cumplimiento de lo prescrito en el programa de esta novena solemnidad internacional, he elegido uno de los temas que comprende el art. 2.º de la sección Historia y Geografía del mismo, estudio del que voy á daros cuenta con brevedad.

Larga y confusamente han discutido nuestros historiadores primitivos y contemporáneos acerca de la época en que tuvo lugar el descubrimiento del Río de la Plata, agrupando al respecto tres fechas diversas del siglo XVI.

Pero un meritorio compatriota del que tiene la palabra (1), merced á investigaciones recientes hechas en el Archivo General de Indias, donde se guarda la verdad del período del descubrimiento, ha desautorizado errores capitales, probando, con las manos llenas de documentos desconocidos, que el viaje de 1509 fué al Norte de la Línea

(1) El Sr. D. Eduardo Madero, en su concienzudo libro *Historia del puerto de Buenos Aires*.—1892.

equinoccial y hacia el Occidente, de acuerdo con la capitulación firmada en Burgos por el Rey D. Fernando á 23 de Marzo del año anterior, en la que se prohibía á los que lo verificaron, Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón, tocar en tierra firme ó islas que pertenecieran á la Corona de Portugal.

En consecuencia, dichos mareantes partieron de Sanlúcar de Barrameda en dos carabelas, y luego de explorar las costas de Pária y descubrir nuevas tierras en el golfo de Honduras, alcanzando hasta el Yucatán, regresaron á España sin haber bajado al Sur del Ecuador, como se ha creído generalmente.

No obstante esto, Juan Díaz de Solís, á pesar de su arte en el manejo de las naos, fué enjuiciado mediante ciertas dificultades surgidas de aquella expedición, sufriendo su crédito ante el Monarca, crédito y favor que no tardó en recuperar con usura, pues en Mayo de 1512 ya se ocupaba, por Real orden, en el aprontamiento para el viaje proyectado, con el objeto ostensible de la demarcación de los dominios de las Coronas Lusitana y de Castilla. Orden que, tras largas vacilaciones, fué revocada bajo la presión del embajador portugués en la corte de España, Juan Méndez de Vasconcellos.

Don Fernando, no sólo proveyó que Solís fuese resarcido con largueza de sus desembolsos, sino que le escribió personalmente desde Logroño, diciéndole haber *«mandado suspender el dicho viaje por comunicarlo con el serenísimo Rey de Portugal, mi muy caro y muy amado hijo, para que se haga de manera que la Corona real destos reinos ni la de Portugal reciba agravio, y porque habiendo disposición, tengo voluntad que haya efecto, vos aseguro é prometo que habiéndose de fazer el dicho viaje, seréis vos la persona á quien yo lo mandaré encomendar, é vos será guardado al dicho tiempo todo lo en el dicho asiento é capitulación contenido é sin ninguna falta»*.

El reconquistador de Granada mantuvo su promesa y

su protegido mostróse digno de ser depositario de la Real confianza.

En efecio, Díaz de Solís era uno de esos marinos curtidos por la inclemencia del salado elemento, que á la vez había encallecido sus manos con el restregamiento continuo de las jarcias y de la sondalesa.

Mediante la experiencia que se adquiere en navegaciones penosas, luchando con el huracán y las olas, amaba el peligro, porque sabía apreciar con exactitud los resultados del antiguo astrolabio, ó cuadrante, y de la ballestilla para tomar la altura de la estrella polar; armas con que defendía y aseguraba el andar del bajel, que era su caballo en el Océano; á lo que falta añadir su probada entereza para acometer empresas de aventura, dominado, como se hallaba, su temperamento, no por el mezquino interés mercantil, sino por el imán de la gloria, que era el estímulo máspreciado de su época.

Nombrado Piloto mayor, por muerte de Américo Vesputio, en 24 de Noviembre de 1514, concertaba el Rey Católico, desde la villa de Mansilla, nuevo asiento ó capitulación con el enunciado Solís para que fuese á «descubrir por las espaldas de Castilla del Oro é de allí adelante...» es decir, hasta mil setecientas leguas, y más si pudiese, de lo correspondiente á la demarcación de Castilla, llevando al efecto tres barcos de 60 y 30 toneles, tripulados por sesenta individuos, y con los que debería dar la vela en todo el mes de Septiembre de 1515, quedando interinamente en el puesto de Piloto mayor su cuñado Francisco de Soto.

Conviene no olvidar que se denominaba entonces *Castilla del Oro* á las tierras interpuestas entre el seno del mar Caribe y el actual Océano Pacífico, lo que induce á conjeturar que uno de los propósitos de ese viaje era buscar el cabo ó estrecho, que años más tarde descubrió Magallanes, y por donde pudiera irse á los mares occidentales del nuevo hemisferio.

Mientras se hacían los aprestos para llevar á término empresa tan ardua, escribía el Rey Fernando, en 28 del mismo Noviembre, al Tesorero de la Contratación de Sevilla que... «había dado licencia á Juan Díaz de Solís para que vaya á descubrir...» y recomendaba... «le favorezcáis con mucho amor, porque yo le tengo por buen servidor...»

En tales condiciones se consagró Solís, hasta bien entrado el año de 1515, al aparejamiento de su armada en la villa de Lepe, á unas tres millas de la playa atlántica, saliendo con aquélla para Sevilla, por mandato de Su Alteza, el 12 de Junio del propio año.

Las carabelas de Solís no ostentaban los artesonados y pinturas primorosas de las galeras griegas, ni tenían, como las naves de los fenicios, teñidas de púrpura sus velas; eran toscas embarcaciones reforzadas con gruesas trincas y embadurnadas de alquitrán y sebo; ligeras de forma para obtener rápida marcha; con sus pañoles pequeños para largos viajes; de poco calado; con un castillo á proa y otro á popa, y las escasas comodidades requeridas por aquellos duros navegantes. La única decoración era una cruz para rezar diariamente ante ella la oración dominical, y los sábados la salve; la única efigie, la Madre del Salvador, grabada en el centro de la rosa de bitácora, y el único adorno en la carabela que montaba Solís, el farol que las otras dos habían de seguir (1).

Comprobada por la Casa de Contratación la bondad de las agujas de marear, astrolabios, ballestillas y ampollitas, ya finalizados los últimos preparativos y oída por Solís y sus compañeros, según las prácticas del tiempo, la misa solemne, en la que, después de comulgar la víspera, se encomendaban á Dios al emprender viajes tan largos como arriesgados, aquellos intrépidos navegantes se embarcaron frente al poliedro árabe conocido por la Torre de Oro, y descendiendo en sus tres pequeñas carabelas

(1) Madero, cit.

por las corrientes del Guadalquivir, aventuráronse al buen viaje el 8 de Octubre de 1515 desde el fondeadero de Bonanza, en Sanlúcar.

Gratisima fuéle al Soberano la noticia de la partida de su Piloto mayor, así como la solicitud que emplearon para ello sus oficiales de Sevilla, á los que ordenó, entre otras cosas, por intermedio del Contador Juan López de Recalde (con quien se entendía en lo relativo á aquél por ser también de Lebrija), procurasen que en los monasterios de dicha ciudad se encomendaran muy especialmente al Ser Supremo viajes semejantes al de Solís, cuidando á la vez de tenerle al corriente de cuanto supiesen á su respecto.

Así se alejaba de las costas andaluzas la flotilla descubridora en demanda del conocido derrotero de las Canarias ó Afortunadas, donde tocó para abastecerse antes de engolfarse en el mar tenebroso.

¡Qué imponente sería entonces la soledad del Océano, cuando hoy, surcado por millares de buques, transcurren días sin que se distinga un mástil en el ámbito inmenso de sus horizontes! ¡Cuántas novedades excitarían la curiosidad ó la zozobra de esos audaces aventureros, ya apagado el breve crepúsculo de los trópicos en que los soles múltiples de la noche invitan al silencio y á la meditación! En las latitudes de Cáncer encontrarían hierbas flotantes y al pez volador que cruzaba en enjambre la superficie de las aguas, descubriendo también en la zona tórrida boreal aquella corriente poderosa hacia el ocaso en una región de ordinario plumiza y apenas refrescada por súbitos chaparrones, alternados con calmas sofocantes, mientras que á medida que se acercaban á la Equinoccial, las constelaciones árticas ibanse ocultando en las profundidades del infinito, á la vez que por la opuesta extremidad del mundo verían elevarse en los cielos con las nebulosas australes al alfa del Centauro y al símbolo de la fe cristiana...

Solís, como va dicho, había cruzado antes el Atlántico.

con Yáñez Pinzón, y aunque se ignora si alguna vez acompañó á Vespuccio, además de llevar consigo pilotos experimentados y maestros como Diego García, parece indudable que conoció personalmente la Cartas Reales en que había colaborado aquel cosmógrafo; de manera que, ya próximo á la costa americana, no pudo reconocer el cabo Frío sino por la *altura*, lo que convence que sabía su situación, entrando poco después en la *Bahía Hermosa*, denominada *Río de Genero* en los códigos españoles de la época.

Desde allí, expirante Diciembre, siguió al Sur hasta el río llamado hoy *Bertioga*, que integra el puerto de Santos, y barajando la costa de Cananea, ponía proa á la «isla de la Plata», actual Santa Catalina. Después de refrescar en ella, continuó Solís su atrevida marcha de avance hacia la región opaca del austro, ya asomado el año de 516, y evadiendo la barra de Río Grande del Sur, que despidе sus bajíos como sus corrientes aterradoras, bien afuera de la embocadura del Chuy, columbró una saliente de arena ó bajas dunas con isla rasa al Sud, semejante á la distancia al cabo de Santa María que forma el extremo occidental del golfo de Huelva, última tierra europea que dejara por la popa al hacer ruta para Canarias.

Durante esa singladura y las restantes, se corrió dando vista á la isla actual de Lobos, bautizada por Solís con el nombre de San Sebastián de Cádiz, y el día 20 DE ENERO DE 1516, áurea fecha, á los tres meses y medio de haber abandonado las márgenes risueñas del Guadalquivir, es decir, después del viaje más rápido de que hay memoria en los anales del descubrimiento, se internaba aquel diestro y animoso hijo de Lebrija por el *mar dulce*, como le llamó y ha hecho perdurable su nombre.

En el ínterin jironías del destino! Fernando el V, que supo apoyar sus miras con tanta voluntad, dos días después de consumarse aquel suceso fausto, exhalaba su último aliento cerca de Trujillo, con el corazón lacerado por terribles sospechas...

Registrados con diligencia los tres islotes, hoy de Flores, desembarcaban los expedicionarios el 2 de Febrero en el punto que denominaron «Nuestra Señora de la Candelaria», «donde, ante el escribano y estado mayor de la Armada, se erigió una cruz, y tañendo trompetas tomóse posesión para la Corona de Castilla, cortando árboles y ramas, en cumplimiento de Reales instrucciones de hacerlo así»—donde haya algún cerro señalado...—pues el que tenían al frente no era otro que el de Montevideo.

Continuó Solís examinando el río-mar hasta una isla pequeña que desde entonces conserva el nombre de Martín García, en memoria del despensero de una de las carabelas que fué allí enterrado.

Pero mientras remontaban sus corrientes divisaron tollos de multitud de indios que contemplaban atónitos el pasaje de los navegantes, á los que ofrecieron por señas lo que tenían.

Fué entonces cuando Díaz de Solís se propuso, en mala hora, reconocer aquella gente con el plan de apoderarse de algún infiel para traerlo á Castilla, designio con el que se dirigió á tierra en el batel ó bote mayor de su carabela con ocho acompañantes. «Los indios, consigna Herrera, »que tenían emboscados muchos archeros, cuando vieron á los castellanos algo desviados de la mar, dieron »con ellos, y, rodeándolos mataron, sin que aprovechase »el socorro de la artillería de la carabela...»

Semejante catástrofe ocurrió en día ignorado del mes de Marzo de 1516, en la costa que media entre la Colonia del Sacramento y la punta conocida actualmente por Martín Chico.

Los de á bordo, acongojados por desgracia tan grande como inesperada, zarparon en demanda de las otras carabelas, y, así reunidos, se acordó el inmediato regreso á Castilla.

Empero los hados tenían que serles todavía adversos á los conturbados nautas, pues apenas alcanzaban la extre-

midad meridional de la isla Santa Catalina, perdían una de las carabelas, continuando viaje las dos restantes en cargo de Francisco Torres, cuñado del difunto, las que, después de aguantar tiempos borrascosos, aportaron en Sevilla hacia el promedio de Octubre de 1516, según carta inédita del Cardenal Cisneros, fechada en Madrid á 24 de dicho mes, en la cual, contestando á otra de los Oficiales de Sevilla, decíales: «Se vió la información que envias-te sobre lo sucedido en el viaje á Juan de Solís y los que »con él iban...»

Los sobrevivientes al intrépido descubridor, víctima de una celada de los indómitos Charruas, así como la plana mayor de su armada, después de bregar con la barbarie y contra la furia de los elementos que les desgarraron lona y desmontaron leme, arrojando una de sus naves sobre aquellas soledades melancólicas, flacos y extenuados por los padecimientos, tornaban al punto de partida, llorando la muerte de su caudillo; pero llenos de noble orgullo por las proezas realizadas y el renombre que adquirirían como descubridores y exploradores de uno de los mayores ríos del orbe, cuya zona privilegiada despertaría más tarde codicias poderosas, como es hoy objeto de vastas pero pacíficas empresas comerciales.

SABIOS AMERICANISTAS

Podría extenderme en las diversas consideraciones que sugiere un tópico tan interesante; pero debo orillarlas, á pesar mío, para no salvar el límite angustioso que marcan los Estatutos generales, persuadido, por otra parte, que he llenado el deber que me impuse al aceptar la delegación con que me honró la República Argentina, mi patria. Dos minutos más, y habré concluído.

Si es harto difícil escribir sobre lo ignoto, no lo es menos redondear un trabajo de aliento cuando no se investiga en fuentes puras de información, porque la literatura histórica, bien lo sabéis, encuéntrase adherida á sucesos inalterables, y sólo es dado á una labor ímproba, hermanada á especulaciones del ingenio, realizar en ese terreno conquistas de positiva utilidad para la ciencia cuyas verdades se van descubriendo poco á poco, cual acaba de expresarlo un estadista eminente en el discurso inaugural de la Rábida.

Huélgome, señores, en declararlo con toda la sinceridad de mi alma: en esta fiesta científica, ante el selecto auditorio que me dispensa su atención y en el aniversario secular que nos congrega, precisamente sobre la colina ¡loado sea Dios! desde donde alzó vuelo aquella águila errante para dar comienzo á su empresa inmensa; que merced á la consagración digna de todo elogio, repito, de mi compatriota el Sr. Eduardo Madero, conocemos ahora una Real cédula y una carta instructiva del que fué consorte de la incomparable Isabel, dirigida á Xoan Díaz de Solís; documentos ignorados hasta lo presente, porque yacían en el fondo de los archivos, pero ambos del más subido valor en la historia, puesto que han despejado la nebulosa fecha del descubrimiento de nuestro gran estuario que, según ellos, no fué otra que la del *20 de Enero de 1516*.

Á su sombra he demostrado que en el viaje de 1509, Solís no rebasó la línea cálida del Ecuador, y suspendido el de 1512 por orden expresa del Soberano, efectuó únicamente el de 1515, durante el cual fué ultimado aquél entre la salvaje algarada de los aborígenes, quedando su cuerpo en el teatro mismo de su gloria, sin *tumba ni fèretro; sin tañidos ni recuerdo!*

El acierto y singular rapidez con que guió sus naves hasta las aguas remotas del Plata, comprueban lo consignado antes al respecto, exhibiéndolo como á un marino aventajado.

El mismo D. Fernando, con motivo de la cuestión sobre límites y cuando su Piloto mayor ya se hallaba en pleno Océano (Octubre de 1515), lamentaba su ausencia... «por lo que sabe en el arte de marear...» y el cronista Herrera, ante cuyo criterio desfilaron los navegadores de aquella época fértil en descubrimientos, llama á Solís... «el más excelente hombre de su tiempo en su arte».

Entre tanto, esperamos con fe que lucirá el ansiado momento en que los pueblos florecientes que baña el Plata conmemoren mercedamente el nombre del célebre navegante ibérico, cuyos restos ¡duele pensarlo! fueron tal vez calcinados en los fogones de los ya extintos Charrúas ó estarán sepultados en el lecho ó el *humus* de la vegetación de su litoral... ¿Quién puede saberlo?

Réstame todavía corroborar la idea patriótica del señor Madero en el sentido de que el monumento que haya de perpetuar esa memoria á través de los siglos se erija en la isla que lamen las corrientes tributarias del Plata.

El escenario es grandioso y lleno de recuerdos, nota aquel galano escritor: dicha isla se levanta en el centro mismo de nuestro caudaloso río; fué esa la última tierra en que mandó Solís; de allí se domina el sitio de su trágica muerte; por los canales que la circundan cruzaron las naves de los primeros exploradores del Uruguay, Paraná y Paraguay; por allí pasaron los fundadores de Santa Fe, Buenos Aires y Corrientes, y así como el *Pan de Azúcar* servirá un día de pedestal al por siempre famoso descubridor del Brasil, así la portada de granito de Martín García sería el paraje más adecuado para que la justicia reparadora de la posteridad levante bien alto sobre las olas el que ha de eternizar al hijo insigne de Lebrija. He dicho.—Huelva 8 de Octubre de 1892.

ÍNDICE

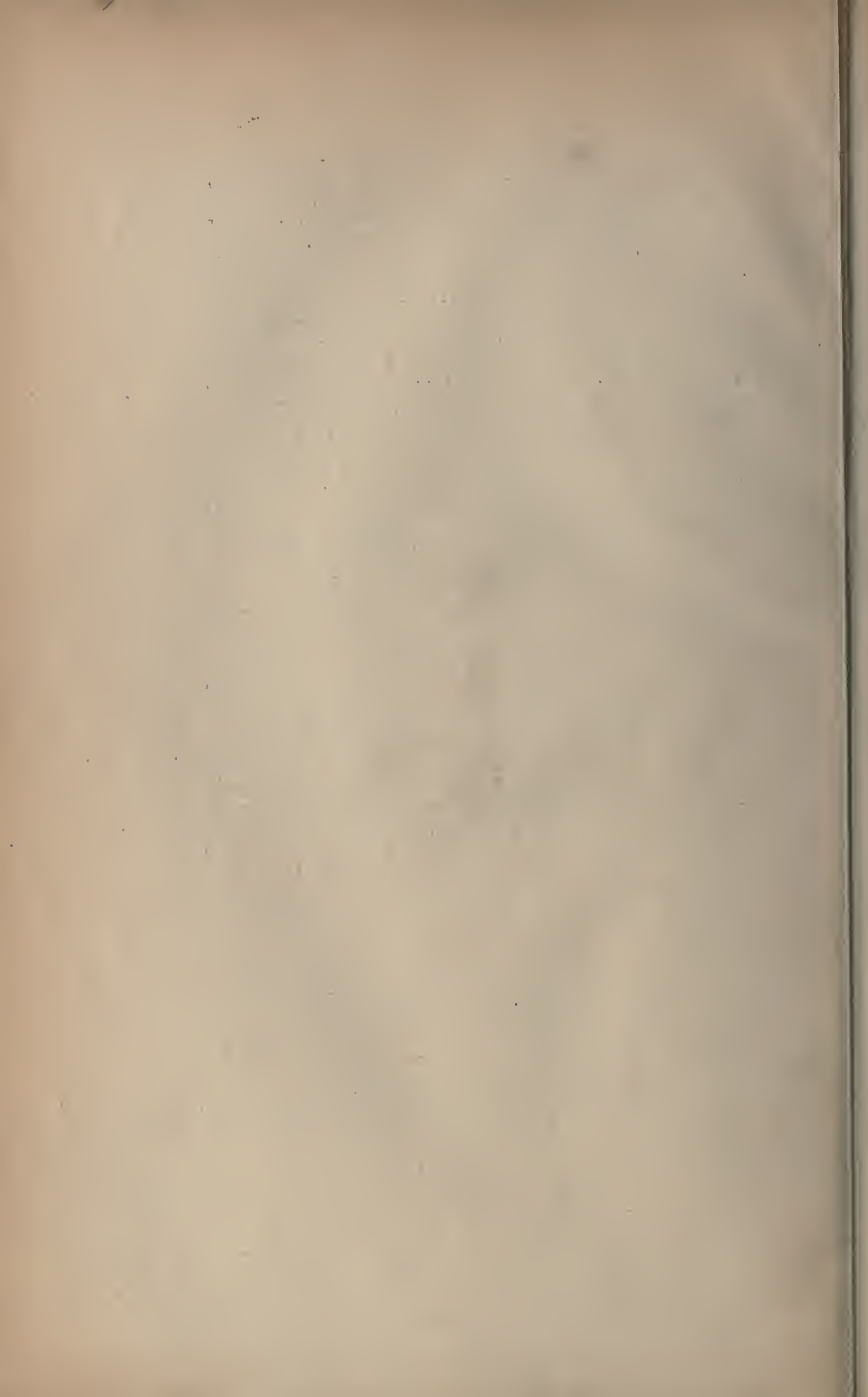
	Páginas.
Junta organizadora del IXº Congreso Internacional de Americanistas.....	3
PRIMERA SESIÓN.—(<i>Preparatoria</i>).—Viernes 7 de Octubre de 1892.....	17
Mesa definitiva del Congreso.....	19
SEGUNDA SESIÓN.—(<i>Inaugural</i>).—En el Monasterio de Santa María de la Rábida, el mismo 7 de Octubre....	23
Discurso del <i>Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros, D. Antonio Cánovas del Castillo</i>	24
Discurso de <i>Mr. Lucien Adam</i> , Delegado del Gobierno de la República francesa.....	34
Discurso de <i>Mr. Hamy</i> , Vicepresidente que fué del 8.º Congreso de Americanistas.....	36
Discurso del <i>Sr. Guido Cora</i> , Delegado oficial del Gobierno de Italia.....	37
Discurso del <i>Sr. D. Ricardo Palma</i> , Delegado de la República del Perú.....	39
Discurso del <i>Ilmo. Sr. Fray D. Francisco Sáenz de Urturi</i> , reverendo Obispo de Badajoz.....	40
TERCERA SESIÓN.—En el Hotel Colón, de la ciudad de Huelva, el sábado 8 de Octubre (mañana).—Discurso del <i>Presidente, Excmo. Sr. D. Antonio Marta Fabié</i>	54
Discurso del Secretario general, <i>D. Justo Zaragoza</i>	57
Presidencia y discurso del <i>Excmo. Sr. D. Manuel María de Peralta</i>	61
Discursos de los <i>Sres. Hellmann, Pector, Drapeirou, Marcel y Salvatori</i>	62
Dase cuenta por el Vicesecretario, Sr. Toda, de los estudios presentados al Congreso..	68
Presidencia de <i>Mr. Lucien Adam</i> , discursos de <i>Mr. Hellmann</i> , de <i>Mlle. Lecocq</i> y de los <i>Sres. Oppert, Pector, Planté, Davis, Peralta, Dognée, Cora y Toda</i>	71

CUARTA SESIÓN.—8 de Octubre (tarde).—Presidencia y discurso del <i>Sr. Guido Cora</i>	77
Discursos de los <i>Sres. Toda, Fabié, Claparede, Sánchez de Silvera, C. Jobert y Modigliani</i> ...	78
Presidencia y discurso del <i>Excmo. Sr. D. F. X. da Cunha</i>	89
Discursos de los <i>Sres. Marcel, Lucien Adam, Penck, Fernández Ferraz, Hamy y Fabié</i>	90
QUINTA SESIÓN.—Domingo 9 de Octubre por la mañana.	99
Presidencia y discurso del <i>Sr. Hellmann</i> .—Despacho ordinario: lectura de cartas y comunicaciones dirigidas á la Mesa.....	100
Discursos de los <i>Sres. Seler y Oppert</i>	106
Presidencia y discurso del <i>Sr. D. Ricardo Palma</i>	113
Discursos de los <i>Sres. Carranza y Seler</i>	114
Banquete	118
SESIÓN DEL CONSEJO CENTRAL, el lunes 10 de Octubre por la mañana.....	119
SEXTA SESIÓN, celebrada en la mañana del mismo día...	124
Presidencia y discurso del <i>Ilmo. Sr. D. Antonio Ramírez F. de Fontecho</i> .—Despacho ordinario y discursos de los <i>Sres. Cora y Planté</i>	125
SÉPTIMA SESIÓN.—Martes 11 de Octubre por la mañana.	133
Presidencia del <i>Sr. Péctor</i> .—Dase cuenta del despacho ordinario.....	133
Discursos de los <i>Sres. D. Ernesto Restrepo, Falkiner, Nutall, Oppert, Pinheiro Chagas, Marcel y Rada y Delgado</i>	135
Recepción oficial.....	148
OCTAVA SESIÓN —(<i>Clausura</i> .) Presidencia de <i>S. M. la Reina Regente del Reino</i>	149
Discursos de los <i>Sres. Barón de Nordenskiöld, Fabié y Cánovas del Castillo</i>	150

Memorias presentadas al IXº Congreso Internacional de Americanistas.

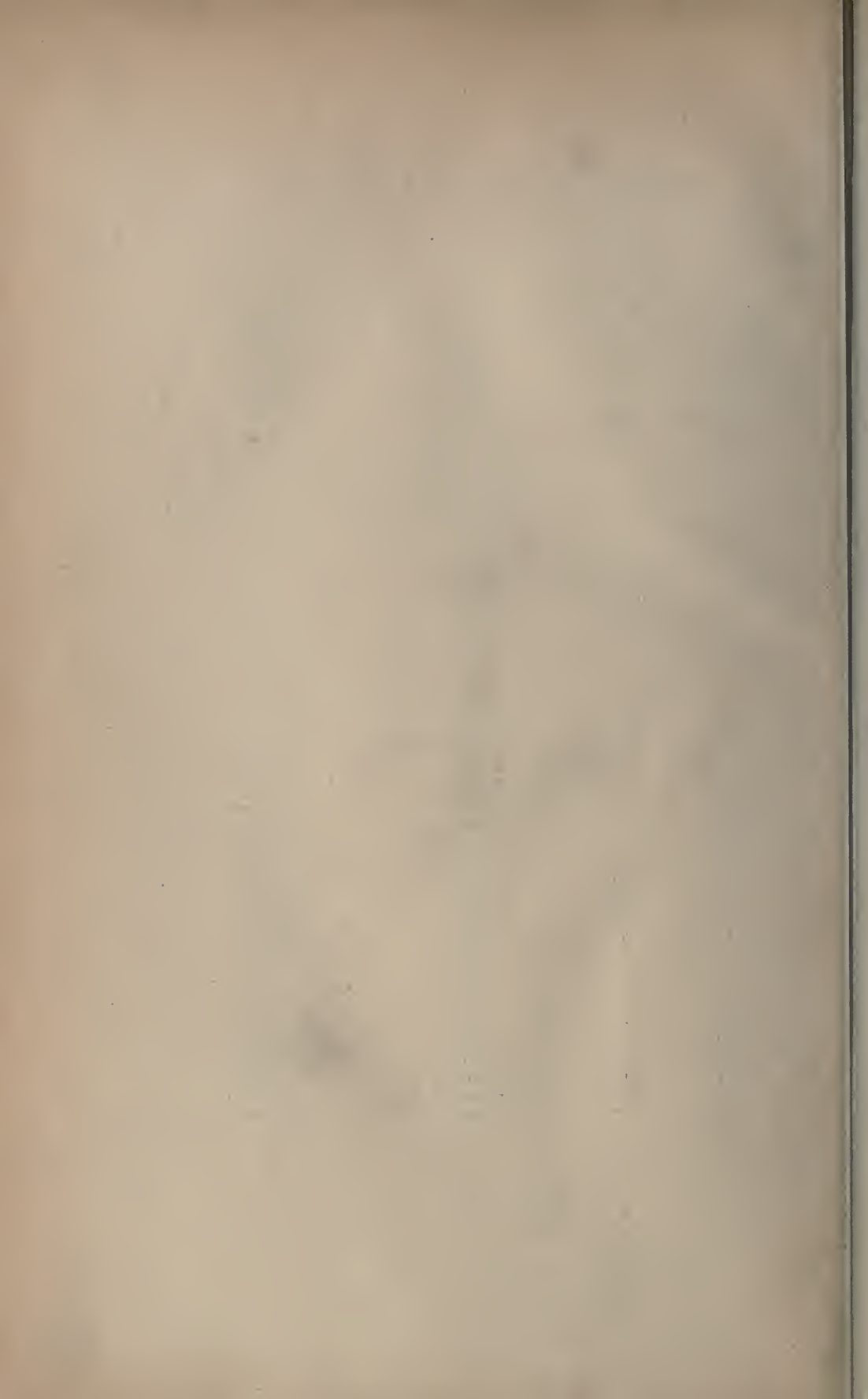
Historia y Geografía: Origin of the name America brief of Argument—by <i>Eben Norton Horsford</i>	159
Quelle est l'origine du nom d'Amérique—par <i>Mr. L'Abbe Justin Gary</i>	173
Colonasia: Memoria sobre el nombre de América—por el <i>Sr. D. Arturo Baldasano y Topete</i>	181
Observations sur les mots América, Amérique (et les homophones)—par <i>Mlle. Maria Lecocq</i>	191

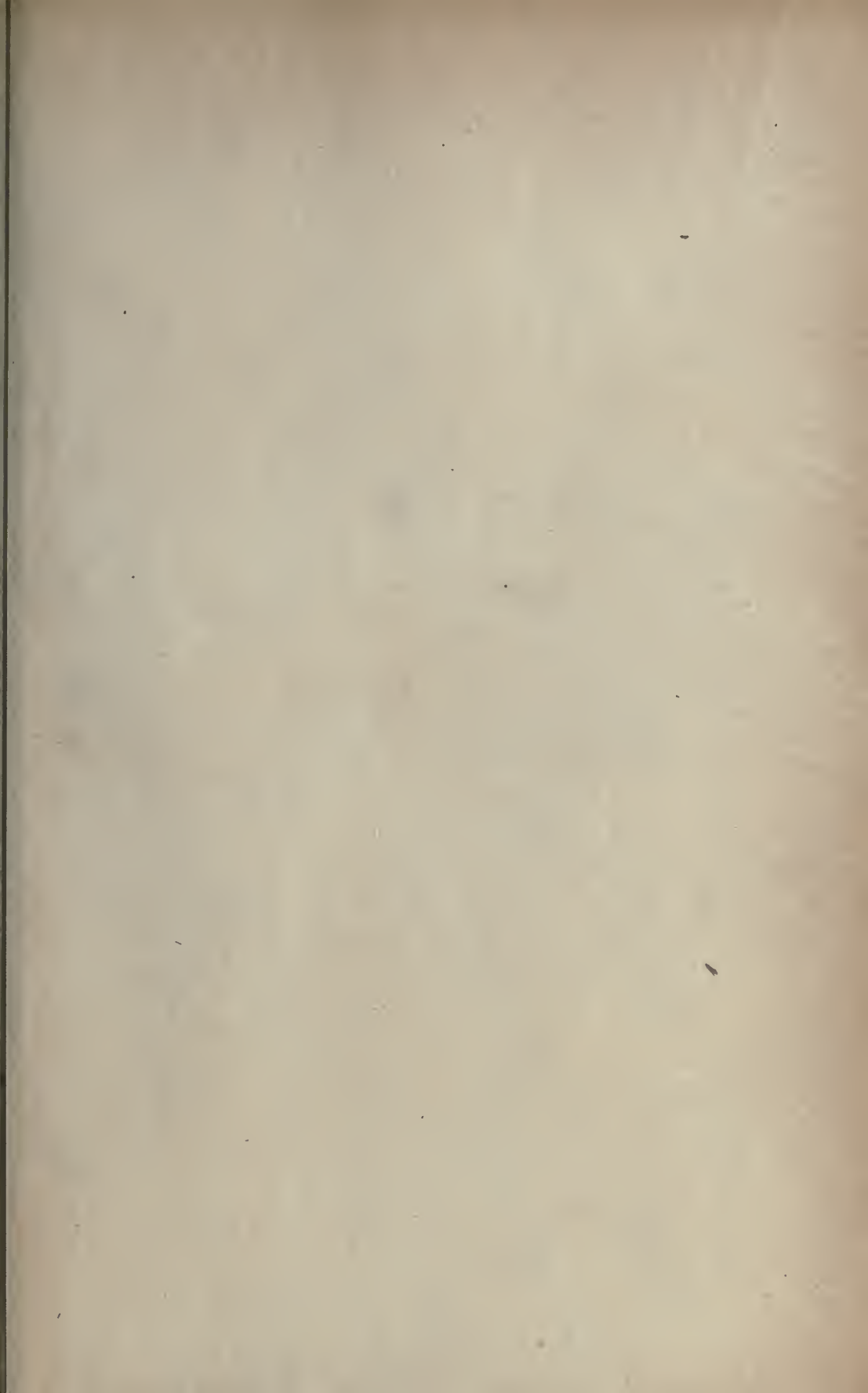
Inscription du nom indigene Amerrique — par <i>Jules Marcou</i>	205
Sur un livre imprimé à Lyon à propos de l'etimologie du nom de l'Amérique.—par <i>Alexandre Poidebard</i>	215
Les sagas islandaises sur la découverte de l'Amérique—par <i>A. Fabricius</i>	201
Christophe Colomb a-t il eu des precusreurs?—par <i>Mon-sieur Henri Jouan</i>	227
Notas de actualidad—por <i>D. Francisco J. Delgado</i> , Oficial del Archivo general de Indias.....	241
Christophe Colomb d'après son ecriture—par <i>Mr. P. Va-rinard</i>	253
Descubrimiento de América: Bosquejo histórico-geográ-fico sobre el derrotero de Colón por las Bahamas y costa de Cuba, según las investigaciones—de <i>Lucas de Mileto</i>	267
El nombre de América—por <i>Julio Febres Cordero</i> , redac-tor de <i>El Lápis</i> , de Mérida (Venezuela).....	313
Christophe Colomb—par <i>Charles Florentin Lorient</i>	331
Los aborígenes que poblaban los territorios que hoy for-man la República de Colombia en la época del descu-brimiento de América—por <i>D.^a Soledad Acosta de Samper</i>	373
Description d'un astrolabe arabe du vi ^e siècle de l'hègi-re—par <i>J. de Rey Pailliade</i> , Délégué de la Société archéologique du Midi de la France et de la Société d' Histoire naturelle.....	439
Peregrinación de los Aztecas y nombres geográficos in-dígenas de Sinaloa.—Monografía escrita por el Licen-ciado de los Estados Unidos Mexicanos, <i>D. Eustaquio Buelna</i>	443
¿ Cuándo fué descubierto el Río de la Plata?—Memoria leída en la sesión del domingo 9 de Octubre de 1892 por el doctor de la República Argentina <i>D. Angel Justiniano Carranza</i>	449



ERRATAS MAS NOTABLES

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
176	15	prête	prôte
331	8	aînes	âmes
332	1	pleuple	peuple
»	26	aîne	âme
333	6	etablis	etablie
»	7	connue le pluis	comme le plus
»	8	connue... connue	comme... comme
»	15	salud	salut
»	18	de hommes qui jugeront	des hommes qui jugèrent
»	30	béllement	vraiment
334	17	quod	quoi
»	22	Serrasins	Sarrasins
»	24	de	des
»	27	vienne	vient
»	28	vejaier	réjouir
»	34	allules	cellules
335	9	Arvise	Assise
»	24	ne	vie
336	4	crainto	crainte
»	34	auxider	anxiété
339	15	empoupré	empourpré
»	25	envieuse	envieux
340	10	coures	courses
»	12	aboulir	aboutir
»	18	maintenain	maintenant
354	34	publique	publique;
355	12	connaistre	connaître
356	27	sout	vout
360	21	grands	grand
»	30	lengueuer	langueur
»	35	roître	croître
361	14	canoten	canot en
362	21	Eeneas	Eneas
»	»	Cyrolus	Phyrrus
»	29	ira	irai
»	32	j'our	jour
364	12	on	ou
565	30	lin	lui
366	10	resserre	resserre,
370	31	anouvié	assouvie
371	14	au de la estrepoi	au de la du trepas
»	22	entreprises	entreprises
»	25	juguer	juger







E
51
I5
1892

**International Congress of
Americanists
Proceedings**

**PLEASE DO NOT REMOVE
SLIPS FROM THIS POCKET**

**UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY**

